

LAMARTINE

HERNAN
CORTES

TOMO II

F1230

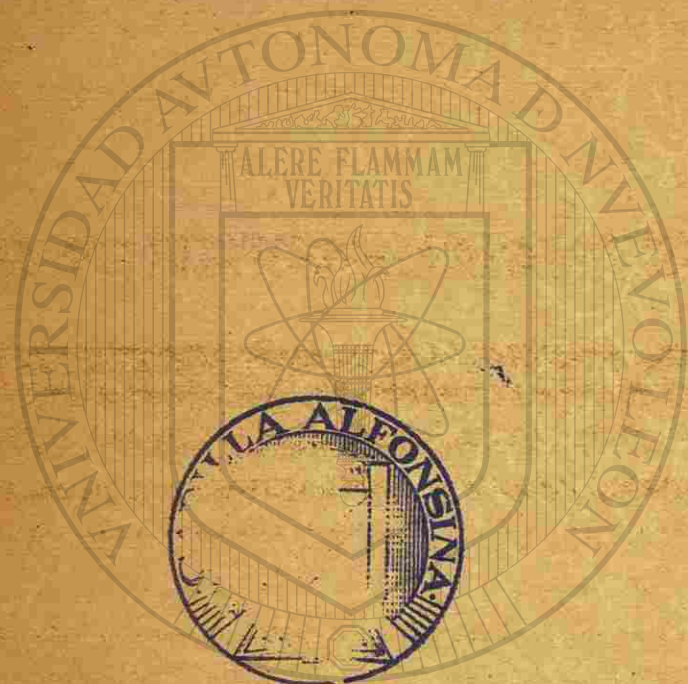
L3

v. 2

R. C.



1020025282



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA

1.ª CALLE DE LA MERCED NÚMERO 29.

1886

099496

PUBLICACION ECONOMICA

HERNANDEZ

(DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA) ARTE

OBRA ESCRITA

POR

M. A. DE LAMARCA

y en presencia de las de

Chateaubriand, Solís, Prescott, Gomara, Robertson, Humboldt, se hallan en

vivo, y
en

TOMO II.

16071

923

F1230

L3

V.2

Lamora

Covarrubias

SEGUNDA PARTE EL VALOR.

CAPITULO I.

Azahel.



A ciudad de Tlaxcala, que era muy poderosa, se hallaba establecida sobre cuatro laderas, poco distantes entre sí, que se prolongaban de Este á Oeste.

Cada grupo de la poblacion formaba un barrio, y cada uno de estos barrios se hallaba bajo la inmediata direccion de la administracion de un cacique.

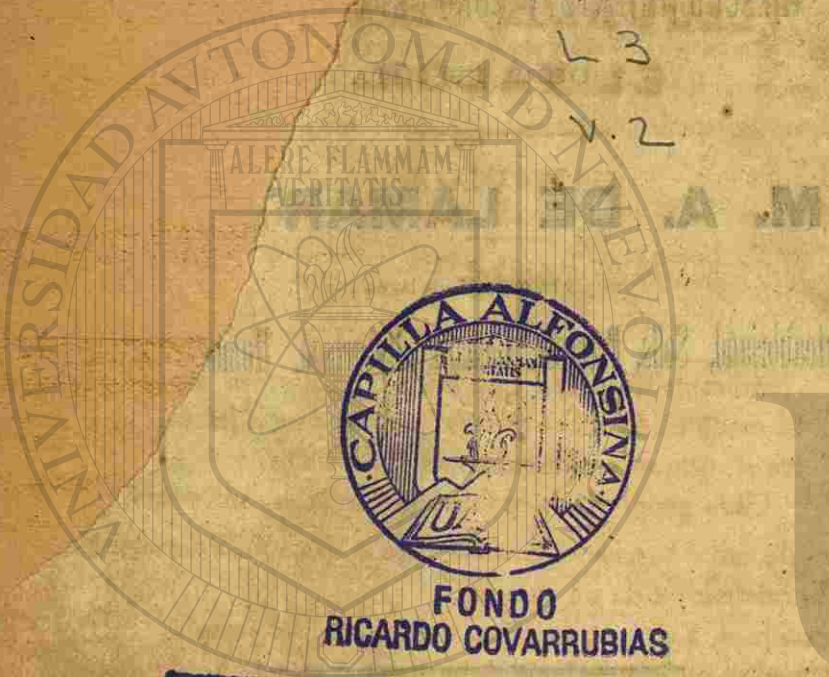
Los caciques, á su vez, tambien dependian del senado.

La situacion de la provincia daba lugar á que se desencadenasen sobre ella terribles tempestades, furiosos huracanes, y á que se viesen la ciudad y muchos pueblos amenazados de las inundaciones del rio Zalmal, que algunos años destruia las mieses, arrancaba los árboles, y hasta destruia los edificios.

Creia el populacho, y muchos de los personajes de la republica participaban de la misma creencia, que en el fondo del rio habia un mónstruo, cuyos furores eran las consecuencias de aquellas inundaciones.

Para aplacar su ira hacian continuamente sacrificios, y no faltaban butios, que explotando la credulidad de los tlaxcaltecas, fomentaban su supersticion.

Xicotencal era uno de los más supersticiosos.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al verse perseguido por los clamores del pueblo, que le pedía con insistencia que se presentase á los españoles para implorar la paz, abandonó su albergue, y por las más estrechas y turtuosas sendas se dirigió hácia una cordillera, para buscar en uno de los pueblos formados entre los más escabrosos pliegues de la montaña al butío Azahel, que gozaba de gran fama como intérprete de la voluntad del mónstruo encerrado en las entrañas del rio Zalmal.

En las enfermedades y en los peligros, iban á consultarle los tlaxcaltecas, y todos tenían gran fe en sus predicciones, siguiendo además sus consejos con verdadera fe.

Xicotencal se hallaba en grave apuro.

Tenia en sus manos la salvacion de la república de Tlaxcala, y en su dignidad y en su energía, en su carácter indómito y altanero, la perdicion de su amada patria.

Si accedía á los ruegos de los tlaxcaltecas, perdía todo su prestigio, sufría una horrorosa humillacion; y por el contrario, si se negaba á los deseos de sus compatriotas, solo podía ofrecer á la patria en holocausto una vida inútil despues de las derrotas que habia sufrido.

¿Qué partido tomar?

Nadie como Azahel para calmar sus dudas, para poner término á sus vacilaciones.

Partió, pues, sin comunicar sus proyectos á Amaiza, sin revelar á nadie el objeto de su misteriosa desaparicion.

Despues de haber andado cuatro ó cinco horas por los caminos más solitarios para que nadie pudiera sorprenderle, llegó á la morada de Azahel, y confiándole el objeto de su visita, se encerraron los dos en una habitacion oscura, en donde el butío, á la vez mago, tenia, por decirlo así, su laboratorio.

La habitacion presentaba nn aspecto tétrico, repugnante.

Cuatro paredes de tosca argamasa se elevaban desde el suelo

á gran altura, y estaban coronadas por un techo, que en uno de sus ángulos dejaba entrar oblicuamente una escasa claridad.

Colgado en las paredes habia serpientes y lagartos, y á su lado algunos despojos de víctimas inmoladas en aras de los dioses.

Era Azahel un hombre de sesenta años.

Su rostro infundía pavor.

Las arrugas que el tiempo habia trazado en él, el color gris de su cútis, los adornos y las pinturas con que tenia engalanada su frente, sus mejillas, sus orejas y sus narices, hacían de él un sér repugnante, un verdadero mónstruo.

Al entrar seguido de Xicotencal en aquella especie de mazmorra, se sentó sobre una alfombra tejida con palmas, é invitó á Xicotencal á que le imitase.

A las primeras palabras que pronunció el guerrero:

—Sella el labio, le dijo; ya sé la causa de tu quebranto.

—¿Y no conoces algun medio de exterminar á los enemigos?

—Por fuerza son los que anunciaron las profecías de nuestro pueblo.

—¿No habrá medio de aplacar su enojo? preguntó Xicotencal.

—Solo obteniendo su amistad, le respondió Azahel.

—Eso desea el pueblo de Tlaxcala: eso han ido á pedir los senadores al jefe de los extranjeros; pero se ha negado á escuchar sus súplicas, quiere que el jefe de las tropas que le han combatido, que el temido Xicotencal en persona vaya á postrarse ante él, para gozarse en su humillacion.

Los tlaxcaltecas todos han implorado á su vez de mí que acceda á los deseos del caudillo extranjero.

Pero yo prefiero la muerte.

—Se trata de la salvacion de la patria, exclamó Azahel.

—Por eso he venido á consultar tu ciencia, á pedirte consejo.

—Espera, dijo Azahel.

Se levantó, salió de la habitación, y al poco rato volvió con un tronco de un árbol resinoso encendido.

Arrojó en medio del cuarto aquella especie de tea, y dió dos vueltas en torno de la llama.

Xicotencal le miraba con atención.

Azahel cogió una de las culebras que estaban colgadas, y la acercó á la llama.

En un pequeño receptáculo, formado por la cascara de un coco, recogió la grasa, que por efecto de la acción del calor arrojó la serpiente.

Con la punta de una flecha, impregnada del jugo de la serpiente, trazó algunos caracteres sobre una hoja de plátano seca.

Después de permanecer Azahel un gran rato silencioso:

—Xicotencal, le dijo, es necesario que pases aquí toda la noche, y que duermas sobre ese lecho de palma.

Si la llama dura hasta que nazca de nuevo el sol, y permanecen fijos en la hoja de plátano los signos que acabo de trazar, no tendrás más remedio que acceder á las súplicas de los tlaxcaltecas, ó arruinarás á tu nación.

Al terminar estas palabras, Azahel salió de la estancia, dejando profundamente conmovido al valiente guerrero.

CAPITULO II.

Un sueño.



El valiente caudillo tlaxcalteca quedó abrumado bajo el peso de los dolorosos recuerdos que ocupaban su mente.

El porvenir se presentaba al mismo tiempo á sus ojos con un aspecto horrible.

Fijando su mirada en la tétrica llama que arrojaba la tea, cerró poco á poco sus ojos.

Poco después se hallaba en medio de los campos, bajo un cielo estrellado, y disfrutando el espectáculo de la naturaleza, iluminada por el resplandor de la luna.

Era una noche apacible.

Una de esas noches en que el alma, olvidando todos los pesares de la vida, no puede ménos de admirar á la Providencia y de extasiarse ante el espectáculo de las bellezas que la creación ofrece á sus ojos.

En medio de la soledad que le rodeaba, no podía ménos de ver con su imaginación á las personas á quienes estaba unido por los estrechos lazos del cariño.

También oía los acentos melancólicos de aquellos seres que se lastimaban de la suerte que les habia cabido.

Avanzaba el guerrero rápidamente por las llanuras y los valles, perdiéndose de vez en cuando en los enmarañados bosques, volviendo á aparecer en las cumbres y los cerros que constituían la provincia de Tlaxcala.

Al fin llegó á la ciudad.

Todo estaba silencioso.

Parecía que la muerte proyectaba su sombra sobre aquellos edificios, en otro tiempo manifestaciones de la arrogancia y del poder de Tlaxcala.

Los habitantes se hallaban abatidos.

Habían perdido las esperanzas.

Los extranjeros no querían aceptar la paz si Xicotencal no iba á pedirla.

Xicotencal había desaparecido.

¿Qué sería de ellos?

De un momento á otro llegarían los españoles, y entonces, ¿qué podrían hacer sin el valor, sin el arrojo de Xicotencal?

Los ejércitos aliados que se habían unido á los tlaxcaltecas para luchar contra el enemigo común, habían vuelto á sus hogares.

Los otomíes y los totonaques, aquellas razas bárbaras y guerreras, habían traspasado la cordillera, refugiándose en sus guaridas, y llevando en el alma el pavor que los extranjeros habían infundido en todos los indios.

—¡Ah! exclamaba Xicotencal, no pudiendo contener las lágrimas que surcaban sus mejillas. ¿Quién habría dicho que la inmensa, que la poderosa república de Tlaxcala, terror del mismo Moctezuma y de los mexicanos más valientes, habría de presentarse á mis ojos como el humilde esclavo que se arrastra á los pies de su señor!

¿Quién me había de decir que seres sobrenaturales habían de franquear las fronteras inexpugnables de Tlaxcala, para difundir la muerte y el espanto entre sus habitantes!

¿Quién me había de decir que sus llanuras fértiles, sus ríos caudalosos, habrían de verse regados con la sangre de mis hermanos!

¿Qué hemos hecho, añadía, para merecer tanto castigo!

Y una voz misteriosa gritaba en su oído:

—Tú eres la causa de la perdición de Tlaxcala.

Tu orgullo no quiere abatirse por nada del mundo.

Una palabra tuya podría volver la alegría á los que hoy lloran bajo el peso de la esclavitud y del temor.

Avanza, vé al cuartel general de los extranjeros, humíllate ante su presencia, implora de su misericordia la salvación de Tlaxcala: no tacharán de cobardía ese acto; todos verán en él una nueva prueba de tu inmenso valor.

Y Xicotencal continuaba avanzando con dirección al pueblo que ocupaban los españoles.

Y á cada paso volvía los ojos hácia Tlaxcala, que la melancólica claridad de la luna asemejaba á un cadáver petrificado.

Sí, exclamó Xicotencal de pronto, yo salvaré á mi patria; yo pediré la paz que desean mis hermanos.

Pero la pediré después de haber luchado cuerpo á cuerpo con el jefe de los extranjeros y de haberle vencido; porque si no es bastante mi poder para luchar con todos, si los tlaxcaltecas no tienen el mismo valor que á mí me anima, yo, luchando con un hombre solo, por poderoso que sea, estoy seguro de vencerle.

Y animado por esta idea, que respondía á un mismo tiempo á sus sentimientos belicosos que á la dignidad de hombre y á la piedad que le inspiraban sus hermanos, avanzó hasta llegar al pié de las almenas del cuartel general de los españoles.

Un indio zempoal salió á su encuentro.

—Eres tú Xicotencal, le dijo.

—Yo, sí.

—¿Qué vienes á buscar aquí, tan solitario y tan abatido?

—Vengo á buscar al jefe de los extranjeros.

—¿Para qué?

—Para luchar con él.

—¡Huye, desventurado, si no quieres perecer á sus manos!

—El exige de mí que implore la paz para los tlaxcaltecas.

Pues bien; lucharé brazo á brazo con él. Si le venzo imploraré la paz, si no le venzo la imploraré tambien, pero al mismo tiempo exhalaré el último suspiro.

El indio zempoal corrió á anunciar á Hernan Cortés los deseos de Xicotencal.

Poco despues bajó el caudillo de los españoles adonde le aguardaba Xicotencal.

Una lucha terrible se trabó entre los dos.

En vano queria el guerrero indio vencer á su enemigo.

Sus músculos de hierro crujian al contacto de la hercúlea mano del capitán de los españoles.

La lucha duraba.

Xicotencal sentia que sus fuerzas iban agotándose.

De pronto cayó al suelo, y Hernan Cortés le sujetó con la rodilla.

—Te he vencido, exclamó, te venceré siempre; pero te perdono la vida, porque tienes esposa, porque tienes hijos, porque los amas, porque ellos te aman, porque el Dios verdadero nos manda perdonar á los que son más débiles que nosotros.

Puedes partir si quieres.

Vuelve á Tlaxcala.

No cumplas mis deseos, no vengas en nombre de tus hermanos á pedirme la paz; poco me importa.

Yo destruiré á Tlaxcala, yo pasaré á cuchillo á sus habitantes, y dentro de poco no quedará ni aun el recuerdo de esa orgullosa república, que ha sido el terror del emperador de México.

Xicotencal no pudo menos de admirar á su vencedor.

Hernan Cortés le dejó en libertad.

—Soy tu esclavo, le dijo Xicotencal. Reconozco que vales más que yo; dispon de mí. Seré tu esclavo; pero salva á mi patria.

.....

En esto estaba, cuando sintió sobre sus hombros el peso de una mano.

Xicotencal abrió los ojos.

Azahel estaba á su lado.

No se habia movido de la habitacion en donde todavía ardia la tea.

—Mírala, dijo Azahel; los dioses quieren que te humilles; en tus manos tienes la salvacion de Tlaxcala. Resuelve.

Dominado por la impresion del sueño que acababa de tener:

—Yo salvaré á mi patria, dijo.

Y abandonando la mazmorra del butio, iluminada su frente por los rayos del sol, corrió á Tlaxcala.

Los primeros que le divisaron anunciaron su llegada.

Amaiza, la desgraciada Amaiza, que le lloraba muerto, corrió con sus hijos á estrecharle entre sus brazos.

—Vengo á salvaros, dijo Xicotencal.

Y una inmensa aclamacion acogió estas palabras.

Seguido de la multitud, seguido de su esposa y de sus hijos, se acercó al senado, en donde los senadores, poseidos de un profundo dolor, lamentaban las desdichas de la patria, sin encontrar remedio á tantas desventuras.

—Yo os salvaré, dijo Xicotencal, estoy dispuesto á pedir la paz, á humillarme ante el caudillo de los españoles.

Pero al mismo tiempo estoy resuelto á castigar la más leve sospecha que tenga alguno al atribuir á cobardía este sacrificio que hago en aras de mi patria.

Sus palabras fueron escuchadas con júbilo.

Xicotencal partió, acompañado de muchos tlaxcaltecas, adonde residia Hernan Cortés.

CAPITULO III.

La realidad.



MIENTRAS esto pasaba al valiente y generoso Xicotencal, procuraban á toda costa evitar los embajadores de Moctezuma cerca de Hernan Cortés que éste con sus soldados aceptase la paz que con tan inusitado empeño imploraban los tlaxcaltecas.

Ajpalapa, el más hábil de los emisarios del emperador de México, adivinó la influencia que ejercía Marina sobre Hernan Cortés y trató de explotar esta creencia.

Procuró celebrar una entrevista con ella.

—Marina, le dijo, aunque estas con los españoles, y hablas su idioma y profesas su religion, por haber abjurado de la tuya, ne desconoces cuán grande, cuán espléndido es el imperio de nuestro gran Señor Moctezuma.

El, que sabe quién eres, me ha encargado que te ofrezca en su nombre cuanto desees, cuanto tu fantasía pueda pedirte, si consigues que los españoles detengan la marcha y no intenten llegar hasta México.

Marina comprendió desde luego las intenciones de Ajpalapa.

No podia, dado su talento, desperdiciar aquella ocasion para conocer la verdadera actitud de Moctezuma.

—¿Por qué quereis tan mal á los españoles? preguntó con simulada candidez.

—Tú no ignoras, añadió Ajpalapa, que los emperadores de México no han querido nunca, no ya que los extranjeros, sino

que ni aun los mismos habitantes de las provincias y tribus próximas al imperio penetren en sus dominios.

Guardan para sus vasallos las riquezas, los beneficios, las felicidades que encierra el recinto donde ejercen su dominio, y no pueden consentir que desobedezcan esta ley los españoles.

—Pues ellos están decididos á ir á México.

¿Acaso teme Moctezuma no poder contrarestar sus deseos por la fuerza?

—¿Y tú me lo preguntas; tú, que has presenciado las batallas que han tenido lugar, batallas en que han alcanzado el triunfo los extranjeros; tú, que acabas de ver derrotados por ellos á millares de indios varoniles, enérgicos, temibles para los mismos mexicanos? ¿Crees que tenemos confianza de poder destruirlos?

¡Ah! No, mil veces no.

Es necesario que tú nos ayudes, que te valgas de todos los medios que sugiera tu imaginacion para impedir que realicen los españoles sus propósitos.

Pide en cambio lo que desees.

Yo te llevaré ante Moctezuma.

Tu belleza despertará gran simpatía en él.

Te amaré, serás preferida entre todas sus esposas, y todos envidiarán tu suerte.

—¿Y qué es lo que quieres de mí? preguntó Marina, á fin de conocer más y más el secreto de los embajadores.

—Quiero que nos ayudes por de pronto á evitar que los extranjeros hagan las paces con los tlaxcaltecas.

Esa paz seria un golpe de muerte para Moctezuma.

Ya cuentan como aliados á los zempoales, y muchas provincias de los confines de México se han unido á ellos.

Si los tlaxcaltecas pelean á su lado, el triunfo será suyo.

Marina habia averiguado lo que deseaba.

Moctezuma temia.

Esto era mucho.

Un enemigo que teme, está casi vencido.

Manifestando á Ajpalapa que haria cuanto pudiera para complacerle; pero que no podia abandonar á Hernan Cortés, porque era esclava suya, dió algunas esperanzas al emisario del emperador de México, y no tardó en comunicar al valiente caudillo los datos que acababa de adquirir.

Al dia siguiente llegaron los tamenes cargados con un nuevo y rico presente que enviaba Moctezuma á Hernan Cortés.

Continuaban en sus negociaciones los embajadores, cuando corrió la nueva en el cuartel general de los españoles de que se aproximaban multitud de tlaxcaltecas, presididos al parecer de los más altos personajes de la ciudad.

En efecto; Xicotencal se aprestaba á cumplir su promesa.

Acompañábanle cincuenta caballeros de los más nobles con mantos y plumajes blancos, simbolo de la paz.

Al llegar á la morada de Hernan Cortés le pidió audiencia, y con arrogancia, con valentía, hasta con la satisfaccion del hombre que cumple un alto deber, se presentó á su vista, y despues de saludarle con las reverencias acostumbradas entre los indios, le habló de esta manera:

—Declaro, dijo, que yo he sido el causante de la guerra que ha inundado de sangre los campos de Tlaxcala.

Pero no he querido luchar contigo ni con los tuyos.

Si os he acometido tan cruelmente, si he procurado destruirlos por completo, ha sido porque creia que érais amigo de Moctezuma, cuyo nombre aborrezco de muerte.

Era verdad.

Hernan Cortés no pudo ocultar la alegría que esta determinacion causó en su alma.

—Al luchar con vos, prosiguió Xicotencal, al ser testigo de vuestras hazañas, no he podido ménos admiraros, y hoy me pre-

sento á vos, deseando alcanzar vuestro perdon para mí y para la república, en nombre de la cual vengo á solicitar la paz, que anhela como su único bien.

Acataremos todas las condiciones que nos impongais.

Me humillaré ante tí si es preciso.

Imploraré tres veces en nombre del senado, de la nobleza y del pueblo que accedas á mis súplicas, y si despues de verme tan rendido, consideras que soy digno de tu amistad, dámela como el mayor bien que puedes concederme, como el mejor consuelo que puedes ofrecer á mi dolor al verme vencido, al verme obligado á pedirte clemencia.

Ven con los tuyos á Tlaxcala, donde hallarás palacios para habitar y toda clase de regalos; donde hallareis esciavos que os sirvan con alegría, donde hallareis la veneracion que se os debe por ser superiores á nosotros.

Solo te pido en cambio tu proteccion para los tlaxcaltecas, piedad para las pobres mujeres, que no quisieran que la ferocidad de tus soldados destruyera los vínculos que les unen á sus esposos, á su familia.

Hernan Cortés estrechó con efusion la mano de Xicotencal.

—Te perdono, de buen grado, le dijo, porque eres valiente.

Asimismo te ofrezco que al pasar por Tlaxcala no harán daño á ninguno de vosotros.

Vuelve tranquilo á la ciudad.

Ofrécele la paz en mi nombre, y dí al senado que cuando llegue el caso de partir te avisaré con tiempo para que puedas disponer á mis tropas alojamiento, y recibirme de la manera que cumple á mi voluntad.

—¿Aun desconfias de nosotros? dijo el guerrero, sintiendo que no accediese inmediatamente á sus ruegos Hernan Cortés.

¿Ignoras que los tlaxcaltecas desean con vehemencia verte en nuestra ciudad?

Si alguna sospecha abrigas de mí, si dudas de mis hermanos,

yo, que soy el caudillo de todos los tlaxcaltecas, yo y estos nobles que me acompañan, nos quedaremos en rehenes y seremos tus prisioneros mientras permanezcas en la ciudad.

—No es necesaria esa precaucion, contestó Hernan Cortés; no necesito rehenes, ni mucho ménos temo por la seguridad de mis soldados ni la mia al penetrar en Tlaxcala.

Iré cuando convenga á mis propósitos.

Entre tanto te he ofrecido la paz, y mi palabra basta para que creas en ella.

En obsequio tuyo, adelantaré mi jornada, y para mayor prueba de que es la verdad lo que te digo, te ofrezco mi amistad.

Y Hernan Cortés abrió los brazos.

Los dos caudillos se estrecharon.

Al despedirse, dijo Hernan Cortés á Xicotencal:

—No tardaré en pagarte la visita. Pero ántes necesito concluir ciertas negociaciones que tengo comenzadas con unos embajadores de Moctezuma.

Partió Xicotencal á llevar la feliz nueva á los tlaxcaltecas, y aprovechó Hernan Cortés los momentos para mostrar á los mexicanos el verdadero triunfo que habia tenido entre los habitantes de Tlaxcala.

Ajpalapa exclamó:

—¿Y has dado crédito á sus promesas? ¡Mentira parece que un hombre tan sabio y tan poderoso como tú se haya dejado engañar de una gente tan miserable como los tlaxcaltecas!

Haz lo que quieras.

Pero si en algo estimas el afecto que te profeso, renuncia á esa idea y no tengas trato alguno con esa gente.

Los tlaxcaltecas aprovecharán la primera ocasion para hacer-te pagar muy cara la humillacion que les haz obligado á hacer.

—Lo creo y no lo temo, contestó Hernan Cortés, como no temo á nadie.

Al ver los embajadores de Moctezuma la formal resolucion de Hernan Cortés:

—Concedenos al ménos seis soles, le dijeron, para dar cuenta á nuestro soberano de todo lo que pasa.

Accedió Hernan Cortés á esta súplica para no romper las negociaciones, aparentemente amistosas, de los emisarios de Moctezuma, tanto más, cuanto que este tiempo podia servir para convencerle una vez más de la sinceridad de los deseos de los tlaxcaltecas.

CAPITULO IV.

Embajadores y embajadas.



URANTE los seis días de tregua que concedió Hernan Cortés, hicieron los tlaxcaltecas nuevas y vehementes demostraciones del deseo que tenían de conseguir la paz.

No podía darse un triunfo más completo para los soldados españoles.

Al fin volvieron los emisarios que enviaron á México los embajadores del emperador, y éstos se presentaron á Hernan Cortés.

Las negociaciones no habian adelantado nada todavía.

El emperador, segun le dijeron, deseaba ser amigo y confederado del soberano de los españoles, y añadieron que si lo deseaba, consentiria en pagarle todos los años un tributo, repartiéndole con él sus riquezas, toda vez que le consideraba como hijo del cielo, ó por lo ménos soberano de los países en donde brillaba la luz del día.

Pero al mismo tiempo imponia dos condiciones á Hernan Cortés: que renunciase á todo pacto con los tlaxcaltecas, que renunciase á su intento de dirigirse á México; porque segun las leyes del imperio, le estaba vedado presentarse á los extranjeros.

Los embajadores insistieron en que los tlaxcaltecas engañaban á Hernan Cortés al pedirle con tanta insistencia la paz, y

aseguraban que siendo muy taimados, aprovecharian la primera ocasion para vengar las derrotas que habian sufrido.

Hernan Cortés les escuchó con su acostumbrada benevolencia, y se limitó por de pronto á decirles que reflexionaria sobre las proposiciones de Moctezuma, y que responderia en breve plazo.

Al mismo tiempo les indicó que no intentasen sobornar á ninguno de los indios que le acompañaban, dándoles á entender que aludia á Marina.

—Porque si tal supiera, añadió, no solo castigaria á los que les diesen oídos, sino á los que procurasen apartarles de su deber.

Al obrar de este modo obedecia á una indicacion de Marina, que para librarse de las persecuciones incesantes de los embajadores, y al mismo tiempo para no quedar mal con ellos, queria ampararse de la autoridad de Hernan Cortés.

Si aplazó el ilustre guerrero la respuesta de los embajadores, fué porque quiso que presenciasen su entrada triunfal en Tlaxcala, acto que esperaba que fuese más solemne, porque aumentaria su prestigio y el de sus soldados á los ojos de los mexicanos; y para lograr sus intentos, no quiso desde luego manifestarles sus verdaderas intenciones.

Por órden suya, porque, como verán nuestros lectores, unia al valor del soldado la habilidad del diplomático, procuró que en Tlaxcala corriese la voz de que los embajadores de Moctezuma influian poderosamente en su ánimo para que no accediese á los deseos de los tlaxcaltecas.

Estos, que odiaban instintivamente á los mexicanos, sintieron aumentarse en su alma la indignacion que les profesaban al saber que eran rémora de la realizacion de sus esperanzas.

¡Con cuánta ánsia esperaban todos á los extranjeros!

Todo estaba paralizado.

No habia un sólo Tlaxcalteca que no tuviera fijos los ojos

en aquellos hombres, cuya llegada á la ciudad esperaban como el único alivio de sus desgracias.

Viendo que cuantos esfuerzos habian hecho hasta entónces habian sido inútiles, y que Hernan Cortés no se resolvía á abandonar su cuartel general para trasladarse á Tlaxcala:

—Si duda de nosotros, dijo Magiscatzin, si no le bastan nuestras protestas, si la gran muestra de generosa humillacion que ha hecho Xicotencal no es suficiente para probarle la sinceridad de nuestros deseos, yo opino que el senado en masa debe presentarse á su vista, y entregarse á su voluntad, para que de este modo pueda convencerse de la lealtad de nuestras súplicas.

Aceptada esta proposicion, una mañana muy temprano salieron de Tlaxcala todos los senadores con túnicas blancas y plumajes del mismo color, conducidos en palanquines, que llevaban sobre sus hombros los funcionarios públicos.

En un palanquin más espléndido, más lujoso que los otros, iba Magiscatzin.

Acompañaban á los senadores los individuos de las familias más distinguidas, y cerraba la marcha una inmensa multitud, ávida de saber el resultado de aquella nueva negociacion de los representantes de la república.

Hernan Cortés les recibió con las mayores muestras de amistad.

Hizo testigos de aquella manifestacion á los embajadores de Moctezuma.

Inútil es indicar el efecto que producian en ellos las demostraciones de los tlaxcaltecas.

Magiscatzin habló en en nombre de todos al caudillo de los españoles, y declaró solemnemente que todos quedarian á sus órdenes y en su poder hasta tanto que resolviera honrar con su presencia la ciudad.

—De lo contrario, añadió, si no accedeis á nuestros ruegos, si

desoís nuestras súplicas, nos volveremos á la ciudad, abandonaremos nuestros hogares, y en la soledad aguardaremos el último momento de nuestra existencia.

Tantas pruebas de adhesion y de afecto, resolvieron á Hernan Cortés á empeñar formalmente su palabra de que al día siguiente iria con su séquito á Tlaxcala.

Mandó regalar algunos objetos de los que llevaba á los tlaxcaltecas, y partieron satisfechos, porque no dudaron que cumpliria lo efrecido.

Al dia siguiente muy temprano enviaron al cuartel de Hernan Cortés crecido número de tamenes para que condujesen todo el equipaje y la artillería de los españoles hasta la ciudad de Tlaxcala.

Hernan Cortés rogó á los embajadores de México que le acompañaran.

Negáronse, temerosos de que los Tlaxaltecas los persiguiesen.

Los mexicanos que habian ido á Tlaxcala, y habian conferenciado con Xicotencal, habian tenido que huir precipitadamente para no ser víctimas del furor de sus enemigos.

Hernan Cortés les aseguró que miéntras estuviesen á su lado no correrian riesgo alguno.

Poco despues, al rayar el alba, se puso en marcha toda la comitiva.

Era el dia 23 de Setiembre del año 1519. No habian andado un cuarto de hora los españoles, cuando apercibieron cerca de ellos un confuso griterío.

Poco despues vieron aparecer á los dos lados del camino multitud de indios.

Las demostraciones que hacian, los gritos con que los acompañaban, hubieran hecho creer á los españoles que comenzaba de nuevo la guerra, si Marina no les hubiera manifestado

que también expresaban el júbilo de aquella manera los habitantes del país.

Y en efecto; las reverencias que hacían, los saltos que daban en torno de los españoles, la expresión de su rostro, todo indicaba en ellos una inmensa felicidad.

El bueno de Coria, que nunca perdía su buen humor, que alegraba la marcha de los soldados con chascarrillos, no pudo menos de aplicar su sátira á las demostraciones de los tlaxcaltecas.

—Les hemos vencido con las armas, dijo; pero nos van á vencer con los gritos.

En efecto; era necesario convencerse de que aquello era alegría para no hacerles callar por la fuerza.

Avanzaron los españoles y los zempoales, acompañados de aquella ingrata música, y ántes de llegar á la ciudad hallaron al senado en masa y á casi todos los habitantes de la capital, lujosamente ataviados, que salieron á recibirlos.

Nuevos vítores y aclamaciones, acompañados de las músicas de los tlaxcaltecas, rodearon á los españoles al penetrar en la ciudad.

No costó poco trabajo á la multitud abrir paso á la comitiva, porque todos anhelaban rendir homenaje y satisfacer su curiosidad viendo á los españoles.

Las indias arrojaban flores á los españoles.

Muchas de ellas se postraban de hinojos, y con sus demostraciones manifestaban el júbilo que sentían.

Los mismos sacerdotes, vestidos con el traje talar, que solo empleaban en los actos solemnes de su religión al sacrificar á las víctimas, salieron al encuentro de los españoles, llevando en la mano los braseros de copal, y llenando el aire del humo que despedía el incienso.

Magiscatzin condujo á Hernán Cortés al hospedaje que le había destinado.

Era el mejor edificio de la ciudad.

Constaba de cuatro patios muy espaciosos, al lado de los cuales había suficientes habitaciones para poder hospedar á todos los españoles que acompañaban al caudillo.

Hernán Cortés rogó al senado que le permitiese conservar en su compañía á los embajadores de Moctezuma.

Los españoles fueron alojados en las casas más principales de la ciudad, y en todo el día no cesaron las demostraciones de entusiasmo, de júbilo hacia los extranjeros.

No quedó un solo tlaxcalteca que no les llevase una ofrenda de más ó menos valor.

Aquel triunfo decidió la conquista del imperio de México.

El puñado de valientes que acompañaba á Hernán Cortés había logrado con su energía poner de su parte á todos los enemigos de Moctezuma.

Los embajadores del gran emperador estaban consternados en presencia del último triunfo que acababan de obtener los españoles. (A)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

Datos curiosos.

Lo que más llamaba la atención de los indios después de considerarlos como invencibles, era el color de su rostro, el traje que vestían, las barbas, de las que los de su raza carecían, y sobre todo los caballos, que consideraban como fieras, y las armas de fuego, que tomaban por rayos.

El haber obtenido la amistad de unos hombres tan poderosos, era para los tlaxcaltecas una felicidad inmensa.

En muchos días no cesaron las fiestas, la algazara, el entusiasmo público.

No salía á la calle un solo español que no fuese seguido por multitud de indios, que se desvivían por obsequiarlos.

Aunque estaba seguro Hernan Cortés de que no intentarían ningún golpe de mano los tlaxcaltecas, procuraba al abandonar su morada acompañado, y dispuso además que no saliese ninguno de sus soldados sin armas de fuego.

Estas muestras de desconfianza entristecieron á Magiscatzin, y pusieron en cuidado á los demas senadores, y hasta muchos de los tlaxcaltecas.

El presidente de la Asamblea de Tlaxcala fué á ver á Hernan Cortés para manifestarle cuán grande era su pena al ver las precauciones que tomaban sus soldados, cuando tantas pruebas de amistad les daban y tan deseosos estaban de complacerlos y servirles.

Hernan Cortés se apresuró á satisfacerle.

—No creas, le dijo, que la desconfianza es la que nos mueve á vivir de este modo. En nuestra tierra es costumbre amaestrar á los soldados en las épocas de paz para la guerra.

Las armas, además, constituyen un adorno de nuestro traje.

Asegurad á todos los tlaxcaltecas que no es desconfianza ni temor lo que nos mueve á vivir de este modo. Es la costumbre, es la disciplina, es la obediencia que debemos á nuestro soberano.

Satisfecho Magiscatzin, admiró unas costumbres que le parecieron de gran utilidad, y partiendo á comunicarlas á los demas senadores, aumentó el crédito que ya tenían á sus ojos los extranjeros.

Tranquilizáronse los ánimos, continuaron los tlaxcaltecas colmándoles de presentes, y Hernan Cortés pudo convencerse por completo de la sinceridad de sus aliados.

Persistiendo en sus propósitos, dispuso el jefe de los españoles que la mejor habitacion de su palacio se destinase á capilla.

En ella se levantó un altar.

Sobre el altar se colocaron las imágenes que llevaban, y los misioneros comenzaron á celebrar el sacrificio de la misa, á cuya ceremonia asistían los indios, poseídos de una profunda veneración.

Las creencias, las costumbres, los hábitos de los españoles les sorprendían y les encantaban.

En la ciudad no se hablaba más que de los extranjeros.

Se comentaban todos sus actos, y poco á poco iba aumentando el prestigio que ejercían sobre aquellas gentes.

Magiscatzin sintió un inmenso afecto hacia Hernan Cortés.

Visitábale á menudo, y por medio de Marina, á la que todos los tlaxcaltecas rendían un verdadero culto por el favor que disfrutaba con los españoles, le hacía mil preguntas para satisfacer su curiosidad.

—¿Eres mortal? preguntó un día á Hernan Cortés.

—¿Porqué me haces esa pregunta?

—Porque todas tus obras, y las de los que te acompañan, parecen sobrenaturales, y se hallan revestidas de una grandeza comparable solo con el poder de los dioses.

Ademas, veo que vosotros reconocéis otras divinidades, que no imitais á nuestros dioses inmolando en las aras de sus altares víctimas propiciatorias.

Vuestra religion no es, pues, como la nuestra, y me figuro que vuestros dioses deben ser sumamente bondadosos cuando no necesitan que padezcan algunos para dispensar beneficios á los demas.

—Tienes razon, contestó Hernan Cortés; ese Dios á quien nosotros adoramos detesta esos sacrificios estériles. No quiere víctimas. Pero no creas que somos inmortales.

—Y vuestro rey, ¿es inmortal?

—Tampoco; pero es el soberano más poderoso de la tierra; y ya lo es vuestro tambien, porque habiéndonos unido la paz, sois hermanos de los españoles y no podeis menos de obedecer á quienes ellos obedecen.

Las palabras del caudillo fueron escuchadas con la mayor atencion y recogimiento por Magiscatzin y los demas tlaxcaltecas.

Deseando iluminarlos poco á poco con la fe, Aguilar y el religioso fray Bartolomé de Olmedo les hablaron de las grandezas del cristianismo, dejándoles asombrados.

Hernan Cortés aprovechó el triunfo moral que acababa de obtener sobre ellos para aconsejarles que abjuraran de su religion y abrazasen el catolicismo.

Magiscatzin entónces dió una respuesta, que por lo original merece ser reproducida.

—No dudo, dijo, que el Dios á quien amais es grande, omni-

potente, superior á los nuestros. Pero segun yo creo, cada Dios tiene poder sobre el país de los que le adoran.

Aquí nos vemos asolados por los rayos y las tempestades.

Las avenidas destruyen nuestros campos.

La guerra diezma nuestros hermanos.

Para cada una de estas calamidades necesitamos un Dios.

No es posible que haya uno solo que cuide de tanto.

Fué de todo punto imposible hacerles variar de creencias en aquellos momentos.

Se manifestaban respetuosos con los españoles, y á cada momento preguntaban á Hernan Cortés:

—¿Nos defendereis de Moctezuma?

Este era en el fondo el verdadero motivo de las grandes atenciones que guardaban á los extranjeros. Otra súplica llena de candidez y de fervor hizo Magiscatzin á Hernan Cortés.

—No procures, le dijo, hacernos mudar de religion. Si se nos priva de ella, nuestros dioses inundarán nuestros campos, y las tempestades arrojarán sobre nosotros todo su furor.

—Con una condicion, exclamó Hernan Cortés, accederé á vuestros deseos.

—¿Cuál? Habla.

—La de que renunciéis á los sacrificios de sangre humana, sacrificios indignos que no podremos nunca consentir.

Los tlaxcaltecas se conformaron con esta condicion, y pusieron en libertad á los cautivos que tenian preparados para los sacrificios en las próximas festividades.

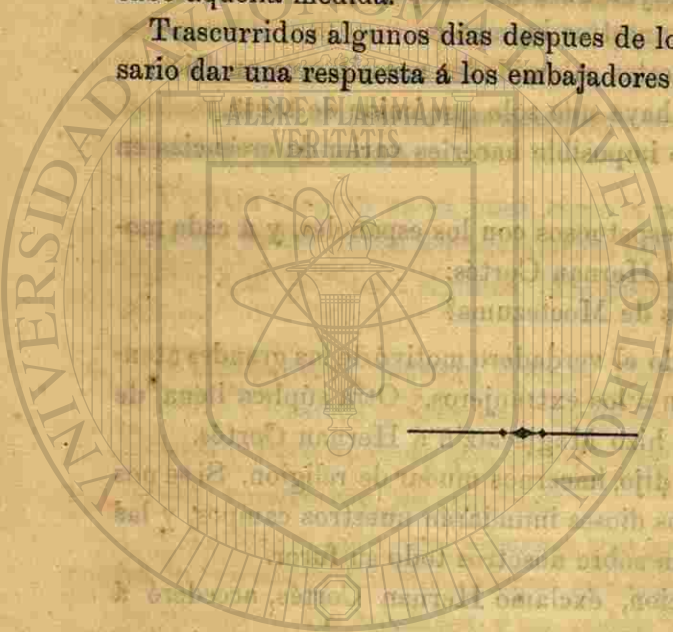
Estos cautivos solian estar ántes del dia señalado para su muerte encerrados en jaulas, en donde ¡horror causa hasta el decirlo! hasta los engordaban para que recreasen su vista en el festin que con sus miembros ensangrentados celebraran los tlaxcaltecas despues del sacrificio.

Hubo un momento en el que Hernan Cortés creyó que de-

beria repetir lo que habia hecho en Zempoala destruyendo los ídolos.

Pero el padre Bartolomé Olmedo le suplicó que no llevase á cabo aquella medida.

Trascurridos algunos dias despues de los festejos, fué necesario dar una respuesta á los embajadores de Moctezuma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI.

De necesidad virtud.



los dos ó tres dias de su estancia en Tlaxcala mandó llamar Hernan Cortés á los embajadores de Moctezuma, y les habló de esta manera:

—Tiempo es ya de que partais á manifestar á vuestro soberano todo cuanto habeis visto.

Decidle las instancias con que los tlaxcaltecas, despues de ser vencidos en reñidos combates, han querido el perdon y la paz.

Decidle la alegría que ha manifestado este pueblo al vernos llegar á sus muros.

Decidle, en fin, que si persisto en proseguir mi marcha para ir hasta su encuentro es más que por otra cosa para aprovechar la influencia que he logrado ejercer entre los tlaxcaltecas en beneficio suyo, consiguiendo que estos indómitos enemigos de su imperio le reconozcan y le acaten.

Los embajadores habian presenciado con profundo dolor, las entusiastas escenas con que los tlaxcaltecas habian festejado á sus dominadores.

No podian dudar un solo instante de su poder.

Tristes nuevas eran las que iban á llevar á Moctezuma.

Pero en medio del pesar que experimentaban en vista de los hechos que habian presenciado, la promesa de Hernan Cortés, su propósito de aprovechar el triunfo que habia obtenido en be-

beria repetir lo que habia hecho en Zempoala destruyendo los ídolos.

Pero el padre Bartolomé Olmedo le suplicó que no llevase á cabo aquella medida.

Trascurridos algunos dias despues de los festejos, fué necesario dar una respuesta á los embajadores de Moctezuma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI.

De necesidad virtud.



los dos ó tres dias de su estancia en Tlaxcala mandó llamar Hernan Cortés á los embajadores de Moctezuma, y les habló de esta manera:

—Tiempo es ya de que partais á manifestar á vuestro soberano todo cuanto habeis visto.

Decidle las instancias con que los tlaxcaltecas, despues de ser vencidos en reñidos combates, han querido el perdon y la paz.

Decidle la alegría que ha manifestado este pueblo al vernos llegar á sus muros.

Decidle, en fin, que si persisto en proseguir mi marcha para ir hasta su encuentro es más que por otra cosa para aprovechar la influencia que he logrado ejercer entre los tlaxcaltecas en beneficio suyo, consiguiendo que estos indómitos enemigos de su imperio le reconozcan y le acaten.

Los embajadores habian presenciado con profundo dolor, las entusiastas escenas con que los tlaxcaltecas habian festejado á sus dominadores.

No podian dudar un solo instante de su poder.

Tristes nuevas eran las que iban á llevar á Moctezuma.

Pero en medio del pesar que experimentaban en vista de los hechos que habian presenciado, la promesa de Hernan Cortés, su propósito de aprovechar el triunfo que habia obtenido en be-

neficio del emperador de México, eran un motivo de consuelo para el que al saber lo que ocurría había de entregarse á la más horrible desesperación.

Desde su salida del cuartel general en compañía de Hernan Cortés, hasta el momento en que el caudillo de los españoles les llevaba de nuevo á la presencia de su soberano, habían enviado muchos correos al emperador, participándole día por día todos los sucesos de que habían sido testigos.

Partieron, pues, á comunicar por sí mismos á Moctezuma las palabras de Hernan Cortés, y aunque despues de su marcha acaecieron sucesos importantes, preferimos referirlos despues á nuestros lectores, que desearán saber el efecto que produjeron en Moctezuma todos los que hemos narrado.

Aguardaba el emperador con ánsia noticias del movimiento de los españoles.

Las derrotas sufridas por los tlaxcaltecas le habían aterrorizado.

No podía ménos de creer que los españoles eran superiores á los indios, y casi semejantes á los dioses, toda vez que siendo tan escaso el número, peleaban con tanto vigor contra ejércitos formidables; y no solo peleaban, sino que vencían.

La derrota de los tlaxcaltecas, transmitida, no solamente á México, sino á todas las provincias más ó ménos apartadas del teatro de la guerra, había aumentado de una manera considerable el prestigio de los extranjeros.

No era posible destruirlos.

Moctezuma oyó poseído de la más viva desesperación, cuanto le refirieron acerca de las demostraciones de adhesión y obediencia que los tlaxcaltecas habían hecho á los extranjeros.

Casi al mismo tiempo, supo que tribus numerosas, que provincias enteras, no solo de las que siempre estaban en guerra con él, sino de las que le eran adictas y estaban sometidas á su yugo, acudían representadas por sus caciques y personas más

principales á Tlaxcala, para rendir homenaje á los vencedores, y hacerse tributarios en cambio de la paz.

No era posible emplear la fuerza contra los españoles.

No siendo posible, tampoco convenía despreciar los ofrecimientos que en favor del imperio hacía Hernan Cortés á Moctezuma; era verdad que hasta entónces todos habían acatado la voluntad del emperador.

Era verdad que hasta entónces nadie había podido penetrar en su ciudad.

Pero también lo era, que si arrojándose en brazos de la desesperación presentaba la guerra á los extranjeros, podía quedar aniquilado.

—Es imposible resistir su voluntad, pensó Moctezuma.

Y reuniendo á su consejo, le habló de esta manera:

—Los extranjeros han triunfado de los tlaxcaltecas.

Todo me hace creer que son seres superiores á nosotros, y han excitado mi curiosidad y mi admiración de tal modo, que estoy dispuesto á recibirlos y á aceptar la amistad que me ofrecen, si como espero, no intentan menoscabar en nada mi independencia.

Dignos son los que vencen con tantos bríos del aprecio de los mexicanos.

Voy á enviar una embajada para que les manifieste en mi nombre que accedo á sus deseos, y les franqueo el camino hasta mi morada; y al mismo tiempo daré las órdenes oportunas para que en todas las ciudades que atraviesen les dispensen afectuosa acogida.

Ante las eventualidades de la guerra, la determinación de Moctezuma fué aceptada con júbilo por los consejeros.

La nueva de su resolución no tardó en divulgarse.

Una viva curiosidad se despertó en todos los habitantes de México.

No hablaban nada más que de los extranjeros, y al ponderar

su grandeza, al exagerar su poderío, lo que ganaban en prestigio los extranjeros lo perdía á los ojos de sus habitantes aquel monarca, que hasta entónces habia sido, por decirlo así, la suprema voluntad de la nacion.

Despachó Moctezuma inmediatamente nuevos embajadores.

Les dió ordenes secretas, porque al tomar aquella determinacion, no obraba con lealtad.

Quería pedir á la astucia lo que la fuerza no podia otorgarle.

Partieron los emisarios, se detuvieron en Cholula, ciudad sagrada, de la que á su tiempo hablaremos.

Allí comunicaron las instrucciones que habian recibido del emperador, y se encaminaron en seguida á Tlaxcala, en donde ofreciendo á Hernan Cortés un nuevo y rico presente de Moctezuma le anunciaron que el emperador accedia á sus deseos y los esperaba con ansia, manifestándoles de paso que por orden suya les habian preparado alojamiento y toda clase de regalos en Cholula.

Los tlaxcaltecas se alarmaron al saber el objeto de aquella embajada, y las proposiciones de los enviados de Moctezuma.

Para entónces los españoles habian ganado á sus ojos mucho más que al llegar triunfantes á su ciudad.

Un suceso sencillo, pero extraordinario á sus ojos, habia centuplicado para ellos la grandeza de sus huéspedes.

Veamos lo que pasó.

Hernan Cortés miró en torno suyo, y vio á los indios que le rodeaban profundamente entristecidos.

—¿Qué os pasa, que tenéis? —
—¡Ay! exclamó Magiscatzin, las que vos es uno de los reyes que de vez en cuando nos mandan á la guerra.

CAPITULO VII.

—Es posible que un incendio os alarme de esa manera? —
—No es un incendio, las montañas que están á guisa de frentes de los volcanes de fuego y de humo, es el centro en donde venen los espíritus de la tierra.

Un volcan.



MAGISCATZIN visitaba á menudo á Hernan Cortés, y le acompañaban muchos de los personajes de la república, que se deleitaban en sus pláticas con el caudillo de los españoles y con sus capitanes.

Una tarde, hallábanse reunidos en sabrosa conversacion, cuando turbó su alegría la llegada de un butío, que dirigiéndose á Magiscatzin:

—El mónstruo, dijo, ha empezado á arrojar llamas y truenos sobre la tierra.

Casi al mismo tiempo se presentaron algunos soldados españoles, y anunciaron á Hernan Cortés y á los capitanes que á lo léjos se devisaba una gran humareda, como producida por una hoguera inmensa.

Salieron todos para ver aquel espectáculo.

En la cumbre de una montaña, á unas ocho ó diez leguas de distancia, habia un pico más elevado que los otros.

De él salia una densa nube de humo, que subia en línea recta hasta una gran altura.

De vez en cuando se divisaban, á través del humo, algunas llamaradas.

Era un volcan.

El famoso volcan de Popocatepetl.

Los tlaxcaltecas miraban aterrORIZADOS aquel prodigio.

Hernan Cortés miró en torno suyo, y vió á los indios que le rodeaban profundamente entristecidos.

—¿Qué os pasa, qué teneis?

—¡Ay! exclamó Magiscatzin. Eso que veis es uno de los castigos que de vez en cuando nos imponen los dioses.

—¿Es posible que un incendio os alarme de esa manera?

—No es un incendio. Esa montaña, que ahora aparece á nuestros ojos coronada de fuego y de humo, es el centro en donde yacen los espíritus de todos los tiranos de la tierra.

Las llamaradas que iluminan la densa nube, son las almas de los tiranos que salen á castigar á los culpables; y eso prueba además que nuestros dioses están indignados con nosotros y quieren castigarnos.

Hernan Cortés dirigió una mirada confidencial á sus capitanes, y sobre todo á fray Bartolomé de Olmedo.

—Crean en la inmortalidad del alma, dijo; el triunfo de nuestra religion sobre la suya es seguro.

Diego de Ordaz, que en vista de los triunfos que alcanzaba Hernan Cortés se manifestaba resuelto á olvidar los vínculos que le unian con Diego de Velazquez, para servir á su enemigo y participar con él de la honra y el provecho, obedeciendo á una idea que cruzó por su mente:

—Dadme licencia, dijo á Hernan Cortés, para ir á reconocer ese volcan.

Cuando supieron los tlaxcaltecas este deseo, su asombro no tuvo límites.

Profundamente aterrado:

—¿Qué es lo que intentais? exclamó Magiscatzin. Los guerreros más valientes de Tlaxcala solo se atreven á llegar hasta unos templos que para aplacar la furia de los dioses se han levantado en medio de la cuesta que conduce à esa montaña.

Desde el paraje en donde los templos se levantan, no hay, no ha habido nunca nadie que se atreva á avanzar, porque dicen

que los temblores de la tierra destruyen al mortal atrevido, y le atemorizan los bramidos con que la montaña se defiende de los que intentan descubrir su secreto.

—Razon de más, exclamó Hernan Cortés, para que uno de los nuestros vaya á informarse de lo que allí suceda y pueda revelárnoslo.

Esta formal resolucion fué el asombro de todos los habitantes de la ciudad.

El volcan arrojaba majestuosamente la abrasadora lava formada en sus entrañas. Diego de Ordaz, con dos soldados de su compañía, se dispuso á partir.

Los senadores, temiendo por su vida, hicieron que muchos de los indios principales les acompañasen hasta los templos, y les encargaron mucho que detuvieran allí á los españoles, evitando de este modo el que pudiesen.

La expedicion se llevó á cabo al dia siguiente de madrugada. El camino que conducia á la montaña era en extremo ameno. Frondosas arboledas abrian paso á los atrevidos viajeros.

Poco á poco iba empobreciéndose la vegetacion, y no tardaron los españoles en llegar á las regiones de la nieve.

Despues de andar más de cuatro horas, llegaron á los templos, pequeñas ermitas en donde habia ídolos que disfrutaban de gran influencia sobre el volcan.

Los tlaxcaltecas hicieron los mayores esfuerzos para que Diego de Ordaz y sus soldados se detuvieran.

Nada pudieron conseguir.

Los españoles dejaron poseidos de viva curiosidad á los tlaxcaltecas, y continuaron su ascension.

El trayecto fué más difícil.

A lo mejor tenian que bajarse y emplear las manos para no retroceder.

El terreno era movedizo.

A la media hora sintieron que la tierra se estremecía bajo sus plantas, y percibieron los bramidos del huracán.

De pronto arrojó este una gran cantidad de fuego envuelta en humo, y volvió á caer sobre los viajeros.

Estos tuvieron que guarecerse bajo unas rocas para no sufrir aquella nube de piedras y fuego.

Los dos soldados que acompañaban á Diego de Ordaz declararon que no proseguían adelante.

Trató de convencerles, y no pudo lograrlo.

Después de aguardar más de dos horas en aquel sitio que habían elegido para defenderse de la ardiente lava, notaron que la columna de humo iba empequeñeciéndose poco á poco, llegando hasta extinguirse.

Entonces se acercó Diego de Ordaz hasta el borde del volcan. Tenia cerca de un cuarto de legua de circunferencia.

La lava hervia en el fondo, produciendo un rumor espantoso.

Allí descubrió Ordaz gran cantidad de azufre, y este descubrimiento fué muy útil para los españoles cuando algun tiempo después se les acabaron las municiones de guerra.

Diego de Ordaz volvió á reunirse con los soldados, y no tardó en llegar donde estaban, llorándolos por muertos, los tlaxcaltecas.

Todos juntos descendieron á la ciudad, y fueron saludados con entusiastas aclamaciones; desde entonces se aumentó considerablemente el prestigio de los españoles.

—No hay duda, se decian unos á otros los tlaxcaltecas, son dioses, y tienen más poder que los nuestros, puesto que han hecho enmudecer con solo su presencia el mónstruo que tanto nos aterraba.

—¡Qué fortuna la nuestra por haber conseguido su amistad!

—Nuestros dioses se han apiadado al fin de nuestra suerte.

CAPITULO VIII.

Influencias y temores.



ERCA de un mes estuvieron los españoles en Tlaxcala.

En todo este tiempo aumentó su prestigio, y se extendieron sus relaciones.

De todas las tribus y provincias vecinas acudieron emisarios á rendir pleito-homenaje á los extranjeros, reconociendo por su soberano al emperador Carlos V.

Hernan Cortés mandaba tomar acta á los escribanos de estas declaraciones de los indios, porque queria presentar al monarca con todas las formalidades las conquistas que iba haciendo.

Llegó el momento de tomar una determinacion, y reunió Hernan Cortés en consejo á sus capitanes para acordar con ellos el rumbo que deberia tomar.

El valiente caudillo deseaba ir á Cholula.

Esta ciudad, ademas de ser sagrada por los infinitos templos que habia en ella, era la más adicta á Moctezuma, y tanto, que se alojaban sus tropas en ella á establecer su cuartel general cuando iban á llevar á cabo alguna de las muchas conquistas que para entretener sus ócios le encomendaba el emperador de México.

Aceptóse la proposicion de Hernan Cortés, y dió parte á Magiscatzin de su acuerdo.

El anciano senador se estremeció.

—No dirijais vuestros pasos hácia esa ciudad, dijo; guíaos por mi consejo, porque os quiero bien.

A la media hora sintieron que la tierra se estremecía bajo sus plantas, y percibieron los bramidos del huracán.

De pronto arrojó este una gran cantidad de fuego envuelta en humo, y volvió á caer sobre los viajeros.

Estos tuvieron que guarecerse bajo unas rocas para no sufrir aquella nube de piedras y fuego.

Los dos soldados que acompañaban á Diego de Ordaz declararon que no proseguían adelante.

Trató de convencerles, y no pudo lograrlo.

Después de aguardar más de dos horas en aquel sitio que habían elegido para defenderse de la ardiente lava, notaron que la columna de humo iba empequeñeciéndose poco á poco, llegando hasta extinguirse.

Entonces se acercó Diego de Ordaz hasta el borde del volcan. Tenía cerca de un cuarto de legua de circunferencia.

La lava hervía en el fondo, produciendo un rumor espantoso.

Allí descubrió Ordaz gran cantidad de azufre, y este descubrimiento fué muy útil para los españoles cuando algun tiempo después se les acabaron las municiones de guerra.

Diego de Ordaz volvió á reunirse con los soldados, y no tardó en llegar donde estaban, llorándolos por muertos, los tlaxcaltecas.

Todos juntos descendieron á la ciudad, y fueron saludados con entusiastas aclamaciones; desde entonces se aumentó considerablemente el prestigio de los españoles.

—No hay duda, se decían unos á otros los tlaxcaltecas, son dioses, y tienen más poder que los nuestros, puesto que han hecho enmudecer con solo su presencia el mónstruo que tanto nos aterraba.

—¡Qué fortuna la nuestra por haber conseguido su amistad!

—Nuestros dioses se han apiadado al fin de nuestra suerte.

CAPITULO VIII.

Influencias y temores.



ERCA de un mes estuvieron los españoles en Tlaxcala.

En todo este tiempo aumentó su prestigio, y se extendieron sus relaciones.

De todas las tribus y provincias vecinas acudieron emisarios á rendir pleito-homenaje á los extranjeros, reconociendo por su soberano al emperador Carlos V.

Hernan Cortés mandaba tomar acta á los escribanos de estas declaraciones de los indios, porque queria presentar al monarca con todas las formalidades las conquistas que iba haciendo.

Llegó el momento de tomar una determinacion, y reunió Hernan Cortés en consejo á sus capitanes para acordar con ellos el rumbo que deberia tomar.

El valiente caudillo deseaba ir á Cholula.

Esta ciudad, ademas de ser sagrada por los infinitos templos que habia en ella, era la más adicta á Moctezuma, y tanto, que se alojaban sus tropas en ella á establecer su cuartel general cuando iban á llevar á cabo alguna de las muchas conquistas que para entretener sus ócios le encomendaba el emperador de México.

Aceptóse la proposicion de Hernan Cortés, y dió parte á Magiscatzin de su acuerdo.

El anciano senador se estremeció.

—No dirijais vuestros pasos hácia esa ciudad, dijo; guíaos por mi consejo, porque os quiero bien.

En Cholula hay dioses cuyo poder es inmenso.

Yo no sé si el vuestro bastará á dominar el suyo.

Los prodigios que han obrado con los enemigos de los habitantes de Cholula, han sido tales, que hoy ningun viajero se atreve á poner la planta en la ciudad sin que ántes los sacerdotes consulten á los ídolos, y éstos accedan á ello.

Marchad á Guajonmigo. Es un país en donde no faltarán víveres, donde encontrareis la más benévola acogida.

Los embajadores de Moctezuma, contestó Hernan Cortés, me han asegurado que el emperador no se opone ya á recibirme. Me han anunciado además que ha dado orden para que me dispongan alojamiento en aquella ciudad.

Si no aceptase sus favores, si tomase otro camino atribuirían á debilidad, á miedo de mi parte, esta resolución. Yo no temo ni á Moctezuma ni á esos dioses que tanto pavor os infunden.

—¿Y no ves, añadió Magiscatzin, en las palabras que los embajadores del tirano os han hecho en su nombre, un lazo que os quieren tender?

—Poco me importa; energía y fuerza me sobran para contrarrestar sus planes, para castigar cualquier intriga.

—Sea en buen hora lo que quereis, añadió el senador; pero permitidme al ménos, ya que tan grande es el afecto que os profeso, que reuna todas las tropas con que puedo contar, y las prepare en vuestra defensa en el peligro que seguramente vais á correr.

—De ningun modo, contestó el caudillo de los españoles.

Agradezco en extremo el sacrificio que quereis hacer en obsequio nuestro, y no me opongo, si os empeñais en ello, á que tengais á vuestro ejército en pié de guerra para cualquier evento.

Pero yo os aseguro que no he de menester su socorro.

Si lo necesitara, para corresponder dignamente á vuestras ofertas, recurriría á vos ántes que á mí.

Dispuso Hernan Cortés los preparativos para el viaje.

Pero Magiscatzin, que no cesaba de temer que los españoles cayeran en algun lazo:

—¿No os extraña una cosa? le dijo un dia al caudillo.
—¿Cuál?

—Los caciques y los principales habitantes de las provincias, próximas han venido á saludaros. Han admirado vuestro valor; y sin embargo los de Cholula no les han imitado.

Esta observacion influyó poderosamente en el ánimo de Hernan Cortés.

Y aunque aparentó delante de Magiscatzin que nada le alarmaba la conducta de los de Cholula, la verdad es que mandó llamar á los embajadores de Moctezuma y les pidió cuenta de aquella omision.

Respondieronle que, en efecto, cometian un desacato no acudiendo á ponerse á sus órdenes; pero al mismo tiempo disculparon su conducta.

—Como los habitantes de la ciudad, le dijeron, viven entregados á continuas oraciones y apenas pueden salir de los muros de Cholula, no se han apresurado á cumplir su deber; pero es seguro que ántes de que partais de aquí lo cumplirán.

Acto continuo enviaron emisarios secretos para que de Cholula acudieran gentes á visitar á Hernan Cortés.

En efecto; dos dias despues se presentaron cuatro indios, humildemente ataviados, para obedecer las órdenes de los embajadores de Moctezuma.

Apenas supo Magiscatzin su llegada, fué á ver á Hernan Cortés, y le indicó que á juzgar por el atavío de los emisarios que iban desde Cholula á visitarle, no eran embajadores que merecian ser recibidos por él.

Persistió además en su anterior creencia de que se fraguaba alguna intriga fatal para los españoles.

Apénas entraron en Tlaxcala, los embajadores del emperador fueron á ver á Hernan Cortés.

—Ya os lo decíamos, exclamaron. Cholula envía emisarios á saludaros en su nombre.

Prevenido como estaba Hernan Cortés, lo dispuso todo para recibir con solemnidad á aquellos indios.

Al presentarse á él manifestó asombro é indignacion por la forma en que se presentaban á la presencia de muchos de los principales tlaxcaltecas, de sus capitanes y de los embajadores de Moctezuma, negándose á recibir á los de Cholula; y encarándose con los embajadores del emperador de México:

—Yo no puedo recibir á esos villanos, exclamó. Decidles que saben poco de urbanidad los caciques de Cholula, puesto que quieren evitar con un descuido una descortesía.

Humillados, se alejaron unos y otros, y Hernan Cortés dió la orden de partir para el dia siguiente.

Magiscatzin formó un numeroso cuerpo de ejército, porque estaba resuelto á defender con todas sus fuerzas á los españoles, y desconfiaba cada vez más de los cholulanos.

Los tlaxcaltecas querian hacer á Hernan Cortés una despedida digna del recibimiento que le habian dispensado.

Preparándolo todo con el mayor sigilo, le rogaron que ántes de ponerse en marcha fuera á la gran plaza del senado.

Allí estaban todos los magistrados de la república.

El ejército de los tlaxcaltecas se hallaba formado á su manera, y apénas se presentó Hernan Cortés los cabos ó capitanes de cada uno de los destacamentos que formaban se acercaron al caudillo y le dijeron:

—En nombre de la república venimos á ponernos bajo tus órdenes y á seguir tu bandera, no solo hasta Cholula, sino hasta México, en donde los magistrados de Tlaxcala creen que puede verse en peligro vuestra vida.

Resueltos estamos á morir por vos.

Hernan Cortés fijó sus ojos en aquellas tropas. Constaban de más de seis mil hombres.

Todos los indios eran jóvenes, y la energía y el valor se revelaba en su rostro.

El golpe de vista que ofrecia aquella masa de soldados era bellísima.

Cada capitán mandaba cincuenta ó sesenta hombres, y se distinguian los de cada compañía por el color de los penachos con que adornaban su frente.

Al lado de cada capitán iba un indio que llevaba en una especie de lanza las insignias de la compañía.

Las insignias eran águilas, leones y otras fieras, con signos ininteligibles para los espoñoles; pero que constituian, por decirlo así, la historia de las proezas que habian ejecutado los soldados que formaban las compañías ó batallones.

Hernan Cortés se esforzó mucho en rechazar aquel ofrecimiento.

Magiscatzin y los demas senadores insistieron por su parte en lo que aceptase.

—Puesto que os empeñais, admitiré vuestra ayuda con una condicion.

Hernan Cortés que no olvidaba ninguno de los cabos de su proyecto, aprovechó aquella circunstancia para obtener de los tlaxcaltecas una concesion que podia estrechar más y más los lazos que con ellos le ligaban.

Por orden suya, el mismo dia de su llegada á Tlaxcala, en la entrada de la ciudad se enclavó una cruz de madera.

Hernan Cortés consiguió que los magistrados de la república le asegurasen que se respetaria aquel signo de religion de los espoñoles.

—La condicion que os exijo, añadió, es que se ha de conservar esa cruz; porque no lo dudeis, es la que ha de salvar á

todos, lo mismo á nosotros que á vosotros, de todo género de desventuras.

Prometieron obedecer su voluntad los tlaxcaltecas, y Hernan Cortés, ántes de despedirse, fué con todas sus tropas, con los senadores y gran parte del pueblo de Tlaxcala, al paraje en donde estaba la cruz.

Los historiadores más acreditados refieren un suceso extraordinario que tuvo lugar en aquel momento.

El cielo estaba despejado, trasparente, diáfano.

Solo á lo léjos se divisaba una nube blanquecina.

Hernan Cortés al llegar delante de la cruz se postró de hinojos y todos los que le acompañaban.

La nube fué bajando poco à poco, hasta que en forma de columna se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz.

«Salía de la nube un género de resplandor, dice Solís, que infundía veneraciony no se mezclaba á las tinieblas de la noche.

«Los indios se aterrorizaron al principio, comprendiendo el prodigio pero sin comprender el misterio.

La nube continuó más de cuatro años en el mismo sitio donde la dejó Hernan Cortés, todo el tiempo que tardaron en convertirse al cristianismo los tlaxcaltecas, y produjo en ellos tal efecto, que aseguraban que en el seno de la nube existia una ciudad protectora de los españoles, y protectora de ellos mismos mientras eran leales á la amistad que les habian jurado.

Admirados Hernan Cortés y los españoles de aquel prodigio, cobraron nueva fe y se pusieron en marcha hácia Cholula.

CAPITULO IX.

Camino de Cholula.

QUESTABA la ciudad de Cholula cinco leguas de la de Tlaxcala.

El ejército de Hernan Cortés, atravesando risueños campos, llegó hasta las orillas de un rio á la caída de la tarde.

Cuatro leguas habian andado los españoles, y no les quedaba más que una para llegar á la ciudad.

Hernan Cortés dispuso que no se vadease el rio hasta el dia siguiente, porque dado los recelos que abrigaba respecto á la sinceridad de los de Cholula, le convenia entrar á la luz del sol en sus dominios.

Pero no bien habia dado orden para que se estableciesen las tiendas de campaña y se improvisase el cuartel general, cuando acudió un indio zempoal de los que formaban su servidumbre á manifestarle que nuevos y distinguidos embajadores de Cholula deseaban saludarle.

Presentáronse, en efecto, ante él seis indios, lujosamente ataviados y seguidos de una inmensa servidumbre.

Algunos tamenes conducian, como regalos al jefe de los españoles, gran cantidad de víveres.

—Habreis extrañado, gran señor, dijo uno de los embajadores á Hernan Cortés, que la ciudad de Cholula no haya enviado á saluvaros embajadores de jerarquía como la nuestra.

No ha sido falta de consideracion, no ha sido olvido.

Pero los cholulanos de nuestro linaje no pueden sin menos cabo de su honra, penetrar en Tlaxcala, ciudad hostil á nuestro gran emperador Moctezuma, y por lo tanto en guerra siempre con nosotros.

Este ha sido el motivo de nuestra falta, que nos apresuramos á salvar, viniendo á ofreceros en nombre de Cholula el homenaje de su admiracion y su aprecio.

Dióse por satisfecho Hernan Cortés con estas explicaciones, y aceptó el regalo.

—Gran pena causará en nuestra ciudad, dijo el mismo embajador que habia usado de la palabra, no veros llegar esta noche cuando os esperaba regocijado con esa idea.

Haced un esfuerzo, señor, y encaminaos con vuestras tropas adonde os aguarda alojamiento y una acogida de las más carifiosas.

—Estimo el agasajo, contestó Hernan Cortés, pero mis tropas están cansadas, y aunque mi deseo seria complaceros, mi deber es atender á su cansancio.

En vista de esta resolucion, se alejaron los embajadores, anunciando al caudillo que al dia siguiente muy temprano saldrían á recibirle las personas más distinguidas de Cholula.

Por lo que pudiera suceder, tomó Hernan Cortés sus precauciones, y los centinelas que colocó diestramente velaron el sueño de sus compañeros.

En la madrugada vadearon todos el rio y se dirigieron á Cholula.

Ya divisaban las torres ó minaretes de la ciudad, y nadie salía á su encuentro.

Los jefes de las tropas tlaxcaltecas no ocultaron á Hernan Cortés el temor que abrigaban de verse sorprendidos por una emboscada.

Por lo que pudiera suceder, se preparó á resistir cualquier golpe de mano.

Afortunadamente, un cuarto de hora despues se presentó á su vista con gran pompa una numerosa embajada.

Los caciques principales, los butios y gran número de cholulanos desarmados, se presentaron á Hernan Cortés.

Grandes demostraciones de amistad hicieron los de Cholula á los españoles. En lo más entusiasta de su salutación, descubrieron á los tlaxcaltecas, y su fisonomía cambió de aspecto.

Los cholulanos que acompañaban á la embajada no pudieron contener su indignacion.

En presencia de aquella actitud, Marina se encargó de interrogar á los caciques acerca del descontento que manifestaban sus vasallos.

—Les indigna, contestó uno de los caciques, ver al lado de los españoles los tlaxcaltecas, sus enemigos.

No es posible consentirles que entren con armas en la ciudad.

Surgió, pues, este conflicto que era necesario salvar á toda costa.

Hernan Cortés no podia desairar á sus auxiliares, ni aparecer como que cedía ante los cholulanos. Pero necesitaba á toda costa evitar una lucha en aquellos instantes.

—No ha sido nunca mi ánimo, dijo á los caciques de Cholula, molestaros con la presencia de vuestros enemigos; y no lo ha sido porque vengo deseoso de brindaros la paz que deseais; que de otro modo no hubiera necesitado vuestra venia para llevar en mi compañía á los de Tlaxcala.

Al mismo tiempo Marina, aleccionada por él, decía á los de Tlaxcala.

—Los cholulanos os temen.

Permaneced en los alrededores de la ciudad, que Hernan Cortés os llamará en cuanto necesite de vuestra ayuda.

Satisfecho el amor propio de éstos, contribuyeron con su obediencia á evitar el conflicto.

Los de Cholula guiaron á la ciudad á los españoles.

CAPITULO X.

La ciudad santa.

CHOLULA era, como hemos dicho ya anteriormente, una ciudad sagrada.

Habitábanle en su mayor parte butios ó sacerdotes, continuamente ocupados en sacrificar víctimas en aras de los dioses.

De todas partes del imperio acudían á aquella ciudad en peregrinación los devotos, y puede decirse que no había allí más vida que la religiosa.

Los butios de Cholula eran los verdaderos jefes que mantenían íntimas relaciones con el emperador de México, quien á su vez les otorgaba privilegios que no gozaban ni aun muchos de sus consejeros, ni aun muchos de los magnates que le rodeaban.

Seguro de la fidelidad de los cholulanos, seguro de que los butios tendrían bastante habilidad para tender un lazo á los españoles, les confió secretamente la misión de desembarazarle de aquellos enemigos.

Los de Tlaxcala no se habían equivocado al juzgar á los de Cholula.

Hernán Cortés, advertido por Magiscatzin, y dominado por el presentimiento del mal, notaba en los embajadores de Motezuma una secreta alegría, que se aumentaba á medida que los españoles se acercaban á la ciudad sagrada.

Conducidos á ella, fueron espléndidamente alojados.

La ciudad presentaba un aspecto deslumbrador.

Sus calles eran anchas, rectas.

Sus edificios espaciosos, elevados y construidos con verdadero lujo y riqueza.

Era la ciudad infinitamente superior á la de Tlaxcala.

Habían destinado á sus huéspedes tres casas espaciosas, que se hallaban en una calle y se comunicaban entre sí.

En ellas se alojaron los españoles y los zempoales.

Hernán Cortés, aprovechando la situación del local, organizó su gente de manera que pudiera resistir cualquiera tentativa de ataque.

En los alrededores de la población establecieron su cuartel los tlaxcaltecas, y Hernán Cortés les mandó, para que no fueran víctimas de alguna sorpresa, que tuvieran durante la noche centinelas que pudieran avisarles en cualquier peligro.

El recibimiento que se hizo á los españoles en Cholula, fué al parecer tan entusiasta como el que los tlaxcaltecas les dispensaron.

Los caciques, los butios, los jefes de las familias más distinguidas de la población, acudieron á visitar á Hernán Cortés y le colmaron de agasajos, lo mismo que á sus capitanes.

Al mismo tiempo procuraban familiarizarse con ellos.

El pueblo mismo acudía á los alrededores de la morada de los forasteros, los observaba con curiosidad, y aunque en la apariencia se mostraba amigo de ellos, no podía ocultar que obedecía á una consigna.

Dos ó tres días fueron los españoles objeto de los mayores obsequios.

Poco á poco fué entibiándose el entusiasmo de los cholulanos.

Acortaron las raciones que daban á los españoles, y todo demostraba que meditaban algo contra ellos.

Marina se multiplicaba para librar á Hernán Cortés y á los

españoles, á quienes ella llamaba sus hermanos, de cualquier riesgo.

Por ella supo que los embajadores de Moctezuma celebraban misteriosas entrevistas con los butios.

Por ella supo que continuamente iban y venían correos, llevando noticias á Moctezuma, y transmitiendo sus instrucciones.

Hubo un momento en el que Marina no dudó de que se urdía un plan infernal contra los españoles.

Resuelta á sacrificarlo todo por salvarlos, no tardó en encontrar una ocasion de averiguar por completo la verdad.

Habia extrañado mucho á los cholulanos ver en la compañía de Hernan Cortés á Marina.

Una india, reputada en la ciudad como á mujer de privilegiado talento, de palabra persuasiva, de singular penetracion, recibió el encargo de sondear á Marina.

Alabahba, que este era el nombre de la doctora, pretextando que queria agasajar á Marina por el aprecio que de ella hacian los españoles, la suplicó que fuese á su morada.

Marina, sin consultar á Hernan Cortés, acudió á aquel llamamiento.

Apénas se vieron solas aquellas dos mujeres, entablaron un diálogo, del que no queremos privar á nuestros lectores.

—He oido hacer tan grandes elogios de tu hermosura, le dijo Alabahba, que he querido conocerte y agasajarte.

—Yo te lo agradezco, contestó Marina. ¡Llevo ya tantos años de esclavitud!

Esta exclamacion sorprendió á la interlocutora.

—Me extrañan tus palabras, dijo. He oido asegurar que profesas un gran aprecio á los españoles.

—La emocion me ahoga, dijo Marina; si yo pudiera hablar....

—Habla.

—Es que tengo miedo.

—Miedo, ¿de quién?

—¿De ellos?

—¿De los extranjeros?

—¡Ah! Sí; si supieras.

—Explicáte.

—Tú eres buena. Leo en tus ojos la piedad, y quiero comunicarte mis penas, abrirte mi corazón.

Alabahba se dispuso á escuchar con la mayor atencion á Marina.

—¿Crees, dijo Marina, que por mi voluntad estoy al lado de los extranjeros?

—Sí tal.

—¿Segun eso, presumes que se renuncia tan fácilmente á la patria, á la religion, á todo lo que se ama en el mundo?

—Aseguran que has prestado grandes servicios á los extranjeros, que eres su intérprete, su guía.

—Soy su prisionera, soy su esclava, y esta esclavitud desgarró mi corazón.

—No mientas, Marina.

—No; soy desgraciada. Esos hombres me han arrancado del seno de mi familia, me han hecho abandonar mi hogar, y ya habria muerto si no hubiese jurado vengarme de los españoles.

—Abandónalos.

—Es imposible.

He aprendido por desgracia á hablar su idioma, me necesitan, y me buscarian por todas partes si me alejase de su lado.

—Poco puede importarte si encuentras defensores.

—¿Y quién me apoyará?

Alabahba miró en torno suyo con recelo.

—Todos los habitantes de Cholula, le dijo, lucharán.

—Los españoles con ellos.

—¿Y qué importa? exclamó con vehemencia Alabahba. Los cholulanos les vencerán.

—Son fuertes; yo los he visto pelear con los de Tlaxcala, con los zempoales, con los de Tabasco, y vencer siempre. —

—Ahora no vencerán, dijo con secreta alegría Alabahba. ¿Quieres ser libre?

—Sí, á toda costa.

—Pues bien; ahora abandónalos para siempre.

Ven á mi lado.

Yo te ocultaré en mi morada.

Aunque te busquen no te encontrarán; y te aseguro que si accedes á mis deseos, podrás sernos aún útil, porque ya conoces á esos hombres, y el mismo emperador Moctezuma premiará tus servicios.

—¡Ah! ¡No me engañes, por piedad! dijo Marina.

—Vuelve ahora adonde están los españoles para que no sospechen que soy yo quien te ofrece un asilo.

Pero mañana, sin decirles á dónde vas, huyes de su lado, y vienes á refugiarte aquí.

—Te aseguro que así lo haré, aunque me cueste la vida.

Es preferible la muerte mil veces á la esclavitud.

Marina partió y aquella noche habló con Hernan Cortés.

A la mañana siguiente acudió á cumplir la promesa que habia hecho á Alabahba.

—Marina ha desaparecido, se dijeron unos á otros los españoles.

Esta noticia consternó á muchos, y preparó á los más confiados á la pelea.

No dudaron desde entónces de que se conspiraba contra ellos, y que Marina habia sido sobornada por sus enemigos para que facilitase el logro de sus fines.

CAPITULO XI.

Al maestro cuchillada.



ALABAHBA desconfió algun tiempo de Marina cuando la vió alejarse de su lado.

Pero al volver á verla al dia siguiente muy temprano, al notar las demostraciones de cariño que le hacia la jóven y las palabras de agradecimiento que pronunciaba por haberle facilitado los medios de desprenderse del ominoso yugo que habian arrojado sobre ella los españoles, la india creyó de buena fe en sus protestas, y experimentó una inmensa alegría.

Hasta entónces habia sido Marina el intérprete entre los extranjeros y los indios.

Algunos de los expedicionarios conocian el idioma de los indios; pero no lo suficiente para entenderse con ellos.

Privar á los españoles de Marina, era darles lugar á una gran pérdida.

Marina se arrojó en los brazos de Alabahba.

—Mentira me parece, la dijo, la fortuna que nuestros ídolos me han deparado al traerme á tu compañía.

Mis esperanzas estaban muertas, y tú las has reanimado.

No veia en torno mio más que á la muerte, y me has dado la vida.

Sombras oscuras cercaban mis horizontes, y luz resplandece en ellos con las promesas que me has hecho.

—No lo dudes, contestó Alabahba, el emperador Moctezuma

sabrá pagar el servicio que le has hecho; pero es preciso que ayudes á destruir á los extranjeros.

—No es otro mi deseo.

—Tú los conoces bien.

—¡Oh! Mucho.

—Nos dirás las causas de su poderío.

—Sus armas y sus caballos.

—¿Y no habria medio de arrebatarles esas armas por medio de una sorpresa?

—Imposible; no las separan nunca de su lado. Por otra parte, llevan en el cuerpo unas planchas de hierro, en donde se embotan las flechas de sus enemigos.

—¿De manera que tú crees que son invulnerables?

—Por la fuerza sí; por la astucia no.

—¿Dudan de los cholulanos?

—¡Oh! No.

—No temen ninguna emboscada?

—Ninguna.

He oido decir al jefe de los españoles que le inspiraban mucha más confianza los de Cholula que los de Tlaxcala, porque al fin y al cabo esta ciudad es muy religiosa, y no es de esperar que los que tan religiosos son cometan una accion indigna.

Una infernal alegría brilló en el rostro de Alabahba.

—Si hubiera un medio, prosiguió Marina, de sorprenderlos, separarlos.....

¡Oh! ¡Cuánto siento yo no poder en esta ocasion tener la fuerza de un otomí y la inteligencia de un butio!

Si estas dos cualidades me adornasen, yo sola me atrevería á destruir á los españoles.

—No temas, añadió Alabahba; los destruiremos.

—¿Habeis pensado algo?

—Sí todo está preparado para ese golpe.

—¡Oh! ¡Qué alegría!

Dime, dime qué habeis hecho..... Que yo lo sepa para gozarme en vuestra obra.

—Mañana no verán el sol los extranjeros.

—¿Tan adelantada está la conjuracion?

—Todo está preparado.

Moctezuma, que es sagaz, ha enviado veinte mil hombres, que están muy cerca.

La mitad de ellos han entrado poco á poco, y por distintos lados, en la poblacion, disfrazados todos, y ocupan la mayor parte de las casas próximas al albergue de los extranjeros.

Ellos han traído armas para los de Cholula.

A estas horas las afilan en el interior del hogar, y á la señal convenida caerán sobre los españoles.

—¡Bien, Bien! exclamó Marina, fingiendo un entusiasmo vehemente. Que no quede uno solo.

—No, eso no; nuestro gran emperador desea á toda costa ver á esos hombres de que tantas maravillas se cuentan.

Una verdadera curiosidad se ha despertado en su alma y quiere que conservemos unos cuantos españoles para llevárselos á su presencia.

—¿Y á quién piensa dejar con vida? ¡á sus jefes?

—A sus jefes no; ellos son nuestros mayores enemigos. Todos quedarán muertos.

Algunos de los soldados.

—¿Y los zempoales?

—Morirán como ellos.

—¿Y los tlaxcaltecas?

—Los tlaxcaltecas.

¡Oh! Esos que han desafiado nuestras iras, esos que amparados por los extranjeros se atrevieron á luchar con nosotros, perecerán todos inmolados en aras de nuestros dioses.

—¿No crees que llamarán los soldados de Moctezuma á los cholulanos en el momento decisivo? dijo Marina.

—No; Moctezuma, que no se olvida de nada, que conoce á sus vasallos mejor que à nadie, ha enviado hace poco un ídolo de oro para ofrecérsele como presea á sus vasallos triunfantes.

El ídolo está en uno de los adoratorios más retirados.

Estos días han ido á verle uno á uno todos los cholulanos.

Poseer ese tesoro es la suprema felicidad, y por conseguirlo verterán su última gota de sangre.

Mañana, cuando el sol llegue al sitio donde está ahora, las calles de Cholula serán ríos de sangre, y las cabezas de los extranjeros y de sus auxiliares adornarán la entrada del templo del Dios de la guerra.

—¿Y los caciques?

—Estando ya todo preparado, muchos de ellos han ido á ponerse al frente de las tropas que entraron en la ciudad para dar el golpe. Otros han ido á noticiar á Moctezuma lo que han hecho en vista de sus órdenes.

—Ten presente, añadió Marina, que los españoles duermen armados, que tienen centinelas y que por muy precipitadamente que caigan sobre ellos nuestros hermanos, se defenderán.

—¿Qué importa! Los butios han sido consultados, los augures también, y todos dicen que ha llegado la hora de su exterminación.

En este diálogo les sorprendió un siervo de Alabahba. Habló con él, y poco despues dijo la india á Marina:

—Han venido á contarme que los españoles están muy agitados, y preguntan por tí á todos los indios.

—Todo lo comprendo, dijo Marina. El deseo de verme libre me ha hecho precipitarme. Van á creer, sino me presento á ellos, ó que he resuelto hacerles traición, ó que los de Cholula me han aprisionado. Esto puede malograr nuestra empresa.

—Es cierto, exclamó Alabahba en medio de la mayor desesperación.

—No temas, dijo de pronto Marina; ¿se da mañana el golpe?

—Mañana al amanecer.

—Pues bien voy á hacer que no se malogre.

—¿Qué intentas?

—Volver al lado de los extranjeros.

—¿Y si te castigan?

—No temas. Cuando vuelvan à verme, me preguntarán dónde he estado. Yo les diré que he querido averiguar cuáles eran las intenciones de vosotros; les tranquilizaré, volveré á inspirarles la confianza que hoy sienten, y al anochecer, cuando los vea entregarse al sueño, volveré á tu casa y partiremos, porque entonces es preciso á toda costa que yo me libre de su furor.

—Sí, sí, tienes razon; es lo mejor que puede hacerse.

—Sin falta.

—¿Y partiremos?

—Partiremos despues de haberlos destruido, para ir á México, donde nos aguarda Moctezuma.

—Adios, y que el astro de la noche sea propicio á nuestros planes.

—Marina habia logrado su objeto.

Acto contínuo fué al hospedaje de los españoles.

Su presencia calmó las dudas.

A las preguntas que le hicieron, respondió, asegurando que por nada del mundo faltaria á su lealtad.

Despues de tranquilizar el ánimo de los españoles, buscó á Hernan Cortés.

En breves palabras le refirió la trama que habia descubierto.

Casi al mismo tiempo llegaron cautelosamente hasta el cuartel general dos tlaxcaltecas, y Hernan Cortés los recibió enseguida, porque anunciaban que llevaban noticias importantes.

—Estad alerta, le dijeron. Desde el paraje donde nos hemos guarecido, hemos observado que casi todos los habitantes de Cholula abandonan la ciudad, se llevan á sus mujeres y á sus

hijos, y no dejan tampoco ni sus adornos, ni sus armas, ni aun víveres.

Todo esto quiere decir que se proyecta una traición.

Mientras recibía estas alarmantes noticias Hernan Cortés, en el templo mayor de la ciudad se ejecutaba una ceremonia horrible.

Diez niños de ambos sexos eran sacrificados en las aras de uno de los dioses para que estuvieran propicios y concedieran el triunfo de los cholulanos.

No tardaron tampoco en llegar algunos zempoales, los cuales habían observado que en las calles de la ciudad se preparaban grupos como para fortificar las entradas de algunas de las calles, síntomas todos que anunciaban un próximo rompimiento.

A pesar de todo, no quería acabar de convencerse Hernan Cortés de que los de Cholula fueran capaces de cometer tan negra traición, después del ascendiente que habían cobrado los españoles a sus ojos, y cuando sabían que eran sus aliados, no solo los tlaxcaltecas, sino los zempoales.

Por lo que pudiera suceder, tomó sus precauciones.

CAPITULO XII.

A grandes males, grandes remedios.



ARINA, dijo Hernan Cortés a la joven india cuando estuvieron solos, con nada del mundo podría pagar las pruebas de cariño que me dispensas.

Sé que al amarte como te amo faltó a mis deberes; pero ¿por qué razón te he hallado en mi camino?

¿Por qué pareces la estrella que me guía al triunfo y a la gloria?

¡Que Dios me perdone el amor que te tengo!

—Ese amor es mi vida, dijo Marina; pero olvidemos ante el peligro las dichas que me ofrece.

—Es necesario que yo averigüe la verdad, dijo Hernan Cortés.

—Alabaha no me ha engañado.

—Quiero oírlo de sus labios.

—¿Qué intentas hacer?

—A prisionarla.

—Imposible; si se supiera en la ciudad que habíais llevado a cabo esa determinación, ó apresurarían el golpe los que están preparados, ó desistirían de él, y no tendríamos motivo para castigarlos.

—Es necesario que esa mujer se halle en mi poder dentro de breve tiempo.

—Oye un medio de realizar tu plan.

—Habla.

—Yo le diré que venga al anochecer, porque de lo contrario,

hijos, y no dejan tampoco ni sus adornos, ni sus armas, ni aun víveres.

Todo esto quiere decir que se proyecta una traición.

Mientras recibía estas alarmantes noticias Hernan Cortés, en el templo mayor de la ciudad se ejecutaba una ceremonia horrible.

Diez niños de ambos sexos eran sacrificados en las aras de uno de los dioses para que estuvieran propicios y concedieran el triunfo de los cholulanos.

No tardaron tampoco en llegar algunos zempoales, los cuales habían observado que en las calles de la ciudad se preparaban grupos como para fortificar las entradas de algunas de las calles, síntomas todos que anunciaban un próximo rompimiento.

A pesar de todo, no quería acabar de convencerse Hernan Cortés de que los de Cholula fueran capaces de cometer tan negra traición, después del ascendiente que habían cobrado los españoles a sus ojos, y cuando sabían que eran sus aliados, no solo los tlaxcaltecas, sino los zempoales.

Por lo que pudiera suceder, tomó sus precauciones.

CAPITULO XII.

A grandes males, grandes remedios.



ARINA, dijo Hernan Cortés a la joven india cuando estuvieron solos, con nada del mundo podría pagar las pruebas de cariño que me dispensas.

Sé que al amarte como te amo faltó a mis deberes; pero ¿por qué razón te he hallado en mi camino?

¿Por qué pareces la estrella que me guía al triunfo y a la gloria?

¡Que Dios me perdone el amor que te tengo!

—Ese amor es mi vida, dijo Marina; pero olvidemos ante el peligro las dichas que me ofrece.

—Es necesario que yo averigüe la verdad, dijo Hernan Cortés.

—Alabaha no me ha engañado.

—Quiero oírlo de sus labios.

—¿Qué intentas hacer?

—A prisionarla.

—Imposible; si se supiera en la ciudad que habíais llevado a cabo esa determinación, ó apresurarían el golpe los que están preparados, ó desistirían de él, y no tendríamos motivo para castigarlos.

—Es necesario que esa mujer se halle en mi poder dentro de breve tiempo.

—Oye un medio de realizar tu plan.

—Habla.

—Yo le diré que venga al anochecer, porque de lo contrario,

no me dejarás ir en su compañía. Le aseguraré de paso que no abrigas ningún recelo; vendrá, y entonces. . . .

—Basta; tu proyecto me parece excelente.

Cuando empezaba á anoecer se presentó Alabahba en el cuartel general de los españoles.

Marina quiso verla.

La india preguntó por la jóven.

Acto continuo fué conducida á la presencia de Hernan Cortés.

—¿Y Marina? le preguntó Alabahba.

—Ha desaparecido, y me consta que tú tienes la culpa de ello.

—¿Yo?

—Sí; tú que eres una miserable, digna de todo el castigo que se impone á los traidores.

Alabahba quiso retroceder.

A una órden de Hernan Cortés varios soldados que estaban prevenidos se apoderaron de ella.

Inmediatamente la pusieron una mordaza.

Conducida de aquel modo á un calabozo, Aguilar, en nombre de Hernan Cortés la pidió que declarase la verdad de todo lo que sucedía, asegurándole que si no decía la verdad, permanecería siempre en aquella prision.

Ante el miedo declaró Alabahba.

No habia duda

Los cholulanos preparaban una sorpresa, que podia ser terrible para los españoles.

Era necesario tomar precauciones.

Alabahba quedó aprisionada.

Hernan Cortés envió dos zempoales con un destacamento de españoles para que llamasen al gran butio de Cholula, mandándole que inmediatamente se presentase á su vista.

Asimismo dispuso que todos los que habian tomado parte en el sacrificio de los diez niños fueran llevados al cuartel general.

Para no infundir sospechas, acudieron á su llamamiento los butios.

Estos ignoraban las relaciones que existian entre Marina y Alabahba.

Creian, por lo tanto, que nadie conocia su secreto.

Hernan Cortés los separó, encerrándoles á cada uno en una habitacion.

Por medio de Aguilar, auxiliado por algunos soldados, fué diciendo á los butios lo que sabia acerca de sus planes.

Estos quedaron confusos.

¿Quién era aquel hombre que habia podido penetrar su misterioso secreto?

Ante las amenazas de Hernan Cortés el gran butio cayendo de hinojos:

—Todo eso es cierto, exclamó; pero no nos culpeis á nosotros, no culpeis á la ciudad de Cholula.

El verdadero culpable es Moctezuma; nosotros no hemos hecho más que obedecer sus órdenes.

De cualquier modo, contestó Hernan Cortés, quedais en mi poder, y ¡ay! de vosotros si empleais algun medio para decir dónde os hallais.

Acto continuo encargó á Pedro de Alvarado que vigilase de cerca á los embajadores de Moctezuma, para que no salieran del palacio ni se comunicasen con ningún cholulano.

Tomadas estas medidas, llamó á sus capitanes.

Les refirió lo que pasaba, y les demostró la necesidad de salir al encuentro de los conspiradores para darles un castigo ejemplar.

—De este modo salvaremos nuestras vidas y aumentaremos un nuevo triunfo á los muchos que hemos conseguido. Estad alerta todos, y á la primera señal mia, disponeos á ser ejecutores del castigo.

Arregladas así las cosas, llamó á los caciques que gobernaban la ciudad, y cuando estuvieron en su presencia:

—Voy á partir mañana, les dijo; necesito que me proporcioneis víveres, y que pongais á mis órdenes dos mil cholulanos como han hecho las ciudades de Zempoala y de Tlaxcala.

Esta última petición les agradó en extremo.

So pretexto de poner á sus órdenes los cholulanos, podían ingerir en sus fuerzas dos mil soldados de los de Moctezuma, y esto servía grandemente á sus planes.

Hernan Cortés les pedía aquella gente para dividir las fuerzas con que contaban, y asegurar mejor el triunfo.

Ofrecieronle, pues, acceder á sus deseos, y se retiraron para cumplir su mandato.

Hernan Cortés, que no perdía un solo instante, envió orden á los tlaxcaltecas para que estuviesen prevenidos, y para que al romper el alba se acercaran poco á poco á la población.

A los zempoales y á los españoles que estaban á su lado, les mandó pasar la noche en vela y perfectamente armados, para poder resistir cualquiera tentativa.

Aun no serían las ocho de la noche, cuando tomadas todas las precauciones, mandó cerrar las puertas de las tres casas que componían el recinto de su morada, distribuyó los centinelas y llamó á los embajadores de Moctezuma.

—Os he llamado, les dijo, porque he descubierto una infame traición que quieren atribuir á vuestro monarca; y como yo no doy crédito á semejante calumnia, deseo preveniros contra ella.

—¿Qué sucede? preguntaron los embajadores, aparentando ignorancia y sorpresa.

—Los de Cholula han concertado el modo de caer esta madrugada sobre nosotros para destruirnos.

—No puede ser, exclamó uno de los embajadores.

—Esa es una infame calumnia, añadió otro.

—Los cholulanos son leales á Moctezuma, añadió el tercero,

y nuestro emperador no puede consentir que se trate de ese modo á sus amigos, á sus aliados.

—En efecto, dijo Hernan Cortés; esa traición es inicua, y no es posible cometerla después de haber brindado la paz.

Sería un ultraje demasiado grande á mi rey, y entonces, olvidándome de lo que á todos debo, hasta del mismo Moctezuma, abandonaría esta morada, saldría á pelear con los enemigos, y los destruiría á sangre y fuego.

—Será sin duda una patraña.

—Tengo en mi poder á algunos butios, á Alabahba, y todos han confesado que es verdad cuanto os digo.

Esta declaración consternó á los embajadores.

—Pero al mismo tiempo, prosiguió Hernan Cortés, aseguran que al obrar de esta manera los cholulanos obedecen las órdenes del emperador. Yo no creo semejante indignidad en un príncipe tan poderoso.

Por esta razón, estoy resuelto á exigir una satisfacción á los de Cholula por la ofensa que nos han inferido.

Os lo advierto, sin embargo, para que comprendáis las causas de mi determinación, y para que sepáis que no me irrita tanto la traición de esos miserables, como la infame excusa que dan algunos de ellos, atribuyendo la culpa de todo lo que va á suceder á Moctezuma.

Los embajadores no supieron qué contestar.

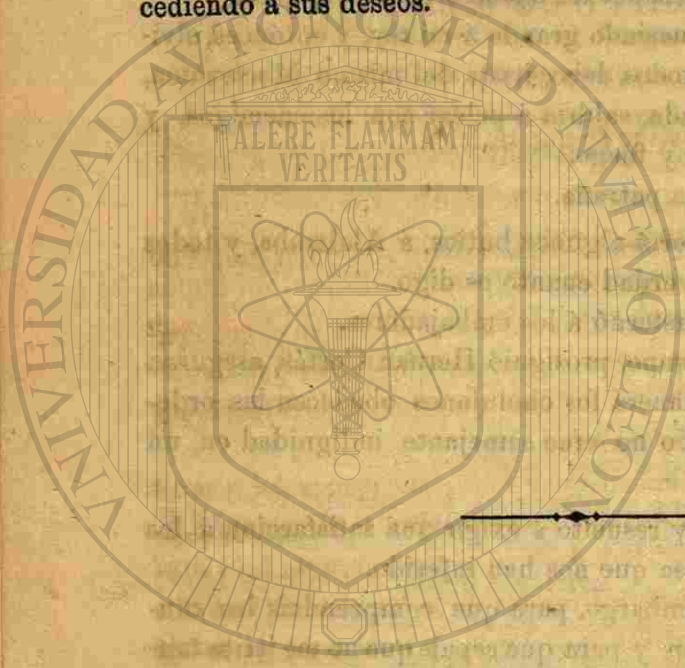
—Nosotros mismos, dijo al fin uno de ellos, os ayudaremos á castigar á esos miserables si es cierto, aunque no podemos creerlo, que se atrevan á cometer semejante traición.

—Dadnos licencia para salir á convencernos por nuestros propios ojos de lo que pasa, añadió otro.

—No; yo basto para desbaratar los planes de esa gente. Vosotros presenciareis la catástrofe; pero no os separeis de mi lado.

Ante aquella orden no tuvieron más remedio que ceder.

A los primeros albores del día empezaron á presentarse en el cuartel general los soldados de Moctezuma, fingiéndose vasallos cholulanos, que enviaban los caciques á Hernan Cortés, accediendo á sus deseos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO XIII.

Castigo de una traicion.

Como estaba preparado para resistir cualquier golpe de mano de los enemigos.

Hernan Cortés formó á sus soldados en el gran patio que unia á dos de las casas que le servian de albergue, y dispuso que los cholulanos que iban á ponerse á sus órdenes entrasen en aquel mismo patio.

Mientras éstos, amaestrados por sus jefes, penetraban en el cuartel general de los españoles y aguardaban la ocasion oportuna para lanzarse sobre ellos y obtener por sorpresa la victoria, los caciques, por distintos puntos de la poblacion, con los soldados mexicanos tomaron posiciones, y una gran parte de ellos fueron á situarse en los alrededores del cuartel general para auxiliar á sus camaradas en el momento de la lucha.

Cuando contaron los capitanes de Hernan Cortés dos mil hombres entre los que iban á ponerse á su servicio, dispuso el caudillo español que fuesen á avisar á los caciques.

Ninguno de ellos queria acudir á este llamamiento.

Solo al ver que podian malograrse sus planes, uno de ellos, de varonil presencia, de ánimo esforzado, á quien llamaban Caonibo, dijo:

—Yo iré en vuestro nombre, y si es preciso, yo daré la señal del combate.

Con la arrogancia del que está decidido á jugar el todo por el todo se presentó á Hernan Cortés.

No bien entró en el albergue de los españoles, mandó el caudillo que cerrasen las puertas.

Aguilar se encargó de hablar en nombre de Hernan Cortés.

—Acércate, dijo á Caonibo.

—¿Qué me quieres?

—Mi jefe me manda decirte que sabe la traicion que tú y los caciques de Cholula habeis tramado para sorprendernos.

Esta determinacion inmutó al indio.

Instintivamente dirigió una mirada á los cholulanos que estaban cerca de él, y unos y otros se comunicaron inmediatamente la impresion que habian recibido por medio de las miradas.

—Nos haces una ofensa, dijo Caonibo, si has podido suponer en nosotros deslealtad de cualquier género.

—Está probado, contestó Aguilar, que vuestro plan es asesinar á los españoles.

Algunos de vuestros cómplices, presos en los calabozos de esta casa, han declarado la verdad.

Es necesario, pues, que sufrais el castigo que mereceis, y mi señor Hernan Cortés te ha llamado para anunciarte que ese castigo va á caer sobre vosotros inmediatamente.

Hermanos míos, dijo de pronto Caonibo; no es posible vacilar ya.

Opongamos la fuerza á la fuerza.

—¡A ellos, y que nuestros dioses nos protejan!

Impulsados por la voz del cacique, todos los cholulanos, dieron un paso para romper la lid.

—Teneos, exclamó Hernan Cortés.

No quiero que digais que os he encerrado en mi cuartel general para poder castigaros más facilmente.

Id si quereis á incorporaros con vuestros amigos, con vuestros hermanos, y volved á combatirme en mayor número, por que no sois bastante para mis soldados.

Caonibo, fuera de sí por la ira:

—¡A ellos! gritó de nuevo.

Instantáneamente se lanzaron los cholulanos sobre los españoles.

Pero éstos, que se hallaban prevenidos, hicieron retroceder á sus adversarios en el mismo tiempo con una sola descarga de los arcabuces.

Aquellos disparos fueron la señal de alarma para todos los que obedecian á los planes de los conspiradores.

Horrible y sangriento fué el combate que allí tuvo lugar.

La mayor parte de los cholulanos perecieron.

Caonibo fué el primero que en franca lucha con Hernan Cortés cayó bajo las rodillas de su adversario.

—Mátame, mátame, dijo á un indio que pasó á su lado; prefiero la muerte á la deshonra.

Y el indio, disparando una flecha, le dejó sin vida.

No se salvaron más que los que pudieron esconderse, ó los que, convirtiendo en garrochas sus lanzas, pudieron, gracias á su agilidad, saltar la tapia que les separaba de la calle.

Casi al mismo tiempo se oyeron en los alrededores del cuartel general los gritos de los cholulanos y los mexicanos pidiendo venganza.

Un zempoal salió por orden de Hernan Cortés al cuartel de los tlaxcaltecas.

Empezaba la batalla, era necesario continuarla y acabarla lo más pronto posible.

Hernan Cortés mandó que se abrieran las puertas del recinto donde estaban encerrados los suyos.

Un numeroso destacamento de zempoales salió á despejar el terreno y á tapar las zanjás que habian hecho los cholulanos para que no pudieran avanzar por las calles los españoles.

Más de veinte mil hombres llegaron á la ciudad, y animados

por los caciques y los butios, fueron al encuentro de los españoles.

El grueso de ambos ejércitos se encontró en una inmensa plaza, formada por cuatro adoratorios.

Los cholulanos habian tomado posiciones en ellos.

Desde las azoteas, los atrios y las torres, disparaban envenenadas flechas á sus enemigos.

Lucharon cuerpo á cuerpo unos con otros, y la matanza fué espantosa.

Amedrentados muchos cholulanos, se refugiaron en los adoratorios.

Los mexicanos, más disciplinados y más aguerridos que los de Cholula, reemplazaron á éstos en el combate cuerpo á cuerpo.

Pero cuando con más empuje atacaban á los españoles, cargó sobre ellos por la retaguardia el ejército de Tlaxcala, que habia sido prevenido, y como existia un verdadero odio entre los indios de una y otra nacion, fué para los cholulanos aquel refuerzo un verdadero azote.

¡Con qué denuedo, con qué empuje, con qué saña caian los tlaxcaltecas sobre sus enemigos y los destrozaban, acorralándolos unas veces, fingiendo otras que huian para que tomasen carrera detrás de ellos sus adversarios, volviéndose de pronto á fin de que encontrasen en sus lanzas la muerte!

Al cabo de una hora no se veia en las calles ni un solo cholulano vivo.

Millares de cadáveres llenaban el pavimento.

Rios de sangre formaban un vapor fétido.

Hernan Cortés mandó que los intérpretes ofreciesen perdon á los que voluntariamente abandonasen los asilos en donde se habian guarecido, y se sometiesen á su dominacion.

Al ver lo inútil de sus esfuerzos, amenazó á los cholulanos con incendiar los asilos en donde estaban guarecidos.

Tampoco hicieron caso de estas terribles amenazas.

Después de apurar todos los medios de persuasion, como era necesario dar á aquellos enemigos un ejemplar castigo, mandó prender fuego á los adoratorios.

Usábanse, no solo en Cholula, sino en todas las ciudades de México, fuegos artificiales, con los que recreaban su vista y animaban sus instintos bélicos los indios del país.

Los volcanes producian el azufre necesario para ejecutar aquellos divertimientos.

El medio que tenian de incendiar el azufre consistia en una flecha encendida, muy semejante á los cohetes que se usan en la actualidad.

¡Asolador espectáculo ofrecia aquella ciudad, poco ántes tan espléndida y tan magnífica!

A pesar de esto, no se rindieron los cholulanos y los mexicanos.

Preferian la muerte á la esclavitud.

Los que no perecieron abandonaron la ciudad, y corrieron á refugiarse en las montañas más próximas.

Por la tarde la ciudad estaba completamente desierta.

No habia más que cadáveres.

Los españoles pusieron término al combate por falta de enemigo.

En aquella ocasion los tlaxcaltecas les sirvieron de mucho.

Entraron en todas las casas, pasaron á cuchillo á los habitantes que habia en ellas, se apoderaron de todos los objetos que no habian podido llevarse sus dueños, hicieron prisioneros á muchos, y penetrando en unos grandes almacenes donde depositaban los cholulanos la mayor parte de las provisiones que facilitaban á los de Tlaxcala, se apoderaron de gran cantidad de sal, y la llevaron á la ciudad.

Cuenta la historia que en aquel combate perecieron más de seis mil hombres entre cholulanos y mexicanos.

Algunos zempoales y tlaxcaltecas sufrieron igual suerte.

Los españoles, defendidos de las débiles armas de los indios por las armaduras y las viseras de los cascos, solo sufrieron algunas contusiones.

Al anochecer era Hernan Cortés dueño absoluto de la ciudad, y recogió á sus tropas en el alojamiento que hasta entónces habian ocupado.

Uno de los adoratorios fué destinado á hospedar á los tlaxcaltecas.

La noche se pasó en medio de la mayor tranquilidad, aun cuando no se olvidaron las precauciones necesarias para que los desesperados enemigos no pudieran intentar sorpresa alguna.

CAPITULO XIV.

Donde se ve que cuando la fortuna se empeña en proteger á un hombre, lo hace a las mil maravillas.



Por la mañana acordó Hernan Cortés con sus capitanes la resolucion que deberia tomar en aquellas circunstancias.

—Hemos alcanzado un nuevo triunfo, le dijo, y hemos logrado destruir una vez más las intrigas que la desesperacion inspira á Moctezuma. ¿Que creéis que debemos hacer?

—Seguir adelante, dijo Ordaz.

—Y no tener ninguna clase de consideraciones con los enemigos, añadió Pedro de Alvarado. Ya sabemos cuáles son sus intenciones. El que da primero da dos veces.

Mi opinion, por lo tanto, es que nos dejemos de contemplaciones, y que prosigamos la marcha sin dar cuartel á nadie.

—Mi opinion es contraria á la vuestra, dijo Hernan Cortés. El enemigo, aunque vencido, es formidable.

Acaso sin la ayuda de los zempoales y los tlaxcaltecas no hubiéramos podido destruir el plan fraguado por los de Cholula.

Aunque unos y otros aliados son hasta ahora leales, pueden abandonarnos y comprometernos.

Yo opino que despues de haber vencido à los cholulanos debemos brindarles la paz, y hacer ver al emperador Moctezuma que no hemos dado crédito á las acusaciones que le han dirigi-

Los españoles, defendidos de las débiles armas de los indios por las armaduras y las viseras de los cascos, solo sufrieron algunas contusiones.

Al anochecer era Hernan Cortés dueño absoluto de la ciudad, y recogió á sus tropas en el alojamiento que hasta entónces habian ocupado.

Uno de los adoratorios fué destinado á hospedar á los tlaxcaltecas.

La noche se pasó en medio de la mayor tranquilidad, aun cuando no se olvidaron las precauciones necesarias para que los desesperados enemigos no pudieran intentar sorpresa alguna.

CAPITULO XIV.

Donde se ve que cuando la fortuna se empeña en proteger á un hombre, lo hace a las mil maravillas.



Por la mañana acordó Hernan Cortés con sus capitanes la resolucion que deberia tomar en aquellas circunstancias.

—Hemos alcanzado un nuevo triunfo, le dijo, y hemos logrado destruir una vez más las intrigas que la desesperacion inspira á Moctezuma. ¿Que creéis que debemos hacer?

—Seguir adelante, dijo Ordaz.

—Y no tener ninguna clase de consideraciones con los enemigos, añadió Pedro de Alvarado. Ya sabemos cuáles son sus intenciones. El que da primero da dos veces.

Mi opinion, por lo tanto, es que nos dejemos de contemplaciones, y que prosigamos la marcha sin dar cuartel á nadie.

—Mi opinion es contraria á la vuestra, dijo Hernan Cortés. El enemigo, aunque vencido, es formidable.

Acaso sin la ayuda de los zempoales y los tlaxcaltecas no hubiéramos podido destruir el plan fraguado por los de Cholula.

Aunque unos y otros aliados son hasta ahora leales, pueden abandonarnos y comprometernos.

Yo opino que despues de haber vencido à los cholulanos debemos brindarles la paz, y hacer ver al emperador Moctezuma que no hemos dado crédito á las acusaciones que le han dirigi-

do nuestros enemigos, suponiéndole iniciador de la sorpresa de que hemos sido objeto.

Esforzó sus razonamientos, y la conveniencia triunfó del ardor belicoso de sus capitanes.

--Antes de proseguir la marcha es necesario unir para estas gentes al prestigio de la victoria el de la generosidad.

Acto continuo se mandó llamar á los butios que tenían encerrados.

Cuando estuvieron en su presencia:

--Estais en libertad, les dijo; y en cuanto abandoneis esta morada, vereis las consecuencias de vuestra ceguedad.

Como siempre que querais luchar con nosotros os hemos vencido.

El superior poder que nos protege no nos abandona nunca.

Solo habeis conseguido con vuestras intrigas que las calles de Cholula estén ensangrentadas, y que muchas madres y esposas lloren á sus hijos, á sus maridos.

Podria haber continuado persiguiendo á nuestros adversarios, y haberlos anonadado por completo; pero he tenido lástima de ellos.

Los creo arrepentidos.

Voy á mandar pregonar su perdon, á fin de que puedan volver á sus hogares á disfrutar los beneficios de la paz que les brindo.

Id vosotros á tranquilizarlos acerca de su futura suerte. Yo no les haré daño.

--Los que no protesamos vuestra repugnante idolatría, los que reconocemos al verdadero Dios, dueño y Señor de todo lo criado, sabemos perdonar á nuestros mayores enemigos.

Despues del triunfo que han conseguido nuestras armas sobre las vuestras, el mayor castigo que puedo dar á los cholulanos es dejar en su alma el remordimiento de haber ofendido á



La desesperación le había obligado á cometer aquel suicidio.

Li. de Guerra y Valle.

los que no han venido á hacerles daño, sino á ser sus amigos y derramar la luz en el caos de la vida.

Miráronse los butios unos á otros como asombrados de aquella generosidad.

No estaban acostumbrados á presenciar escenas como aquellas.

Los prisioneros que hacían en sus guerras eran inmolados en aras de sus dioses, y ántes de ser llamados á la presencia de Hernan Cortés esperaban sufrir la misma suerte.

El inesperado perdon llenó su alma de alegría y gratitud.

Recelosos, sin embargo, como quien no acaba de creer en una dicha inesperada, salieron de la habitacion en donde les había recibido el caudillo de los españoles, y corrieron en busca de los cholulanos para contarles lo que pasaba y animarles á regresar á su ciudad.

Hernan Cortés llamó á Marina.

—Alabahba, le dijo, está encerrada, y quiero darle la libertad. Como te guardará rencor, quiero que seas tú quien rompa sus cadenas.

—Inmenso es el placer que me proporcionas, contestó Marina.

Yo te aseguro que me perdonará, y que despues de saber cuanto ha pasado, será nuestra aliada y nuestra amiga.

Marina fué al calabozo en donde estaba Alabahba.

Abrió la puerta, y á favor de la escasa claridad que penetraba por una hendidura abierta en la pared, presenció un espectáculo horrible.

La india había formado con su cendal una especie de cuerda y sujetando una de sus extremidades en una argolla, hizo un nudo corredizo con el otro extremo, le ató á su cuello y encogió las piernas para quedar colgada.

La desesperación le había obligado á cometer aquel suicidio.

Al abrir Marina la puerta agitó el cadáver inanimado de la

india, que empezó á balancearse á sus ojos, ofreciendo con su amoratado rostro un espectáculo que la horrorizó.

Alabahba habia escuchado desde su calabozo los ayes de sus hermanos.

Habia adivinado su derrota, y para no presenciar el triunfo de sus enemigos, se dió la muerte.

Miéntas esto pasaba, Hernan Cortés, tratando con la mayor dulzura á los embajadores de Moctezuma, les anunciaba la resolucíon que habia tomado de perdonar á los cholulanos, y les encargaba que enviasen correos al emperador para noticiarle el triunfo que habia obtenido, en la seguridad que abrigaba de que al obrar los de Cholula tan villanamente no habian obedecido á sus sugerencias.

Los embajadores aseguraron que, en efecto, el emperador no habia autorizado semejantes desmanes, y que castigaria á los que de aquella manera habian turbado la tranquilidad de sus huéspedes.

No pudiendo comprender el objeto de la generosidad de Hernan Cortés; y temerosos de que fuera un lazo, quisieron alejarse de su lado.

El caudillo se lo impidió.

—Os ha enviado el emperador para que me acompañeis, y no puedo consentir que os vayais de mi compañía.

No tuvieron más remedio que acatar esta órden.

Los butios puestos en libertad consiguieron que los habitantes de Cholula fuesen regresando á sus hogares.

Los que llegaban se presentaban inmediatamente á Hernan Cortés.

Postrándose de hinojos ante él, y haciendo toda clase de demostraciones de gratitud y de humildad, volvieron á sus hogares entusiasmados por el perdon que habian alcanzado.

Al dia siguiente fueron alejados los cadáveres de las calles,

y todo volvió á quedar en Cholula como si no hubiera sucedido nada.

Alarmáronse los españoles al ver llegar un numeroso ejército tlaxcalteca.

Hernan Cortés salió á su encuentro, y reconoció en el capitán que le mandaba al valiente caudillo de los tlaxcaltecas, á Xicotencal.

—Habia jurado, dijo el heróico tlaxcalteca, no volver á luchar sino para defenderte. Apénas he sabido que corrias peligro, yo mismo me he presentado á Magiscatzin y á los senadores para pedirles el ejército que te traigo.

Ya temian ellos que fuera víctima de una emboscada, y habian preparado inmensas y aguerridas fuerzas por acudir en tu auxilio.

Veinte mil hombres me acompañan: todos, y yo el primero, venimos dispuestos á morir por vosotros.

Esta inesperada demostracion llenó de júbilo á Hernan Cortés.

No podia, no debia, sin embargo, aceptar su ofrecimiento, porque siendo su deseo continuar la marcha lo más pronto posible hácia México, y entrando en sus propósitos emplear más la diplomacia que la fuerza, alarmaria á los mexicanos y les obligaria á hacer un desesperado esfuerzo al encaminarse en su busca seguido de un ejército de veinticuatro mil indios, y entre ellos tlaxcaltecas, enemigos declarados de los mexicanos.

Pero como su inteligencia superior le impulsaba á no desperdiciar una sola ocasion, á no desprenderse de un solo cabo de los que necesitaba para formar la red que se proponia tender á Moctezuma, pensó que la paz entre los de Tlaxcala y los de Cholula podria redundar en beneficio suyo.

Dispuso por lo tanto que Xicotencal, con su ejército, se mantuviese en los alrededores de la ciudad, en tanto que él entablaba las negociaciones.

Convocando á los caciques y á los butíos de Cholula, les habló de su intento, y tan bien entabló las pláticas y tanto le favoreció la suerte, que consiguió hacer amigos á dos pueblos que eran encarnizados enemigos.

Las ceremonias de esta reconciliacion fueron en extremo solemnes.

Los de Cholula y los de Tlaxcala, representados por sus magistrados más importantes, acudieron con Hernan Cortés al punto que marcaba la frontera de ambas provincias.

Allí se juraron todos paz y amistad, celebrando con fuegos de artificio, con danzas y con ejercicios gimnásticos, que asombraron á los mismos españoles, un acto que ponía término á las rivalidades, á las luchas que desde tiempo inmemorial venian sosteniendo aquellos pueblos.

De este modo consiguió Hernan Cortés el triunfo moral más grande que registra la historia del Nuevo Mundo. (B)

CAPITULO XV.

Un lazo descubierto.



HERNAN Cortés, ántes de que encargase á los embajadores que anunciassen á Moctezuma el resultado de la batalla sostenida entre los cholulanos, enviaron aquellos correos de hora en hora para que noticiasen á su señor los pormenores de aquella sangrienta lucha.

La desesperacion de Moctezuma llegó al colmo.

Era necesario reunir todas las fuerzas del imperio y arrojarlas sobre los españoles para que los desbaratasen de una vez.

Sin embargo, aquellos enemigos se hacian cada vez más formidables.

En Tabasco habian vencido á una horda de salvajes.

En Tlaxcala habian destruido un ejército casi tan poderoso como el mayor que él podia reunir.

En Cholula habian triunfado de la astucia y de la fuerza combinadas.

¿Qué resistencia podia emplear contra aquellos hombres, al parecer invencibles?

Mandó de nuevo consultar á los dioses.

Se entregó con más asiduidad que nunca á la oracion.

Mitigó un momento sus rigores para aplacar el odio que inspiraba á sus vasallos.

Consultó á los augures, y uno de ellos que gozaba fama de sabio:

Convocando á los caciques y á los butíos de Cholula, les habló de su intento, y tan bien entabló las pláticas y tanto le favoreció la suerte, que consiguió hacer amigos á dos pueblos que eran encarnizados enemigos.

Las ceremonias de esta reconciliacion fueron en extremo solemnes.

Los de Cholula y los de Tlaxcala, representados por sus magistrados más importantes, acudieron con Hernan Cortés al punto que marcaba la frontera de ambas provincias.

Allí se juraron todos paz y amistad, celebrando con fuegos de artificio, con danzas y con ejercicios gimnásticos, que asombraron á los mismos españoles, un acto que ponía término á las rivalidades, á las luchas que desde tiempo inmemorial venian sosteniendo aquellos pueblos.

De este modo consiguió Hernan Cortés el triunfo moral más grande que registra la historia del Nuevo Mundo. (B)

CAPITULO XV.

Un lazo descubierto.



HERNAN Cortés, ántes de que encargase á los embajadores que anunciassen á Moctezuma el resultado de la batalla sostenida entre los cholulanos, enviaron aquellos correos de hora en hora para que noticiassen á su señor los pormenores de aquella sangrienta lucha.

La desesperacion de Moctezuma llegó al colmo.

Era necesario reunir todas las fuerzas del imperio y arrojarlas sobre los españoles para que los desbaratasen de una vez.

Sin embargo, aquellos enemigos se hacian cada vez más formidables.

En Tabasco habian vencido á una horda de salvajes.

En Tlaxcala habian destruido un ejército casi tan poderoso como el mayor que él podia reunir.

En Cholula habian triunfado de la astucia y de la fuerza combinadas.

¿Qué resistencia podia emplear contra aquellos hombres, al parecer invencibles?

Mandó de nuevo consultar á los dioses.

Se entregó con más asiduidad que nunca á la oracion.

Mitigó un momento sus rigores para aplacar el odio que inspiraba á sus vasallos.

Consultó á los augures, y uno de ellos que gozaba fama de sabio:

—Cuantas veces emplees la fuerza contra tus enemigos, le dijo, perderás el tiempo.

Frente á frente, en campo descubierto, vencerán siempre.

Pero si logras que al salir de Cholula encuentren á los lados de un espeso bosque que tienen que atravesar, á tus soldados, y los sorprenden y caen sobre ellos y los asesinan, pronto te verás libre de su persecucion.

Moctezuma nombró nuevos embajadores, dando este cargo á personas de la más elevada categoría, y los envió á la ciudad de Cholula con un rico presente é instrucciones para engañar de nuevo á los extranjeros.

Cuando llegaron, se disponia Hernan Cortés á proseguir la marcha.

Diéronle mil excusas en nombre de Moctezuma, le aseguraron que si los de Cholula habian cometido el atentado que ellos lamentaban, habian obrado contra su voluntad, y los declaraban traidores.

Y como si no bastasen estas demostraciones de amistad, añadieron en nombre del emperador de México:

—Ahora más que nunca desea veros, para manifestaros por sí mismo su pesadumbre y la admiracion que le inspirais.

—Mi deseo es el mismo, contestó Hernan Cortés. Mañana sin falta continuaré la marcha. Decidlo así á vuestro soberano.

Esperaba al dia siguiente algunas provisiones que habia pedido á Juan de Escalante, enviándole al hacerle esta peticion algunas joyas, para que de su parte las regalase al cacique de Zempoala.

A este objeto le envió con seis zempoales una carta, noticiándole todo lo que habia pasado, y encargándole que lo transmitiera á sus aliados.

El ejército se puso en marcha, y pernoctó en una aldea de la jurisdiccion de Juajocingo.

Allí llegaron comisiones de los caciques del país para rendir

pleito homenaje á los conquistadores, y ofrecerles víveres y otros regalos.

Los que acudieron á hacer estas demostraciones, manifestaban á Hernan Cortés cuánta era la alegría que experimentaban por los triunfos que habian alcanzado, y sobre todo, porque esperaban que en lo sucesivo les libraría de la persecucion y la tiranía de Moctezuma.

Al amanecer del dia siguiente continuaron los españoles la expedicion, y llegaron á la falda de una sierra que tenían que subir para seguir la direccion que habian llevado.

Uno de los caciques de Juajocingo dijo á Marina al despedirse de ella:

—Encarga á tu cacique que no se fie de los mexicanos.

En el lado opuesto de la montaña tienen gentes emboscadas.

—A este aviso, transmitido por Marina á Hernan Cortés, debieron su salvacion los españoles.

Comenzaron á subir la montaña, y aunque no sin trabajo, llegaron á la cumbre.

La pendiente era suave.

Un inmenso bosque ocultaba á su vista un espacioso valle que habia al pié de la falda de la montaña.

Desde la cumbre empezaba la provincia de Chalco.

Al comenzar el bosque vieron dos caminos.

Uno de ellos tenia cubierta la entrada con troncos de árboles, y parecia muy enmarañado.

El otro se veia llano; pero al poco trecho las ramas de los árboles cerraban el horizonte.

Hernan Cortés se alarmó.

Dando la voz de alto, preguntó á los embajadores que le acompañaban:

—¿Por qué razon hay estos dos caminos?

—Ese que veis tan malo, es el que recorren los habitantes de esta montaña para comunicarse unos con otros.

Pero el emperador, nuestro señor, ha dispuesto que se practique para vos y para los que os acompañan esta otra nueva senda.

Aquel está erizado de peligros, y siendo tan amistosos los sentimientos que inspirais á Moctezuma, no ha perdonado medio para facilitaros la llegada á su ciudad.

—¿Y habeis creído, exclamó Hernan Cortés sonriendo, que entre un camino llano y otro aspero y escabroso, mis soldados y yo elegiríamos el primero?

Estais en un error.

Esa senda escabrosa es la que seguiremos, sin más razon que la de que ofrece dificultades.

Y mandando á los zempoales que separasen los troncos que interceptaban el paso:

—Por aquí, dijo á los suyos en medio de la consternacion de los embajadores de Moctezuma.

La Providencia le inspiró.

No solo consiguió librarse de una terrible emboscada que le tenían preparada los mexicanos ocultos entre los árboles del otro camino, sino que dando á entender á los embajadores primero, y despues á los soldados de Moctezuma, que habia adivinado el peligro, que nada podia ocultarse á sus ojos, que eran real y positivamente superiores á ellos, consiguieron anonadar á los agentes de Moctezuma que le acompañaban, y difundieron un terror pánico entre los soldados de México; los que abandonaron sus propósitos, corrieron á noticiar al emperador lo que habia sucedido y su resolucion de no excitar la ira de aquellos hombres que con tanto prestigio se presentaban á sus ojos.

Al final del bosque se abria un espacioso valle.

Allí encontraron los viajeros unos caseríos; que fueron elogiados por Hernan Cortés para pasar la noche, no sin tomar ántes todas las precauciones, porque estaban ya completamente convencidas de que tenían que luchar, no solo contra la fuerza, sino contra la astucia.

CAPITULO XVI.

El último recurso.



GRAN parte de los mexicanos emboscados corrieron precipitadamente hasta México, cuyo territorio lindaba con el de la provincia de Chalco, en la que se hallaban los españoles.

La noticia de haberse descubierto el nuevo lazo que habian tendido á sus enemigos, les desconcertó, llenando su alma de una profunda consternacion.

—¿Qué es esto, Topilzin? exclamó Moctezuma, elevando sus ojos al cielo. ¿Se cumplirán las profecías de los teopixques?

La primera determinacion que tomó fué encerrar en las prisiones de su palacio á los que, refiriendo el modo que habian tenido los españoles de evitar la emboscada, podian disminuir su prestigio á los ojos de los mexicanos.

Despues se encerró en una habitacion de mármol negro que se llamaba «el cuarto del silencio,» y allí permaneció algunas horas meditando el partido que tomaria en su afflictiva situacion.

Desde los primeros dias de su reinado, los sacerdotes ó teopixques habian predicho, como ya saben nuestros lectores, que caerian grandes calamidades sobre México.

—¿Será un castigo, se decia Moctezuma, lo que me envía el dios de la venganza?

¿Habrán irritado á los númenes los actos de mi vida?

¿Habrán podido comunicarles el ódio que me profesan los habitantes de los Estados que gimen bajo el peso de mi yugo?

Oyendo à su conciencia, no podia ménos de estremecerse.

Y como el criminal es débil y miedoso, quiso apurar todos los medios para saber si en efecto los ídolos se hallaban indignados contra él, resuelto à implorar su gracia por medio de la oracion y de los sacrificios.

Aquel día no lograron verle ninguno de los príncipes que formaban parte de su familia, y mucho ménos los tlatoanis, ni los teutlis, altos funcionarios y nobles caballeros de su córté.

En cambio mandó llenar à los teopixques ó butios que de mayor prestigio gozaban ante el sentimiento religioso de los mexicanos.

Cuando estuvieron en su presencia:

—En muchas ocasiones, les dijo, habeis pronosticado que un día llegarían à nuestra patria unos hombres descendientes de Quezalcoal, señor de las siete tribus de Navatlacas.

Explicadme una vez más la causa en que se funda ese vaticinio.

—Señor, dijo el teopixque más venerable, no ignoras que consideramos como fundador de los pueblos primitivos del poderoso imperio, cuyos destinos regís, al príncipe Topilzin.

Este, padre de Quezalcoal, desapareció del lado de los navatlacas, dejando el mando de estas siete tribus à Quezalcoal.

Preguntando à los dioses el angustiado hijo, que no veía tornar à su padre, dónde había ido, anunciáronle aquellos que se había encaminado à un país fértil y dichoso, en donde residía la felicidad.

Quezalcoal partió en busca de su padre, seguido de los navatlacas, y llegaron à esta ciudad en la creencia de que en ella residía Topilzin.

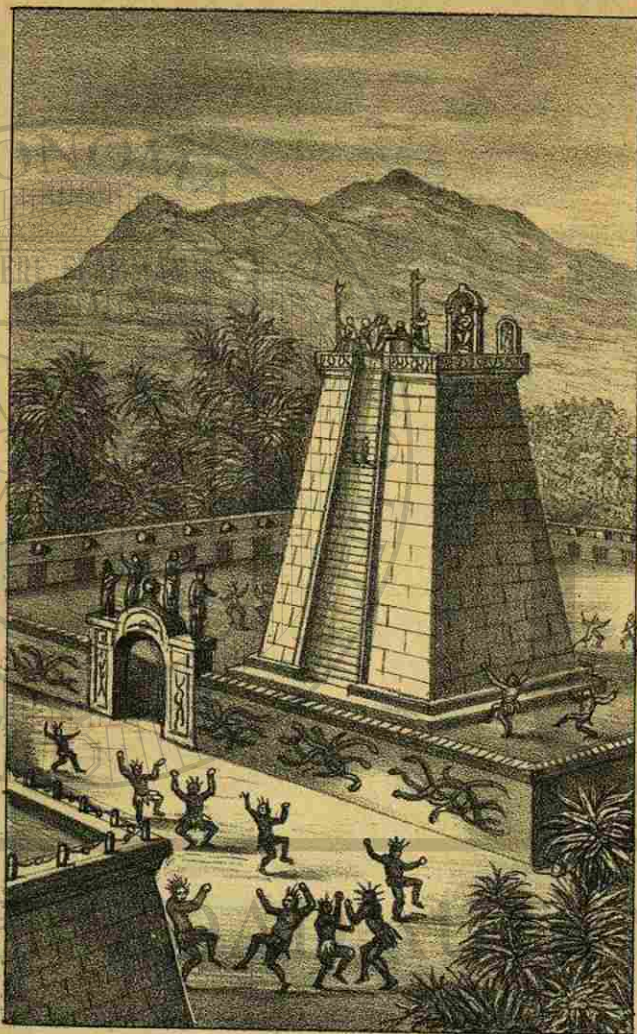
Desengañado Quezalcoal, resolvió partir de nuevo en busca de su padre.

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS



El Templo de Huitzilopochtli

Ed. de Guerra y Valle

Pero los navatlacas, considerándose muy dichosos al habitar en un país tan fértil y tan espléndido como este, no quisieron seguirle.

«Pues yo voy á cumplir mi destino, les dijo:

«Quedad en paz, y ya que no quereis acompañarme, ya que desobedecéis mis órdenes, os enviaré un día á mis descendientes para que os castiguen si lo mereceis ó para que os instruyan en las leyes y en las ciencias maravillosas si os haceis dignos de tan señalados favores.

Esta profecía ha sido trasmitida de padres á hijos.

Cuando la dinastía azteca, á la que pertenecéis, convirtió en imperio este país, se apareció en tiempo de uno de vuestros antecesores una yxtasihualt ó dama blanca, vestida con túnica de soles y signos misteriosos.

Su aparición se verificó en la cima del monte que todavía conserva su nombre.

Asonbrado el pueblo, pidió á los teopixques que interrogaran á aquella aparición.

Subieron todos al monte y conversaron con ella.

Oyeron de su boca que ántes de medio siglo llegarían los descendientes de Quezalcoal para castigar con rigor á todos los príncipes tiranos é impíos.

—¿Y dais entero crédito á esos vaticinios? preguntó Moctezuma.

—Por desgracia, sí.

—Pues bien, es necesario que hagáis nuevos sacrificios á nuestros ídolos, que les preguntéis acerca del porvenir que nos aguarda, que esta misma noche vayamos todos en medio del silencio al Teocali (1) de Huitzilopochtli el dios de la guerra, para que yo pueda formar una opinion y presentarme mañana á mi consejo.

Obedecieron los sacerdotes.

1 Templo.

Moctezuma dispuso que inmediatamente fuesen conducidos desde las prisiones hasta el ara las víctimas que tenían reservadas para sus inhumanos sacrificios.

¡Con qué avidez, con qué impaciencia, con qué fiebre esperaba aquel hombre, á quien temia una nacion entera, las respuestas de sus divinidades!

Los teopixques tornaron al oscurecer.

Los ídolos estaban discordes en sus respuestas.

Aconsejábanle unos que abriese las puertas de la ciudad á los españoles, aceptando con generosidad la paz y el afecto que le brindaban.

Decíanle otros que debia permitir su entrada en México.

Però tenderles al mismo tiempo un lazo para que cayeran todos en él, y no pudiera salvarse ni uno solo.

Otros, por último, le aconsejaban que no anduviese con contemplaciones, que reuniese todas sus tropas, que saliese al encuentro de los opresores, que luchase con ellos, seguros de castigar su audacia.

Este consejo era el que más les agradaba, por estar en armonía con su carácter; sin embargo, no desistió de su propósito de ir al teocali de Huitzilopoztli para consultar á aquel oráculo, en su concepto el más eficaz.

Miéntas celebraba todas estas conferencias con los sacerdotes, los príncipes, los altos dignatarios de palacio, el pueblo en masa, aguardaban con ánsia una resolucion del emperador.

Postrándose de hinojos ante el asqueroso ídolo que representaba el dios de la guerra, permaneció abismado largo tiempo.

En medio de su meditacion oyó una voz, que le dijo:

«Haz que los magos y agoreros destruyan á los españoles á fuerza de conjuros.

Al volver á su palacio dió orden para que al dia siguiente muy temprano acudieran á ponerse á sus órdenes todos los nigrománticos del imperio.

Más de doscientos, entre augures y magos, acudieron al dia siguiente á palacio.

—Vais á partir, les dijo Moctezuma, al encuentro de los extranjeros que quieren penetrar en mi ciudad.

Es necesario que los ahuyenteis, que eviteis con vuestra magia que avancen un solo paso más.

En vosotros confio.

Si conseguís que retrocedan, nadie tendrá más privilegios que vosotros en todo el imperio.

Si nada lograis, sereis sacrificados en todos los templos pro impostores, puesto que no será verdadero entónces el poderío que suponeis tener sobre los miseros mortales.

Los nigrománticos salieron del palacio, y se encaminaron, en medio de la admiracion universal, por la calzada que conducia á Chalco.

Moctezuma volvió al teocali de Huitzilopoztli.

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVII.

Visiones proféticas.

PARTIERON los magos á cumplir las órdenes de Moctezuma, y el emperador se dirigió al templo, como indicamos en el capítulo anterior, con ánimo de esperar allí que volvieran los nigrománticos.

Había dado orden para que nadie turbase su oración.

El pueblo, que vió salir reunidos casi todos los magos del imperio, sin poderse explicar lo que iba á suceder, se vió dominado por una mortal angustia.

No habia duda.

Aquella era una prueba decisiva.

Si volvian los magos todo estaba perdido.

A pesar de la mucha fe que tenian en el resultado de los conjuros de aquellos hombres, las noticias que habian recibido acerca del valor de los españoles no les dejaba la menor esperanza de que triunfasen de sus armas las palabras de los nigrománticos.

Casi al mismo tiempo que Hernan Cortés avanzaba con su ejército desde la pequeña aldea que habia encontrado al final de la cuesta para dirigirse á Chalco, tomaron los augures el camino que desde México conducia á esta última ciudad.

Despues de haber andado largo rato bajo la influencia de un sol abrasador, convinieron en descansar breves instantes á la entrada de un bosque que comenzaba á la derecha del camino.

Sentáronse en medio de una especie de plaza, formada por

los árboles, cuyas espesas ramas, no solo no dejaban penetrar la menor claridad, sino que formaban una caverna oscura.

—¿Qué haremos? preguntó el jefe de los nigrománticos. Hasta ahora los extranjeros han vencido á cuantos indios han salido á su encuentro. ¿Seremos nosotros más afortunados?

—Ya creo, respondió uno de los augures, que ántes de presentarnos á su vista deberíamos recurrir á nuestra ciencia, para que nos suministrase algunas noticias acerca del porvenir que está reservado á nuestras negociaciones.

—La ocasion es oportuna.

—Y el paraje el más á propósito.

—Pues empleemos todos los recursos de la ciencia para saber quiénes son los españoles, y si sera fácil conseguir el objeto de nuestra embajada.

Pusieronse de pié todos los augures.

Uno de ellos cogió del centro de aquella plazoleta una especie de jarro, en el que habia un unguento negro.

Cada uno de los nigrománticos tomó con el dedo índice de la mano derecha una porcion de la pasta que contenia el jarro, y frotándose las yemas de los dedos, se colocaron todos en corro en esta forma:

Unos de frente y otros de espalda.

Todos estaban unidos por las yemas de los dedos.

Formando este corro ó círculo, permanecieron más de un cuarto de hora inmóviles.

De aquella manera se comunicaban unos á otros fluidos magnéticos, que les ponian en una situacion inspirada.

Poco á poco fueron cerrando todos los ojos.

El jefe de ellos empezó á preguntar á cada cual qué era lo que veia.

—Yo, exclamó uno, veo una nube negra que va avanzando de Oriente hácia Occidente, y que encierra en su seno una luz muy semejante al rayo.

—Yo, añadió otro, veo un águila caer sobre México, con las alas extendidas y las garras preparadas á destruir cuanto se encuentre al paso.

—Yo, añadió el tercero, veo un colibrí en la rama de un árbol guareciéndose de una tempestad que amenaza estallar sobre la ciudad donde reside nuestro emperador, y destruir con el rayo el templo de la guerra.

Cada cual fué refiriendo lo que veía, y el mago en quienes los denias reconocían superioridad:

—Todos estamos acordes, añadió, en vaticinar desgracias; pero no basta. Es necesario apurar la verdad. Consultemos las entrañas de la tierra.

Los magos comenzaron á cavar en el sitio donde estaba un agujero con el auxilio de las manos.

Cuando estuvieron hechos los hoyos, fué el mago que desempeñaba las funciones de jefe arrojando un poco de unguento del jarro que se hallaba en el centro de la plaza en cada uno de los agujeros.

Los nigrománticos se hincaron de rodillas, cada cual delante del hoyo que había fabricado; pronunciaron algunas palabras que eran un conjuro, y después miraron todos con la mayor atención á los agujeros que habían abierto en la tierra.

El jefe de los nigrománticos les preguntó:

—¿Qué es lo que veis?

Todos á una exclamaron:

—La espantosa figura de Tezcatlepuca.

Tezcatlepuca era uno de los ídolos de los mexicanos.

Significaba para ellos la desgracia.

Su aspecto formidable, su rostro repugnante y horrible, á la vez le hacía pasar por una de las divinidades más infaustas de las que constituían su religión.

Los mexicanos suponían en favor de este dios las sequías, las

esterilidades, todos los azotes que de cuando en cuando sembraban el espanto ó la muerte en la ciudad del imperio.

No había duda.

Cuantos recursos emplearan para contrarrestar la voluntad de los enemigos serían inútiles?

La desgracia amenazaba á México.

Los extranjeros eran el castigo que Tezcatlepuca les enviaba.

—Oid sus palabras, dijo el jefe de los nigrománticos, y escribidlas con los caracteres de nuestra ciencia para ver si todos oímos lo mismo.

En una hoja de palma seca trazaron con un punzon de una madera colorante unos caracteres extraños.

Al terminar todos se levantaron horrorizados.

El jefe de los nigrománticos leyó en cada una de las hojas de palma estas fatídicas palabras:

«Desgraciados augures, vuestros conjuros han perdido toda su fuerza.

«El pacto que he hecho con vosotros queda roto.

«No puedo ya serviros.

«Un poder superior me encadena.

«Decid á Moctezuma que en vista de su crueldad y tiranía, ha decretado su ruina el cielo.

«Ahora, para que le pinteis más vivamente la desolación de su imperio, volved y mirad la ciudad de donde habeis salido hace poco, y vereis cómo la han desamparado los dioses.

Los nigrománticos abandonaron el paraje en donde se hallaban.

Salieron al camino, subieron á una altura, desde donde se dominaba la ciudad de México, y se horrorizaron.

El firmamento estaba cubierto de densas nubes.

Era de día, y sin embargo, parecía de noche.

En medio de aquella oscuridad se destacaba á lo lejos una

inmensa llama, que ocupaba un espacio de más de media legua cuadrada.

—Allí está México, exclamaron los augures. Allí está convertido en una inmensa hoguera.

Y corrieron precipitadamente á la ciudad, notando que á medida que avanzaban se alejaba el incendio.

Se hallaban ya á pocos pasos de las primeras casas, y el fuego parecía surgir de las últimas.

Las casas primeras estaban intactas.

Entraron en la ciudad, y no se notaban señales del fuego.

Espantados, corrieron á buscar á Moctezuma.

Preguntaron á todos los mexicanos si habia ardido alguna casa de la ciudad.

Todos les respondieron que no.

Se dirigieron al palacio. Moctezuma no habia vuelto del templo del dios de la guerra.

Se encaminaron al templo.

El emperador estaba consternado.

—¿Qué es eso? les preguntó. ¿Por qué volveis?

Los nigrománticos le refirieron lo que habia sucedido.

Moctezuma quedó consternado.

—¡Oh! exclamó. Yo creia que todo habia sido una vision. Pero ahora veo que los dioses me han avisado. Todo lo que habeis visto vosotros desde el bosque, lo he visto yo desde aquí.

La ciudad era una hoguera, y yo aguardaba por momentos á que llegase el fuego hasta mí y me consumiera.

—Esclavos tuyos somos, dijeron los nigrománticos. No hemos cumplido tus órdenes.

Dispon de nuestra vida.

Nuestros conjuros son inútiles; hemos perdido toda la fuerza que teníamos.

Nos abandonan nuestros protectores.

Vale más morir que presenciar la ruina de la patria.

—Sí, sí, exclamó Moctezuma, poseido de una profunda angustia.

Nada podemos hacer puesto que nos abandonan los dioses.

Vengan en buen hora los extranjeros; caigan sobre nosotros todas las calamidades.

El leon del desierto se convierte en tímido corderillo. No evitemos su presencia; no es justo que evitemos el castigo que nos amenaza.

Venga en buen hora, puesto que así lo quieren los dioses.

Si alguna pena tengo es que hay en el imperio niños, ancianos y mujeres que no podrán soportar las desventuras de que vamos á ser víctimas.

—Es el único medio de salvarnos, dijo el jefe de los nigrománticos. Mientras has pronunciado esas palabras he visto brillar en los labios del ídolo que tenemos delante una sonrisa de satisfaccion. El quiere que vengan los españoles.

Acatemos su voluntad.

Los nigrománticos se retiraron.

Moctezuma salió del templo.

El pueblo esperaba lleno de zozobra en el pórtico.

El emperador pasó por en medio de la muchedumbre sin levantar los ojos del suelo.

Se dirigió á su palacio.

No bien llegó, mandó llamar á los príncipes Cacumatzin, Quetlahuaca y Guatimozin.

Los tres príncipes jóvenes acudieron inmediatamente á su llamamiento.

CAPITULO XVIII.

Un consejo de familia.



MOCTEZUMA recibió á los príncipes en el salon del trono. Era una habitacion inmensa, de elevado techo, cuyas paredes estaban revestidas de reluciente mármol. El trono consistia en un divan de plata maciza con asiento de pluma.

A los piés del divan habia un almohadon de pluma, tambien forrado de algodón tejido y estampado de brillantes colores.

Cerca del trono habia una mesa de mármol negro, que parecia de azabache.

Sobre esta mesa se hallaba siempre la corona imperial de oro, preciosamente cincelada.

Enfrente del trono habia varios divanes en los que tomaban asiento durante los consejos los que disfrutaban de tan señalada honra.

Al poco rato de entrar y tomar asiento el emperador, se presentaron los tres personajes á quienes esperaba.

Eran los tres que hemos nombrado en el capítulo anterior.

El primero, Cacumatzin, era el primer elector y consejero del imperio.

Reunia á estos títulos el prestigio de su familia.

Ademas era príncipe de Texcuco.

El segundo podria tener unos treinta años.

Era de mediana estatura, de rostro bondadoso y reflexivo al mismo tiempo.

Llamábase Quetlahuaca, y era príncipe de Iztacpalapa.

El tercero, jóven de unos diez y siete á diez y ocho años, se distinguia de los demas por su belleza y por la tranquilidad que revelaban sus ojos.

A pesar de los pocos años, se descubria desde luego en él que era un jóven pensativo y capaz de cualquier sacrificio tratándose de luchar.

Era Guatimotzin, hijo del hermano del emperador, el rey de Tacuba.

Los tres hicieron una profunda reverencia á Moctezuma, y á una señal suya tomaron asiento.

—No ignorais, dijo el emperador, el motivo que me obliga á llamaros. He hecho cuantos esfuerzos he podido para alejar á los extranjeros.

Les he enviado hasta siete embajadas.

Cada una de ellas les ha llevado de mi parte un magnífico presente.

Ellos persisten en venir hasta México.

Pudiera oponer la resistancia á sus deseos; pero los dioses nos han abandonado.

Ese puñado de hombres ha vencido los ejércitos de Tabasco, de Tlaxcala y de Cholula.

Su jefe ha descubierto todas mis intrigas.

Yo mismo, despues de consultar á los nigrománticos y de pedir consejo al dios de la guerra, me encuentro completamente desarmado.

No hay duda, hermanos míos, Quezalcoal los envía para castigarnos, porque nuestros antecesores no quisieron seguirle en busca de su padre Topilzin.

Yo he apurado y arrostrado los peligros de la guerra, y más que la sangre real que circula en mis venas, me han elevado al sόlio las hazañas de los cien combates en que he tomado parte.

Doscientas lunas hace que llevo la corona real en mis sienes.

En este tiempo he sometido muchas provincias á mi voluntad. La victoria me ha sonreído.

Hoy no me encuentro con fuerzas suficientes para resistir el empuje de los extranjeros, que desean á toda costa llegar á la ciudad.

Nuestro castigo está decretado, y mi alma, poseída de un profundo dolor, solo tiene fuerzas para soportar tantas desdichas.

Mi corazón me anuncia grandes calamidades.

Los dioses no me son propicios.

¿Qué debo hacer? Aconsejádme.

—No hay duda, supremo emperador, dijo Quetlahuaca, de que los extranjeros son descendientes del gran Quezalcoal, y si lo son, ¿por qué temer su llegada? ¿Por ventura no descendemos todos del mismo linaje?

¿No han manifestado los españoles al llegar á todas las ciudades que han recorrido deseos de sostener la paz?

¿No han brindado á los habitantes de Tabasco, de Zempoala, de Tlaxcala y de Cholula una verdadera amistad?

Si han luchado, ¿no ha sido despues de verse provocados al combate.

¿Por qué hemos de pensar que desean nuestra ruina?

¿Por qué suponer que son los instrumentos de una venganza?

¿No vendrán á traernos la sabiduría que nos falta?

¿No les animará el deseo de visitarnos, de pactar alianza con los que tienen su misma sangre?

Bien puede ser que los dioses hayan dispuesto nuestro castigo.

Pero si es así, ¿quién te dice que los extranjeros, nuestros hermanos, cuyo poderío es inmenso, no vengan á librarnos de ese castigo?

No son nuestros dioses quienes les favorecen, son los suyos.

Si los nuestros nos abandonan, ¿no quiere esto decir que los que nos traen nuestros hermanos pueden salvarnos?

Desecha ese temor, y sé lo que has sido hasta ahora; el sobe-

rano más grande, más espléndido y más fuerte de todos los monarcas de la tierra.

—Yo por mi parte, dijo Cacumatzin, no temo á los extranjeros. Sean amigos ó enemigos, poco me importa.

Si los dioses hubieran deseado destruirnos, no hubieran elegido tan escaso número de hombres.

Son pocos, muy pocos, y si hasta ahora han vencido á los de nuestra raza, ha sido porque no han luchado con mexicanos, porque no han estado al frente de las tropas enemigas guerreros como los que tú tienes á tus órdenes. Que han sembrado los rayos que fulminan esos instrumentos de bronce que conducen los támenes de una á otra parte: ¿son por ventura algo más que nuestras cerbatanas?

Esas fieras que les obedecen, ¿dejan de ser una especie de venados más corpulentos y más inteligentes que los que nacen en nuestras selvas?

Además, que son sabios, que son invencibles: también lo somos nosotros, y sería mengua que una nación tan poderosa como la nuestra se doblegase ante su voluntad.

Recibámoslos de igual á igual, festejémoslos; pero que no vean temor de nuestra parte.

Mientras sean amigos, mientras sean leales, no faltaremos á nuestros deberes.

Pero ¡ay! de ellos si demuestran algun día su deseo de conquistar nuestra patria.

Yo, Cacumatzin, hijo de Hezahualpili, príncipe de Tezcuco, primer elector del imperio, vasallo y sobrino tuyo, juro por mis antepasados ponerme al frente de tus ejércitos, destruir á los enemigos y ofrecer sus cabezas al dios Huitzilopoztli para adornar con ellas el pórtico de su teocali.

Guatimotzin, el más joven de los príncipes, permaneció silencioso.

—¿Y tú, nada me dices? exclamó Moctezuma.

—Yo, á pesar de mis pocos años, dijo el príncipe, no creo, como vosotros, que los españoles desciendan de Quezalcoal, y tampoco doy valor á sus protestas amistosas.

Sin embargo, despues de lo que han hecho, no dejo de admirarles.

Me parece que son más dignos de consideracion y más temibles de lo que cree Cacumatzin.

No son un puñado de hombres como él pretende.

Gracias á su talento, han podido aumentarse y tener por aliados á más de doscientos mil hombres de los que son nuestros enemigos.

Así pues, creyendo que es imposible negarles la entrada en México despues de lo que ha sucedido, debo manifestarte que es preciso estar muy en guardia y reunir aquí todas las fuerzas de que podamos disponer para contrarestar cualquiera sorpresa, cualquier acto amenazador á la independenciam de nuestra patria.

—Los españoles entrarán en Mexico, dijo Moctezuma.

Anúncialo á todos mis vasallos.

Y tú, Cacumatzin, señor de Tezcuco, sobrino mio, tú saldras al encuentro de los españoles á recibirlos y á manifestarles mi resolucio, y á decirles que hallarán en mí los mismos sentimientos que me demuestran.

La resolucio de Moctezuma no tardó en saberse en México, y la curiosidad reemplazó al temor en el ánimo de los mexicanos.

CAPITULO XIX.

El príncipe Cacumatzin visita á Hernan Cortés.



La resolucio de Moctezuma satisfizo al pronto las aspiraciones de los mexicanos.

Todos experimentaban una viva curiosidad por conocer á los extranjeros.

A la curiosidad se unia el temor mientras duraron las vacilaciones de Moctezuma, mientras este monarca se manifestó resuelto á no permitir que llegasen hasta su ciudad, empleando la fuerza para impedirlo.

Pero cuando supieron que aceptaba la amistad de aquellos hombres, á quienes consideraban hijos del cielo, se abrió su corazon á la esperanza, y si los más altos personajes de la corte se presentaron á Moctezuma á pedirle permiso para acompañar á Cacumatzin á la visita que iba á hacer á los españoles, el pueblo y los soldados se regocijaron con la idea de que podrian ver de cerca á unos hombres tan temibles; y para conseguirlo cuanto ántes, abandonaron la ciudad y salieron á su encuentro.

Hernan Cortés con su ejército pasó algunos dias en una pequeña poblacion próxima á Chalco, y desde el primer momento recibió la visita del cacique de la provincia y de otros de las más próximas.

Al ver la insistencia con que deseaban conocer á los españoles y las muestras de amistad que les daban, acompañadas casi siempre de obsequios, se alarmaron los embajadores de Mocte-

—¿Y tú, nada me dices? exclamó Moctezuma.

—Yo, á pesar de mis pocos años, dijo el príncipe, no creo, como vosotros, que los españoles descendan de Quezalcoal, y tampoco doy valor á sus protestas amistosas.

Sin embargo, despues de lo que han hecho, no dejo de admirarles.

Me parece que son más dignos de consideracion y más temibles de lo que cree Cacumatzin.

No son un puñado de hombres como él pretende.

Gracias á su talento, han podido aumentarse y tener por aliados á más de doscientos mil hombres de los que son nuestros enemigos.

Así pues, creyendo que es imposible negarles la entrada en México despues de lo que ha sucedido, debo manifestarte que es preciso estar muy en guardia y reunir aquí todas las fuerzas de que podamos disponer para contrarrestar cualquiera sorpresa, cualquier acto amenazador á la independenciam de nuestra patria.

—Los españoles entrarán en Mexico, dijo Moctezuma.

Anúncialo á todos mis vasallos.

Y tú, Cacumatzin, señor de Tezcuco, sobrino mio, tú saldras al encuentro de los españoles á recibirlos y á manifestarles mi resolucio, y á decirles que hallarán en mí los mismos sentimientos que me demuestran.

La resolucio de Moctezuma no tardó en saberse en México, y la curiosidad reemplazó al temor en el ánimo de los mexicanos.

CAPITULO XIX.

El príncipe Cacumatzin visita á Hernan Cortés.



La resolucio de Moctezuma satisfizo al pronto las aspiraciones de los mexicanos.

Todos experimentaban una viva curiosidad por conocer á los extranjeros.

A la curiosidad se unia el temor mientras duraron las vacilaciones de Moctezuma, mientras este monarca se manifestó resuelto á no permitir que llegasen hasta su ciudad, empleando la fuerza para impedirlo.

Pero cuando supieron que aceptaba la amistad de aquellos hombres, á quienes consideraban hijos del cielo, se abrió su corazon á la esperanza, y si los más altos personajes de la corte se presentaron á Moctezuma á pedirle permiso para acompañar á Cacumatzin á la visita que iba á hacer á los españoles, el pueblo y los soldados se regocijaron con la idea de que podrian ver de cerca á unos hombres tan temibles; y para conseguirlo cuanto ántes, abandonaron la ciudad y salieron á su encuentro.

Hernan Cortés con su ejército pasó algunos dias en una pequeña poblacion próxima á Chalco, y desde el primer momento recibió la visita del cacique de la provincia y de otros de las más próximas.

Al ver la insistencia con que deseaban conocer á los españoles y las muestras de amistad que les daban, acompañadas casi siempre de obsequios, se alarmaron los embajadores de Mocte-

zuma, los cuales, so pretexto de interes y afeccion, no abandonaban nunca al caudillo.

Pero Marina conferenció con los caciques, y pudo descubrir Hernan Cortés, gracias de ella, lo que deberia haber sospechado: esto es, que cuanto más se acercaba á México, mayor era el descontento que reinaba en contra de Moctezuma.

Hasta entónces habia sido el emperador cruel, inhumano, y por más que ante su fuerza se doblegaban y acariciaban las cadenas que ponía á su cuello, la verdad era que en el fondo del corazón le odiaban todos los que eran víctimas de su crueldad.

Los tributos que les exigía eran tambien un poderoso motivo para que desearan á toda costa su ruina.

Por ellos supo, que no solo les exigía parte de los productos de sus tierras, sino que les obligaba á pagar una contribucion personal.

No habia un solo habitante del imperio que no tuviera obligacion de trabajar, al ménos un dia, en los jardines ó edificios suntuosos que para satisfacer su vanidad construía y sostenía el emperador.

Como si esto no bastase, tanto él como sus ministros se arrogaban el derecho de elegir y desechar á las mujeres de las provincias tributarias, sin que, como dice un historiador, pudiesen defender los brazos de la madre la doncella, ni la presencia del marido la casada.

Todas estas noticias que averiguaba Hernan Cortés regocijaban su ánimo, porque eran favorables á sus propósitos.

El prestigio con que se presentaba á los ojos de los mexicanos por una parte, y por otra el odio que aquellos sentían hácia el monarca, eran un nuevo refuerzo que añadir al ya considerable número de hombres que constituían su ejército aliado.

Todos los que acudían á visitar al ilustre caudillo, llevaban presentes y él pagaba estas dádivas con las bagatelas de que ya tiene noticia el lector, porque como procedentes de hombres á

quienes creían hijos del cielo, las consideraban como objetos sagrados.

Al dia siguiente prosiguió el ejército la marcha, y á medida que avanzaba notaban los españoles mayor esmero en el cultivo, una vegetacion más lozana y más rica.

Al lado de las huertas habia jardines, y el lujo y el esplendor de la ciudad de México empezaba á adivinarse en aquellos campos.

El ejército se alojó en Amecameca, pueblo pequeño, fundado en una ensenada de la gran laguna al pié de un fragosa montaña.

Multitud de soldados mexicanos, con armas y adornos militares, llegaron á aquella poblacion, y como Hernan Cortés estaba receloso, tomó sus medidas para evitar cualquiera sorpresa.

No era por entónces el deseo de luchar, sino la curiosidad la que los llevaba á aquel pueblo.

Pero de todos modos, para quitar un poco de arrogancia á aquellos mexicanos que se acercaban sin cuidado alguno á los españoles, pretextando que querían festejarlos á la usanza de España, dispuso una especie de simulacro.

Mandó disparar los arcabuces, dispuso asimismo que se hicieran algunos disparos de cañon, y por último, ordenó á los jinetes que diesen alguna carga.

A las primeras detonaciones huyeron muchos de los soldados mexicanos.

Los que aparentaban mayor serenidad iban retirándose poco á poco, y al ver á los caballos partir á galope, no pudieron contenerse, y se alejaron.

Los españoles se preparaban á pasar la noche en Amecameca, y al efecto dispuso Hernan Cortés que se establecieran centinelas y avanzadas.

Por la noche sonaron algunos disparos.

Los centinelas, viendo acercarse grupos de indios á deshora, hicieron fuego sobre ellos, y mataron algunos.

Al día siguiente supo Hernan Cortés que uno de los capitanes más bizarros del ejército de Moctezuma, sin orden de su señor, y solo con el deseo de agasajarle, quiso apoderarse por sorpresa de los extranjeros.

Cara pagó su pretension, porque fué uno de los que aparecieron muertos.

Los embajadores aplaudieron el hecho y disculparon al soldado, atribuyendo su castigo á la desobediencia, porque Moctezuma le habia mandado, como á todos los demas jefes de su ejército, que tratase como amigos á los españoles.

Por la mañana temprano descubrieron á lo largo de la calzada que conducia á México multitud de indios de todas condiciones que tomaban puesto en el camino para ver á los españoles y satisfacer su vehemente curiosidad.

Disponíase Hernan Cortés á dar las órdenes de marchar, cuando llegaron hasta la puerta de su alojamiento cuatro mexicanos, que hacian las veces de heraldos, para anunciarle que se acercaba á visitarle el príncipe Cacumatzin, sobrino querido de Moctezuma y señor de Tezcuco.

—Venga en buen hora, dijo Hernan Cortés, disponiéndose á recibir á aquel emisario del emperador.

Los heraldos volvieron á anunciar á Cacumatzin que el caudillo le daba licencia para presentarse á su vista, y poco despues empezaron á descubrir los españoles la comitiva que acompañaba al príncipe.

Rompian la marcha muchos nobles del imperio, espléndidamente engalanados y llevando en la diestra insignias, que segun dijeron á Hernan Cortés Marina y los caciques tlaxcaltecas, eran símbolo de paz.

El príncipe Cacumatzin iba detrás de ellos sobre unas andas, adornadas con plumas de mil colores.

Las andas las conducian en los hombros los parientes más predilectos de Cacumatzin.

La servidumbre del príncipe iba detrás, y cerraban la comitiva muchos hombres del pueblo.

Detuviéronse los batidores delante de la morada de Hernan Cortés.

Algunos criados limpiaron el suelo en tanto que otros ayudaban á Cacumatzin á bajar de las andas.

Hernan Cortés, de gala, y acompañado de sus capitanes, salió al encuentro del príncipe.

Al saludo que le dirigió contestó Cacumatzin con una genuflexion, tocó la tierra, y despues de tocarla se acercó los dedos á los labios.

Formóse un ancho corro en torno del caudillo español y del príncipe mexicano.

—Vengo, dijo á Hernan Cortés, á felicitaros y á dar la bienvenida á todos los capitanes.

Mi señor y tio, el gran Moctezuma, me envía para anunciaros que os espera con ansia y que desea con no ménos vehemencia la amistad del monarca que os envía desde Oriente.

Solo una pena tiene: la de haberse opuesto alguna vez á vuestra llegada á México.

Pero no atribuyais nunca esta determinacion á falta de correspondencia ni á mala intencion respecto á vosotros.

Desgraciadamente, habeis llegado en una época muy desgraciada para los pueblos tributarios de Moctezuma.

Viénese padeciendo en todos ellos gran esterilidad y el temor de no poder agasajaros como mereceis en donde falta el sustento á los habitantes del país, es el que le ha movido á rogarnos que no avanzarais más, porque si está dispuesto á partir con vosotros todas sus dichas, no quiere que participeis de ninguna de sus desventuras.

—Yo hubiera accedido á sus deseos, respondió Hernan Cor-

tés, si el soberano que me envía á su presencia no me hubiera encargado ofrecer su amistad á Moctezuma, y comunicarle noticias que le interesen en extremo.

Yo le agradezco, pues, que haya al fin accedido á nuestro deseo, concediéndome la licencia necesaria para llegar hasta su ciudad, y podeis decirle, que aunque padezcamos privaciones, no nos quejaremos.

Los de nuestra raza tienen fuerza bastante para soportar las desdichas, y estamos acostumbrados á arrostrar las incomodidades y trabajos que afligen á los hombres ménos favorecidos que nosotros por la Providencia.

Anunciadle, pues, á Moctezuma que muy en breve iré á ponerme á sus órdenes, y que cualquiera que sea el recibimiento que me dispense, despertará en mi alma la mayor gratitud.

—Puesto que, segun mis noticias, os disponeis á partir, permitidme la honra de acompañaros, al ménos hasta Tezcucó, ciudad que se halla bajo mi dominio, y en la cual espero daros muestras del afecto que me inspirais.

Hernan Cortés se anticipó á pagarle los agasajos con que le brindaba, ofreciéndole cuentas de vidrio, espejos y algunas que otras fruslerías de las que tanta alegría proporcionaban á los indios.

CAPITULO XX.

Iztacpalapa.

Sus aliados, los españoles, y los embajadores de México con el príncipe Cacumatzin, se trasladaron á Tezcucó, una de las mayores ciudades del imperio.

Los españoles dejaron consignado en sus escritos que aquella ciudad era como las de Sevilla.

Los edificios, sus torres extrañas y el fuerte de la ciudad, ofrecian un espectáculo encantador.

Como la ciudad de Génova, se hallaba situada enfrente de un inmenso lago.

Llevó Cacumatzin á Hernan Cortés á su palacio y allí, despues de entregar algunas joyas de oro al caudillo de los españoles, mandó á sus criados que repartiesen plumas, adornos, flechas y otros objetos á los capitanes y soldados.

Poco se detuvieron los viajeros en aquella ciudad.

Hernan Cortés, informado de la distancia que tenia que recorrer, deseaba pernoctar en Iztacpalapa, que se hallaba á tres leguas de Tezcucó y á muy corta distancia de México.

Una hermosa calzada de más de veinte piés de latitud, de piedra y cal, y con preciosas labores en la superficie, empezó á dar idea á los españoles del lujo que poco despues iba á desplegarse ante sus ojos.

Cacumatzin se adelantó para anticipar á Moctezuma las buenas noticias que habia recibido.

Los españoles se detuvieron en un pueblo que habia entre Tezcucó é Iztacpalapa, llamado Quitlavaca.

El cacique de aquel pueblo se presentó á Hernan Cortés acompañado de las principales personas que allí habitaban, y mostrando gran admiracion y gran afecto hácia los españoles, pidió con las mayores instancias á su jefe que le honrase deteniéndose à pasar la noche en la ciudad.

Hernan Cortés accedió à estos deseos.

El motivo que le impulsó á acceder fué el recelo.

Aunque á medida que iba avanzando hácia la residencia del emperador habia tenido ocasion de admirar graduales adelantos en la civilizacion de aquellos pueblos; aunque por las noticias que le habian dado y las narraciones que habia oido, tenia una idea grandiosa de México, no podia figurarse que llegara hasta el punto que llegaba la magnificencia de aquel imperio.

Informado por Marina de la sinceridad con que el cacique de Quitlavaca deseaba que pasase la noche en esta poblacion, accedió, como hemos dicho, para poder informarse allí, hasta donde fuera posible, de la verdadera actitud en que le esperaba el emperador de México.

Por otra parte, la posicion de la ciudad era la más á propósito para abarcar una imensa posicion de terreno.

El cacique hospedó en su palacio á Hernan Cortés.

Las familias más nobles alojaron á los capitanes.

Los soldados recibieron las mayores muestras de afecto y de interes por parte de los Quitlavacas, y hasta los tlaxcaltecas y zempoales, naturales enemigos de los mexicanos, fueron considerados por éstos al verlos protegidos por los españoles.

Marina, encargada como siempre de sondear el corazon de los mexicanos, pudo tranquilizar á Hernan Cortés.

Por el cacique supo que no habia ningun peligro para los españoles, que el emperador habia dado orden á todas las poblaciones del tránsito para que los recibiesen y agasajasen; y de paso manifestó el odio que sentian todos los habitantes de

Quitlavaca hácia Moctezuma, refiriendo á Marina los prodigios que habian tenido lugar en el imperio ántes de su reinado.

Buena falta hicieron todas estas noticias para devolver la energía á los soldados de Hernan Cortés.

Antes de entrar en Iztacpalapa quiso Hernan Cortés pasar revista á todo su ejército.

La calzada era ancha, y aquel espectáculo, ademas de servirle para su gobierno, podia producir gran efecto en los muchos curiosos que acudian á ver á los extranjeros.

Formaron, pues, cuatrocientos cincuenta españoles, y á su lado seis mil indios entre tlaxcaltecas, zempoales y algunos otros que se habian unido al ejército en el camino.

En esta forma se pusieron en marcha, recreando todos su vista en el risueño panorama que ofrecia la ciudad.

Situada tambien en la orilla de la laguna de México, con más de diez mil casas, casi todas elevadas, é innumerables torres, parecia aprisionada por una guirnalda de jardines.

El príncipe de Iztacpalapa se adelantó acompañado de otros dos príncipes, el de Magicaltzingo, y el de Cuyoacan, y salió al encuentro de los españoles.

Saludándoles con la mayor cortesía, mandaron á los tamenes que les ofreciesen los regalos que les llevaban en frutas, víveres y joyas de oro, cuyo valor ascendia á dos mil pesos.

La entrada de los españoles en la ciudad fué triunfal, y á través de dos grandes filas de una muchedumbre inmensa, que expresaba su entusiasmo por medio de un continuo griterío.

La ciudad de Iztacpalapa era encantadora.

Rectas y anchas calles, plazas con fuentes de agua cristalina, jardines y huertas, templos suntuosos.

El palacio era grande.

Constaba de muchas habitaciones, todas con el techo de cedro, sobre el que el cancel habia trazado adornos caprichosos.

En las habitaciones habia tambien colgaduras de algodón te-

jido, con hilos de varios colores, formando dibujos no ménos bellos y deslumbradores.

Empeñóse Quetlahuaca en que pasase el día en su ciudad, y accediendo á ello Hernan Cortés, por la tarde le llevó, lo mismo que á sus capitanes, á una hermosa huerta que para su recreo poseía, concediendo á sus huéspedes permiso para aprovechar todos sus frutos.

La huerta era una maravilla.

Habia tambien un jardin, y en medio de él un estanque de piedra y argamasa, y con gradas que conducian hasta el fondo.

En aquel estanque habia innumerables peces, que constituian uno de los principales recreos del príncipe Quetlahuaca.

Cortés creía soñar.

No habia tomado parte en las guerras de Granada, y no habia podido ver nunca tantos jardines, tantos huertos, tantos palacios, como soñaba y realizaba el génio de los árabes.

No podia imaginar que á tanta distancia de su patria, y no solo de su patria, sino del mundo civilizado, pudiera aparecer á sus ojos el arte de una manera tan encantadora.

Hernan Cortés notó que todos los habitantes de aquella ciudad hablaban con respeto y con amor de Moctezuma; las quejas contra el soberano habian cesado.

Allí todo era palabras de admiracion y respeto.

Por lo que pudiera suceder, estableció aquella noche centinelas; pero este cuidado fué inútil.

Moctezuma estaba verdaderamente resuelto á aplacar á los dioses, mostrándose benévolo con los españoles, y habia dado órden para que los agasajasen en todas partes.

Dos leguas distaba México de Iztacpalapa.

A la mañana siguiente de madrugada se puso en marcha todo el ejército, dejando á un lado y otro del camino multitud de poblaciones hermosísimas, todas en las orillas de la gran laguna.

Aun no serian las nueve de la mañana, cuando el panorama de la ciudad de México deslumbró la vista de los españoles.

CAPITULO XXI.

México.



El espectáculo que ofreció á los ojos de los extranjeros el panorama de la ciudad de México fué el colmo de la maravilla.

No debemos pasar adelante sin ofrecer á nuestros lectores una descripcion detallada de aquella gran ciudad donde iban á poner la planta los españoles, y que debia ser teatro de escenas sorprendentes.

Así, pues, ántes de asistir á la primera entrevista de Hernan Cortés y Moctezuma; ántes de reseñar las ceremonias que tuvieron lugar en aquel momento tan solemne para la decadencia del imperio mexicano, y de una de las conquistas más grandiosas del Nuevo Mundo, vean nuestros lectores por esta descripcion de uno de los más sabios viajeros que han estudiado las antigüedades de México, qué era aquella ciudad en el momento en que llegaban á ella los españoles.

Conociásela, como hemos dicho ya, con el nombre de Tenochtitlan.

Adornada con numerosos teocalis, que se elevaban en forma de pirámides, rodeada de calzadas ó diques, situada casi en medio del lago de Tezcucó sobre islotes cubiertos de verdor, recibiendo en sus calles á todas horas millares de barcos que vivificaban aquella espaciosa sábana de agua salada, la antigua Tenochtitlan debia parecerse á algunas ciudades de Holanda, de la China, ó del Delta inundado del Bajo Egipto.

jido, con hilos de varios colores, formando dibujos no ménos bellos y deslumbradores.

Empeñóse Quetlahuaca en que pasase el día en su ciudad, y accediendo á ello Hernan Cortés, por la tarde le llevó, lo mismo que á sus capitanes, á una hermosa huerta que para su recreo poseía, concediendo á sus huéspedes permiso para aprovechar todos sus frutos.

La huerta era una maravilla.

Habia tambien un jardin, y en medio de él un estanque de piedra y argamasa, y con gradas que conducian hasta el fondo.

En aquel estanque habia innumerables peces, que constituian uno de los principales recreos del príncipe Quetlahuaca.

Cortés creía soñar.

No habia tomado parte en las guerras de Granada, y no habia podido ver nunca tantos jardines, tantos huertos, tantos palacios, como soñaba y realizaba el génio de los árabes.

No podia imaginar que á tanta distancia de su patria, y no solo de su patria, sino del mundo civilizado, pudiera aparecer á sus ojos el arte de una manera tan encantadora.

Hernan Cortés notó que todos los habitantes de aquella ciudad hablaban con respeto y con amor de Moctezuma; las quejas contra el soberano habian cesado.

Allí todo era palabras de admiracion y respeto.

Por lo que pudiera suceder, estableció aquella noche centinelas; pero este cuidado fué inútil.

Moctezuma estaba verdaderamente resuelto á aplacar á los dioses, mostrándose benévolo con los españoles, y habia dado órden para que los agasajasen en todas partes.

Dos leguas distaba México de Iztacpalapa.

A la mañana siguiente de madrugada se puso en marcha todo el ejército, dejando á un lado y otro del camino multitud de poblaciones hermosísimas, todas en las orillas de la gran laguna.

Aun no serian las nueve de la mañana, cuando el panorama de la ciudad de México deslumbró la vista de los españoles.

CAPITULO XXI.

México.



El espectáculo que ofreció á los ojos de los extranjeros el panorama de la ciudad de México fué el colmo de la maravilla.

No debemos pasar adelante sin ofrecer á nuestros lectores una descripcion detallada de aquella gran ciudad donde iban á poner la planta los españoles, y que debia ser teatro de escenas sorprendentes.

Así, pues, ántes de asistir á la primera entrevista de Hernan Cortés y Moctezuma; ántes de reseñar las ceremonias que tuvieron lugar en aquel momento tan solemne para la decadencia del imperio mexicano, y de una de las conquistas más grandiosas del Nuevo Mundo, vean nuestros lectores por esta descripcion de uno de los más sabios viajeros que han estudiado las antigüedades de México, qué era aquella ciudad en el momento en que llegaban á ella los españoles.

Conociásela, como hemos dicho ya, con el nombre de Tenochtitlan.

Adornada con numerosos teocalis, que se elevaban en forma de pirámides, rodeada de calzadas ó diques, situada casi en medio del lago de Tezcucó sobre islotes cubiertos de verdor, recibiendo en sus calles á todas horas millares de barcos que vivificaban aquella espaciosa sábana de agua salada, la antigua Tenochtitlan debia parecerse á algunas ciudades de Holanda, de la China, ó del Delta inundado del Bajo Egipto.

Tres calzadas principales del ancho de dos lanzas la unian al continente, cuyas calzadas existen en parte, y forman ahora caminos y empedrados que atraviesan los terrenos pantanosos.

Bellos acueductos proveían de agua dulce la ciudad, y todavía se reconocen los restos de una de las dos cañerías que pasaban por cerca de Churubusco.

Cortés comparaba la extensión de Tenochtitlan á la de Sevilla ó Córdoba.

Las calles principales eran anchas y alineadas.

Algunas, como las de Venecia, estaban parte en seco y parte ocupadas por canales navegables, atravesados por puentes de madera muy bien contruidos, y tan anchos que permitían el paso de una fila de diez jinetes de frente.

Las casas bajas, como las de Pekin y otras grandes poblaciones del Asia, eran parte de madera y parte de tezontli, especie de piedra esponjosa, ligera y fácil de romper.

Segun un fragmento del plano de Tenochtitlan que Moctezuma hizo levantar más tarde para Cortés, esta ciudad está dividida en cuadrados regulares, formados por las calles principales y por los canales.

En cada cuadro se elevaba un templo ó teocali.

El principal estaba dedicado á Tezcatlipoca, la primera de las divinidades aztecas despues de Teotl, que es el sér supremo é invisible, y á Huitzilopoztli, el dios de la guerra.

Solo seis años ántes del descubrimiento de la América por Cristóbal Colon se habia erigido este templo.

Ocupaba el centro de la ciudad, y con los otros templos y edificios á que estaba unido cubria todo el espacio que hoy ocupa la catedral, la mayor parte de la plaza del mercado y calles y edificios que la rodean.

Cortés afirma que en aquel recinto que ocupaban sus muros podia haberse formado una poblacion de quinientos fuegos.

Las paredes de cal y piedra eran muy gruesas, de ocho piés

de altura, y adornadas con aberturas en forma de nichos y porcion de figuras de piedra que representaban serpientes, lo cual habia sido causa de que se le diese el nombre de coatapautli, ó murallas de serpientes.

Este templo tenia cuatro puertas, que correspondian á los cuatro puntos cardinales del mundo.

En el centro del recinto se elevaba una pirámide truncada, semejante á las de Teotihuacan, de cincuenta y cuatro metros de altura y noventa y siete de ancho por su base.

Una escalera conducia á su cúspide, que tenia de siete á ocho toesas en cuadro, y encerraba dos capillas magníficas, abiertas por delante y coronadas con una bella construcción de madera muy elevada.

Los dos ídolos que éstaban en las capillas eran de piedras colosales y horrorosamente feos.

El centro de este espacio contenia una piedra verde, piramidal, de cinco palmos de altura, sobre la cual se sacrificaban las víctimas.

Cinco mil personas éstaban empleadas en el servicio del templo, y tenían en él sus habitaciones.

Entre los treinta y nueve templos que rodeaban el principal, y que Cortés creyó formaban parte de él, se distinguia el de Quezalcoal, deidad que presidia el aire.

Era de forma redonda, y su puerta representaba la boca de una serpiente.

Delante de la primer entrada del templo principal se veia un vasto edificio revestido de las cabezas de los individuos que habian sido sacrificados.

El palacio principal, residencia ordinaria de Moctezuma, estaba en el mismo sitio donde hoy está la casa del duque de Monteleone, llamada vulgarmente *Casa del estado*.

Era de piedra y cal, pero de escasa elevacion.

Tenia cinco puertas grandes en cada una de las cuatro fachadas. Tres espaciosos patios le rodeaban en el interior.

En el del centro habia una hermosa fuente.

Habia muchos salones con más de mil aposentos.

Algunas de estas piezas estaban incrustadas de los más finos mármoles y de otras piedras extrañas.

Las vigas y los suelos eran de cedro, ciprés y otras maderas, perfectamente trabajadas y esculpidas.

Segun un testigo ocular y digno de fe, habia un salon capaz de contener tres mil personas.

Ademas de este palacio, tenia Moctezuma otros, así dentro como fuera de la ciudad.

En México, dice Mr. Beulloch, no solo tenia un serrallo para sus mujeres, sino habitacion para sus ministros y sus consejeros y para todos los oficiales de su córte, tan numerosa como brillante.

Habia tambien casas para recibir á los personajes extranjeros que le visitaban, y particularmente á los dos reyes sus aliados.

Dos vastos edificios estaban destinados, uno para las aves pacíficas, y otro para las carnívoras ó de rapiña, para los cuadrúpedos y para los reptiles.

Parece que estas dos casas de fieras habian sido las más magníficas del mundo.

La primera contenia muchos cuartos y galerías, sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza.

Las galerías daban á un jardin, donde en medio de grupos de arbustos habia diez estanques, unos de agua dulce, y otros de agua salobre, para recibir las aves acuáticas, ya de rio, ya de mar.

En las otras partes del edificio se alimentaban un número prodigioso de pájaros de toda especie.

Cortés dice que trescientos hombres estaban empleados en cuidar y recoger en ciertas épocas sus plumas, con las que ha-

cian aquellos famosos mosaicos que justamente excitaron la admiracion de los españoles.

Habia médicos encargados de observar las enfermedades de estos animales, y aplicar pronto remedio.

Los salones y cuartos de este singular edificio eran tantos, que este conquistador asegura que dos grandes monarcas podian alojarse en él con toda su comitiva.

Este famoso edificio estaba situado en la plaza donde en la actualidad se halla el convento de San Francisco.

El otro edificio destinado á fieras, tenia espaciosos patios, empedrados de losa y divididos en cuartos.

En uno se alimentaban todas las aves de rapiña, desde el águila real hasta la crecerella. (1)

Estos pájaros estaban distribuidos en cámaras subterráneas de seis piés de profundidad y más de diez y seis de ancho y largo.

Se mataban diariamente más de quinientos pavos para alimento de estas aves.

El mismo edificio encerraba un gran número de salones bajos, donde en fuertes jaulas de madera estaban los lobos, los gatos monteses, las especies que los primeros españoles llamaron leones y tigres y otra porcion de fieras alimentadas con otros animales y con las entrañas de las víctimas humanas que se sacrificaban.

Tambien habia cocodrilos y serpientes.

Estas estaban encerradas en toneles grandes ó tinajas, y aquellos en estanques cercados de paredes.

Tambien habia estanques para los peces, de los cuales aún existen algunos muy hermosos.

Mr. Beulloch dice que en las cercanías inmediatas del moderno México aún se les puede ver en el palacio de Chapultepec.

1 Pequeña ave de rapiña de la familia de los halcones.

Todos estos palacios estaban rodeados de hermosos jardines donde se cultivaban toda clase de flores, yerbas olorosas y plantas medicinales.

Habia además bosques cercanos para que cazase el emperador, quien frecuentemente los visitaba.

Uno de estos bosques ocupaba una isla sobre el lago conocido ahora con el nombre de Peñon.

El arsenal era un vasto edificio, lleno de toda especie de armas ofensivas y defensivas, de que usaban aquellos pueblos, y de los adornos é insignias militares, empleándose en fabricar estas armas y otros objetos un número tan grande de obreros que sorprende.

Varios artistas, como pintores, escultores, plateros y de los que construyen el mosaico, trabajaban constantemente para la corte.

Los bailarines poblaban ellos solos un distrito entero, y se les mantenía para la diversion del emperador.

El mercado, dos veces mayor que el de Sevilla, estaba rodeado de un pórtico inmenso, bajo el cual se exponían toda clase de mercancías, de comestibles, de adornos de oro, plata y piedras finas, hueso, conchitas, pluma, losa, cueros y algodón hilado.

Allí se veían piedras labradas, tejas y madera.

Habia callejuelas para la caza, otras para las legumbres y objetos de jardinería, y casas donde los barberos afeitaban la cabeza con navajas hechas de obsidiana. (1)

Otras casas semejantes á nuestras boticas, donde se vendían medicamentos ya preparados, unguentos y emplastos.

Habia igualmente casas donde pagando se hallaba comida y bebida.

1 Es una piedra de que hablan mucho los antiguos; pero que ya no existe. Parece que era negra, y cortada en tiras servía para instrumentos punzantes y cortantes, y formando láminas y bruñida hacia el efecto de nuestros espejos.

Para evitar la confusion; cada artículo se vendía en paraje separado, y todo por una medida de extension ó capacidad; pero jamas al peso.

En medio de la plaza mayor estaba una casa, que pudiera llamarse palacio de la justicia, donde diez ó doce personas, constituidas en jurado, intervenían en todas las cuestiones que se suscitaban por la venta de las mercancías.

Otros estaban continuamente entre los concurrentes para ver si se vendía al justo precio; y los españoles vieron hacer pedazos medidas falsas cogidas á los vendedores.

Hay que añadir que reinaba la mayor limpieza, no solo en el mercado, sino en los palacios imperiales y en todo lo restante de la ciudad; y si hemos de creer lo que dicen los historiadores, se empleaba cada mañana mil hombres en barrer y lavar las calles de la ciudad.

Los españoles han emitido las opiniones más absurdas respecto á la poblacion de esta antigua capital.

El abate Clavijero la hacia ascender á un millon quinientas mil almas.

Mr. Humboldt la fija en trescientas mil.

Admitiendo este número, no solamente hubiera sido la ciudad más poblada de todo el Nuevo Mundo, donde no llega á tanto la poblacion de ciudad alguna, sino tambien hubiera sido una de los más populosos del globo, pues á excepcion de algunas de las mayores ciudades de Asia y del Africa Musulmana, su poblacion hubiera superado en aquella época á la de todas las metrópolis de Europa, exceptuando Lóndres, Paris, Constantinopla y acaso Sevilla.

Tal era la ciudad de México cuando obtuvieron los españoles el primer triunfo sobre el orgulloso monarca, obligándole á que los recibiera contra su voluntad.

Asistamos ahora á la recepcion que hicieron los mexicanos á los españoles.

CAPITULO XXII.

Entrada de los españoles en México.

MOCTEZUMA había dado las órdenes para que sus vasallos desplegasen un lujo y una magnificencia deslumbradora á los ojos de los españoles.

Mucho ántes de que se pusieran en marcha los extranjeros, salieron á su encuentro de la ciudad cuatro mil nobles seguidos de su servidumbre.

Estos hallaron á la comitiva de Hernan Cortés en medio del camino, y franqueándoles el paso sin pronunciar una sola palabra, hicieron todos humildes reverencias, y fueron á colocarse detrás de los españoles para escoltarlos.

Un cuarto de hora despues descubrieron los viajeros un baluarte de piedra con dos castillos, uno á cada lado, que defendía el paso de la calzada.

Las puertas del baluarte abrian camino á una pequeña prolongacion de la calzada, y al fin de esta habia un puente levadizo, que defendia la entrada de la segunda fortificacion.

Penetraron los españoles, y al final del puente encontraron una espaciosa calle con edificios profusamente labrados á uno y otro lado.

La calle estaba desierta.

Peró los miradores y las azoteas estaban llenos de mexicanos de ambos sexos, que aguardaban con ánsia á los huéspedes de su soberano.

Moctezuma habia mandado que se despejasen las calles por-

que queria salir al encuentro de los españoles apénas tuviese aviso de su llegada.

No bien empezaron á pasar el puente levadizo, partieron dos correos al palacio á noticiar al monarca la llegada de los extranjeros; y la comitiva imperial, que aguardaba las órdenes de Moctezuma para ponerse en marcha, se puso en movimiento, y no tardó en salir al encuentro de los españoles, que fijaban sus asombrados ojos en los espléndidos edificios, en el lujo y en la magnificencia de los que ocupaban los miradores y las azoteas.

La vanguardia, por decirlo así, de la comitiva imperial constaba de doscientos nobles, pertenecientes á la familia de Moctezuma.

Todos iban adornados de la misma manera, y los penachos de pluma con que cubrian su cabeza eran de la misma forma é idéntico color.

Avanzaron en dos filas en medio del mayor silencio y con los piés descalzos. Ninguno de ellos se atrevió á alzar los ojos del suelo.

Hernan Cortés mandó hacer alto á sus tropas al mismo tiempo que los de la vanguardia, y acercándose á las paredes de las casas formaron dos filas como las que forma la tropa en las procesiones y solemnidades populares.

Poco despues se distinguia á lo léjos al emperador, precedido de muchos magnates y altos dignatarios del palacio, generales, teopixques ó sacerdotes y demas personas de su servidumbre.

Iba el emperador sobre unas andas de oro bruñido, con plumas de colores sobrepuestas, formando bellísimos dibujos.

A cada lado iban dos personajes soportando un pábilo, formado con plumas verdes, que servia de dosel al emperador.

Delante de los indios iban tres magistrados, cada cual con una vara de oro en la mano.

De cuando en cuando la levantaban, dejándola caer sobre el

pavimento, con lo cual querian decir á los vasallos del emperador que bajasen los ojos, porque se acercaba su soberano.

Mirar á Moctezuma era considerado como un desacato, como un sacrilegio que castigaban horribilmente.

Los dignatarios que precedian al monarca, al llegar adonde aguardaba Hernan Cortés, despues de hacer una profunda reverencia á los españoles, formaron otras dos filas, y despejado el camino, llegaron los que conducian en las andas al emperador seguidos de músicos y criados del monarca.

Los primeros ejecutaban una marcha de un ritmo extraño y en extremo molesto para el delicado oido de los españoles.

Al llegar Moctezuma cerca de donde estaba Hernan Cortés, dieron los magistrados tres golpes con las varas de oro, se adelantaron algunos indios, pusieron una alfombra formada con palmas de colores tejidas, y entónces se bajó de las andas Moctezuma, cesando la música y reinando, á pesar de haber tanta gente reunida, un sepulcral silencio.

Para bajar de las andas se apoyó Moctezuma en los hombros de sus dos sobrinos, los príncipes de Iztacpalapa y de Tezcuco.

Hé aquí el retrato que hace Solís de tan extraordinario monarca:

«Era de buena presencia.

«Podria tener unos cuarenta años.

«Su estatura era mediana.

«Era más bien delgado que robusto.

«La nariz era aguileña.

«El color de su rostro ménos oscuro que el de la generalidad de los indios.

«Sus cabellos eran largos.

«Sus ojos vivos.

«En su semblante se descubria la soberbia y la majestad.»

«Su traje consistia en un manto de finísimo algodón, sujeto

por lazos á los hombros, de manera que cubria la mayor parte de su cuerpo, cayendo por detrás hasta llegar al suelo.

«Parecia mentira que pudiera soportar el peso de las joyas de oro, perlas y piedras preciosas con que iba adornado.

«Su corona de oro, más que una corona, parecia una mitra.

«Por delante terminaba en punta, y en su parte posterior en óvalo.

«Su calzado consistia en unas plantillas de oro macizo, sujetas al pié con correas con adornos de oro.

Hernan Cortés habia tambien procurado adornarse de una manera deslumbradora, para llamar la atencion del monarca y sus vasallos.

Con abalorios, lentejuelas y pedazos de espejos, sujetos á una tela de lana de un encarnado muy vivo, habia formado una banda, que ciñó á su pecho, y que aumentaba el esplendor de su reluciente armadura, de su casco con ondeantes plumas azules y blancas, y de su tabardo encarnado.

Antes de hablar al soberano hizo una profunda reverencia.

Moctezuma, segun la usanza de su nacion, se humilló hasta tocar con su diestra la tierra, llevó despues la mano á sus labios y de este modo le rindió el homenaje que hasta entónces no habia rendido ni á los dioses.

Sin proferir una sola palabra se quitó Hernan Cortés la banda que llevaba al pecho.

Se acercó más á Moctezuma para ponérsela.

Los magistrados se interpusieron.

—No es permitido, exclamó uno de ellos, acercarse tanto á la persona de nuestro soberano.

Hernan Cortés no tuvo tiempo para castigar con una mirada terrible aquel acto de los aduladores del monarca.

Moctezuma reprendiendo agriamente á sus servidores:

—Acercaos á mí cuanto gustéis, dijo á Hernan Cortés; nadie tiene derecho para estorbároslo.

El caudillo de los españoles ciñó á su pecho la banda, y Moctezuma pareció encantado con aquel presente.

Nada habia á sus ojos que valiera más que aquella banda.

Un murmullo de admiracion, de asombro, resonó en torno de los principales personajes de aquella escena.

Queriendo corresponder á una prueba de afecto tan grande como la que acababa de recibir, mandó Moctezuma que le quitasen un collar que llevaba, formado por conchas carmesíes, y engarzadas con tanto arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gámbaros ó cangrejos de oro admirablemente imitados.

—Esta es la joya que más estimo,—dijo, tomando el collar de manos de sus servidores y ciñéndolo al cuello de Hernan Cortés.—Quiero honrarlos con él.

Este acto de generosidad del monarca acrecentó el asombro de sus vasallos.

¿Qué hombres eran aquellos á quienes el emperador consideraba más aún que á los ídolos de los templos?

Hernan Cortés quiso hablar del objeto de su embajada á Moctezuma.

—No prosigais, contestó éste; me honrais con vuestra presencia, y estoy dispuesto á manifestaros mi gratitud y mi afecto.

Ahora el príncipe de Iztacpalapa mi muy amado sobrino, os conducirá al palacio que he destinado para vuestra habitacion y la de los que os acompañan. Descansad allí, y yo volveré á verlos.

No he podido resistir á la impaciencia de saludar á los embajadores de un monarca tan poderoso como el vuestro, y por eso he venido.

Pero no quiero molestaros más, y me retiro despues de manifestaros que estais en vuestra casa, y que todo mi imperio queda puesto á vuestra disposicion.

Volvió á subir Moctezuma á las andas, y partió con toda su comitiva, en tanto que el príncipe de Iztacpalapa acompañó á Hernan Cortés y á sus soldados á una de las casas reales que habia mandado construir Axayaca, padre de Moctezuma.

Despues de la descripcion que en el anterior capítulo hemos publicado para dar una idea de lo que era la poblacion de México, fácilmente comprenderán nuestros lectores que aquellos edificios, que aquellos templos, que aquellos palacios, que aquellas calles espaciosas, que aquellas magníficas plazas, sorprendian á los españoles; no fué ménos grata la impresion que recibieron al ver el edificio que destinaban para su morada.

Competia en grandeza y suntuosidad con el palacio de Moctezuma, y sus espesos muros y los torreones que le coronaban le daban todo el aspecto de una fortaleza.

Como diligente general, lo primero que hizo Hernan Cortés fué recorrer el edificio, distribuir sus tropas y destinar la artillería para que, si era preciso, pudiera en un momento dado servir á la defensa de los españoles.

Seguido de sus capitanes y guiado por el príncipe de Iztacpalapa, visitó todas las habitaciones.

Hallábanse adornadas con tapicería de varios colores, y los muebles consistian en sillas de maderas labradas, de una sola pieza.

Las camas tenian colgaduras, formando pabellones; pero no eran tan cómodas como las de Europa.

Consistian solamente en dos ó tres esteras de palma, y una pequeña arrollada servia de almohada.

Aun no seria la una de la tarde cuando quedaron instalados.

Su sorpresa creció de punto al ver que el príncipe condujo á Hernan Cortés y á sus capitanes á una habitacion en donde estaba preparado un espléndido festin para obsequiarlos.

Multitud de indios destinados á la servidumbre de los españoles, ofrecieron á los soldados manjares y bebidas, tan agradables y tan inesperadas, que se creyeron todos conducidos por obra de algun encantador á uno de esos palacios que fabrica la fantasía para recreo de la imaginacion de los mortales.

No bien terminó el banquete, cuando anunciaron á Hernan Cortés que Moctezuma iba á visitarle de nuevo.

CAPITULO XXIII.

De potencia á potencia.

Con la misma comitiva y acompañamiento con que salió á recibir al caudillo de los españoles, llegó Moctezuma por la tarde al palacio que les habian destinado para morada.

Solvió Hernan Cortés con sus capitanes á su encuentro, y uno y otro, seguidos de los empleados y altos dignatarios más allegados á sus personas, penetraron en el salon principal del palacio.

—Deseo hablaros á solas, dijo Moctezuma á Hernan Cortés.

Al mismo tiempo dió ordenes á los que le acompañaban para que se retirasen á un lado.

La misma indicacion dirigió Hernan Cortés á sus capitanes, y tomando asiento el monarca y el embajador del Rey de España, sin más intérprete que Jerónimo de Aguilar, hablaron primero Moctezuma, y despues el caudillo de los españoles.

La historia ha conservado las palabras que uno y otro pronunciaron en aquella solemne ocasion.

Como nada reemplaza á la verdad, creemos deber reproducirlas.

—Antes, ilustre capitán de los valerosos extranjeros, exclamó Moctezuma; ántes de que me deis parte de la embajada del príncipe grande que os envía, debeis vosotros, y debo yo, desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costumbres, introduciendo en nuestros oidos

aquellos vanos rumores que van delante de la verdad y suelen oscurecerla, declinando en lisonja ó vituperio.

En algunas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses inmortales, levantando hasta los cielos mi poder y mi naturalza; en otras que se desvela en mis opulencias la fortuna, que son de oro las paredes y los ladrillos de mis palacios, y que no caben en tierra mis tesoros; y en otras que soy tirano, cruel y soberbio, que aborrezco la justicia y que no conozco la piedad.

Pero los unos y los otros os han engañado con igual encarecimiento, y para que no imagineis que soy alguno de los dioses, ó conozcais el desvarío de los que así me imaginan, esta proporcion de mi cuerpo desengañará vuestros ojos de que hablais con un hombre mortal de la misma especie, pero más noble y más poderoso que los otros hombres.

Al llegar aquí presentó su brazo desnudo á Hernan Cortés, é hizo que le tocase para que se convenciera de que en efecto era mortal.

—No niego, añadió, que mis riquezas sean grandes; pero las hacen mayores las exageraciones de mis vasallos.

Esta casa que habitais es uno de mis palacios.

Mirad estas paredes hechas de piedra y cal, materia vil que debe al arte su estimacion, y colegid de uno y otro el mismo engaño y el mismo encarecimiento en que os hubieran dicho de mis tiranías, suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, y despreciando ese lenguaje de mis rebeldes hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y si pueden acusarle sin dejar de merecerle.

No de otra suerte han llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza y operaciones.

Algunos han dicho que sois deidades, que os obedecen las fieras, que manejaís los rayos y que mandais en los elementos; y otros que sois facinerosos, iracundos, soberbios, que os dejais

dominar por los vicios, y que venís con una sed insaciable de oro, que produce nuestra tierra.

Pero ya veo que sois hombres de la misma composición y masa que los demás, aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de los que suelen influir el temperamento de la tierra en los mortales.

Hernán Cortés oyó con la mayor circunspección al emperador de México.

Llegó, pues, el momento de contestar á sus indicaciones, y viendo á Moctezuma preparado para escucharle con la mayor atención:

—Después de daros gracias, dijo, por la benignidad con que os disponéis á escuchar nuestra embajada, y por el afecto con que nos habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinión, debo deciros que también acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto y veneración que corresponde á vuestra grandeza.

Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de vuestro dominio, unos afeando vuestras obras, y otro poniendo entre sus dioses vuestra persona.

Pero los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria de la verdad, que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones, y estas, ó no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las entienden.

Los españoles, señor, tenemos otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el semblante del corazón.

Ni hemos creído á vuestros rebeldes, ni á vuestros lisonjeros.

Con certidumbre de que sois príncipe grande y amigo de la razón, venimos á vuestra presencia, sin necesitar de los sentidos para conocer que sois príncipe mortal.

Mortales somos también los españoles, aunque más valerosos

y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de más robustas influencias.

Los animales que nos obedecen no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad, brutos inclinados á la guerra que saben aspirar con alguna especie de ambición á la gloria de su dueño.

El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su producción esa facultad que profesan vuestros magos, ciencia entre nosotros abominable y digna de mayor desprecio que la misma ignorancia; con cuya suposición os hago saber con todo el acatamiento debido á vuestra majestad, que vengo á visitaros como embajador del más poderoso monarca que registra el sol desde su nacimiento, en cuyo nombre os propongo, que desea ser vuestro amigo y confederado, sin acordarse de los derechos antiguos que creéis tener, y sin otro fin que abrir el comercio entre ambas monarquías, y conseguir por este medio vuestra comunicación y vuestro desengaño.

Y aunque pudiera, según la tradición de vuestras mismas historias, aspirar á mayor reconocimiento en estos dominios, el monarca que me envía solo quiere usar de su autoridad para que le creáis en lo mismo que os conviene, y daros á entender que vos, señor, y vosotros, mexicanos, que me oís, añadió, volviendo el rostro hácia los circunstantes, vivís engañados en la religión que profesáis, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos, de vuestra fantasía, porque solo hay un Dios verdadero, principio eterno de todas las cosas, cuya omnipotencia infinita crió de la nada esa fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta y el primer hombre, de quien procedemos todos, con igual obligación de reconocer y adorar á nuestra primera causa.

Esta misma obligación teneis vosotros impresa en el alma, y conociendo su inmortalidad, la desestimáis y destruíis dando

adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas de Dios, que por su ingratitude y rebeldía fueron lanzados en ese fuego subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia en el horror que os producen vuestros volcanes.

El rey mi señor os aconseja que abraceis la religion cristiana como el medio más eficaz para que pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su firmeza fundamentos de la religion, que sin dejar alguna discordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad.

El discurso de Hernan Cortés agradó á Moctezuma.

Únicamente lo relativo á su religion fué lo que pareció desagradarle.

—Acepto con gratitud, contestó, la amistad que me proponéis en nombre de vuestro soberano, descendiente del gran Quetzalcoal.

Pero respecto á los dioses, debo deciros que todos son buenos, y que el vuestro puede ser cuanto gustéis sin menoscabo de los que nosotros adoramos.

Descansad ahora, que en vuestra casa estais, donde sereis asistido con todo el cuidado que se debe á vuestro valor y al príncipe que os envía.

Lugar tendremos de ocuparnos de las demas cuestiones han motivado vuestro viaje.

De esta manera terminó su coloquio, y dió orden para que entregasen á Hernan Cortés los nuevos regalos que le llevaba.

Consistian estos en joyas, ropas y plumas.

Tambien dispuso que se hicieran algunos regalos á los capitanes de Hernan Cortés, y terminada esta demostracion se alejó con los suyos.

Su rostro estaba sereno.

—¿Estais contento? le preguntó Cacumatzin.

—Sí, lo estoy, y me alegro mucho de haber recibido á los

españoles. Creo en ellos, y confío en que nuestra amistad será duradera.

El desgraciado Moctezuma no podia adivinar las desventuras que le aguardaban.

CAPITULO XXIV

Formositas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIV.

Pormenores.

EL anochecer mandó Hernán Cortés doblar las centinelas.

Tomó todas las precauciones para evitar cualquier golpe de mano.

Aunque la acogida que le había dispensado Moctezuma era de las más satisfactorias, había notado que uno de los rasgos distintivos del carácter de los mexicanos era la astucia y la doblez, y no quería pecar por carta de ménos en lo relativo à la vigilancia.

Hasta entónces, desde su llegada à México no había podido conversar a solas con sus capitanes ni con Marina.

Las emociones que había experimentado durante el día llenaban su corazón, y necesitaba su alma alguna expansión.

Dispuso una abundante cena para todos los que le acompañaban, y sentándose à una mesa, improvisada con las banquetas que les servían de sillas, sobre las que colocaron una ancha estera de palma, celebraron los capitanes y Hernán Cortés, al mismo tiempo que los soldados en sus habitaciones, el feliz éxito de su viaje.

—¿No os parece mentira, decía Hernán Cortés, haber llegado aquí, estar en la capital del imperio recibidos y agasajados por el temible emperador, y casi dueños de su persona y de su imperio por el prestigio que hemos cobrado?

¿No veis en todo esto que pasa el dedo de la Providencia?

— Vos nos habeis conducido à la victoria, dijo Orgaz.

— Y sin embargo, amigos míos, cuántas veces habeis dudado de mí, no de mí, sino de la Providencia....

— Es que hemos pasado por situaciones muy difíciles.

— Es que también hemos arrostrado peligros inminentes.

— Y la fe, ¿para qué guardais la fe? Ella ha alentado en mi pecho siempre. Ella me ha ofrecido como en premio una de las más grandes conquistas de este siglo.

— Confesad, al ménos, que no nos ha faltado valor para acompañaros.

— Lo confieso con entusiasmo, porque si alguno ha desmayado, al escuchar mi voz han sentido reanimarse su espíritu, y entre la cobardía y la muerte han preferido morir con honra.

— ¿Quién había de figurarse que en este país tan lejano habíamos de hallar tanta magnificencia?

— Esta ciudad, dijo Hernán Cortés, es la que buscaba Colón, puesto que hablaba en todas sus memorias de una ciudad con todo el esplendor de las naciones del Asia; y entre todas cuantas se han descubierto desde que sus primeras carabelas surcaron el Océano, no hay ninguna que aventaje en magnificencia, en brillo, en esplendor à esta hermosa ciudad.

Nada falta aquí.

Suntuosos edificios, manjares delicados, esculturas y joyas de un gran valor artístico, inapreciable.

¿Y la organización?

Ejércitos formidables, funcionarios que tienen à su cargo servicios más regularizados y perfectos si à mano viene que los de España.

Vamos, parece mentira que viniendo nosotros en tan escaso número, hayamos podido llegar hasta aquí y gozar del ascendiente que hoy tenemos sobre los mexicanos.

—Esto debe alentarnos para continuar nuestra obra, dijo Hernan Cortés.

—¿Aspirais por ventura á proseguir vuestro proyecto de conquista? exclamó uno de los capitanes.

—Ahora más que nunca, le contestó Hernan Cortés.

—¿No os pareca arriesgada la empresa?

—Confio en la Providencia.

—Bueno es confiar en ella; pero tambien lo es prevenirse á las eventualidades.

—¿No seria mejor reducirnos por ahora á conseguir la amistad y la confianza de los mexicanos, y volver luego con más numeroso ejército á llevar á cabo nuestra dominacion?

—Estais identificados conmigo, y debo hablaros con completa sinceridad. ¿Creeis que si volvemos á Santiago de Cuba seremos nosotros los que disfrutemos los triunfos que merecen nuestros trabajos? De ningun modo.

Diego de Velazquez vendrá en persona á aprovecharse de nuestros trabajos.

Y si en vez de volver á Santiago de Cuba tornásemos á España y diéramos cuenta de las magnificencias que hay en este país, ¿creeis que no se agitarian ambiciosos y no emplearian toda su influencia para obtener del monarca el privilegio de conseguir una gloria poco costosa para ellos?

No, amigos míos, hemos llegado aquí, y es necesario que pezequemos todos ó que consigamos el triunfo definitivo.

—Por nosotros no ha de quedar, dijeron los capitanes.

—Mucha vigilancia, mucha observancia, no perder ni un instante la serenidad para poder desafiar cualquier peligro que pueda amenazarnos. De este modo veremos pronto satisfechos nuestros deseos.

Terminada la cena, mandó Hernan Cortés que se retiraran los capitanes y quedaron solos él y Marina.

Hernan Cortés fijó sus ojos en la jóven india.

—¿Qué tienes? le preguntó. Noto en tu rostro una profunda tristeza.

—No te equivocas; estoy muy triste.

—¿Por qué?

—Ni yo misma puedo explicarte la causa de mi tristeza.

—¡Oh! No; tú me engañas, Marina.

—Siento una opresion en mi pecho.... ¡Ah! ¿Por qué has deseado venir á esta ciudad populosa? En medio de esos campos, en la soledad de los caminos, en esas ciudades salvajes que hemos recorrido era yo más feliz.

Entonces nada podia admirar á tus ojos, nada podia distraer tu imaginacion. Yo era tu única compañera, tu única confidente, y ahora, no sé por que, temo que en presencia de tantas maravillas, viviendo en una córte tan esplendorosa y tan brillante, va á faltarme tu cariño.

—¿Y eso puedes pensar?

Marina dejó correr las lágrimas por sus mejillas.

Despues dijo á Cortés con voz ahogada por los sollozos:

—Tú no has visto, al atravesar la gran calle por donde llegamos á nuestra morada, las mujeres que habia en las azoteas, y no has podido leer en sus ojos la admiracion y el entusiasmo que tú y tus capitanes habeis despertado en su alma.

—¿Estás celosa?

—Sí, ¿para qué negarlo? En México hay mujeres hermosísimas. Todas ostentan preciosos adornos de oro y plumas. ¿Quién sabe si me robarán tu amor?

—Pronto me odiaran todas.

—Te amo tanto, que si supiera que habias de amar á otra me moriria.

—Desecha ese temor Marina, repuso Hernan Cortés; la ambicion de gloria que me ha traído aquí me hará pensar siempre que á tí te debo el triunfo, y todo el cariño de mi alma será

para la que con tanto y tan vehemente afecto me ha guiado al triunfo.

Tranquilízate, pues, y dime qué has pensado del emperador Moctezuma. ¿Crees que las demostraciones de afecto que me ha hecho son sinceras?

—Creo que sí. El prestigio con que habeis llegado hasta su presencia, y el abatimiento en que le tiene el enojo de sus dioses, le hacen consideraros con una superioridad tan grande, que él, que no se ha rendido á nadie, se rendirá á vosotros.

—Observa, sin embargo, y avísame á la menor sospecha que concibas. Mi plan es conquistar este imperio, y toda mi felicidad la he de partir contigo.

Mañana muy temprano quiero ir á visitar á Moctezuma.

En efecto, al día siguiente muy temprano envió á Jerónimo de Aguilar con una escolta de honor al palacio de Moctezuma, para pedirle que le concediera una audiencia.

El emperador envió inmediatamente á cuatro de sus ministros que desempeñaban funciones parecidas á las que en Europa desempeñaban los maestros de ceremonias, á fin de que anunciaran á Hernan Cortés, que deseando verle, estaba dispuesto á recibirle.

El caudillo español, vistiendo sus mejores galas, designó para que le acompañasen á Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Diego de Orgaz y Pedro de Alvarado.

Mandó tambien que les escoltase una compañía, y todos, perfectamente armados, abandonaron la casa real, y guiados por los maestros de ceremonias, se encaminaron al palacio de Moctezuma.

Las calles, las ventanas y las azoteas estaban llenas de curiosos, que esperaban á los españoles y los contemplaban con asombro y admiración.

A su paso oían en torno suyo murmullos, y alguna que otra vez percibieron estas palabras: *teule, teule*.

Hernan Cortés no tardó en saber que la palabra *teule* significaba en lengua mexicana *dios*, y que al pronunciarla demostraban los habitantes del país que consideraban como dioses á sus huéspedes.

El triunfo moral de los españoles fué completo.

¡Cómo podían imaginar que llegarían tan pronto á la realización de sus designios!

¡La Providencia tiene arcanos incomprensibles!



Al llegar á la puerta, los maestros de ceremonias que guían á los españoles se detuvieron.

Formaron un semicírculo, y después fueron penetrando de paso á las habitaciones que ocupaba el emperador.

Para completar la descripción que he de la ciudad de México, antes ofrecido en otros capítulos anteriores á maestros de ceremonias que el pavimento de las habitaciones en donde se

Los españoles hicieron un ejemplo, entrando en el patio de azotea y luego á otro, llegando á un cuarto que contenía

El emperador se levantó en el momento que ellos entraron, y se adelantó á recibirlos con una gran cortesía.

Los españoles se detuvieron en el momento que ellos entraron, y se adelantó á recibirlos con una gran cortesía.

CAPITULO XXV.

Hernan Cortés visita á Moctezuma.

DESPUES de recorrer algunas calles, llegaron los españoles á la gran plaza en donde se levantaba el palacio de Moctezuma.

A la sazón se reflejaban los rayos del sol sobre los jaspes negros, rojizos y verdes, de que estaba formada su fachada, presentándose á la vista de los españoles como un edificio formado de piedras preciosas.

Sobre la puerta principal de la fachada estaban las armas de los aztecas, que consistían en un grifo, medio águila y medio leon, en actitud de volar con un tigre en las garras.

Al llegar á la puerta, los maestros de ceremonias que guiaban á los españoles se detuvieron.

Formaron un semicírculo, y despues fueron penetrando de dos en dos.

Esta ceremonia la verificaban por considerar una falta de respeto el entrar todos juntos y en tropel en el palacio de su soberano.

Los españoles imitaron su ejemplo, entraron en el patio, pasaron á otro y luego á otro, llegando al fin al cuarto, que abría paso á las habitaciones que ocupaba el emperador.

Para completar la descripción que de la ciudad de México hemos ofrecido en otros capítulos anteriores á nuestros lectores, añadiremos que el pavimento de las habitaciones en donde re-

sidia el soberano estaba cubierto con esteras de palma de distintos colores, formando caprichosos dibujos.

Las paredes se hallaban cubiertas con telas de algodón y piel de utia.

A medida que las habitaciones estaban más próximas á las que ocupaba el emperador, crecía la riqueza de los adornos.

Las telas de algodón se hallaban reemplazadas con tejidos de pluma.

Los techos eran de ciprés, de cedro y de otras maderas olorosas.

En cada una de las habitaciones que encontraban al paso había numerosos criados, vestidos con lujo gradual, de menor á mayor.

Al penetrar en la antecámara de Moctezuma, salieron al encuentro de los españoles los altos dignatarios que habían acompañado al emperador.

Allí manifestaron á Hernan Cortés y á sus capitanes que no era permitido entrar en la cámara del monarca con calzado de ningun género.

Los españoles se descalzaron para obedecer á la costumbre establecida, y reemplazaron algunas de las prendas que vestían por otras más humildes.

Se tenía por irreverencia en aquel país presentarse al monarca con pretensiones de ostentación.

Dos de aquellos personajes entraron en la cámara á anunciar al emperador la llegada de sus huéspedes.

No tardaron en volver con la licencia para que penetrasen en la estancia.

Estaba Moctezuma de pié junto á su sólio, adornado con todas las insignias de su grandeza y poderío.

Al ver á Hernan Cortés se adelantó algunos pasos para salir á su encuentro.

Le tendió primero la mano, y despues le abrazó con efusión.

En seguida saludó á los demas españoles.

—Os agradezco en extremo, dijo Moctezuma á Hernan Cortés, que hayais venido tan pronto á visitarme.

Cuanto más os contemplo, más me confirmo en la creencia de que sois descendientes del gran Quezalcoal, hijo del fundador de nuestra raza, el gran Topilzin; y por lo mismo, la estimacion que os profeso es cada vez mayor.

Sentaos, sentaos junto á mí.

Cortés obedeció en medio del asombro de los mexicanos.

Hasta entónces, ni aun á los mismos príncipes de su sangre habia consentido Moctezuma que se sentaran en su presencia, cuando los recibia acompañados de su córte.

La distincion que hizo con Hernan Cortés aumentó el prestigio que aquel hombre habia adquirido ya á los ojos de los mexicanos, puesto que veian al indomable, al orgulloso soberano de México tratarle poco ménos que á un ídolo.

Desde que tengo noticia de vuestra llegada á mis dominios, prosiguió Moctezuma, un vivo deseo hay en mi alma.

¿Teneis el mismo origen que nosotros?

—Es cierto que el gran Quezalcoal fué á la region de donde venís, fundó una nacion poderosa, y os encargó que andando el tiempo vinierais á traernos noticias suyas?

Hernan Cortés, que conocia la tradicion, por habérsela referido Marina, contestó afirmativamente:

—Nuestro rey, dijo, descende en línea recta del hijo de vuestro progenitor, y por eso hemos traído para vos sentimientos de verdadera amistad.

—Habladme, habladme de vuestras costumbres.

—No vivimos allí en medio de un esplendor, de un fausto como el que os rodea, como el que se descubre en vuestro palacio, y no solo en vuestro palacio, sino en vuestra ciudad.

Allí los que adoramos al verdadero Dios, guardamos todas las magnificencias para sus templos.

Nuestras casas son más humildes.

En vez de emplear el tiempo en la molicie, lo empleamos en la guerra.

Dominamos las fieras.

Hacemos que los caballos obedezcan.

Hacemos lanzas y espadas, con las que combatimos, y hemos logrado poseer armas que llevan la muerte instantánea á nuestros enemigos.

Oia Moctezuma con creciente interes las noticias que para satisfacer su curiosidad le daba el caudillo de los españoles, y aprovechando éste la buena voluntad que manifestaba el emperador:

—Yo confio, le dijo, en que vuestra amistad será muy duradera, en que reconocereis como vuestro al príncipe que me envia á visitaros.

Pero para captaros su voluntad, para adquirir por completo su estimacion, es necesario que no le obligueis, ni nos obligueis á obtener por la fuerza lo que de grado queremos conseguir.

—¿Qué quereis decirme con eso? preguntó Moctezuma con recelo.

—Quiero llamaros la atencion sobre los ritos con que honrais á vuestras divinidades.

Vos, emperador, poseis un alma noble y generosa.

Teneis inteligencia superior.

Vuestros ojos lo revelan así.

¿Par qué consentís que en las aras de vuestros templos sean inhumanamente sacrificados hombres sobre cuya vida no teneis derecho alguno?

—Son nuestros enemigos, son nuestros prisioneros de guerra, y en el mero hecho de caer en nuestro poder la suerte les condena al sacrificio.

—Horrible atentado contra la naturaleza, contra el sublime creador de todo lo que existe! Pero si es horrible el espectácu-

lo que ofreceis diariamente por medio de esos ritos sacrílegos á vuestros vasallos, más horroroso es aún el destino que dais á los palpitantes miembros de los infelices que perecen, sirviéndolos como manjares en los festines á que os entregáis.

Meditad un momento sobre estos actos de barbarie, de crueldad y os convencereis de que es más justo, más grande, más digno á la adoracion el Dios que dice á las criaturas:

«No teneis derecho para atentar á la vida de vuestros semejantes.»

Estas palabras produjeron honda mella en el emperador.

—Yo no renuncio á mi religion, exclamó; harto enojados están mis dioses para que les retire el culto que les debo.

Pero vuestras razones me convencen.

No me es posible poner término á los sacrificios que constituyen el fundamento de nuestra religion.

No puedo tampoco prohibir á mis vasallos que devoren las víctimas; pero yo os ofrezco desterrar de mi mesa esos manjares

Hoy tengo preparado para vos y para los vuestros un banquete en mi palacio.

Voy á dar orden inmediatamente para que desaparezcan del festin esos platos que tanto os horrorizan.

Puesto que habeis de estar algun tiempo en mi compañía, visitad mi ciudad, contemplad todas sus preciosidades.

El príncipe de Iztaopalapa y el de Tezcucó os acompañarán para que nada os quede que ver.

Despues volvereis á mi palacio, donde os aguardaré para comer en nuestra compañía, y conoceréis entónces á toda mi familia, á mis mujeres y á mis hijos.

Quiero que os convenzais de que la amistad más profunda y más sincera existe en mi corazon para vos.

Apénas terminó estas palabras, mandó llamar á Quetlahuaca y á Cacumatzin, y les dijo:

Enseñad mi ciudad á los extranjeros, y despues de haberla visto tornad á mi palacio.

El caudillo de los españoles comerá á mi lado.

Vosotros obsequiareis á sus capitanes en la misma estancia, aunque en distinta mesa.

Tal era el ceremonial que por nada del mundo lo hubiera alterado Moctezuma.

Los príncipes guiaron á los españoles hasta la puerta principal del palacio, y al llegar se acercaron multitud de indios con literas y palanquines adornados con flores y follaje.

Cacumatzin y Quetlahuaca rogaron á los españoles que se dejaran conducir en aquellos vehículos.

Estos á su vez subieron á los palanquines de gala en que habian sido conducidos á palacio, y la comitiva se puso en marcha en medio de espesas filas de curiosos que no cesaban de admirar á los extranjeros.

CAPITULO XXVI.

Mas sobre la ciudad de México.

Proximo á la plaza en donde se levantaba el palacio de Moctezuma, habia otro no ménos grande que se llamaba de Tlateluco.

Hallábase rodeado de un magnífico pórtico, bajo el cual depositaban todos los dias los mercaderes de la ciudad los objetos que ponian á la venta.

—¿Qué plaza es esta? preguntó Hernan Cortés á su intérprete.

—Es el mercado, le contestó.

—¿Qué objetos son los que venden en esas tiendas?

—En unas hay adornos de plumas formados con las de las aves que se crían en los bosques. En otras joyas de oro y plata, cadenas extraordinarias formando sus eslabones cabezas y cuerpos de animales, molduras, relieves y otra porcion de objetos preciosos. Allí están los tejidos de los telares de Tezcuco, formados con algodón y pelo de tlalcoyott y otras sacadas del maguey y de la palma.

—¿Y aquellos mármoles?

—Se crían en las canteras de calpolalcan. Cerca se hallan los alabastros de Telalco.

En otro sitio habia pintores que vendian paisajes y cuadros en los que las figuras se movian.

Hallábanse tambien á la venta búcaros y piezas de vajilla

de un barro tan fino, que se asemejaba al que se conoce con el nombre de china.

Al mismo tiempo que fijaban sus ojos los españoles en aquellos objetos, llamaba su atencion una especie de canoas grandes que surcaban los canales y en las que llevaban á los mercaderes flores, frutas y otra porcion de mercancías.

—Son las piraguas, dijeron á Hernan Cortés al preguntar qué eran aquellas embarcaciones.

—¿Qué significa aquella tienda grande de madera que hay en el centro de ese patio?

—Es la audiencia.

En ella están los jueces del mercado encargados de procurar que no se cometa ningun fraude por los mercaderes.

—¿Y cómo se hacen las compras y las ventas?

—Por medio de cambio.

Cada cual da lo que le sobra por lo que ha menester.

El maíz y el cacao sirven de moneda para los objetos de escaso valor.

—¿Cómo se arreglan para fijar la cantidad de lo que venden?

—Por medio de medidas de capacidad.

Todas estas noticias admiraban en extremo á los españoles.

Vieron tambien bajo los pórticos unos establecimientos muy semejantes á nuestras botillerías, boticas y perfumerías, espléndidamente adornados.

Las perfumerías constituian uno de los principales ramos del comercio.

En ellas se encontraban todos los perfumes que tanto agradaban á los mexicanos, y en las boticas los bálsamos y unguentos con que curaban sus enfermedades.

Una de las principales panaceas era la acacia americana y la tecanaca, planta que consideraban como un talisman contra la fascinacion.

Después de abandonar la plaza recorrieron algunas calles

principales, admirando el buen gusto y la magnificencia de sus edificios.

—Voy á llevaros, dijo el príncipe de Iztacpalapa à Hernan Cortés, al templo mayor, al teocali de Huitzilopoztli.

Los españoles visitaron aquella mansion sagrada del Dios de la guerra.

Aun cuando hemos dado una idea de este templo, creemos que no disgustará á nuestros lectores una descripción más detallada de él.

Hallábase dentro de una gran plaza, cerrada por una muralla de piedra y sillería.

Esta muralla estaba adornada en su parte exterior por culebras encadenadas unas á otras cuyo aspecto era horroroso.

Antes de llegar á la puerta principal habia un humilladero de piedra con treinta gradas, que conducian á una azotea, en la que habia muchos troncos de árboles.

Estaban estos taladrados, y de uno á otro habia unas barillas, en las que se colocaban las cabezas de las víctimas que se sacrificaban á los dioses.

En el centro de la azotea se hallaba el edificio del templo con cuatro puertas á los vientos cardinales.

En la parte superior de las portadas habia cuatro estatuas de piedra.

En la parte interior estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio.

Sobre el edificio habia otra gran azotea, á la que se subia por una escalera de ciento treinta gradas.

El pavimento de esta azotea estaba embaldosado con jaspe.

Al final de la escalera que conducia á esta azotea habia dos grandes estatuas, una á cada lado.

Cada una de ellas tenia un gran candelero.

A pocos pasos de la entrada se levantaba una piedra verde

que acababa en punta, sobre la que colocaban las espaldas de la víctima en el momento en que se le arrancaba el corazón.

Enfrente de esta piedra habia una especie de capilla con una coigadura de algodón; en la capilla, sobre un globo azul, al que llaman cielo, estaba el ídolo á quien se hallaba consagrado el templo.

Tenia en la cabeza un penacho de plumas que formaban un pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido.

El rostro del ídolo era sumamente horrible, y le afeaban más dos fajas azules que tenia, una sobre la frente y otra en la nariz.

En su diestra ostentaba una culebra ondulosa, que le servia de cetro, y en la izquierda, sobre una rodela con plumajes blancos, cuatro flechas que adoraban los mexicanos, porque aseguraban que las habia traído el ídolo.

A la izquierda de esta capilla se levantaba otra de la misma altura, en donde estaba el ídolo Tlaloch, semejante al que acabamos de describir.

En las paredes de las capillas habia joyas y piedras preciosas de gran valor.

Desde allí pasaron á los santuarios de las demas divinidades, y despues de visitar los templos, recorrieron los palacios destinados, como habrán visto nuestros lectores en la descripción que en uno de los anteriores capítulos hicimos de México, unos á arsenal, otros á los hombres deformes del imperio, otros á las aves domésticas, otros á las de rapiña y otros á las fieras.

Era asombrosa la organizacion de estos establecimientos, á la vez de recreo y de utilidad.

Los españoles estaban fascinados en presencia de aquellas maravillas.

Despues de un paseo regresó la comitiva al palacio de Moctezuma, y dadas por éste las órdenes convenientes, fué servida una espléndida comida á los extranjeros.

CAPITULO XXVII.

El banquete.

ENIA Moctezuma en su palacio hábiles cocineros, que diariamente ofrecian á su gula hasta doscientos platos.

El emperador, ántes de comer, entraba en la repostería, examinaba todos aquellos manjares y designaba los que habian de servirle.

Los demas eran repartidos entre todos los dignatarios y altos empleados del palacio y su servidumbre.

Ya habia llevado á cabo esta operacion, una de las que constituian su más importante ocupacion diaria, cuando regresaron á su palacio los príncipes con Hernan Cortés y los capitanes españoles.

El banquete con que queria obsequiar Moctezuma á Hernan Cortés, estaba dispuesto en uno de los salones más espaciosos de palacio.

Numerosas ventanas á uno y otro lado, ofrecian por horizonte jardines bellísimos.

En la parte principal de la habitacion, habia un tablado que se levantaba del suelo un pie á lo sumo, sobre el cual se colocaba una estera de fina palma, quedando de este modo convertido en mesa.

Sobre esta mesa se extendia un mantel de algodón blanco.

En otras partes de la habitacion habia varias mesas parecidas, en las que debian sentarse á comer los príncipes, los ca-

pitanes, los ministros de Moctezuma, las personas más allegadas á él.

Aunque tenia una numerosa familia, que habitaba toda en palacio, aquel dia, destinado el banquete á festejar á los extranjeros, fué como le llaman los europeos, un banquete oficial, al que solo asistieron hombres.

No entraron en las habitaciones más mujeres que las que en sus ricos vasos de oro de concha guarnecida de piedra, de oro cincelado, servian las bebidas, y entre ellas el sabroso pulque, especie de cerveza hecha con el fruto del maguey.

Apénas avisaron á Moctezuma la llegada de los extranjeros con los príncipes, éste salió á su encuentro.

Habia simpatizado tanto con Cortés, le inspiraba tal entusiasmo su valor, que entregándose con la vehemencia natural de su carácter al afecto que desde el primer momento despertó en su alma el caudillo de los extranjeros, se acostumbró tan pronto á él, que cuando no se hallaba en su presencia sentia un vacío en su corazón.

—Bien venido seais vos y vuestros valientes capitanes, dijo á Hernan Cortés, estrechando de nuevo su mano con efusion.

Los manjares más suculentos y escogidos os esperan.

Deseo festejaros; seguidme todos al salon del banquete.

Y abriendo paso los cortesanos y los guardias á la comitiva, llegaron todos á la habitacion donde debia celebrarse el festin.

Preciso es confesar que la impresion que habian recibido los españoles durante la visita que habian hecho á los monumentos y curiosidades de la poblacion, les habia fascinado por completo.

¿Cómo era posible que ellos hubieran llegado sanos y salvos, y no solo así, sino victoriosos y temidos hasta la ciudad que, no solo no tenia nada que envidiar á las que habian dejado en Eu-

ropa, sino que por su importancia y esplendor podía competir con las más encumbradas del Asia?

Moctezuma condujo hasta la mesa á Hernan Cortés, y le hizo sentarse al lado suyo.

Los príncipes se distribuyeron en la mesas próximas á los capitanes.

En las restantes ocuparon los puestos que les estaban destinados los ministros y nobles servidores del emperador.

—¿Qué os ha parecido mi ciudad? preguntó Moctezuma á Hernan Cortés.

—Digna morada de tan gran príncipe.

—¿No os ha sorprendido algo de cuanto habeis visto?

—En honor de la verdad, no se puede negar que hay esplendor y magnificencia en las plazas, en los monumentos, en todos los parajes que hemos visitado.

Pero nosotros hemos venido de un país en donde todas esas grandezas inspirarian más curiosidad que asombro.

Allí tenemos tambien magníficos palacios, templos cuyas torres se pierden en el espacio, jardines inmensos donde nacen toda clase de flores, y en cuanto á las armas y los trajes, ya podeis formaros una idea de lo que allí habrá, por lo que habeis visto en nosotros.

Siñ aparentar soberbia, con la apariencia de la más sincera naturalidad, destruyó Hernan Cortés una de las esperanzas de Moctezuma.

No pudo ocultar el emperador el despecho que experimentó al oír á Hernan Cortés expresarse de aquel modo.

Variando de conversacion, dijo á uno de los muchos criados que aguardaban la menor indicacion suya para servirle.

—Que vengan mis bufones.

Volviéndose á Hernan Cortés.

—Llamo á esos hombres porque son los únicos que divirtiéndome con sus gracias, me hacen olvidar los pesares que sufro.

Poco despues se presentaron en el salon seis hombres de figura contrahecha, vestidos con extravagante ridiculez.

Llevaban el rostro, los brazos y las piernas, embadurnados con líneas de colores vivos, adornos que aumentaban su grotesco aspecto.

Miéntas que las criadas indias servian la mesa, Moctezuma, que era muy parco en las comidas, llamando á uno de los juglares, Cucolutcaeo:

—Ya sabes que te tengo concedida licencia para que hables de mí cuanto quieras, con tal de que me hagas reir, con tal de que arrojes la melancolía de mi alma.

Hoy deseo que aguces tu ingenio en presencia de mis huéspedes, que vienen de un país en donde nada sorprende, en donde los más hábiles de aquí pasarían allí por torpes y vulgares.

—Señor, dijo el juglar, si tanto admiras á los extranjeros, vas á hacerme creer que valgo más que tú.

Permíteme que empiece asegurándote que no hay ni puede haber un imperio más grande que el tuyo, dígalo quien lo diga.

Y si así no lo crees, he de decirte tales verdades que te avergüences de tí mismo.

Aunque Moctezuma estaba acostumbrado á oír impertinencias de los bufones, no pudieron ménos de irritarle las humillantes palabras que contra él profirió el juglar.

Pero como no le era dado defenderse con él, reprimió la ira, y con una sonrisa que no pasó de los labios, le dijo:

--Disponte á hacer juegos de habilidad delante de mis huéspedes.

Prepara chistes más sabrosos para despues, porque no quiero que te separes de mi lado, sin que hayas dicho alguna verdad.

El juglar conferenció con sus compañeros, y con su auxilio preparó varios objetos, con los que debían hacer juegos de manos para divertir á su señor y á los que le acompañaban en la mesa.

No sorprendió á Hernan Cortés la presencia de los bufones. Por entónces eran ya conocidos éstos en Europa.

Desempeñaban un papel muy importante en todas las córtés. Las indias continuaron escanciando las copas de los convidados.

Poco despues entraron algunas mujeres adornadas con túnicas cortas de algodón, con listas azules y blancas, con collares de coral, no solo en el cuello, sino en las muñecas y en los tobillos, y adornada la cabeza con una guirnalda de plumas y flores.

Llevaban en las manos braserillos de oro, en los que quemaban perfumes que embalsamaban el ambiente.

Cuatro jóvenes indias de quince años á lo sumo cada una, se acercaron al emperador, y otras cuatro á Hernan Cortés.

Con abanicos de plumas empezaron á hacerles aire.

Poco despues llegaron otras indias adornadas del mismo modo que las precedentes, con preciosos canastillos de mimbre en los que llevaban infinitas clases de sabrosas frutas.

Las que no queria el emperador para él ni para su huésped, pasaban á las demas mesas; y para terminar el banquete presentaron á los convidados grandes jícaras de chocolate.

Antes de tomar el chocolate escanciaron las indias los vasos de Moctezuma y de Hernan Cortés, y los dos brindaron.

El primero por el monarca de España y sus dignos embajadores.

El segundo por Moctezuma.

Terminado el banquete, ofrecieron los criados á los convidados, y particularmente á Moctezuma y á Hernan Cortés, unas pipas muy semejantes á las que se usan en Turquía, llenas de Tabaco, y suavizadas con resina de xochiocotzol, llamado vulgarmente liquidámbar.

Los mexicanos no tenian por vicio el fumar.

Al contrario, lo consideraban como un medicamento.

Con el zumo de la yerba que servia para suavizar el tabaco formaban los teopixques ó sacerdotes uno de los que usaban cuando tenian que perder la razon para celebrar entrevistas con el demonio.

CAPITULO XXVIII.

Un chiste de un bufon.

HISTRAJERON á los convidados los juegos y las habilidades de los bufones, y ya empezaba á oscurecer, cuando de pronto sorprendieron á los que estaban en la estancia del banquete las vistosas luminarias que instantáneamente aparecieron en los jardines adonde daban las ventanas de la estancia.

Acto continuo entraron los músicos en el salon.

Los instrumentos que éstos usaban eran frutas, caracoles marinos, tambores y unas bandurrias de cuello corto, que producía un ruido infernal.

Al compás de aquellos primitivos y disonantes instrumentos comenzaron á cantar los airecitos del país.

Referíanse estos á enlazar las hazañas de los antecesores de Moctezuma.

No se detenían en el orden cronológico al llegar al emperador Moctezuma.

Al contrario, demostrando que la adulacion es patrimonio de todos los países pel mundo, guardaban para él los relatos más exagerados y la admiracion más vehemente.

Hé aquí las estrofas con que regalaban el oido del monarca:

«No hay en la tierra, no hay sér humano que no sea esclavo del gran Moctezuma.

«Corre por sus venas la sangre de innumerables héroes, y tiene por vasallos á más de treinta reyes.

«La sangre de los enemigos vencidos por su brazo bastaria á formar una laguna tan grande como aquella sobre la cual se sienta la noble ciudad de México.

«Así tiemblan ante él todas las naciones de la tierra, y le llaman con respeto Moctezuma. (1)

«¡Desgraciados de aquellos contra los cuales se levanta la justicia de Moctezuma!

«Es su justicia como el sol de los cielos, que alcanza igualmente á la ceiba gigante y al humilde mami, que apénas osa levantar sus humildes tallos de la tierra.

«El rayo de la tempestad es ménos rápido y temible que la cólera de Moctezuma.

«Su ira devora como el fuego, y su mirada severa paraliza la sangre de los culpables.

«Ningun mortal tiene bastante voz para cantar las glorias de Moctezuma.

«Sus hazañas se pierden en su misma multitud, y su grandeza anonada al que intenta describirla.

«¡Gloria á Moctezuma! ¡Moctezuma es el más grande y más poderoso monarca del mundo! ¡Gloria á Moctezuma!»

Los cánticos despertaron al emperador de su letargo.

—¡Sí, exclamó, gloria á los valerosos aztecas, gloria á los invencibles mexicanos! Nada en el mundo podrá destruir el imperio de México. ¡Será eterno como el sol y la luna!

Los príncipes gritaron en aquel instante:

—¡Viva Moctezuma!

Y todos los que asistian al banquete repetian el grito.

—¡Ah! exclamó Moctezuma, dirigiéndose á Hernan Cortés. No podeis figuraros cuánto deleita á mi alma el recuerdo de la guerra.

«He nacido en los combates, me he criado en ellos, he disparado infinitas veces la flecha, he luchado brazo á brazo con in-

1 Moctezuma significa príncipe fiero.

numerables enemigos, he ensanchado palmo á palmo el territorio de mi imperio

Nada ha satisfecho la ansiedad de mi alma, nada ha embargado tanto mi imaginacion, nada me ha sonreído como el triunfo.

¿Qué es el amor? ¿Qué son las dulzuras de la vida de mi corte? ¿Qué los perfumes con que mis criados embalsaman el aire que respiro? ¿Qué los tesoros que poseo? ¿Qué las grandezas que me rodean?

La guerra, el olor de la sangre humeante, las privaciones, la sed, el hambre en los dias de lucha, todo esto es digno de un monarca y de un valiente guerrero. Todo esto me entusiasma, y mis músicos, al recordar las hazañas de mis antepasados, devuelven á mi sangre la fuerza que ha perdido en la molicie, devuelven á mi imaginacion la sed de gloria, dan á mi brazo toda la fuerza, toda la energía que necesita para empuñar el cetro del imperio más grande del mundo.

Hernan Cortés le miraba con curiosidad.

—Pláceme veros, dijo, de esa manera; vuestras palabras revelan que poseis un gran corazón. ¿Pero cuánto más valdria ese corazón, cuánto más nobles serian esos deseos que abriga vuestra alma, si pudierais como nosotros domar las fieras, someterlas á vuestra voluntad y pelear con ellas como nosotros?

Estas palabras, pronunciadas con intencion cruel por el caudillo de los españoles, que no queria á ningun precio aparecer inferior á Moctezuma, humillaron al emperador y le sumieron en profunda tristeza.

—Dejadme todos, exclamó, dejadme al lado mi leal amigo el capitán de los españoles.

Id, principes, id á los jardines y mostrad las luminarias á los capitanes, á quienes os he mandado festejar.

Todos obedecieron y los bufones iban á partir, cuando llamando á Cucalutecaco:

—Quédate, exclamó. Tú no eres solo juglar, añadió; lees en

el porvenir, puedes con la inteligencia rasgar el velo de lo futuro, y estás autorizado por mí para decirme la verdad.

¿Crees que las hazañas que aún me restan que hacer en el mundo serán superiores á las que he llevado á cabo en mi primera juventud?

¿Crees que aún sonreirá para mí la victoria muchas veces? ¿Tengo algunos enemigos poderosos?

—Sí, contestó el bufon; tu mayor enemigo es la vanidad.

Si logras dominarle, no aspireis á conseguir triunfo mayor.

—Cuál es el porvenir que me está reservado? Habla.

—¿No has consultado á los dioses? ¿No te han dicho ellos lo que puedes esperar?

En vano será qua te opongas á sus designios; y como no podrás evitar el destino que te aguarda, lo mejor que puedes hacer es no aspirar á averiguarlo.

Un rayo no hubiera herido con más fuerza al emperador.

Pero apenas sintió la herida.

—Venid, ilustre amigo, venid dijo á Hernan Cortés, queriendo ocultar su emocion. Quiero que conozcais á los seres más queridos de mi corazón.

Los dos abandonaron el salon del banquete, y fueron por suntuosos corredores hasta uno de los extremos del edificio, donde estaban las habitaciones de la emperatriz Miazochil.

Al entrar el soberano en su estancia, jugaba la jóven india con las dos hijas de la primera esposa de Moctezuma, la orgullosa Maxaimazin, de diez y seis años la una y de quince la otra.

Dos niños más completaban aquel grupo.

Creemos llevado el momento de dar á conocer á los principales individuos de la familia del emperador de México.

CAPITULO XXIX.

La familia de Moctezuma.

HAJEMOS desde luego el origen de la dinastía de Moctezuma.

Segun la tradicion, en el reinado de uno de los primeros príncipes de la dinastía azteca sufrió el Estado de México grandes perturbaciones.

El rey de los tepahuecas hizo una cruda guerra al soberano de México, estado entónces muy pequeño, y le obligó à que abandonase sus dominios.

No contento con este triunfo, era tal su saña, que se propuso no dejar con vida à su rival, y le persiguió à todas partes, esclavizando desde luego al pueblo mexicano.

Era tan penoso el cautiverio que sufría el pueblo, que no había medio humano de soportarle.

En tan aflictiva situacion, un azteca nacido en noble cuna y dotado de un valor à toda prueba, tomó à su cargo la mision de libertar à su patria, de vengarla y de castigar la soberbia del tirano que la oprimia.

Organizó una conjuracion, en la que tomaron parte todos los mexicanos de noble alcurnia.

De acuerdo convinieron en despertar al pueblo del letargo en que yacía, y pusieron en planta los medios de realizar este milagro, que milagro era, dado el abatimiento en que se hallaban los míseros mexicanos.

Fueron inútiles las tentativas que hicieron aquellos esforzados conspiradores.

El pueblo temió que no pudieran realizarse los designios de los que le incitaban à sacudir el yugo.

No por esto desmayaron los conjurados, y viendo la plebe que no podia disuadirles de su intento, les amenazó con delatarlos à su enemigo.

—¿Deseais la libertad? preguntaron los conspiradores à los mexicanos.

—Sí.

—Pues bien; nosotros lo organizaremos todo para proporcionároslo.

Y si no realizamos nuestro deseo, para aplacar la ira del tirano, para que podais aparecer como inocentes, nos entregaremos à vosotros y podreis presentarnos como verdaderos autores del atentado à nuestros enemigos.

Juráronlo así con la mayor solemnidad, y los plebeyos correspondieron à su abnegacion, comprometiéndose si triunfaban à considerarlos como señores y à concederles una autoridad ilimitada sobre ellos y sus descendientes.

Resueltos à morir ó à vencer, los que anhelaban la independencia de México presentaron la batalla à su enemigo y obtuvieron el triunfo.

Poco despues reemplazó en la tiranía al soberano que había tenido que fugarse, el jefe de la conjuracion, que tomó el nombre de Moctezuma primero.

El pueblo, como sucede siempre, cambió un tirano por otro. Moctezuma primero fué padre del emperador à quien hemos hallado al frente del imperio mexicano.

Ménos déspota que su progenitor, Moctezuma segundo, valiente como él, y no ménos esforzado, aunque tiranizaba à su pueblo, amaba à las personas más allegadas à él.

De su primera esposa Maxaimazin tuvo, como hemos dicho ya, cuatro hijos.

Maxaimazin pertenecía à la más pura raza azteca, y como la

dulzura de su carácter contrastaba con la altivez de Moctezuma, inspiró á éste un entrañable amor.

Débil por naturaleza y vehemente en sus pasiones, la jóven india solo vivió seis años despues de su union con el emperador.

Guacalcinla, la hija mayor de Maxaimazin, tenia diez y seis años y quince Temixpa.

Las dos hermanas tenian los ojos tan idénticos y tan parecidos á los de su madre, que Moctezuma las amaba con delirio, no solo por ser sus hijas, sino por que en sus miradas parecian conservar el alma de su madre.

Al poco tiempo de bajar al sepulcro Maxaimazin, le reemplazó en la hamaca nupcial Miazochil, segunda mujer de Moctezuma, y llegó á ser primera y única.

Era Miazochil altiva, soberbia.

Su voluntad era una roca en la que se estrellaban á veces las órdenes de su marido, órdenes que todo el imperio en masa no se atrevia á resistir.

Su entereza de carácter agradaba en extremo á Moctezuma, por eso sentia un vivo afecto hácia su esposa.

No habia tenido de ella descendencia; pero amaba como una madre á los hijos de su antecesora Maxaimazin.

Miazochil pasaba largas temporadas en la ciudad de Tula, de la cual era señor su único hermano.

Eran, pues, las personas más allegadas á Moctezuma Miazochil, Guacalcinla, Temixpa y los dos hermanos de éstas, niños de ocho á nueve años.

Seguian los parientes más inmediatos suyos, sus sobrinos el príncipe de Iztacpalapa, el señor de Tezcuco y el príncipe de Tacuba.

Este último era, además, esposo de Guacalcinla.

Cacumatzin tenia pedida á Moctezuma por esposa á su hija Temixpa.

El príncipe de Iztacpalapa estaba casado con la hermana me-

nor de Moctezuma; estas personas formaban, por decirlo así, la familia real.

Pero al lado del emperador vivian multitud de parientes inferiores, á los que tenia obligacion de aceptar y proteger.

Hemos dado á conocer detalladamente á todos estos personajes, porque en la accion que va á desarrollarse ante nuestros lectores van á desempeñar todos ellos papeles muy importantes.

La llegada de los españoles produjo en la esposa de Moctezuma una profunda tristeza.

Estaba acostumbrada á leer en los ojos de su esposo las ideas que cruzaban por su mente, y no podia ocultarle el emperador el desaliento y la postracion en que habia quedado.

La soberbia Miazochil sintió una profunda indignacion al contemplar á aquel guerrero, á quien toda una nacion habia temido siempre, poseido de un terror pánico que ni aun á sí mismo queria revelarse.

Las dos hermanas, Guacalcinla y Temixpa, no pudiendo comprender aún lo que significaba para su padre la llegada de los extranjeros, solo sintieron curiosidad, y se deleitaron al contemplar las bagatelas y fruslerías con que Hernan Cortés obsequió á su padre.

Asombraban á sus hermanitos aquellos juguetes, y eran los más felices del mundo al ver que los espejos copiaban su rostro con más exactitud que las aguas de un cristalino lago.

Los príncipes querian suplir con su indómita fiereza las fuerzas que veian perder por momentos á su soberano.

Guatimotzin y Cacumatzin, el uno esposo ya, y el otro amante, albergaron en su corazon, al lado del pesar que como mexicanos les producía la llegada de los españoles, los celos que como enamorados les inspiraban los apuestos guerreros que acompañaban á Hernan Cortés.

Cuando Moctezuma llevó á Hernan Cortés á la habitacion de su esposa, recibió ésta al extranjero con la dignidad de una reina.

Las dos princesas y los niños rodearon al caudillo, llevando su cruel curiosidad hasta el atrevimiento de posar su mano en la armadura y en la espada del valiente guerrero.

—¿Qué pensais de mi córte, de mi familia, de mí mismo? preguntó Moctezuma á Hernan Cortés.

—Pienso, contestó éste, que sois el soberano más feliz de la tierra, y que mi señor el monarca de España se congratulará teniendo por tributario y amigo á un príncipe de vuestras prendas.

Todas estas respuestas humillaban á Moctezuma; pero estaban dichas de tal manera, que le desarmaban y le entristecian en vez de exasperarle.

—Ahora, añadió el monarca mexicano, volved á vuestra morada á descansar. Vuestros capitanes os aguardan en el patio de honor.

Hernan Cortés estrechó la mano del emperador.

Aquella mano ardía.

—El leon empieza á tener calentura, dijo el conquistador de México; pronto, muy pronto, lograré dominarle.

Miazochil esperó toda la noche á su esposo.

Inútil esperanza.

Moctezuma habia llamado á su lado á los príncipes, sus sobrinos, y conversó con ellos largamente acerca de la actitud de los extranjeros y de las medidas que debería tomar para sacudir aquella opresion, que por lo mismo que era blanda y aparentemente amistosa, le hacia más daño que si hubiera sido violenta y despiadada.

CAPITULO XXX.

Debilidad.



PARA un monarca como Moctezuma, acostumbrado desde los primeros años de su vida á dominar á todos los que le rodeaban; para un soberano como él, cuya voluntad habia sido acatada y adivinada por todos sus vasallos, desde los más altos hasta los más bajos; para un hombre de pasiones violentas, de carácter soberbio como el infortunado emperador de México, las emociones que se sucedian en su patria desde la llegada de los españoles, la superioridad que aquellos extranjeros tenian sobre él, no ya en su conciencia, sino en la conciencia de su pueblo, debian producir honda perturbacion.

No podia explicarse lo que le pasaba.

Dotado de un corazon generoso, la grandeza de los extranjeros le obligaba á admirarlos.

Al mismo tiempo en la isonomía de Hernan Cortés habia un atractivo poderoso, que encadenaba la voluntad del soberano azteca à pesar suyo.

Todas las maravillas del lujo de que se hallaba rodeado, todos los aparatos de fuerza que halagaban su amor propio, perdian importancia cuando consideraba á aquellos hombres, descendientes, en su concepto, del gran Quezalcoal, que desde lejanas tierras, en débiles embarcaciones, habian llegado hasta su ciudad contra su voluntad misma, y pasado con la auréola del triunfo por millares de cadáveres.

Aquellos hombres habian herido por la primera vez de su vida su voluntad de hierro.

Moctezuma delante de todos sus ministros, delante de todos los magnates de su corte, sin ocultar al pueblo sus deseos, habia manifestado que no consentiria que los españoles pisasen su territorio.

Y aquella determinacion, que no uno solo, pero ni tampoco todos los reyes y caciques de aquella vasta península, se hubieran atrevido á contrarestar, habia tenido que ser derogada por el hasta entónces invencible monarca.

¿Qué valian aquellas legiones de guerreros que obedecian sus órdenes, que estaban dispuestos à sacrificar su vida en aras de la voluntad ó del capricho del monarca, ante los rayos que fulminaban los extranjeros, ante el amparo que les prodigaban los dioses mismos de los aztecas? Ante los desastres que habian sufrido las tribus indias que se habian opuesto como un valladar á su marcha impetuosa, eran pigmeos los que hasta entónces habian parecido gigantes.

El hierro se convirtió en cera.

Moctezuma no pudiendo resistir el empuje de los españoles, pactó con ellos.

No pudiendo ser soldado, se hizo hábil diplomático.

Cambió la fuerza por la perfidia.

Preparó en Cholula y en Guacilcacingo dos emboscadas á los extranjeros, al mismo tiempo que los embajadores les manifestaban que el monarca mexicano estaba dispuesto á aceptar la amistad que le ofrecian.

Pero vencido tambien como diplomático, descubiertas sus intrigas, ¿qué podia hacer sino aceptar de lleno la voluntad de los dioses, superior entónces á la suya?

Los españoles entraron en México, y ya hemos visto que su presencia abatió por completo el ánimo del monarca.

Aceptó, sí, con gusto la amistad del soberano que enviaba por embajadores á aquellos hombres sobrenaturales.

Se entregó con verdadero júbilo á la paz que le brindaban.

Pero desde el principio descubrió en sus palabras una tenacidad irresistible.

Un deseo vigoroso de destruir la religion de sus antepasados.

Se avergonzó de sí mismo al ver que habian proferido otros hombres en presencia suya expresiones contra sus ídolos.

Que habian menoscabado la religion de su patria.

Que habian querido destruir las creencias de tantos siglos.

Que habian querido borrar la tradicion.

Sin embargo, aquellos hombres que tal atrevimiento tuvieron en su presencia, no fueron inmolados como víctimas propiciatorias en las aras del templo de sus dioses.

Sentia, pues, cadenas de oro, pero al fin cadenas, pesando sobre su dignidad, amenguando su voluntad, y al contemplarse pequeño y miserable, al pensar que podia perder ante su pueblo el prestigio que con tanto interes habia conservado hasta entónces, se apoderó de su alma una profunda melancolía.

Sí, melancolía profunda y dolorosa era la que sentia aquel monarca, poco tiempo ántes señor de un gran pueblo.

Y como el prisionero atenúa su pena recordando tras de los hierros las dulzuras del pasado, así Moctezuma en presencia de Hernan Cortés desplegaba todo el lujo de su corte, todas las magnificencias de sus Estados.

Pero ¿para qué?

Para que el caudillo de los españoles, resuelto á dominarle, atajara sus exclamaciones con frases desdeñosas, y opusiera á las exageraciones de su grandeza la indiferencia ó las muestras de un poderío mucho mayor.

Y sin embargo, Moctezuma sentia hácia Hernan Cortés un afecto irresistible.

Comprendía instintivamente que aquel hombre era digno de él.

Hasta entónces no había hallado, ni en su propia familia, ni en los capitanes más esforzados de su ejército, ni en los monarcas de las naciones ó de las provincias vecinas á su capital; hasta entónces, repetimos no había hallado un alma capaz de comprender la suya.

¡Ah! Si esto hubiera sucedido, si Moctezuma no hubiera perdido en lo mejor de su edad á su primera esposa, la amante de su corazón; si hubiera encontrado al lado suyo un corazón capaz de comprender y de apreciar los generosos sentimientos que la soberbia dominaba en él, acaso su dominación en México habría sido ménos odiosa.

Acaso la expansión de su alma hubiera alejado de su espíritu la tiranía.

Acaso entónces aquel pueblo que se aprestaba como humilde cordero á entregar su cuello á los conquistadores, convirtiéndose en una sola voluntad y en un solo brazo, hubiera presentado al espíritu ambicioso de un aventurero y á los codiciosos deseos de una nación, la fuerza necesaria para mantener incólume su independencia, y para destruir á los que procuraban arrebatársela.

No fue así.

Hé aquí la razón por la cual de un lado los sacerdotes, empleando su sabiduría, perturbaban la conciencia de Moctezuma, haciéndole creer que los dioses se mostraban implacables con él; hé aquí por qué su pueblo veía con gusto, aunque sin explicárselo, el prestigio y dominación que ejercían sobre el monarca los extranjeros, considerándolos superiores á él, por la misma razón de que le habían vencido moralmente.

Así, pues, Moctezuma, al comprender en Hernán Cortés un corazón privilegiado, un carácter enérgico, hubiera querido ser sinceramente su verdadero amigo.

Pero no podía su amor propio quedar supeditado á los sentimientos de su alma.

El día en que obsequió con el banquete que hemos descrito á Hernán Cortés, sufrió tanto, que la enfermedad que empezaba á apoderarse de su espíritu ganó terreno con prodigiosa prontitud.

No sabía dónde volver los ojos.

Quería creer en la sinceridad de las protestas de los españoles.

Al mismo tiempo sentía la catástrofe que amenazaba su cabeza.

—No, no es posible, exclamaba; yo no puedo resistir el influjo de ese hombre, y sin embargo, necesito resistirlo.

Mi esclavitud sería la de mi pueblo.

Pero ¿qué resistencia oponer á esos hombres, que no me ofenden, que me brindan una amistad en nombre de su monarca?

Es cierto que combaten la religión que hemos jurado; pero no lo hacen por medio de la fuerza, sino por medio de la persuasión.

¿Por qué ejercen esa fascinación sobre mí? ¿Por qué los dioses me han abandonado de tal manera, que ni aun valor para quejarme tengo?

Cada día que pasa aumenta á mis ojos el prestigio de esos hombres.

Yo mismo me avergüenzo de mi debilidad, y en las miradas de Miazochil hallo la imagen de mi remordimiento.

No, no; esto no puede continuar así; es necesario tomar una resolución definitiva, enérgica; es necesario que yo salve á mi pueblo, que me salve á mí mismo.

Y partiendo de esta resolución, mandó llamar á los tres príncipes.

Los tres estaban indignados de la conducta de Moctezuma.

Cacumatzin, sobre todo, cuyo carácter díscolo y receloso no podía comprender la bondad del soberano, y cuya soberbia se

resistía á la benevolencia con que trataba Moctezuma á los españoles; Cacumatzin, repetimos, que á estos motivos de odio unía los celos que le inspiraban las apasionadas miradas de Temixpa á los extranjeros, meditaba una venganza horrible contra aquellos hombres, que en tan breve tiempo habian trastornado por completo el modo de ser de un vasto imperio.

Asistamos á la conferencia que celebraron con el emperador los tres príncipes sus sobrinos.

CAPITULO XXXI.

Temores y dudas.



U s he llamado, exclamó Moctezuma, para saber las impresiones que habeis recibido en todo el dia de hoy, para que me confies la idea que habeis formado de los extranjeros, para desahogar en vosotros la opresion de mi pecho, y oír vuestra opinion acerca de la conducta que debemos seguir para con ellos.

—Es la primera vez, dijo el príncipe de Iztacpalapa, que nos hablas de esa manera. Mucho debemes agradecer á los extranjeros, porque nos proporcionan tu amistad:

—¿Empiezas acusándome?

—No; empiezo congratulándome de un acontecimiento que es fausto para nosotros, por más que sea triste para nuestra nacion.

—Dices bien, repuso Cacumatzin. Yo preferiria mil veces que Moctezuma con toda la plenitud de su poder, nos mirase con indiferencia y hasta con desprecio, nos considerase como al último de sus vasallos, con tal de que los extranjeros no hubieran puesto la planta en su territorio, con tal de que no estuviéramos próximos, como estamos, á llorar nuestra esclavitud.

—¿Eso piensas?

—Eso creo.

—¿Y en qué te fundas para tener esas ideas?

—Tú has visto cómo han llegado hasta nuestra ciudad.

resistía á la benevolencia con que trataba Moctezuma á los españoles; Cacumatzin, repetimos, que á estos motivos de odio unía los celos que le inspiraban las apasionadas miradas de Temixpa á los extranjeros, meditaba una venganza horrible contra aquellos hombres, que en tan breve tiempo habian trastornado por completo el modo de ser de un vasto imperio.

Asistamos á la conferencia que celebraron con el emperador los tres príncipes sus sobrinos.

CAPITULO XXXI.

Temores y dudas.



U s he llamado, exclamó Moctezuma, para saber las impresiones que habeis recibido en todo el dia de hoy, para que me confies la idea que habeis formado de los extranjeros, para desahogar en vosotros la opresion de mi pecho, y oír vuestra opinion acerca de la conducta que debemos seguir para con ellos.

—Es la primera vez, dijo el príncipe de Iztacpalapa, que nos hablas de esa manera. Mucho debemes agradecer á los extranjeros, porque nos proporcionan tu amistad:

—¿Empiezas acusándome?

—No; empiezo congratulándome de un acontecimiento que es fausto para nosotros, por más que sea triste para nuestra nacion.

—Dices bien, repuso Cacumatzin. Yo preferiria mil veces que Moctezuma con toda la plenitud de su poder, nos mirase con indiferencia y hasta con desprecio, nos considerase como al último de sus vasallos, con tal de que los extranjeros no hubieran puesto la planta en su territorio, con tal de que no estuviéramos próximos, como estamos, á llorar nuestra esclavitud.

—¿Eso piensas?

—Eso creo.

—¿Y en qué te fundas para tener esas ideas?

—Tú has visto cómo han llegado hasta nuestra ciudad.

—Tú sabes que no léjos de aquí tienen próximos á auxiliarnos á nuestros enemigos los tlaxcaltecas y los zempoales.

Emisarios que he enviado á las provincias más próximas á México, me han anunciado que los caciques y régulos que se han presentado á él le han manifestado los motivos de resentimiento que tienen conmigo y lo dispuestas que están á auxiliarnos cuando llegue el momento de arrojar la máscara con que se cubren y á sojuzgarte.

—¿Crees tanta falsía en esos hombres?

—No son de nuestra raza: todo hay que esperarlo de ellos.

—Hasta ahora, prosiguió Moctezuma, no me han dado motivo para sospechar.

El jefe de los españoles me trata con las mayores consideraciones.

Admira las grandezas de mi imperio, y aunque ensalza el poderío de su soberano, me honra al considerarme digno de su amistad.

—¿Y no te dice eso, exclamó Cacumatzin, que ese hombre es la culebra que se arrastra humilde para que la abrigues en tu corazón, con ánimo de pagarte tus beneficios arrancándote las entrañas?

—Si ese caso llegara, fuerza me sobra para ahogar en mis manos á la serpiente.

—¡Ay! No; que la serpiente fascina ántes á su víctima, y cuando cae sobre ella es por que esta segura de haberla aprisionado con la fascinación.

—Si así sucediera, repuso el monarca, si pudiera ejercer sobre mí ese prestigio que supones, si yo fuera su víctima, vosotros, mi pueblo entero, ¿no me vengaríais?

¡Ah! No he creído aún, no creo, no puedo creer, que los mexicanos, vencedores siempre, hayan perdido ya toda la fuerza, toda la energía necesaria para destruir á los miserables que con capa de amigos vinieron á usurparme mi poder.

—Nunca has debido consentirles llegar hasta la ciudad.

—¿Por ventura he podido oponerme á la voluntad de los dioses?

—Yo hubiera inmolido en sus aras doble número de víctimas, y hubiera aplacado de este modo su furor.

—Todo es inútil, ya los extranjeros están en México.

Son mis amigos, les he ofrecido protección, y mientras ellos no falten á sus deberes, yo cumpliré los míos!

—Pues entónces, dijo irritado Cacumatzin, ¿para qué nos llamas?

—Sois mis sobrinos.

Sereis siempre, cuando yo muera, los consejeros de mis hijos.

Mi sangre corre por vuestras venas. Tengo derecho para abriros mi corazón.

Yo sé que sereis capaces de derramar hasta la última gota de sangre luchando por la independencia de mi imperio; yo sé que me siento con fuerza suficiente para aceptar el reto si me presentan la batalla los extranjeros.

Pero no puedo ménos de considerarme inferior á ellos cuando su jefe me habla; cuando leo en sus ojos toda la fe, toda la seguridad que tiene en sus creencias; cuando considero que todas las grandezas de mi córte, no solo no le inspiran asombro, sino que las contemplan con indiferencia. Y cuando veo que tiene este ascendiente sobre mí, mi corazón se oprime, y quisiera llorar.

—Esa es la fascinación, dijo vivamente Cacumatzin.

—¿Y qué hacer?

—Arrancarle pronto la máscara, contestó Cacumatzin.

Yo cuento, no solo con tu ejército, sino con el de nuestros aliados.

Yo tengo valor suficiente para arrojar el guante á los extranjeros.

No faltes tú á la hospitalidad que les has prometido; pero yo

soy libre, puedo insultarlos, puedo anonadarlos; puedo, en fin, hacer brotar la chispa que produzca el incendio, y acabar para siempre con los extranjeros, inmolándolos en aras de nuestros dioses.

—Eso nunca.

—Pues es el único camino que nos queda, repuso con sequedad Cacumatzin.

—Mi opinion es la misma, dijo el príncipe de Iztacpalapa.

Pues yo no pienso así, exclamó Guatimotzin, que hasta entonces habia permanecido silencioso. Yo creo, porque tengo fe en las fuerzas con que contamos, que debemos tratar á los extranjeros como nos traten.

No nos conocen aún, y por eso no nos temen.

Que vean un dia y otro las magnificencias del imperio; que asistan á una de esas grandes fiestas con que deslumbramos aun á los mismos que están acostumbrados á presenciarnos; que concurren á una de esas lides, en las que los mexicanos ponemos en evidencia el rigor, la energía, la destreza, la serenidad, la vehemencia de nuestro modo de ser, y cuando se convengan de lo que somos, como los de Zempoala, como los de Tabasco, como los de Tlaxcala, como los de Cholula, si traen intenciones hostiles, las guardarán en el fondo de su alma, y partirán de aquí sin haber dejado manchada nuestra conciencia por haberles sacrificado.

—Tú consejo me agrada, dijo Moctezuma, y es necesario preparar para mañana mismo un gran festejo al que asistan los extranjeros.

—¿Tú lo quieres? dijo Cacumatzin. Cúmplase tu voluntad, que es omnipotente.

Pero ¡ay! yo, por mi parte, temo que la debilidad que ahora manifiestas va á costarte muy cara, y va á arrancar muchas lágrimas de los ojos de todos tus vasallos.

—Cúmplase mi voluntad, añadió Moctezuma.

Los príncipes de Iztacpalapa y de Tezcuco abandonaron la estancia.

Guatimotzin quedó un instante con Moctezuma.

—¿Sufres? le dijo.

—Sí; sufro mucho.

—Aquí tienes mis brazos.

Moctezuma cayó en los brazos de Guatimotzin.

En aquel momento no pudieron ménos de asomar lágrimas que arrasaban sus ojos.

Pero reponiéndose de pronto, y cogiendo con febril movimiento la diestra de Guatimotzin:

—Olvida que me has visto llorar, y ¡ay! de tí si alguno sabe que Moctezuma ha derramado lágrimas la primera vez de su vida.

Guatimotzin partió.

El emperador quedó abismado en sus pensamientos.

Miazochil, su esposa, le sorprendió al rayar el alba.

—Para hoy, la dijo Moctezuma, preparo una gran fiesta.

Es necesario que con mis hijas y con las esposas de mis nobles acudas á ese festejo, que ha de dar á los extranjeros la medida de nuestro poderío.

CAPITULO XXXII.

Una fiesta mexicana.



« dispuso todo lo necesario con asombrosa rapidez para la fiesta que debia celebrarse al dia siguiente.

El príncipe de Iztacpalapa dirigió los trabajos necesarios, y organizó el festejo.

Una pluma inspirada ha trazado en un bellissimo cuadro las peripecias de aquel torneo, que torneo pudo llamarse, y como nuestros colores serian pálidos al lado de los de su paleta, preferimos reproducir aquí las animadas páginas á que nos referimos. (C)

«Alrededor de un vasto circo, formado en la gran plaza de Tlatelulco, donde cabian perfectamente de cincuenta á sesenta mil almas, se pusieron numerosas gradas en forma de anfiteatro para los espectadores, y algunos pálios espaciosos destinados á la familia imperial

«El día 10 de Diciembre, señalado para la funcion, amaneció tan sereno y hermoso en aquel clima feliz, como si tomase parte en el lucimiento de la fiesta.

«A las diez de la mañana salió de su palacio Moctezuma con su familia, conducidos en magníficos palanquines, y acompañados de brillante comitiva.

«Apénas entraron en sus pálios, voló por todos los ámbitos de aquel extenso campo, lleno ya de un numeroso concurso, el unánime grito de ¡viva Moctezuma! ¡Viva la familia imperial!

«Y todas las manos tocaron la tierra en señal de veneracion»

«Ocupó Moctezuma la silla preferente en uno de los pálios, colocando á su derecha á su esposa y á su izquierda á Hernan Cortés, y ordenando se pusiesen detrás varios personajes.

«Se colocaron en otro pálio las princesas Guacalcinla y Temixpa con sus hermanos, y á espalda suya algunos señores y nobles damas de la servidumbre de palacio.

«Estaban el emperador y su esposa lujosamente ataviados, deslumbrando con el resplandor de sus joyas, no siendo de menor magnificencia el ornato de las princesas.

«Llevaba la consorte de Guatimotzin una ligera túnica de exquisita blancura, ceñida á su esbelto talle con un cordon de hilos de oro, de cuyos extremos pendian gruesas borlas, que casi tocaban en sus pálidos piés, calzados con unas ligeras sandalias de purísima plata.

«Sus hermosos brazos, descubiertos hasta el hombro, estaban engalanados con diversos brazaletes de plumas de Tlanhtototl (pájaro cardenal) y de papagayo, conchitas marinas de un bellissimo carmesí, engarzados en arillos de oro.

«Caía su negra y sedosa cabellera sobre su redonda espalda, y brillaba en torno de su frente una diadema de perlas, que convenia perfectamente á su severo perfil de emperatriz.

«Dos robustos cangrejos de oro colgaban de sus orejas, y llevaba en las manos innumerables sortijas de diversas y preciosas piedras.

«Temixpa vestia una corta falda de color de rosa, sobre otro talar pajiza, ajustadas ambas á la cintura por una faja de piel de armiño, cerrada por un broche de esmeraldas.

«Sobre su naciente seno casi descubierto, se cruzaban varias cadenillas de oro con colgantes de pedrería, y coronaba su cabeza, cuyos rizos numerosos le cubrian las orejas y parte delcuello, un penacho de plumas azules, sombreando agradablemente su rostro, redondo y fresco, iluminado por dos ojos de fuego.

«Plumas iguales á las de aquel penacho adornaban sus bra-

zos, y sobre sus torneados tobillos subían trenzadas las cintas de color de rosa que sujetaban sus sandalias de oro.

«Cortés y sus capitanes estaban también con sus galas militares.

«En el pábulo vecino al de las princesas se habían colocado los principales personajes extranjeros.

«Allí se veían el implacable Sandoval, el prudente Lugo, el fanático Dávila, el elegante Alvarado, el que por su hermosura mereció entre los mexicanos el nombre de *Tonaticoh*, que quiere decir *Sol*; pero en quien los vencidos nunca encontrarán piedad.

«Allí estaban también Olid y el intrépido Orgaz, y el joven y gallardo Velazquez de Leon.

«Las nobles mexicanas, cuyos ojos eran atraídos por un momento hacia las bellas facciones de Alvarado, se detenían con mayor complacencia en la noble y expresiva fisonomía de Velazquez, que por su parte correspondía á aquellas lisonjeras miradas con las suyas, llenas de franqueza y de pasión.

«Presentó aquel recinto un espectáculo verdaderamente magnífico, en el momento en que, abriéndose las barreras del circo por orden de los príncipes de Iztacpalapa, de Matahzingo y Xochimiho, que hacían las veces de mariscales de torneo y reyes de armas, aparecieron los contendientes.

«Entraron sucesivamente cuatro cuadrillas de jóvenes guerreros, vistosamente ataviados, con sus jefes al frente, y fueron desplegando por delante del pábulo régio, doblando la rodilla al saludar á Moctezuma.

«Mandara la primera el soberbio príncipe de Tezcuco, cuyas atléticas proporciones encubría muy ligeramente el manto de finísimo algodón y de color purpúreo que caía en torno de su cuerpo, sujeto sobre el pecho con una hebilla de oro.

«Anchas plumas blancas y azules cubrían la especie de zaga-

lejo que le caía desde más abajo de la cintura hasta la mitad de los muslos, dejando enteramente desnudo el resto de su cuerpo.

«Un carcax de primoroso trabajo, con labores de oro, pendía á su espalda, y llevaba el arco en su mano derecha, y en la izquierda un ligero escudo.

«Entrelazábase con las plumas del alto penacho que adornaba su cabeza una cinta roja, á cuyos extremos colgaban numerosas borlas del mismo color, en muestra de sus muchas hazañas y de su carácter de príncipe y caballero de la más alta orden militar del imperio.

«Seguíanle más de cincuenta nobles de sus Estados, vestidos de la misma manera y con iguales colores, siendo la mayor parte de ellos caballeros del Leon ó del Tigre, como lo advertían las figuras de dichas fieras pintadas en sus escudos.

«Componían la segunda cuadrilla jóvenes de la alta nobleza de Tacuba, todos caballeros del Aguila, llevando por jefe al bizarro Guatimotzin, que lo mismo que su primo el de Tezcuco, tenía la insignia de la orden suprema, con una cantidad de borlas, que mostraban que eran sus hazañas más numerosas que sus años.

«Los mantos de esta cuadrilla eran blancos, y sus plumas verdes y encarnadas.

«Dirigía la tercera el príncipe de Cuyoacan, mancebo de aventajada estatura y acreditado valor, amigo íntimo de Guatimotzin, y amante favorecido de una hermana de éste.

«Mostrábase orgulloso de llevar en su cuadrilla, no solamente los primeros nobles de sus Estados, sino también algunos príncipes de los Estados vecinos.

Todos ostentaban, como él, mantos azules y plumas negras y blancas.

«La última cuadrilla, dirigida por el príncipe de Tepepolco, llevaba mantos matizados de rojo y blanco, y plumas blancas

y amarillas, formando aquella variedad de colores un conjunto galano y vistoso.

«Los músicos, que ocupaban unas gradas bajo los pálios de la familia imperial, hicieron sonar á la vez sus caracoles, bandurrias, flautas y tambores, concertados del mejor modo posible, y cuya armonía, aunque no muy suave, tenia algo de belicosa.

«Después de varias danzas guerreras, ejecutadas por las cuatro cuadrillas al son de la música, cuyo compás seguían en el choque de sus escudos, comenzóse la lucha por el tiro de flechas.

«Dos blancos se habían colocado en un mismo sitio.

«En la cima de una palma de plata de proporcionada altura se había puesto horizontalmente una varita de unas quince pulgadas de largo, sostenida por un eje, sobre el cual giraba con rapidez al más ligero impulso que se diese á algunos de sus extremos.

«A uno de estos estaba una fruta de corteza dura, algo mayor que una manzana, que horadada por el centro, daba paso á un delgado cordón que la sujetaba á unos anillos de plata que había en aquella punta de la varita.

«Al otro extremo de esta se veía igualmente sujeto un pajarrillo de plata muy ligero, para equilibrar con su peso el de la fruta, pues el objeto que en aquella punta debía servir de blanco era una rodelita de madera, que apenas llegaba al grandor de una peseta, pendiente del pico del pájaro.

«La fruta era el blanco general de los tiros, y la rodelita solo se ponía para que los más diestros archeros pudiesen, si lo deseaban, ensayar algunos tiros de mayor dificultad.

«Ninguno, sin embargo, se mostró decidido á aventurar una prueba de tan fácil malogro, y todos eligieron el primer blanco, probando su destreza la mayor parte de ellos.

«La fruta quedó bien pronto cubierta de flechas, y otro tanto sucedió á varias más que sucesivamente la sustituyeron, pues de doscientas veinticinco flechas que se dispararon, las doscientas

por lo ménos dieron en el blanco, á cuarenta pasos de distancia.

«A cada tiro feliz la vara giratoria daba vueltas como una rehilandería, durando el aplauso de los espectadores lo que tardaba la vara en detener su giro, y otro archero en presentarse.

«Difícil era declarar un vencedor en contendientes tan igualmente hábiles, y ya los mariscales, que este nombre daremos á los directores de los juegos, iban á ordenar se comenzasen otros, cuando saliendo de un grupo de su cuadrilla el arrogante príncipe de Tezcuco, declaró en altas voces que iba á clavar una flecha en la casi invisible rodela que sostenía el pájaro.

«Toda la atención se fijó entónces con profundo silencio en el atrevido archero, que plantándose con serenidad y desembarazo en la línea que señalaba los cuarenta pasos de distancia del blanco, sacó de su carcax una flecha, y acomodándola con cuidado en el arco, que levantó pausadamente hasta nivelarlo á sus cejas, miró de hito en hito al diminuto blanco, que apenas podrían divisar ojos ménos perspicaces, y adelantando un pié, hizo volar la flecha, que despedida por tan robusto brazo, imprimió un movimiento rápido á la vara en el momento de clavarla en el centro de la rodela.

Unánime aclamación le proclamaba vencedor, cuando acallándose súbitamente, volvió á reinar un silencio profundo.

Guatimotzin había aparecido en la línea con el arco en la mano, y en actitud de disfrutar el triunfo á su orgulloso primo.

La vara giraba todavía con mucha rapidez y sonriéndose Cacamatzin, miraba aquel largo movimiento que probaba la fuerza de su brazo, y comenzó á decir al príncipe de Tacuba con altanera confianza:

— Aprovecha el largo tiempo de reflexión que te impone la volubilidad del blanco, y no áventures una prueba, en la cual no tienen dos hombres el acierto de Cacú....

No acabó de articular su nombre el príncipe de Tezcuco.

La flecha de Guatimotzin, sorprendiendo á la varita en su

rápido giro, se había clavado en la flecha misma del tezcucano, que cayó en tierra hecha menudos fragmentos, y recibiendo un impulso contrario al que traía, la varita comenzó á voltear en opuesta direccion.

Un silencio de asombro siguió á este certero y maravilloso tiro, hasta que, recobrados algun tanto los espectadores, rompieron en desaforados aplausos.

Ningun archero osó disfrutar el premio al esposo de Guacalcinla, que conducido en triunfo por los mariscales, lo recibió puesto de rodillas de manos de aquella idolatrada hermosura.

Felicitáronle á porfia los mismos que habían sido vencidos. Los guerreros españoles le saludaron como á un archero sin igual.

Recibió él con modesta dignidad todas aquellas lisonjeras demostraciones, y buscando un premio más dulce en las miradas de su bella y encantadora esposa.

HERNAN CORTÉS

HERNAN CORTÉS

CAPITULO XXXIII.

La segunda parte de la fiesta.

COMENZÓSE despues el juego de la pelota que consistia en mantener por largo tiempo en el aire unas bolas elásticas, despidiéndolas con pequeñas palancas cada vez que descendian, hasta llevarlas hácia una línea trazada á mucha distancia.

En este juego ninguno de los príncipes pudo igualar la destreza de dos jóvenes hermanos de la cuadrilla de Guatimotzin. Eran aquellos adolescentes hijos de un valiente general muy estimado por Moctezuma.

Llamábanse Haothalan, y Cinthai, y nacidos en los Estados del soberano de Tacuba, padre de Guatimotzin, habían profesado siempre un particular cariño á este joven príncipe.

El triunfo que acababan de obtener en la pelota le fué por tanto sumamente grato, y él mismo los llevó á recibir de mano de Temixpa el premio de su habilidad, que consistia en dos ricos brazaletes.

Comenzóse despues la lucha. Cada atleta eligió su contrario, y Cacumatzin, celoso de haber sido superado en el tiro de flechas por su joven primo, le desafió con altas y corteses palabras.

—Ven, pues, admirable archero, le decia, y si quieres que te perdone el haberme quitado la dicha de recibir el carcax de oro de la hermosa mano de Guacalcinla, hazte digno en la lucha de

rápido giro, se había clavado en la flecha misma del tezcucano, que cayó en tierra hecha menudos fragmentos, y recibiendo un impulso contrario al que traía, la varita comenzó á voltear en opuesta direccion.

Un silencio de asombro siguió á este certero y maravilloso tiro, hasta que, recobrados algun tanto los espectadores, rompieron en desaforados aplausos.

Ningun archero osó disfrutar el premio al esposo de Guacalcinla, que conducido en triunfo por los mariscales, lo recibió puesto de rodillas de manos de aquella idolatrada hermosura.

Felicitáronle á porfia los mismos que habían sido vencidos. Los guerreros españoles le saludaron como á un archero sin igual.

Recibió él con modesta dignidad todas aquellas lisonjeras demostraciones, y buscando un premio más dulce en las miradas de su bella y encantadora esposa.

HERNAN CORTÉS

HERNAN CORTÉS

CAPITULO XXXIII.

La segunda parte de la fiesta.

COMENZÓSE despues el juego de la pelota que consistia en mantener por largo tiempo en el aire unas bolas elásticas, despidiéndolas con pequeñas palancas cada vez que descendian, hasta llevarlas hácia una línea trazada á mucha distancia.

En este juego ninguno de los príncipes pudo igualar la destreza de dos jóvenes hermanos de la cuadrilla de Guatimotzin. Eran aquellos adolescentes hijos de un valiente general muy estimado por Moctezuma.

Llamábase Haothalan, y Cinthai, y nacidos en los Estados del soberano de Tacuba, padre de Guatimotzin, habían profesado siempre un particular cariño á este joven príncipe.

El triunfo que acababan de obtener en la pelota le fué por tanto sumamente grato, y él mismo los llevó á recibir de mano de Temixpa el premio de su habilidad, que consistia en dos ricos brazaletes.

Comenzóse despues la lucha. Cada atleta eligió su contrario, y Cacumatzin, celoso de haber sido superado en el tiro de flechas por su joven primo, le desafió con altas y corteses palabras.

—Ven, pues, admirable archero, le decia, y si quieres que te perdone el haberme quitado la dicha de recibir el carcax de oro de la hermosa mano de Guacalcinla, hazte digno en la lucha de

una de las coronas que la augusta emperatriz debe ceñir á la frente de los vencedores.

No esperó segunda provocacion el yerno de Moctezuma.

Arrojando el manto y el carcax, dejó descubiertas las bellas formas de su blanco cuerpo, formas delicadas en comparacion de las hercúleas que al desnudarse dejó patentes su adversario.

Por grande que fuese la opinion que los espectadores tenian formada de la destreza del príncipe de Tacuba, no hubo ninguno que al hacer involuntariamente aquel cotejo se atreviera á pronosticar su victoria, y como era generalmente amado y el carácter violento de Cacumatzin no excitase las mayores simpatías, hubo un momento de emocion general, en el cual todas las miradas, fijas en el jóven combatiente, parecian suplicarle renunciase á una lucha desigual, cuyo éxito no podia serle favorable.

Notólo Guatimotzin, y una imperceptible sonrisa de desden pasó fugaz sobre sus labios, mientras su arrogante adversario paseaba la vista por todos los espectadores, como si buscase testigos de su infalible triunfo.

A una señal de los mariscales, los contendientes se lanzan el uno sobre el otro, y la primera embestida de Cacumatzin es tan vigorosa, que su contrario se bambolea un momento entre sus membrudos brazos, y un grito unánime expresa el temor de los espectadores.

—¡Animo! ¡Valor, príncipe de Tacuba! exclaman.

La esperanza renace prontamente.

Guatimotzin ha logrado desembarazarse de su antagonista, como una anguila que se escurre de la mano de un niño que procura empuñarla, y acometiendo á su vez, echa su brazo izquierdo en torno de la cintura de Cacumatzin, y asiéndole con el derecho por el cuello, le da violentas sacudidas, á las que resiste el atleta como una ceiba azotada por el huracan.

Hace el jóven príncipe mayores esfuerzos, y no permanece ocioso su enemigo.

Sus brazos se enlazan como dos bejucos que se abrazan á un mismo tronco, se sacuden, se oprimen, se rechazan mutuamente, y vuelven á trabarse con mayor tenacidad.

La fuerza de Cacumatzin agobia repetidas veces á su adversario. La elasticidad y ligereza de éste burlan otras tantas las fuerzas de aquel, y empiezan á fatigarlo.

Aprovecha uno de estos momentos de cansancio Guatimotzin, y embiste con mayor denuedo.

Persigue y estrecha á su enemigo.

Enlázale, sacúdele con todas sus fuerzas, y procura inclinarle hácia un lado.

En efecto, una de las rodillas del príncipe de Tezcucó se doblaba al impulso, y su mano izquierda casi toca la tierra.

Los espectadores abren la boca para cantar ¡victoria! cuando enderezándose rápidamente el robusto mancebo, y rugiendo como el leon que acaba de romper la red que lo aprisionaba, arremete á su adversario con irresistible pujanza.

La lucha entónces es rápida y sin tregua.

Los dos cuerpos parecen uno solo.

Apriétanse pecho con pecho, se enlazan brazos y piernas, la cabeza de cada uno se apoya en el hombro del otro para dar mayor fuerza al empuje, caen á tierra sus penachos, mézclanse en desórden sus negras cabelleras, corre el sudor por todos los miembros de ambos, levántase en torno una espesa polvareda, y se oye el trabajoso resuello que sale de sus pechos á manera de ronquido.

Una palidez profunda cubre á Guatimotzin, mientras parece que brotan sangre las mejillas y el desnudo pecho del tezcucano.

Pero ninguno cede, ninguno afloja, y ambos, sin embargo, parecen próximos á sucumbir.

El príncipe de Iztacpalapa da una voz, y arroja en medio del

circo la insignia de su autoridad, á cuya demostracion cesa repentinamente la lucha.

—Príncipes, dice entónces, ambos habeis merecido la gloriosa corona.

El pueblo aplaude con entusiasmo aquella justa decision, y la emperatriz previene iguales premios para los dos combatientes, que permanecen algunos minutos jadeando, sin voz y casi sin aliento.

Miéntras habian luchado aquellos dos diestros lidiadores, otros muchos combates del mismo género habian tenido lugar en aquel recinto.

Los más notables vencedores habian sido el príncipe de Cuyoacan, que echó por tierra á tres robustos competidores, y el jóven Haothalan, que habia conseguido deribar al cacique de Otumba, despues que éste habia triunfado de dos adversarios, uno de los cuales era Cinthai, hermano del osado jóven que le arrebató despues la victoria.

Premiados los vencedores, la fiesta tomó un carácter más popular.

Nobles y plebeyos se mezclaron y confundieron en el vasto recinto.

Los músicos sustituyeron tocatas alegres á los sonidos fuertes y belicosos, y comenzó el baile, en el cual el más orgulloso príncipe no se desdennaba de tener por pareja á la hija ó mujer del labrador y del artesano.

Sucedíanse los corros, confundíanse los trajes lujosos con los ridículos.

La alegría tomaba un carácter de delirio, siendo de notar que en medio de aquel aparente desórden que mezclaba las clases y los sexos, no aconteciese jamas la menor desgracia, pues aquel pueblo inmenso, en su casi frenético placer, no incurria en ningun exceso contrario á la razon ni á la decencia.

CAPITULO XXXIV.

Donde Hernan Cortés se propone pagar á Moctezuma en la misma moneda.



MOCTEZUMA estaba ébrio de gozo por el resultado de la fiesta.

No solo los príncipes de su sangre, sino todo el pueblo mexicano se habia presentado á los ojos de los extranjeros con todo el esplendor, con toda la magnificencia que tanto deleitaba al monarca.

Por un instante olvidó las penas que le consumían, y para manifestar su gozo y demostrar su gratitud á su pueblo, resolvió dispensarle uno de los honores más grandes que otorgaba á sus vasallos el soberano de México.

Este honor consistia en comer en público.

Dió orden á sus criados para que aprestasen las mesas en la gran plaza; sentó á su lado á Hernan Cortés y á los dos príncipes, á su esposa y á sus hijas, y en medio de la admiracion y de la frenética alegría de los mexicanos, se celebró el banquete.

Los bufones acudieron como siempre para desplegar el lujo de sus habilidades en presencia de un pueblo ávido de emociones, y con arreglo á la costumbre establecida en el ceremonial del emperador, lo mismo á los capitanes y á los soldados, que á los dignatarios de su córte y á los individuos de su servidumbre, mandó distribuir los manjares que con tanta abundancia preparaban los cocineros.

Durante la comida habló con verdadera satisfacción á los que le rodeaban.

Hernan Cortés no quiso aquella vez herir su amor propio, y celebró, no solo la magnificencia de la fiesta que habia presenciado, sino la destreza, la energía, la seguridad, el valor de los que en ella habian tomado la parte principal.

Pláceme oiros hablar de ese modo, exclamó Moctezuma.

Ya habreis podido formaros una idea de la grandeza de mi pueblo.

No hay un solo mexicano que no sea capaz de imitar las proezas que tanto os han asombrado en los príncipes.

Comprended por esto cuál es mi seguridad. Con hombres de este temple no puede nunca temer un soberano por la independencia de su patria, por la violacion de su trono.

—Cualquiera de nosotros, se atrevió á decir Cacumatzin, seria capaz de reunir en breve un ejército de más de cien mil hombres, que ántes convertirian en ruinas la ciudad de México que consentir la dominacion de cualquier enemigo que aspirase á juzgarnos.

—Veo, en efecto, contestó Hernan Cortés, que merecis la honra con que os ha distinguido mi soberano, enviándome á vuestra presencia para ofreceros su amistad.

Cacumatzin dirigió una mirada terrible á Hernan Cortés.

El caudillo de los españoles resistió vigorosamente el fuego de aquella mirada hasta obligar al príncipe de Tezcuco á bajar los ojos.

Los músicos, que llegaron en aquel momento, pusieron término á aquel diálogo, que de prolongarse hubiera producido tal vez un conflicto.

Guacalcinla no podia separar sus ojos de Hernan Cortés.

Habia en la fisonomía del guerrero un prestigio que la fascinaba.

En más de una ocasion leyó en las miradas de Miazochil, y

hasta de Guatimotzin su esposo, severas amonestaciones para que apartase su vista del soldado.

Pero à pesar suyo, volvía á mirarle y revelaba la emocion que experimentaba su alma.

Para comprender el efecto que la sola sospecha producía en Guatimotzin, es necesario conocer hasta qué punto amaba á su esposa.

Guatimotzin era todo corazón.

Enérgico y valiente como sus primos, carecía de las malas pasiones que dominaban á Cacumatzin y de la fatuidad que distinguía al príncipe de Iztacpalapa.

Guatimotzin era hijo del príncipe de Tacuba, vasto estado con derechos á la corona de México, y uno de los más felices del imperio por el paternal gobierno de sus señores.

Guatimotzin era, pues, sinceramente amado por sus súbditos.

Amante de lo bello, hubiera consagrado toda su vida al estudio.

Pero la calidad de su nacimiento y el puesto que estaba llamado á ocupar, exigían de él que dedicase sus juveniles ócios al arte de la guerra y se dedicó á él con verdadera pasión, no por lo que tenia de cruel, sino por lo que tenia de glorioso.

Aliado del emperador de México, recibió Guatimotzin la misión de someter un pueblo rebelde á la obediencia de Moctezuma.

Breves dias bastaron al logro de su empresa.

Guatimotzin volvió de la primera campaña con la auréola de la gloria.

En medio de los vítores y aplausos, al mismo tiempo que su tío y señor Moctezuma le abría los brazos y con sus plácemes sancionaba su victoria, se fijaron por primera vez los ojos de Guatimotzin en los de Guacalcinla, y el guerrero adivinó en ellos la felicidad de su vida.

La joven fué su esposa, y su amor no tardó en aumentarse con el nacimiento de su primer hijo.

Vivían los dos esposos en Tacuba cuando el emperador les mandó llamar á su lado, porque queria recibir á los extranjeros rodeado de todos los príncipes que contribuian al esplendor de su corte.

Jamas la más ligera nube habia empañado el cielo de la felicidad de los dos esposos.

Guacalcinla adoraba á Guatimotzin.

Guatimotzin no podia vivir separado de su amante compañera.

El hermoso niño, que formaba su porvenir risueño, completaba su ventura.

El amor de dos jóvenes, y más cuando son príncipes, inspira simpatías en los pueblos.

Todos los habitantes de Tacuba sentian algo de la felicidad de Guacalcinla y de Guatimotzin.

La dicha que rebosaba en el alma del joven príncipe, la esperanza que tenia en su porvenir, apartaba de su alma el temor, y por eso las indicaciones que se habia atrevido á hacer al emperador habian sido más á propósito para inspirarle confianza que exasperarle.

No dudaba de la fidelidad de su esposa.

Pero, ¿por qué miraba embelesada al jefe de los españoles?

Por la primera vez de su vida sintió en su corazón el pesar y la tristeza.

Ocultaba su inquietud, y aguardó, aparentando una serenidad que no tenia, á que terminase el banquete.

Comenzó á oscurecer, é instantáneamente se iluminó la plaza.

Multitud de indios con teas encendidas formaron una calle desde el espacio en donde estaba la corte hasta la entrada de palacio.

El emperador se levantó, y tomando familiarmente el brazo de Hernan Cortés:

—Acompañadme, y haced que vengán vuestros capitanes hasta mi morada.

Quiero que la fiesta continúe, quiero obsequiaros con músicas y danzas.

La comitiva se dirigió á palacio, y los privilegiados entraron en la morada del emperador, mientras el pueblo se quedó en la gran plaza aguardando á que salieran los españoles, á quien no se cansaban de contemplar.

Más de cien jóvenes indias, espléndidamente adornadas, bailaron danzas del país durante mucho tiempo en presencia de los huéspedes de Moctezuma.

Cada una de ellas ofreció una flor distinta al jefe de los españoles.

Hernan Cortés formó tres ramos, y los dió á Miazochil y á sus dos hijas, Guacalcinla y Temixpa.

Las flores tenian un significado para los indios.

Las más bellas, que significaban su amor, formaban los ramos de Guacalcinla y de Temixpa.

Las que dió á Miazochil representaban tristeza y luto.

Esta casualidad produjo una gran emocion en todos los circunstantes.

Casi de pronto cesaron las músicas y las danzas.

—Me siento fatigado, dijo Moctezuma, ratiraos todos y dejadme descansar.

—Antes, exclamó Hernan Cortés, permitidme que os muestre mi gratitud y la de mis compañeros.

Nos habeis ofrecido una fiesta que á todos nos ha llenado de asombro.

No seríamos dignos de vuestra bondad, si á nuestra vez no tratáramos de pagaros favor por favor.

Tambien en nuestro país usamos festejos parecidos á los vuestros.

tros, y si me dais vuestra licencia, mañana mismo os brindaremos el espectáculo de una solemnidad militar.

—Sí, sí, exclamó Moctezuma.

Y todos los circunstantes repitieron sus palabras.

—En ese caso, voy á prepararlo todo, y mañana, en el mismo sitio en donde el pueblo mexicano ha admirado á sus príncipes, tendrá ocasion de asistir á un espectáculo que de seguro le agradará.

Así quedó convenido.

Los circunstantes se retiraron.

Cuando estuvieron solos en su aposento Guacalcinla y Guatimotzin:

—¡Oh, qué alegría! exclamó la jóven. Mañana asistiremos á esa gran fiesta.

—Tú no, dijo Guatimotzin con seriedad.

—¿Por qué me hablas do ese modo?

—No lo sé; pero te digo que no asistirás á esa fiesta.

—Si mi padre lo ordena...

—Ordenará mi muerte al mismo tiempo.

—Basta, dijo Guacalcinla con acento de profundo dolor; ya sé que nuestra dicha está herida de muerte.

CAPITULO XXXV.

Donde los españoles hacen de las suyas.



A noticia de la fiesta con que pensaban obsequiar los extranjeros á los mexicanos, circuló con extraordinaria rapidez, y al dia siguiente muy temprano estaban ocupadas por una inmensa multitud las gradas que se habian levantado en la plaza de Tlateluco.

Los que no habian podido obtener puesto, llenaban las ventanas y las azoteas de las casas.

Todos aguardaban con ánsia la llegada de los extranjeros, no dudando que aquellos hombres sobrenaturales ejecutarían maniobras sorprendentes, que les confirmarían en la opinion ventajosa que ya habían formado de ellos.

Hernan Cortés lo habia preparado todo para que sus soldados aumentasen el prestigio que tenían á los ojos de los mexicanos.

Hizo á todos que limpiasen con esmero sus armas.

Mandó llevar la artillería á la plaza, adornó las crines de los caballos con cintas vistosas, hizo que sus capitanes se engalanasen, y él á su vez se adornó con el precioso collar que en la primera entrevista le habia regalado Moctezuma.

Crando la comitiva del emperador se puso en marcha, cuando fueron conducidos en vistosos palanquines á los pálios preparados al efecto, el emperador, su esposa, la princesa Temixpa y los tres príncipes Quetlahuaca, Guatimotzin y Cacumatzin, Hernan Cortés, seguido de sus capitanes, montados todos en brio-

tros, y si me dais vuestra licencia, mañana mismo os brindaremos el espectáculo de una solemnidad militar.

—Sí, sí, exclamó Moctezuma.

Y todos los circunstantes repitieron sus palabras.

—En ese caso, voy á prepararlo todo, y mañana, en el mismo sitio en donde el pueblo mexicano ha admirado á sus príncipes, tendrá ocasion de asistir á un espectáculo que de seguro le agradará.

Así quedó convenido.

Los circunstantes se retiraron.

Cuando estuvieron solos en su aposento Guacalcinla y Guatimotzin:

—¡Oh, qué alegría! exclamó la jóven. Mañana asistiremos á esa gran fiesta.

—Tú no, dijo Guatimotzin con seriedad.

—¿Por qué me hablas do ese modo?

—No lo sé; pero te digo que no asistirás á esa fiesta.

—Si mi padre lo ordena...

—Ordenará mi muerte al mismo tiempo.

—Basta, dijo Guacalcinla con acento de profundo dolor; ya sé que nuestra dicha está herida de muerte.

CAPITULO XXXV.

Donde los españoles hacen de las suyas.



A noticia de la fiesta con que pensaban obsequiar los extranjeros á los mexicanos, circuló con extraordinaria rapidez, y al dia siguiente muy temprano estaban ocupadas por una inmensa multitud las gradas que se habian levantado en la plaza de Tlateluco.

Los que no habian podido obtener puesto, llenaban las ventanas y las azoteas de las casas.

Todos aguardaban con ánsia la llegada de los extranjeros, no dudando que aquellos hombres sobrenaturales ejecutarían maniobras sorprendentes, que les confirmarían en la opinion ventajosa que ya habían formado de ellos.

Hernan Cortés lo habia preparado todo para que sus soldados aumentasen el prestigio que tenían á los ojos de los mexicanos.

Hizo á todos que limpiasen con esmero sus armas.

Mandó llevar la artillería á la plaza, adornó las crines de los caballos con cintas vistosas, hizo que sus capitanes se engalanasen, y él á su vez se adornó con el precioso collar que en la primera entrevista le habia regalado Moctezuma.

Crando la comitiva del emperador se puso en marcha, cuando fueron conducidos en vistosos palanquines á los pálios preparados al efecto, el emperador, su esposa, la princesa Temixpa y los tres príncipes Quetlahuaca, Guatimotzin y Cacumatzin, Hernan Cortés, seguido de sus capitanes, montados todos en brio-

esos caballos, iba al frente de los soldados, formados de tal manera que ocupaban sus filas todo el ancho de las espaciosas calles que recorrían.

La llegada del emperador con su familia produjo un gran murmullo en la multitud.

Todos preguntaban por Guacaleinla, y no encontrándola, fijaban escrutadoras miradas en Guatimotzin.

Los que habían observado el día anterior las apasionadas miradas de la joven al caudillo de los españoles:

—Guatimotzin está celoso, se decían; por eso no ha traído á su esposa.

La murmuración no duró mucho.

La música de los españoles llenó el espacio, y todas las miradas se dirigieron hácia aquellos hombres, que con tanta maestría dominaban las fieras.

A galope tendido llegaron hasta el pábulo del emperador, y al estar allí, obligaron á los caballos á que se hincasen de rodillas, en tanto que ellos saludaban al monarca y á su familia.

Después fué cada cual á ocupar su puesto.

La vanidad hizo que los jinetes desplegasen toda su maestría, obligando á dar saltos á los caballos, á caracolear, obligándoles á volverse de un lado á otro, lanzándoles á la carrera y deteniéndolos en el acto. ¡Con qué curiosidad, con qué interés, con qué asombro, observaban los mexicanos aquellas maniobras sobrenaturales para ellos.

Pocos eran los españoles que no habían acudido á la fiesta.

Estos pocos se habían quedado guardando el paso.

Hernán Cortés, que cada vez amaba más á Marina, la suplicó que fuera con él y que ocupara un puesto en el pábulo donde se hallaba la familia real.

Marina, que estaba profundamente entristecida:

—No, no quiero ir, le dijo; aguardaré.

Había concebido un plan, y estaba resuelta á llevarlo á cabo.

Los soldados formaron un semicírculo en la plaza, dentro del cual se colocaron los capitanes, y en medio de ellos Moctezuma, que debía pasar revista á las tropas.

Adonde quiera que iban los jefes de los españoles se dirigían las miradas del público, y en más de una ocasión no pudieron contener los mexicanos gritos de terror al ver á los caballos tomar carrera, ó al presenciar las corbetas y saltos de carnero que hacían los briosos animales.

Hernán Cortés, que no quería despreciar una sola ocasión de ostentar á los ojos de los mexicanos su poderío, lo había dispuesto todo para obtener un gran triunfo moral.

Pasó revista á los soldados, y después, dividiéndolos en dos secciones, dispuso un simulacro.

Debían pues, figurar una batalla.

Hicieron varios ejercicios, con los cuales admiraron á los guerreros del imperio por la presteza con que ejecutaban las evoluciones.

Los rayos de un sol abrasador, reflejándose en las armas, en los petos y en los cascos de los españoles, contribuían á aumentar el esplendor de la fiesta.

Hernán Cortés organizó después un juego de sortijas.

Los mexicanos, y con el mismo interés y curiosidad que ellos el emperador y su familia, observaban atentamente la destreza de los capitanes españoles, y más que nada el predominio que ejercían sobre los caballos.

Una hora duraron todos estos juegos, y al cabo de ella se acercó Hernán Cortés á Moctezuma y le dijo:

—Ahora voy á haceros que veais cómo luchamos los españoles.

Los artilleros se acercaron á los cañones.

Los soldados prepararon sus arcabuces.

Hernán Cortés partió á galope al centro de la plaza, llamó á

sus capitanes, que no tardaron en reunirse á él, y gritó con voz estentórea:

—¡Fuego!

Instantáneamente dispararon los soldados sus arcabuces, e hicieron una salva general los cañones.

Imposible es pintar el efecto que las detonaciones produjeron en los circunstantes.

La llama y el ruido obligaron á correr despavoridos á los que estaban en las azoteas.

Pusieron en fuga á los que ocupaban las gradas; y las mujeres, y no solo las mujeres, sino hasta los hombres, se arrojaron al suelo como si hubieran sido heridos por un rayo.

La emperatriz y su hija se desmayaron.

En un instante quedó despejada la plaza.

Solo los más cobardes, que no se atrevían á moverse, llenaban el suelo, mientras los españoles, ébrios de gozo por aquel triunfo, volvían á formarse, y los capitanes con su caudillo se acercaban al emperador á saludarle con su risa de triunfo.

El mismo Moctezuma tembló al oír los disparos.

Su rostro se puso blanco como la cera.

Guatimotzin y el príncipe de Iztacpalapa retrocedieron involuntariamente.

Cacumatzin, poseído de una ira terrible, miraba alternativamente con espanto y rencor á los españoles y á los mexicanos, que tan indigna muestra acababan de dar de su cobardía.

Disuelta la reunion de aquel modo, Moctezuma dispuso que su esposa y su hija fueran inmediatamente conducidas á palacio, para que las prodigasen los auxilios que necesitasen.

Avergonzado, no solo de su pueblo, sino de sí mismo, cuando se acercó Hernan Cortés, para ocultar su emocion le saludó con una amarga sonrisa.

—Siento en extremo, dijo Hernan Cortés, haber dado ocasion á tantas desventuras.

—No lo creais, contestó Moctezuma; los mexicanos se acostumbrarán á estas fiestas.

Hernan Cortés y sus capitanes acompañaron las literas en donde fueron conducidas Miazochil y Temixpa, y al dejar á toda la familia imperial en palacio, regresaron á la plaza para ponerse al frente del ejército y volver á su morada.

Moctezuma dispuso que se llamase á los médicos para que auxiliasen á su esposa y á su hija, y ordenó á los juglares que fueran á distraerlas con sus juegos y chanzas, para borrar la dolorosa impresion que habian recibido.

Despues, como el hombre que ha soportado mucho tiempo un peso superior á sus fuerzas, y que al fin y al cabo se rinde, corrió á su habitacion y se dejó caer sobre una banqueta, apoyando con desesperacion la cabeza en sus manos.

Los tres príncipes sus sobrinos, que le vieron alejarse de aquel modo, temiendo alguna nueva desgracia, no vacilaron en cometer la indiscrecion de ir hasta su aposento.

No atreviéndose á turbar su dolorosa meditacion, permanecieron silenciosos á su lado, abismándose tambien en los tristes pensamientos que despertaban en su alma los sucesos que acababan de presenciar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVI.

Donde Moctezuma oye de nuevo á sus consejeros



Después de haber estado algún tiempo, y Moctezuma dirigió en torno suyo una mirada vaga.

Al reconocer á los príncipes:

—¿Quién os ha dado licencia para sorprender mi desaliento? exclamó.

—Tu sangre corre en nuestras venas, dijo Cacumatzin: vemos que sufres, y nuestro deber es estar á tu lado.

—¿Y habeis pensado que el temor se ha apoderado de mi alma?

—Si tal creyéramos, añadió el príncipe de Tezcúco, yo por mi parte la habria abandonado para siempre.

—No es el temor; es la ira lo que me domina, repuso Moctezuma. ¡Ah! ¿Habeis visto á mi pueblo correr despavorido, amedrentado; hundir la frente en el polvo, no ante la furia, sino ante la alegría de los extranjeros?

¿Qué sangre es la que corre por las venas de los mexicanos?

¿No estaban en la plaza muchos de los guerreros que en cien combates han demostrado su energía, su valor, su heroismo?

¿No han huido como el mísero colibrí al rumor de los pasos?

Por fuerza Tlacatecolt (1) se ha apoderado de su alma; por fuerza el gran Tezcalepuzca (2) ha abandonado á nuestra patria.

¿Qué hacer con esos miserables?

—Castigarlos, exclamó Cacumatzin; castigar su vergonzosa soberbia.

1 El dios del mar.
2 El dios creador, alma del mundo y señor del cielo.

—¿Y acaso el castigo da valor á los que no lo tienen? dijo Guatimotzin, saliendo, en presencia de los males de la patria, de la meditacion en que su pena le tenia sumido. ¿Acaso fortalecerá el gran Moctezuma á sus vasallos, inmolándolos en aras de los dioses, ó haciéndolos sufrir grandes castigos?

De esa manera debilitaria más y más sus fuerzas, y si los extranjeros son enemigos nuestros, en vez de combatirlos observando esa conducta, les daria las fuerzas de que él se privase.

—Tu observacion es sumamente juiciosa, y esas mismas ideas son las que yo tengo, exclamó el emperador.

Pero ¿cómo borrar la impresion que habrán recibido los extranjeros al ver huir despavoridos á los mexicanos?

Si sus intenciones, que no lo creo, son hostiles, se envalentarán hasta el punto de creer que depende de su sola voluntad nuestra sumision.

Si son sinceramente amigos, creerán á mi pueblo indigno de la amistad con que le brindan.

—Moctezuma, repuso Cacumatzin, hay momentos en la vida en los que es necesario olvidar el respeto que se debe á la majestad, para hacerle oír el lenguaje de la razon y de la verdad.

Desde el primer momento has oido á mi voz aconsejarte que no permitieses entrar en México á los españoles.

Desde el primer momento concebiste tú la idea de rechazar á toda costa su presencia, y á medida que has debilitado tu voluntad, y consentido que los españoles avansasen hácia la ciudad, has visto tornarse contra tí todos los males y desencadenarse sobre México grandes calamidades.

No, Moctezuma; tú, sublime heredero de la raza de los aztecas, no has evitado ántes que los españoles imprimiesen su planta en tu territorio.

Has sido débil, has simpatizado con ellos, has creído en su amistad.

Mis consejos, mis observaciones, los temores de tu pueblo, no han bastado para disuadirte de tu empeño, y empiezas á recoger el fruto de tu conducta.

No hay duda, yo estoy seguro de ello: los españoles han venido á llevar á cabo nuestra ruina.

Y aun suponiendo que así fuera, exclamó Moctezuma desesperado; y aun suponiendo que hubieran mentido, que fueran falaces sus palabras, mentidas sus promesas, que bajo la capa del afecto encerrasen ideas de venganza, en esta situación en que me encuentro, ¿qué crees que puedo hacer?

—Arrojarlos inmediatamente de tu imperio.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¡Imposible! exclamó Cacumatzin. ¿Y eres tú, Moctezuma II, el gran emperador que has sometido durante los breves años de tu reinado á numerosas provincias, que has combatido con las tribus más feroces del imperio?

¿Eres tú el que ha considerado como á esclavos á todos los vasallos, el que no ha encontrado obstáculo ni valladar á su voluntad, el que se atreve á pronunciar la palabra imposible?

—Te desconozco, príncipe de Tezcuco, repuso el soberano con ira.

Si no comprendiera los generosos sentimientos que te inspiran esas palabras, si yo mismo no me desconociera en este instante, ántes que pronunciar las palabras que acaban de llegar á mi oído, hubiera derramado la sangre mía que corre por tus venas.

Tu esclavo soy, dijo Cacumatzin, dominando la rabia que sentía, tu siervo; hiere mi pecho; pero aun en el mismo momento en que espire, te acusaría por débil, y te pediría en nombre de la patria, cuya ruina vas á labrar, que desplegaras la energía que en otro tiempo te ha granjeado la obediencia, el prestigio de todos los mexicanos; te pediría, repito, que arrojaras fuera de

tí esa fascinación que ejercen los extranjeros sobre tu alma, y fueses digno de tu pasado.

—Basta de recriminaciones.

Yo conozco el buen deseo que te anima.

Yo te perdono, aunque no me perdono á mí mismo.

Pero no hablemos de los sucesos consumados.

No se trata ya de impedir que lleguen los españoles á México: han llegado, están dentro de los muros de nuestra ciudad, son nuestros huéspedes, nuestros amigos. ¿Qué debemos hacer?

—Ya te lo he dicho, insistió Cacumatzin: buscar un medio de despertar su enojo, hacer todo lo posible por irritarlos, por preparar la lucha.

Yo me pondré al frente de tus ejércitos, yo capitanearé á tus soldados, y una lluvia de flechas caerá sobre esos hombres fermentados, lluvia que les anonadará.

Sus cabezas será el mejor trofeo que podremos colocar á las puertas del templo de nuestro dios Huitzilopoztli.

—No, no, dijo el príncipe de Iztacpalapa. No despiertes la furia de esos hombres.

La templanza, la bondad, harán más.

Yo veo en todo lo que sucede el olvido en que nos tienen nuestros dioses, efecto tal vez del olvido en que les tenemos nosotros.

Ordena nuevos sacrificios, Moctezuma; consulta al gran sacerdote para que nos revele la voluntad de Tezcalepuzca.

—Tienes razón, Quetlahuaca.

Tu consejo se aviene más al estado de mi espíritu.

No quiero ser yo quien provoque una desastrosa guerra.

Sería cruel tender un lazo al jefe de los extranjeros, que hasta ahora, si han demostrado que son superiores á nosotros, no por eso han dejado de ser leales á nuestra amistad.

Y despidiendo á sus sobrinos, envió un emisario al gran sacerdote de México para que fuese á su palacio.

Cacumatzin se fué ofendido, y más indignado de lo que estaba al llegar à presencia de Moctezuma.

El príncipe de Iztacpalapa estaba poseido de un inmenso terror.

Guatimotzin, cayendo de nuevo en su tristeza, se dirigió al aposento de Guacalcinla.

Al llegar exhaló un grito la jóven.

Lanzándose de la hamaca en donde reposaba, corrió á refugiarse en los brazos de su amante esposo.

—¡No me mates! exclamó. ¡No me mates!

—Cuando me lo suplicas, es que lo mereces, exclamó el príncipe de Tacuba.

¿Qué había sucedido á Guacalcinla durante aquel azaroso día? Van á saberlo nuestros lectores:

CAPITULO XXXVII.

Un ardid de Marina.



PENAS salió la comitiva imperial de palacio, entró cautelosamente en la habitacion donde se hallaba Guacalcinla con las mujeres de su servidumbre una jóven, que al hallarse en presencia de la esposa de Guatimotzin:

—Sé que has querido quedarte en palacio, le dijo, y he venido á hacerte compañía.

—¿Quién eres? exclamó Guacalcinla.

—¿No me reconoces?

—No es la primera vez que veo tu rostro, y sin embargo, no recuerdo tu nombre.

—¿No me has visto en compañía de los españoles?

—¡Ah! Sí; tú eres la india que les sirve de intérprete.

—Soy su esclava por desgracia.

—Cuentan que eres leal á Hernan Cortés.

—Como el siervo á su amo.

—Has hecho bien en venir á hacerme compañía.

—Adivino tus deseos.

—¿Cómo es posible?

—Porque leo en tus ojos los sentimientos que te animan.

—Te doy permiso para que me aclares ese misterio.

—Tú quieres hacerme varias preguntas acerca de los extranjeros.

—Es verdad.

Cacumatzin se fué ofendido, y más indignado de lo que estaba al llegar à presencia de Moctezuma.

El príncipe de Iztacpalapa estaba poseido de un inmenso terror.

Guatimotzin, cayendo de nuevo en su tristeza, se dirigió al aposento de Guacalcinla.

Al llegar exhaló un grito la jóven.

Lanzándose de la hamaca en donde reposaba, corrió á refugiarse en los brazos de su amante esposo.

—¡No me mates! exclamó. ¡No me mates!

—Cuando me lo suplicas, es que lo mereces, exclamó el príncipe de Tacuba.

¿Qué había sucedido á Guacalcinla durante aquel azaroso día? Van á saberlo nuestros lectores:

CAPITULO XXXVII.

Un ardid de Marina.



PENAS salió la comitiva imperial de palacio, entró cautelosamente en la habitacion donde se hallaba Guacalcinla con las mujeres de su servidumbre una jóven, que al hallarse en presencia de la esposa de Guatimotzin:

—Sé que has querido quedarte en palacio, le dijo, y he venido á hacerte compañía.

—¿Quién eres? exclamó Guacalcinla.

—¿No me reconoces?

—No es la primera vez que veo tu rostro, y sin embargo, no recuerdo tu nombre.

—¿No me has visto en compañía de los españoles?

—¡Ah! Sí; tú eres la india que les sirve de intérprete.

—Soy su esclava por desgracia.

—Cuentan que eres leal á Hernan Cortés.

—Como el siervo á su amo.

—Has hecho bien en venir á hacerme compañía.

—Adivino tus deseos.

—¿Cómo es posible?

—Porque leo en tus ojos los sentimientos que te animan.

—Te doy permiso para que me aclares ese misterio.

—Tú quieres hacerme varias preguntas acerca de los extranjeros.

—Es verdad.

—Entre todos ellos te interesa su jefe.

—¡Oh! Sí.

—Yo he adivinado en tus miradas que has sentido hacia él una vehemente admiración, y es natural que siendo así, desees saber algo de ese hombre extraordinario.

—¿Y tú me lo dirás?

—Si me crees digna de tu confianza, sí.

—Soy la esposa del príncipe Guatimotzin, y puedo hacer mucho en tu obsequio.

—Más puedo yo hacer por tí.

—Expíciate.

—Al sentir en tu corazón el fuego abrasador de la mirada de Hernan Cortés, dijo Marina, procurando ocultar los celos que la dominaban, has experimentado una emoción dulcísima que te ha hecho adivinar una felicidad sin límites en el amor de ese extranjero.

—¿Cómo sabes?... dijo la joven, bajando los ojos con timidez.

—Porque á mí me ha pasado lo mismo que á tí.

—¿Tú le has amado?

—Sí. Yo vivía feliz en el seno de mi familia cuando los españoles invadieron y conquistaron la patria en donde yo había nacido, dándole el nombre de Santiago de Cuba.

Una lucha terrible sostuvieron mis hermanos contra los conquistadores.

Pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque esos hombres son invencibles.

Partí á otras tierras, y cuando Hernan Cortés llegó en compañía de sus soldados, de paso para México, el deseo de ver de cerca á los que eran causa de la desdicha de mi familia, me hizo buscar las miradas de esos hombres.

Nunca lo hubiera hecho.

Hay algo en sus ojos que fascina.

Yo sentí también ante la grandeza del caudillo de los españoles la emoción que ha experimentado tu alma.

Por desgracia mía, aprendí pronto el idioma que hablan los españoles.

Hernan Cortés lo supo, y convirtiéndome en su esclava, me obligó á que le acompañase para ser su intérprete.

En este tiempo me he convencido de que su corazón es de nieve.

Ese hombre no tiene nada dentro de su pecho: ni piedad, ni amor, ni odio siquiera.

—¿Cuánto habrás sufrido! dijo Guacaleinla á Marina.

—Mucho, y sufriré eternamente.

Pero por tí misma he querido avisarte ántes de que caigas en el abismo que va á abrirse á tus piés.

Mis padres, añadió Marina, eran augures, y yo he heredado de ellos la ciencia de leer en el porvenir.

He descubierto el tuyo, y es muy horrible, si no renuncias á tus ensueños.

—Habla. ¿Qué porvenir me espera?

—Eres hermosa; no hay una mexicana que te aventaje en belleza.

Eres además la hija del emperador Moctezuma, princesa y esposa de uno de los que están llamados á sentarse en el trono de México.

Hernan Cortés descubrirá en tus ojos que le amas, que te subyuga, y si ha desdeñado á la mísera esclava que le sirve de intérprete, no hará lo mismo con la altiva princesa.

Fingirá que te ama.

El falso fuego que brilla en sus ojos inundará tu alma.

Caerás en sus brazos ébria de amor, y al despertarte te estremecerás, porque hallarás pintada en la imagen de tu seductor la vergüenza y el oprobio.

—¡Oh! Calla, calla, exclamó Guacaleinla.

—No lo dudes; el español mancillará tu honra, y te arrojará como vil juguete despues de haber satisfecho su curiosidad.

Entónces verás la imágen de tu conciencia en el enojado rostro de tu esposo.

Guatimozin, que te ama con delirio, te odiará.

Tus ojos se inundarán de lágrimas.

La alegría huirá para siempre de tu pecho.

No nacerán hijos de tu union, y seca y marchita como una planta en la que imprime sus repugnantes labios el dios del mal, verás extinguirse tu vida en medio de dolorosos remordimientos.

Guatimotzin no te perdonará.

—Me horrorizan tus palabras, exclamó temblando Guacalcinla.

—¿Acaso no las crees?

—¡Oh, sí! Una voz interior las repite dentro de mí.

Tú has venido á salvarme.

Díme, ¿qué debo hacer?

Marina empezaba á conseguir su objeto.

—Aun es tiempo, aun es tiempo hoy: mañana será tarde.

—¡Habla, por piedad!

—Pide á Guatimotzin que te proteja contra el prestigio del extranjero, dijo Marina à Guacalcinla.

—¿Y cómo?

—Implorando su perdon por las ideas que te han subyugado un momento.

Cuando él sepa que estás en peligro, te prestará sus fuerzas para resistir, y tu porvenir entónces será risueño.

¡Oh! Yo te aseguro que llegarás á ser en breve emperatriz de México.

Guacalcinla tendió su mano á Marina.

—No olvidaré nunca el favor que acabas de hacerme, dijo.

—Adios.

Marina partió satisfecha.

Temia que Guacalcinla la robase el amor de Hernan Cortés.

Concitándola á confiar á su esposo aquel naciente amor, estaba segura de que Guatimotzin la mataria ántes que consentir que el extranjero mancillase su honra.

Guacalcinla quedó abismada en sus pensamientos.

Pronto se cerraron sus ojos, y sus ideas tomaron cuerpo ante su imaginacion.

Vió acercarse à su lado á Hernan Cortés, y sintió que la mano del guerrero estrechaba la suya, que sus labios, posándose en su frente, la abrasaban, y en este instante se despertó sobresaltada por la llegada de su esposo.

Esta es la explicacion de las palabras que pronunció.

Aquella misma tarde pidió licencia Guatimotzin á Moctezuma para volver con su esposa á Tacuba.

Sus celos estaban desarmados.

Pero la herida abierta ya no podia cerrarse nunca.

CAPITULO XXXVIII.

La audiencia.

La noche que siguió á la conferencia que había celebrado Moctezuma con los tres príncipes, la empleó el emperador en hablar con el hueiteopixque (D) ó gran sacerdote.

Los dos abandonaron secretamente el palacio, fueron al templo, y el resultado de cuantas tentativas hicieron para saber la voluntad de los dioses, no fué nada satisfactorio.

El gran sacerdote:

—Los dioses, le dijo, quieren que borres tu pasada soberbia con grandes pruebas de humildad.

No por la fuerza, sino por la admiracion, conseguirás que los extranjeros te respeten.

Al día siguiente:

—Anunciad á todo el mundo, dijo Moctezuma á sus servidores, que hoy voy á dar audiencia á mis vasallos.

Y queriendo desplegar á los ojos de los extranjeros toda la sabiduría de su gobierno, invitó á Hernan Cortés y á sus capitanes para que presenciasen aquel solemne acto.

Una hora ántes de abrirse la audiencia se trasladaron los capitanes de Hernan Cortés al palacio del emperador, donde fueron recibidos por los ministros, que les instruyeron en algunas particularidades de su gobierno.

Aquella conversacion no fué desagradable á Cortés, y sus cu-

rias preguntas dieron vasto campo á los ministros para extenderse en explicaciones.

—Las leyes, por medio de las cuales gobiernan nuestros reyes á sus numerosos súbditos, dijo Cortés, constan escritas, y pasan fácilmente de este modo de soberano á soberano, y de siglo á siglo.

Pero vosotros, de qué manera conservais y perpetuais vuestras leyes?

—Aunque no haya alcanzado nuestra sabiduría, respondió Guacolando, que era el más anciano de los ministros, á comprender esos signos que llamais letras, no carecemos de otros que suplan su falta, y por cuyo medio trasmitimos á nuestros nietos las historias de nuestros reyes y grandes generales, y los acontecimientos memorables de que somos testigos.

Los signos á que me refiero no se parecen á los vuestros, ni podemos trazarlos en el lienzo ó en el icxolt (1) con tanta rapidez como pintais vosotros en esas hojas finísimas que llamais papel; pero tienen igual uso y destino, y nos bastan para glorificar los nombres y hechos dignos de eterna alabanza.

—Por lo que hace á nuestras leyes, continuó el anciano, jamas hemos pensado que tuviésemos necesidad de escribirlas.

Nuestras ascendientes nos las trasmitieron sin este auxilio, y nosotros trataremos de trasmitirlas á nuestros descendientes, siendo la costumbre un monumento más indestructible que todos los signos inventados para dar forma á la palabra.

Pensamos además que no deben existir leyes absolutas; que no pueden preverse en ellas todos los casos penables, y que la sabiduría de los reyes debe solamente juzgar con equidad las diferencias que puedan existir entre aquellos que aparentemente sean iguales.

Por eso damos á nuestros monarcas el derecho de alterar la costumbre cuando lo aconseje la justicia.

¹ Especie de papiro, á quien algunos historiadores llaman *amalt*.

Nosotros creemos que la sabiduría de los dioses ilumina el entendimiento de los reyes; pero como comprendemos que un solo hombre no puede atender á todos los cuidados de un gran pueblo, nos resignamos á que llame en su auxilio á los nobles de conocida virtud, capacidad y experiencia; así es, que tenemos varios ministros, con diversas atribuciones y prerogativas.

Uno que cuida de la hacienda pública y del real patrimonio; otro que administra la justicia; otro que atiende al sostenimiento del ejército y á sus premios y castigos; otro para el comercio y abasto público, y el supremo consejo de Estado que preside el rey.

En este consejo no son admitidos sino los ancianos electores de sangre real y los príncipes de Tezcuco y de Tacuba, en quienes es hereditaria esta prerogativa.

Guacolando guardó un momento de silencio.

Después continuó:

—Tenemos además varios tribunales.

En todas las principales capitales hallareis un magistrado, revestido de extensa autoridad, destinado exclusivamente á administrar justicia.

Subordinados á éste existen otros jueces inferiores, que conocen en las causas civiles ó criminales, en primera y segunda instancia.

En las causas de la primera clase, su sentencia es inapelable.

En las de segunda puede apelarse al magistrado supremo.

Aparte de los expresados tribunales de justicia, existen en México algunos otros para velar por la seguridad pública y perseguir á los ladrones y perturbadores del orden, para cuidar de la limpieza de las calles y buena dirección de los trabajos públicos, para el arreglo y distribución de los correos, y uno, en fin, cuya única misión es inspeccionar las escuelas de enseñanza.

Tenemos muchas de estas gratuitas para la gente vulgar, y

seminarios de nobles, y colegios de niñas presididos por matronas.

Absorto estaba Cortés escuchando al ministro mexicano, y le dijo sin esforzarse por encubrir su admiración:

—Vuestro gobierno me maravilla; parece que hay en él tanto acierto como armonía, y quisiera saber cuáles son los delitos que en vuestras leyes penales merecen el castigo capital.

—El robo sin necesidad probada, respondió Guacolando; la rebelión ó desacato al emperador, la herejía, la falta de integridad en los ministros y funcionarios públicos, el adulterio, el asesinato y la embriaguez repetida.

También tienen entre nosotros gravísimas penas los que cometen incesto en primer grado de parentesco, los reos de delitos nefandos contra la castidad, mayormente si son sacerdotes, y el oficial que pierde por cobardía ó descuido el estandarte sagrado del imperio.

—Y estas audiencias extraordinarias, una de las cuales vamos hoy á presenciar, dijo Cortés, qué objeto tienen, siendo así que la justicia es constantemente administrada por el tribunal competente?

—En estas audiencias, continuó el ministro, escucha el emperador por sí mismo las quejas de sus vasallos. ¿Y cómo pudiera saber de otro modo si sus ministros desempeñaban con acierto é integridad sus cargos y destinos?

—Y sin embargo, repuso el español, he oído quejarse á muchos señores mexicanos del despotismo y arbitrariedad de Moctezuma.

—Muchos *tlatoanis*, respondió el anciano, son soberbios y descontentadizos, y tienen mala voluntad á su monarca, cuya justicia castiga severamente sus demasías.

Pero lo que más les desagrada, es que se les haya despojado del injusto privilegio de ejercer enormes exacciones sobre sus vasallos, sin estar ellos obligados á pagar tributo al emperador.

Cumplían en otro tiempo con acudir al ejército con sus vasallos en tiempo de guerra; mas al presente están obligados à venir por turno à prestar sus servicios personales en palacio, y hallándose impuestos los tributos con más justa regla, saben que tienen que soportar una parte del fondo público.

Estos tributos son à proporcion de las tierras que se posean, ya heredadas, ya adquiridas.

Los mercaderes y artesanos contribuyen tambien en una parte de sus efectos y manufacturas, que se venden en el mercado, y los que ejercen cargos ó empleos lucrativos, ceden una pequeña utilidad de las que gozan por sueldos ú honorarios.

—¿Goza del derecho de propiedad la clase plebeya entre vosotros? preguntó Cortés.

--Sí, aunque de un modo diferente que la nobleza, contestó su interlocutor. Las tierras del imperio se hallan divididas entre el emperador, los nobles, el sacerdocio y el pueblo.

Las primeras las distribuye el soberano à su albedrío à los empleados especiales de palacio, para que las posean en clase de usufructuarios.

Las segundas son hereditarias.

Las terceras pertenecen perpétuamente al templo.

Las cuartas, que son las del pueblo, se dividen y reparten à proporcion del número de las familias.

Estas forman asociaciones, que conocemos con el nombre de *altepetlalli*, y no pueden enajenar las tierras que poseen, porque su propiedad, permanente é indivisible, está destinada à su manutencion.

El cultivo de dichas tierras es comun, como la propiedad, à todas las familias que componen la *altepetlalli*.

La recoleccion se deposita en almacenes públicos, de los que se saca y reparte bajo la direccion del ministerio de Hacienda, segun las necesidades respectivas de las familias.

—¿Y es esa clase del pueblo, preguntó Cortés, la más pobre y humilde que existe en México?

—No ciertamente, respondió Guacolando; entre nosotros son muchas las distinciones de rango.

Sin mencionar à la alta nobleza, que posee vastos territorios y ha sido largo tiempo casi independiente, hay una clase distinguida, cuyos individuos designamos con el título honorífico de *Teutlis*.

A ella pertenecen los magistrados y todos los que ejercen empleos considerables; de ella salen la mayor parte de los jóvenes que se dedican à las armas y al sacerdocio, y en el dia logran entrar en ella los poetas y artistas célebres, como tambien aquellos que por haber prestado grandes servicios al Estado merecen del emperador una distincion tan honrosa.

Hay otra clase libre y estimada, aunque no es noble.

Tal es la del comercio, artesanos, etc.; é inferior à la expresada, la muy numerosa de los mezecuales, cuyas familias componen las *altepetlalli* ó comunidades.

Pero existe aún otra ínfima clase, que se emplea en la servidumbre doméstica, y à ella pertenecen los *tamenes* y los que trabajan en las obras públicas.

Una parte considerable de los individuos de esta última clase es esclava, porque no obstante que en México solo están condenados à suerte tan infausta los prisioneros de guerra que no son sacrificados, hay honores en esta vil clase de que os habló que venden voluntariamente à sus hijos.

Esto, sin embargo, no puede hacerse sino cuando el interesado tiene edad suficiente para ser consultado, y despues de haberse justificado su libre asentimiento.

—¿Y los hijos de los esclavos, preguntó Hernan Cortés, participan de la mísera condicion de sus padres?

--No, respondió el ministro, todo mexicano nace libre.

La esclavitud no es hereditaria, y si algun perverso se atreve

á sujetar á tan triste condicion un niño, ya sea ó no su hijo, pierde en castigo su libertad propia.

—¿Tiene el amo derecho de vida y muerte sobre un esclavo? interrogó el español.

—El esclavo fugitivo, contumaz, que ha sido inútilmente amonestado por tres veces delante de testigos, solo puede ser castigado por su amo, imprimiéndole una señal de infamia y haciéndole vender públicamente en el mercado.

Si con el nuevo amo persiste en su delito, entónces es vendido por poca cosa al templo para el sacrificio.

Pero el esclavo más delincuente queda absuelto infaliblemente si consigue pisar los umbrales del palacio imperial.

—Quisiera saber, dijo Hernan Cortés, quiénes son los que entre vosotros tienen el derecho de elegir emperador, y qué cualidades se reunieren para merecer dicha eleccion.

—El derecho de eleccion residia antiguamente en todos los individuos de la alta nobleza, respondió el ministro, y era elegido el emperador por mayoría de votos.

Pero al presente, solamente son seis los electores.

Los príncipes de Tacuba y Tezcuco gozan esta prerogativa por herencia, y los otros cuatro son siempre los más ancianos señores de aquellos que componen la alta nobleza.

Para merecer la suprema dignidad de emperador, le basta al ciudadano noble haberse distinguido con grandes virtudes y acciones gloriosas; pero por respeto á la familia del monarca difunto se elige por lo comun á un príncipe de su sangre.

No se observa la mayor ó menor aproximacion al trono, pues se prefiere al órden de nacimiento el mérito distinguido, y el príncipe más digno es siempre el que se considera con mayores derechos.

—Son numerosos, segun tengo entendido, observó Cortés, los ejércitos que puede levantar en sus dominios el soberano de México.

—Treinta príncipes, vasallos de Moctezuma, respondió Gualcolando, pueden presentar en campaña cien mil hombres de guerra cada uno.

En el momento en que terminaba estas palabras, llegaron algunos oficiales de palacio á advertir que iba á abrirse la audiencia, y los españoles fueron conducidos con gran ceremonia al salon del consejo, donde debia verificarse.

Era este uno de los más espaciosos departamentos de aquel gran edificio, y sorprendió á Cortés la riqueza y la magnificencia de su ornato.

Estaban las paredes entapizadas de plumas, formando simétricos matices.

El pavimento y los techos se hacian notables por el primor y delicadeza de sus embutidos y adornos, y en las muchas ventanas que daban luz al recinto se veian cortinajes de trasparente blancura en forma de pabellones, suspendidos de grandes flechas de oro, adornados con pedrerías.

En todo el circuito del salon habia escaños de caoba sin respaldo para los príncipes y señores que asistian al acto, y en frente se levantaba el trono imperial, sostenido sobre las tendidas alas de cuatro águilas de oro.

Del mismo metal era el trono, cuyo asiento y respaldo lo formaban cojines de piel de armiño.

El sòlio era de plata, recamado de esmeraldas y coronado con una águila de oro.

Le sostenian delgadas columnas de jaspe, de cuya piedra eran tambien las gradas, y dos corpulentos tígres que guardaban sus extremos con las garras extendidas y abiertas las anchas fauces.

A los lados habia seis magníficos divanes para los electores del imperio, y un poco más atrás otros muchos, formados en semicírculo, para los consejeros y ministros.

En medio de la sala estaban las mesas y sillas para los secre-

tarios, que son sus jefes gloríficos iban anotando las cosas dignas de conservación.

Subió Moctezuma al trono, sosteniéndole por los brazos los príncipes de Tezcuco y de Tacuba, y sentándose con majestad, procuró disimular la melancolía de su espíritu.

Ocuparon despues sus respectivos puestos las demas personas, y Cortés y sus capitanes se sentaron entre los señores mexicanos que eran espectadores del acto.

No tardaron en llegar los pretendientes, que fueron introducidos sucesivamente en el salon, los piés descalzos y con excesivas ceremonias, que causaban extrañeza á los españoles.

Presentáronse varios régulos con quejas ó pretensiones.

El de Guacachula acusaba al de Izucan de ladron y facineroso, pues introducía sus vasallos en los dominios de aquel, y talaba y robaba sus campos.

El de Izucan se defendía, diciendo que el de Guacachula le insultaba continuamente, y se declaraba sus enemigo, obligándole á cometer aquellas tropelías para vengarse de sus ultrajes.

Los señores de la Serranía se quejaban de estar mal mirados por los de la tierra llana, y los de la tierra llana clamaban contra los de la Serranía.

En fin, los unos pidiendo justicia y los otros mercedes, fueron tantos los indios que acudian á la audiencia, que prolongandose ya demasiado aquel acto, empezó à cansar á los españoles.

No podian, sin embargo, dejar de admirar la paciencia y atencion con que escuchaba Moctezuma á todos los solicitantes, animando con su bondad à los que llegaban turbados y torpes, y dando su fallo con equidad y energía.

En los casos que le parecian dudosos ó difíciles, consultaba á sus consejeros, y bien que muchas veces no siguiese su dictámen, les oía siempre con suma habilidad.

Por maravilloso que fuese todo lo que veía Hernan Cortés,

no podia ménos de aburrirse, y deseaba una ocasion de abandonar la compañía de Moctezuma.

Esta ocasion no tardó en llegar.

Un suceso inesperado vino en su auxilio.

Veamos lo que pasó.

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXIX.

Complicaciones.



UESTROS lectores recordarán que al ponerse en camino Hernan Cortés con los españoles para México, dejó en la colonia de Veracruz á Juan de Escalante con algunos soldados.

A pesar de las instrucciones que habia dado el caudillo á Escalante, éste, con poca energía para resistir los efectos de la ociosidad de sus soldados, se mostró débil desde el principio y no puso coto á las demasías á que se entregaron.

Natural era que aquellos hombres, alejados de su patria, sin goces de ningun género, y envalentonados con el triunfo que habian conseguido en cuantas batallas habian reñido hasta entonces, mirasen el país en donde estaban como país conquistado.

Desde el primer momento se entregaron á toda clase de excesos.

Nada respetaban.

Contando con la benevolencia del cacique de Zempoala, no solo convertian en verdaderos esclavos á los súbditos de aquel cacique, sino que ultrajaban á sus esposas, y exigian á unos y á otras toda clase de dádivas para saciar sus desenfrenados apetitos.

Indignaba á los zempoales aquella conducta; pero la idea de que vengasen el castigo que les impusieran sus compañeros de armas, les hizo buscar un remedio á su mal, tendiendo un lazo á los españoles, esperando obtener, no solo la paz en sus hoga-

res, sino ventajas que no habian podido conseguir de la entereza y justificacion de Hernan Cortés.

Desempeñando éste un doble papel, tratando como amigos y aliados á los zempoales, y al mismo tiempo contemporizando con los soldados que Moctezuma tenia en aquellas provincias, no habia puesto término á las luchas que entre éstos y los zempoales existian.

Sabido es que el departamento de Zempoala era tributario del imperio mexicano.

Los zempoales pagaban su tributo, obedeciendo á la imperiosa ley de la necesidad.

Pero convencidos del valor de los españoles y de la influencia que ejercian en el ánimo de Moctezuma, para que no les castigase, intentaron romper el pacto que su fidelidad les habia obligado á formar con el emperador.

—Habeis visto, dijo el cacique de Zempoala á Juan de Escalante, con cuánto afecto os hemos tratado.

Seguro es que á estas fechas Hernan Cortés á llegado triunfante á México, y el emperador Moctezuma ha perdido el brío que tan temible le hacia para todos sus tributarios.

¿Por qué no pagais nuestra generosidad, libertándonos para siempre de su ominoso y despótico yugo?

Cerca de nuestra ciudad hay poblaciones en las que se hallan hospedados con sus familias numerosos soldados de Moctezuma.

Sus mujeres, más bellas que las nuestras, más seductoras, halagarian vuestras pasiones.

Nosotros, que deseamos á toda costa luchar con ellos y vencerlos, amparados con vuestra protección, emprenderíamos la reconquista de nuestros derechos.

Escalante, perezoso por naturaleza, oia sin atencion aquellos consejos.

Pero no sucedia lo mismo á sus soldados, que fatigados de

la vida monótona que hacían, sedientos de nuevas emociones, acogieron con entusiasmo las indicaciones del cacique.

Viéndoles favorables á sus designios, se pusieron de acuerdo los zempoales con los totonaques, y unos y otros desafiaron las iras del emperador Moctezuma.

Era cacique de la ciudad donde se hallaban los españoles un bravo soldado mexicano llamado Qualcopoca.

Era uno de los más valientes servidores de Moctezuma.

Apartado por su carácter de la corte, su única delicia era hacer la vida de campaña.

La lucha le embriagaba.

Aunque había oído ponderar á Teutila y Pilpatoe el valor de los españoles, no había querido convencerse de que fueran hijos del cielo, de que poseyeran el rayo y el trueno; en una palabra, de que fueran tan invencibles, como les suponían sus compatriotas, y hubiera deseado medir sus fuerzas con ellos.

A pesar de la edad, los trabajos no hacían mella en su naturaleza; y por el contrario, la intemperie, las penalidades de todo género, los combates, parecían ser, al mismo tiempo que una aspiración de su intranquilo espíritu, una necesidad de su cuerpo.

Tenia un hijo y una hija.

Llamábase el primero Zimpazin.

La segunda Alibahaca.

Zimpazin había heredado todas las cualidades de su padre.

Aun no había cumplido veinticinco años, y en más de cien combates se había distinguido por su valor.

El odio profundo que sentía hácia todas las tribus que por conquista habían esclavizado los representantes de Moctezuma, hacía que su nombre fuese ya conocido en la corte del soberano y mirado con estimación.

Alibahaca, por el contrario, era una jóven bella y delicada.

A pesar de ser por su carácter y por su complexión todo lo

contrario que su padre y su hermano, les acompañaba á todas partes.

Hallábase, por lo tanto, en el pueblo en donde había fijado su cuartel general Qualcopoca.

Ponderó el cacique de Zempoala á los españoles la belleza de Alibahaca, y algunos de ellos, entre los que figuraba Juan de Argüello, soldado distinguido con todo el aspecto de un gigante, resolvieron, so pretexto de hacer una visita cortés al jefe de las tropas mexicanas, ir al pueblo donde residía y ver á Alibahaca.

Realizóse este proyecto, no sin que ántes el cacique de Zempoala pidiera su permiso á Qualcopoca para que los españoles fueran á visitarle.

Como hasta entónces no tenía noticia de que se hubieran roto las hostilidades entre el emperador y Hernan Cortés; como sabía que Moctezuma estaba resuelto á recibir á los extranjeros y á mostrarse con ellos benévolo, miéntras no faltasen á los deberes que la hospitalidad que recibían debía inspirarles, se apresuró á acudir á los deseos de los soldados, y seis de ellos, acompañados de unos cuantos zempoales, fueron hasta la morada de Qualcopoca.

Agasajóles éste, y aquellos vieron á Alibahaca.

La visita fué ceremoniosa, y al regresar los españoles á Veracruz se declararon todos unos á otros su resolución de apoderarse de la jóven india.

Argüello, que como hemos dicho ántes, era un verdadero atleta, impuso por esto gran respeto á sus camaradas.

—Yo he puesto los ojos en esa mujer, y os desafío á todos.

El que se opusiere á mis deseos, aquí me tiene á su disposición pronto á luchar.

Mo hubo uno solo que se atreviera á aceptar aquel reto.

Argüello concibió el plan de apoderarse de la jóven, y como no deseaba otra cosa el cacique de Zempoala, le prometió ayudarle en su atrevida empresa.

De acuerdo con el cacique de los totonaques, convinieron en que cuando los soldados de Moctezuma se presentasen en sus respectivos pueblos á exigir el tributo, se negarian á pagarle.

Era natural que á esto sucediera la violencia por parte de Qualcopoca.

Para este caso contaban con el auxilio de los españoles.

Escalante les aseguró, cumpliendo las órdenes de Hernan Cortés, que les favoreceria siempre que necesitasen su ayuda.

No tardó en suceder todo como los caciques habian imaginado.

Presentáronse acompañados de algunos guerreros los encargados de cobrar el tributo.

A sus órdenes contestaron con negativas los caciques.

Los soldados se apoderaron de algunos zempoales, y al llevárselos presos salieron en su defensa los totonaques, y se trabó una lucha, en la que por ser menor en número los soldados del imperio, sufrieron grandes pérdidas y tuvieron que ponerse en fuga.

Este resultado indignó á Qualcopoca.

A un mismo tiempo dividió en dos columnas su ejército, y poniendo al frente de una á su hijo Zimpazin, le envió á castigar á los totonaques, en tanto que él se puso en marcha para someter á los zempoales.

Argüello, con dos amigos de su confianza, aprovechándose de la ausencia de Qualcopoca, entró en el pueblo donde habitaba, averiguó su casa, y apoderándose de su hija se refugió con ella en uno de los bosques más cercanos.

Los totonaques no quisieron esperar en su pueblo á los mexicanos.

Buscaron auxilio en la colonia de Veracruz para dar la batalla con el auxilio de los españoles.

Zimpazin tornó á buscar á su padre para darle cuenta de los

planes de sus enemigos, y no tardó en saber el infame atentado que los españoles habian cometido con su hermana.

Mandó á sus soldados que registrasen en todos los alrededores del pueblo, y no tardaron en hallar el cadáver de la jóven.

Supo quién habia sido el raptor, porque su gigantesca figura no daba lugar á confundirle con otro, y juró por la memoria de su pobre hermana castigar al culpable.

Qualcopoca, auxiliado por las tropas que habia puesto al mando de su hijo, se dirigió á Zempoala, resuelto á castigar de una vez á los que tan infamemente le habian ofendido.

Escalante, creyendo que el prestigio que habian adquirido los españoles bastaria para vencer, envió emisarios al encuentro de Qualcopoca, mandándole que suspendiese las hostilidades hasta recibir órdenes de su rey, puesto que no era posible que le hubiese mandado atacar á los españoles, á sus prometidos, al mismo tiempo que les permitia llegar á sus dominios y aceptaba con benevolencia su amistad.

Qualcopoca respondió á los emisarios.

—No necesito orden de mi soberano para castigar los ultrajes que se me inferen. Tengo que castigar á los zempoales y á los totonaques, y al mismo tiempo necesito vengarme del ultraje que un extranjero me ha inferido.

Esta respuesta indignó á Escalante, y reuniendo en torno suyo á dos mil totonaques, otros tantos zempoales, y á sus soldados, aceptó la batalla.

No tardaron en encontrarse frente á frente los dos ejércitos. La acometida de unos y otros fué terrible.

Los mexicanos no pudieron resistir el empuje, y á pesar de las órdenes de Qualcopoca y de Zimpazin, se replegaron hácia el cuartel general.

Los totonaques y los zempoales fueron abandonando las filas poco á poco, y Juan de Escalante con cuarenta soldados españoles llegó al pueblo donde se hallaban los mexicanos, prendió

fuego á las chozas y las casas, y obligó á sus moradores á refugiarse en los bosques.

Pero esta victoria fué en extremo costosa.

Juan de Escalante quedó mortalmente herido, y siete compañeros suyos fueron muertos.

Todos echaron de ménos á Juan de Argüello.

Zimpazin habia cumplido su promesa.

Apoderándose del gigante, clavó una flecha en su corazón, y una vez muerto lo ocultó en el bosque en donde habia mancillado su honra; separó su cabeza del cuello, y ébrio de entusiasmo por la venganza que habia llevado á cabo, al mismo tiempo que los españoles se retiraban, llevando mortalmente herido á Juan de Escalante, partió con seis soldados á ofrecer al emperador Moctezuma aquel triunfo de su victoria.

Dos de estos soldados fueron los que al presentarse en la audiencia de Moctezuma para suplicarle una entrevista reservada en nombre de su jefe Zimpazin, proporcionaron á Hernan Cortés y á sus capitanes la ocasion que anhelaban para dejar aquella ocupacion, que empezaba á serles enojosa.

CAPITULO XL.

Una cabeza ensangrentada.



Los dos emisarios ó heraldos que envió Zimpazin al emperador, le suplicaron que concediese una audiencia secreta al hijo de su general Qualcopoca.

El emperador ordenó que le dijeran que se hallaba en audiencia, y que le recibiria como á cualquier otro de sus vasallos; pero en presencia de los extranjeros, porque eran sus aliados y no tenia secretos para ellos.

Enterado de lo que pasaba Hernan Cortés, porque Aguilar su intérprete se lo indicó, rogó á Moctezuma que recibiese en secreto á su vasallo y le diese á él licencia para retirarse.

Solo despues de reiteradas instancias accedió á ello el emperador, y mandando cerrar la audiencia, dispuso que le dejasen solo, y recibió á Zimpazin.

Entró el jóven guerrero seguido de los seis soldados, los cuales llevaban en una especie de canastillo de junco un objeto cubierto con telas de algodón.

Zimpazin despues de hacer una profunda reverencia, y de saludar con todo el respeto y veneracion al soberano, indicó al soldado que dejase la canastilla en el suelo, y mandó á todos que se retirasen.

—¿Qué ocurre? preguntó con curiosidad el emperador?

—¿Por qué motivo has abandonado tu patria y deseas con tanta premura verme á solas?

—Señor, contestó Zimpazin, vengo á comunicaros tristes noticias.

—¿Ha sucumbido tu padre? ¿Tendré que añadir á mis desventuras la de haber perdido á uno de mis mejores guerreros?

—No; pero creedme: Qualcopoca hubiera deseado mil veces la muerte ántes que ver mancillada su honra y perder el objeto más querido de su corazón.

—Explicate.

—No ignoras, dijo Zimpazin, que los extranjeros han construido una ciudad cerca de Zempoala, á la que han dado en su idioma el nombre de Veracruz.

En ella, al dirigirse Hernan Cortés con sus soldados á vuestro imperio, dejó para custodiarla á algunos de sus soldados.

Pues bien, señor; los españoles, explotando la perversidad de los zempoales y totonaques, les han dado alas para resistir vuestra voluntad.

—¿Qué dices? exclamó Moctezuma, no pudiendo contener su impaciencia.

—Os digo que por segunda vez se han negado á pagar el tributo, y han hecho armas contra nosotros.

—¡Miserables! murmuró el emperador.

—Aprovechando nuestra ausencia para ir á castigarlos, algunos españoles entraron en nuestro hogar, se apoderaron de mi hermana Alibahaca, y deshonorándola, la abandonaron en los brazos de la muerte.

—¿Eso han hecho?

—Sí; tan infame, tan inícuo, tan cobarde acción han cometido.

Mi padre Qualcopoca me manda á referiros, que no pudiendo contener la indignación que rebosaba en su pecho al ver ultrajado en su persona á todo el imperio de México, ha aguardado á los españoles y ha luchado con ellos cuerpo á cuerpo.

—¿Y habeis roto las hostilidades? exclamó Moctezuma. Luego habeis atacado á los extranjeros?

No tardará en saberlo Hernan Cortés, y vendrá á pedirme cuenta de mi conducta.

—Era preciso, señor; la ofensa que nos habian inferido, condenando á muerte á mi pobre hermana, habia sido bastante para que Zimpazin y Qualcopoca hubieran derramado hasta su última gota de sangre para castigar á los infames.

Sí, mi señor, gran señor; (1) yo juré vengarme del atropello cometido con nosotros, y he cumplido mi venganza.

Como fiel súbdito tuyo, vengo á ofrecerte el trofeo que he conquistado.

Y al decir esto acercó la canastilla á los piés del sólio que ocupaba Moctezuma.

Después separó la tela de algodón, y presentó al asombrado monarca la todavía ensangrentada cabeza del coloso Juan de Argüello.

Aquel espectáculo horrorizó terriblemente á Moctezuma.

—¿Qué has hecho? dijo.

—Lo que hubierais hecho vos, lo que haria cualquier mexicano para vengarse.

—Bien está, exclamó Moctezuma sin poder darse cuenta de lo que le pasaba. ¡Huye de mi vista, aléjate! ¡Que se ignore lo que ha pasado! ¡Si alguno de tus soldados dice que me has traído este presente, todos perecerán!

Vuelve en seguida y dile á Qualcopoca que procure enmendar con benevolencia la falta que ha cometido.

Zimpazin miró con asombro al emperador Moctezuma.

El soberano se acordó del antiguo emperador, y sofocó aquella mirada de tigre con una de águila.

Zimpazin partió.

Moctezuma ocultó con el mayor cuidado la cabeza del soldado, que como trofeo acababa de ofrecerle.

1 Este era el saludo de los vasallos del emperador Moctezuma. En el idioma mexicano primitivo pronunciaban los vasallos estas palabras: ¡Tlatoanil! Hotlatocatzin! Hucitlatonil!

En seguida mandó llamar al gran sacerdote Guaeolando.

Después de referirle lo que acababa de suceder, después de abrirle su corazón, porque necesitaba desahogarse, le pidió que consultase á los teopixques del dios de la guerra la resolución que debería tomar en vista de lo ocurrido.

Para conocer el estado en que se hallaba el ánimo del emperador Moctezuma, hemos de reproducir las palabras que la distinguida escritora á quien ya hemos citado ántes le atribuye.

—«Fiel vasallo, le dijo con acento concentrado y triste, muchos soles han salido sin que se alegrasen con su luz mis ojos, que no cierra el sueño, ni hallase manjar grato á mi paladar.

«El grande espíritu habla algunas veces al corazón de los reyes, y el mio ha sabido de este modo cosas terribles.

«Una voz que no suena en el oído, pero que encuentra eco allá en lo más hondo de mi pecho, me dice sin cesar que el tiempo de mi reinado va á terminar.

«Pero no es eso lo que abate mi ánimo ni hace desfallecer mi cuerpo.

«La corona pesa más que adorna, y la mano de Moctezuma sabe empuñar un cetro con dignidad y soltarle con alegría.

«Si el cielo me indicase cuál es el hombre más digno que yo de gobernaros; si supiese que bajo su potestad seriais más grandes y más felices, yo mismo buscaria al nuevo rey, y de mi mano recibiria la corona.

«Pero otro temor, otra calamidad más grande es la que me intimida.

«Horribles pronósticos anuncian hace algun tiempo la destrucción de este poderoso imperio, y desgracia ménos grande no pudiera abatir el fuerte ánimo de Moctezuma.

«El infausto Tlacatecol, que acaso nos castiga por alguna falta grave de nuestros abuelos, puede solo revelarnos la extensión de los males que nos prepara.

«Ve á consultar á los teopixques del formidable dios, Gua-

colando, y para hacerle propicio ofrece nuevos sacrificios de sangre y de oro.

«Yo quedo en oración, esperando tu vuelta y rogando á los grandes espíritus se apiaden de mi pueblo y descarguen en mí solo todo el peso de su ira.»

El gran sacerdote salió á cumplir las órdenes de su soberano. Moctezuma quedó profundamente abismado en la oración. Su conciencia le atormentaba en extremo.

MADE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLI.

Las circunstancias.



A hora de la expiación es ineludible.

Mentira parecerá á nuestros lectores, que han visto á Moctezuma en todo su apogeo, contemplarle ahora poseído de un profundo terror.

En tanto que Guacolando iba á hacer nuevos conjuros para saber la voluntad de los dioses y aplacar su enojo, el emperador de México veía aparecerse á su imaginación la ensangrentada cabeza del soldado español que le había presentado Zimpazin.

Su consternación era inmensa.

¿De qué medios se había valido para destruir á aquel hombre, que como los demás españoles era inmortal?

Si como pensaban él y los suyos, los españoles eran descendientes de Quezalcoal, haberle sacrificado de aquella manera constituía un verdadero sacrilegio; y si los dioses estaban irritados contra él y contra su pueblo, ¿qué no sucedería entonces, después de haber sacrificado de una manera tan inicua á un hombre á quien debía considerar como semidios?

Y el valiente guerrero, el hombre audaz, el tirano que llevaba por millares las víctimas al templo de Huitzilopoztli, se estremecía al pensar lo que podría ocurrir si llegaban los españoles, y sobre todo su jefe Hernan Cortés, á saber aquel atentado.

—¿Qué haré? decía. ¿Cómo ocultar á sus ojos este ensangrentado trofeo?

¿Cómo impedir que llegue á su noticia el horrible atentado que han cometido mis vasallos?

Y si lo sabe, dudará de mi amistad; y dudando de ella, tendrá derecho para esgrimir sus armas contra mí, para esclavizar mi pueblo.

Estas ideas le horrorizaban.

En vano la emperatriz Miazochil y su hija Temixpa intentaron varias veces entrar en su morada para saber la situación en que se hallaba.

Siempre se negaba á recibirlas.

—Dejadme estar solo; no quiero ver á nadie; sufro mucho, contestaba á los emisarios que su esposa y su hija le enviaban, pidiéndole licencia para entrar á verle.

Casi al mismo tiempo que conferenciaba Zimpazin con Moctezuma, llegó uno de los soldados tlaxcaltecas que vivían en las afueras de la ciudad, hasta el palacio en donde moraban los españoles.

Hernan Cortés y sus capitanes, al salir de la audiencia habían ido á recorrer los alrededores de la ciudad, y el de Tlaxcala solo encontró á Marina.

Marina le oyó con asombro, y le rogó que no se fuese hasta que volviera Hernan Cortés.

Quando tornó con sus capitanes, le llamó aparte, y le dijo:

—Acaba de llegar al campamento de los tlaxcaltecas un zempoal enviado por el cacique nuestro aliado. Las noticias que trae son muy tristes.

—¿Pues qué ocurre? preguntó Hernan Cortés.

Marina le refirió lo que había sucedido y la triste situación en que se hallaba Juan de Escalante.

Los que habían sobrevivido á aquella espantosa lucha, le remitían por medio del emisario una carta, que el tlaxcalteca le entregó.

En ella contaban á Hernan Cortés con todos sus pormenores los episodios de la batalla que tan fatal les habia sido, y al mismo tiempo le noticiaban la grave herida que habia sufrido Juan de Escalante y la muerte de seis soldados.

Le participaban tambien haber hallado el cuerpo de Juan de Argüello, sin que hubieran podido encontrar su cabeza; por más minuciosas pesquisas que habian hecho.

Este contratiempo no desanimó á Hernan Cortés.

Mandó al tlaxcalteca que se volviera á su hospedaje, y convocó á los capitanes para una junta, que se celebró aquella misma noche con el mayor misterio.

Solo los capitanes y el misionero fray Bartolomé de Olmedo asistieron á ella.

Apénas estuvieron reunidos les dió cuenta de las noticias que acababa de recibir, y al notar en su rostro el desaliento:

—No os desanimeis, dijo. ¿Quién sabe si la Providencia ha querido de esta manera proporcionarnos los medios de realizar nuestra empresa?

Reflexionad todos sobre la situacion en que nos hallamos.

Yo tomaré algunas medidas, y mañana, despues de haber meditado bien acerca de lo que deberemos hacer, volveremos á reunirnos para tomar una resolucion definitiva.

Marina que estaba satisfecha del triunfo que habia obtenido logrando que Guacaleinla hubiera partido de México, y que su esposo Guatimotzin sofocase el naciente amor que se habia despertado en su alma, inspirado por Hernan Cortés, conociendo como conocia los recursos con que contaba Moctezuma, al enterarse de lo que habia pasado en Veraacruz, se olvidó de sí propia, de sus celos, del martirio que sufría al ver que Hernan Cortés, por quien tantos sacrificios habia hecho, dominado por la ambicion, casi tenia olvidado el cariño que tantas veces le habia manifestado, y le dijo:

—Si quieres seguir mi consejo, averigua si es cierto que sabe

Moctezuma la lucha que ha tenido lugar entre los españoles y sus soldados.

—¿Y de qué modo?

—Si quieres encargarme esa mision yo la desempeñaré.

—¿Piensas abandonar nuestra morada? A estas horas podria infundir sospechas tu presencia en las calles de México.

—No necesito salir yo para averiguar esas noticias.

—¿De quién piensas valerte?

—Entre los indios que el emperador Moctezuma ha puesto á tu servicio, hay uno que nos ha tomado gran afecto.

Ilbialbi tiene una idea tan grande de tu superioridad, que se dejaria matar por tí.

En el poco tiempo que está á nuestro lado, he podido conocer que es leal, y de él voy á valerme para que averigüe si ha llegado algun emisario de Zempoala, y si, como presumo, la cabeza de Argüello, que no han podido encontrar nuestros hermanos, ha sido ofrecida como un trofeo al emperador.

—Ademas, añadió Hernan Cortés, es preciso saber qué opinion tienen de nosotros los mexicanos.

Preocupados estos dias con los festejos á que hemos asistido, no hemos tenido ocasion de estudiar al pueblo.

—Ya has visto el efecto que produjeron en él los disparos de los arcabuces.

—Quien sabe si eso le ha ofendido.

—Yo lo averiguaré.

Marina salió á ejecutar el plan que habia concebido, y Hernan Cortés quedó solo en su estancia.

Necesitaba estar solo para meditar con toda la calma y la prudencia que el caso requería, acerca del partido que debería tomar para no perder lo ganado y realizar sus planes.

La estancia que ocupaba Hernan Cortés era, como nuestros lectores presumirán, la mejor del palacio.

Solo una puerta abria paso á ella.

Enfrente de la puerta habia dos grandes rejas con vistas á un jardin.

Las paredes de la estancia estaban forradas de una tela de algodón con listas de un encarnado muy vivo.

Anchas pilastras parecian sostener el techo, y adornaban la habitacion con toscas esculturas que los artifices indios habian hecho en la madera.

Hernan Cortés parecia resuelto á jugar el todo por el todo.

No desconocia la influencia que habia adquirido sobre Moctezuma.

Por otra parte, á pesar de la grandeza y ostentacion con que se habia presentado á sus ojos la ciudad del emperador, no dejaba de conocer que el prestigio que él y sus soldados habian adquirido bastaria para que se pusiera á su lado la fortuna, si llegaba el caso de que las armas tuvieran que decidir la cuestion.

Pero al mismo tiempo comprendia que la empresa era muy arriesgada.

No podia contar entónces con los tlaxcaltecas ni con los zempoales, que vivian alejados de él, y que por la configuracion de la ciudad y los canales que formaban las calles, se veian en la imposibilidad de prestarle ayuda.

Si se decidia á presentar la batalla, todas las probabilidades eran de que el crecido número de los soldados de Moctezuma quebrantasen sus fuerzas.

No tenia más elementos para triunfar que la fortuna, que le habia otorgado hasta entónces demasiados favores para creerse con derecho á pedirle nueva gracia.

Combatido por tan encontradas ideas, pasó en la soledad más de cuatro horas.

Era ya muy entrada la noche, cuando oyó en la puerta de su aposento dos golpecitos.

Fué á abrir, y halló á Ilbialbi, el siervo mexicano que tanta confianza inspiraba á Marina.

CAPITULO XLII.

Un confidente y un tesorero.



ODRIA tener el mexicano unos veinticinco años.

Estaba, á pesar de su corta edad, sumamente desarrollado y revestido con todos los caracteres de la fuerza y del vigor.

Habia, sin embargo, en sus ojos algo que contrastaba con su aspecto rudo y salvaje.

Al verle no podia ménos de adivinarse en su mirada un alma fiel, una abnegacion á toda prueba.

Como no hablaba el español, y Hernan Cortés tampoco entendia el idioma del indio, llamó á Marina para que fuese como siempre su intérprete.

A las preguntas que le dirigió el caudillo español, contestó en estos términos:

—He averiguado que ha llegado ésta tarde el hijo de Qualcopoca con seis soldados de los que sirven en Zempoala.

Su venida ha llamado mucho la atencion, y más que nada un objeto que, cuidadosamente cubierto, llevaba uno de los soldados.

Algunos servidores del emperador me han dicho que este objeto es la cabeza de un español.

No habia duda.

Moctezuma sabia lo que pasaba: debia presumir que los españoles no lo ignorarian, y si despues de saberlo no tomaban una determinacion violenta, se desprestigiaban á sus ojos.

—¿Qué idea tiene formada el pueblo de nosotros? preguntó al indio Hernan Cortés.

—El pueblo mexicano os admira y os venera al mismo tiempo, porque ve las atenciones que os dispensa su monarca.

—¿Y los nobles?

—Los nobles temen algo.

Un siervo amigo mio ha oído hablar de la necesidad de destruir los puentes de las calles, y no hay duda, este deseo es inspirado por el temor de que tarde ó temprano abandoneis la actitud pacífica que teneis para luchar con nosotros.

—Y si tal hiciera, ¿qué piensas tú que sucederá?

—Pienso, señor, que alcanzaríais el triunfo.

—¿Tú nos estimas, Ibbialbi? le preguntó Hernan Cortés.

—Os profeso una veneracion mucho mayor que todos mis hermanos.

—¿Y cuál es la causa de ese afecto?

—El natural prestigio que ejercéis sobre todos, y al mismo tiempo el beneficio que vais á dispensarme.

—¿A tí?

—Sí.

—Explicate.

—Para eso necesito confiaros una historia.

—Habla.

—¿Creeis que por hallarme al servicio de Moctezuma, repuso Ibbialbi, le amaré y le respetaré como todos los que se encuentran en idéntico caso?....

—Natural seria que eso sucediera....

—Y sin embargo, vos, que sois generoso, ¿seríais leal con el hombre que os hubiera condenado á la desgracia?

—¿Moctezuma ha causado tu desventura?

—Sí, gran señor. Se prendó de mi madre, y por no haber querido acceder á sus infames deseos la condenó al sacrificio.

Yo era muy niño aún, y sin embargo, comprendí todo lo horrible de su crimen y juré vengarme de él.

Consagrado á mi venganza, pude conseguir un humilde puesto entre los servidores del emperador.

Aguardaba el momento de cumplir la mision que me habia impuesto; pero siempre temia, porque ántes de que vinierais á este país, solo la presencia de Moctezuma horrorizaba á los que le veian.

Sin saber por qué, abrigué la esperanza al saber vuestra llegada de que me vengaríais, y he hecho todo lo posible para que me destine á vuestro servicio, seguro de que podré seros útil al mismo tiempo que cumplir mi juramento.

—Y si fuera cierta tu creencia, dijo Hernan Cortés, si yo castigase á ese hombre que tantos crímenes ha cometido, que tantas víctimas ha hecho, si tal hiciera....

—Si tal hicierais os bendecirian los mexicanos, le dijo el indio.

Ahora empiezan á compadecerle, porque desde que habeis llegado es otro.

Su rostro ha perdido la energía, el vigor con que ántes nos amedrentaba.

Hoy podemos fijar nuestros ojos en él sin temor de que considere esta accion como un desacato.

El pueblo cree, y yo tambien, que sois los descendientes de un rey que hubo en México, que deseoso de instruirse, nos abandonó para ir á otras naciones más cultas y más ricas que la nuestra.

La raza de Moctezuma le usurpó su trono.

Natural era que un dia se vengase el rey destronado del usurpador.

Ese dia ha llegado ya. Vos sois el instrumento de su venganza, y yo estoy dispuesto á ayudaros en todo, sacrificando si es preciso mi propia vida.

Hernan Cortés consideró como una nueva promesa de su suerte aquella inesperada declaración.

—Pues bien; desde este instante eres mi confidente. Yo premiaré tus servicios; pero es preciso que yo sepa todo lo que pasa en palacio, todo lo que pasa en México.

—Descuidad, señor.

—Si me haces traicion, sufrirás un horrible castigo.

—Para demostraros cuáles son mis deseos, voy á haceros una revelacion, que no he hecho á nadie.

—Habla.

—El padre de Moctezuma era avaro. Atesorar riquezas era su mayor delicia.

Solo un hombre conocia sus secretos, porque era su confidente: ese hombre fué mi padre.

Cuando murió el rey avaro, quedó oculto su secreto.

En esta estancia encerró la mayor parte de sus riquezas.

Moctezuma ignora que estén aquí.

Yo solo lo sé, y confesándoos este secreto, quiero hacer mérites para que os convenzais de mi lealtad.

Inmediatamente Ilbialbi se acercó á una de las pilastras próximas á la puerta, la empujó con fuerza, y arráncandola dejó franca una abertura.

—Seguidme y os convencereis de lo que os digo, añadió, cogiendo una tea que ardia en la estancia.

Hernan Cortés y Marina le siguieron.

Bajando unos cuantos escalones, se hallaron en una habitacion subterránea, en la que habia innumerables joyas, que reflejaban al resplandor de la luz.

—Todo eso es vuestro, dijo Ilbialbi. ¿Dudais de mí?

—No, exclamó Hernan Cortés. Yo te ofrezco si eres leal repartirlo contigo y labrar tu felicidad.

—No deseo más que vengarme del tirano.

Ilbialbi se retiró.

Hernan Cortés dijo á Marina:

—Es necesario que todos ignoren este secreto, y al mismo tiempo es indispensable que paguen los mexicanos el ultraje que han inferido á mi soberano en las personas de sus súbditos.

Algunas horas despues convocó de nuevo á los capitanes, para darles cuenta de lo que habia averiguado y tomar una resolucion.

El consejo que celebraron fué decisivo.

Nuestros lectores van á asistir á él.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLIII.

El géneo de la guerra.

RUNIDOS de madrugada en la estancia de Hernan Cortés todos los capitanes y algunos de los soldados que se habian distinguido por su valor y su inteligencia, expuso Cortés á su consideracion las circunstancias en que se hallaban, y les pidió su parecer en situacion tan crítica.

A decir la verdad, consideraron todos como un contratiempo. aquellas nuevas, porque el buen trato que les daban los mexicanos por una parte, por otra las sorpresas y las maravillas que encontraban en aquel imperio halagaban su vista y su imaginacion, y por otra la facilidad que habian encontrado para satisfacer todas sus pasiones, contribuian á hacerles agradable aquella vida.

Y es natural que esto sucediese.

Se habian figurado encontrar inmensos obstáculos que vencer.

Habian creido hallar enemigos formidables, y al llegar al fin de su camino encontraban amigos y admiradores; encontraban una ciudad magnífica, suficiente para satisfacer su curiosidad durante algunos dias, y con todos los elementos para recrear su animo durante los ócios que les dejaba la guerra.

Bien conocian que aquella situacion no podia durar mucho tiempo.

Tarde ó temprano tendrian que tomar resoluciones definiti-

vas, y ante aquellas resoluciones era seguro que los mexicanos, acordándose de su independecia, sintiendo despertarse en su alma la energía y el valor que hasta entónces les habia conquistado la obediencia de todos los que habitaban en aquel país, tornasen su bondad en hostilidad, y obligasen á los españoles á hacer armas contra ellos.

Pero miéntras esto sucedia, los que tantos trabajos habian pasado en aquella peregrinacion descansaban con gusto y se entregaban satisfechos á la dulzura de la molicie.

Llegó, pues, para ellos más pronto de lo que deseaban el momento de tomar una resolucioen.

Los soldados mexicanos habian luchado con los soldados españoles.

Juan de Escalante habia sido herido.

Algunos otros soldados habian muerto en la refriega.

Hasta entónces no habian dejado sin castigo ninguno de los atentados cometidos contra ellos.

No era posible aparentar ignorancia sobre aquel suceso, y si se mostraban débiles, se perdia en un instante la obra de tanto tiempo.

—Ya veis, amigos míos, les dijo Hernan Cortés, que la situacion en que nos encontramos es muy crítica.

La fortuna nos ha sonreido hasta ahora, y confio en que nos sonreirá siempre, porque nuestro valor le excitará á ayudarnos.

No hemos venido aquí á admirar este pueblo ni á disfrutar de las comodidades que ofrece.

Nuestra mision es más alta.

Hemos venido á conquistarlo; estoy seguro que os anima el mismo entusiasmo, que sentís en vuestra alma la misma fe, que experimentais el mismo deseo que yo, de perecer aquí si no volveis al lado de vuestros hermanos con los laureles de la victoria.

—No lo dudeis, Hernan Cortés, dijo Velazquez de Leon.

—En ese caso, justo es que, como siempre he hecho hasta ahora, oiga vuestro consejo.

El emperador sabe lo que ha pasado en Veracruz.

No es eso solo.

El hijo del capitán de sus tropas en aquel departamento, le ha traído como presente la cabeza de nuestro amigo, de nuestro compañero Juan de Argüello.

El emperador la oculta á vuestros ojos y á los de sus vasallos.

No hay duda en que este suceso ha debido hacernos perder mucho en su consideración.

Nos ha creído inmortales, porque hemos tenido la suerte de escaparnos de sus flechas; pero ahora tienen la evidencia de que morimos como ellos.

¿No creéis que esto podrá envalentonarlos, y que si llega el caso de luchar, emplearán toda su fuerza contra nosotros?

Si esto sucede, ¿qué debemos hacer?

Hable vuestro corazón y vuestra inteligencia.

Bernardino de Soria, que asistía al consejo, y que como recordarán nuestros lectores, no había seguido de grado á Hernán Cortés, no las tenía todas consigo, y exclamó:

—Por mi parte, permitidme que me atreva á emitir una opinión, que no hallará eco en vosotros, porque sois valientes; pero que es la expresión de la prudencia.

—Hablad, hablad, dijeron todos.

—Pues por mi parte opino, que pretextando haber desempeñado ya nuestra misión cerca de Moctezuma, debemos pedirle licencia para volvernos por donde hemos venido.

—Bien habeis dicho, exclamó Hernán Cortés, que no habla el valor en vos, sino la prudencia. No me parece esa determinación la más acertada.

—Pues yo creo, dijo Orgaz, que convendría castigar á los

que nos han ofendido en el mismo paraje en donde han consumado la ofensa, y para esto deberíamos volver á Veracruz.

Allí, con el auxilio de los zempoales y de las demás tribus amigas nuestras, no tardaríamos en destruir á los mexicanos rebeldes, y obtenido este nuevo triunfo podríamos volver.

—Mejor sería, añadió Gonzalo de Sandoval, desentendernos por completo de este suceso, y continuar como hasta ahora cerca del emperador, hasta hallar una ocasión oportuna, y de este modo nos sería más fácil castigar al culpable.

Estas opiniones hallaron partidarios entre todos los circunstantes.

La cuestión empezaba á asemejarse al caos.

—No estoy conforme con vuestras opiniones, dijo Hernán Cortés. Si nos alejáramos de aquí después de haber vencido la voluntad de Moctezuma, opuesta desde el principio á nuestra venida, perderíamos el prestigio que hemos alcanzado.

De marcharnos, podríamos hacerlo con su venia ó sin ella.

Estas enérgicas palabras fueron aprobadas.

—Teneis razón, dijeron todos.

—La opinión de Velázquez de León tampoco me parece prudente.

Volver á Veracruz sin haber realizado nuestros deseos, equivaldría á una retirada: Moctezuma y sus generales lo comprenderían así inmediatamente, y es muy posible que nos cortasen el camino y nos derrotasen.

Pensar en volver después de habernos retirado, sería un sueño

No; Moctezuma defendería el camino; y entonces, ¿de qué nos servirían los triunfos que hemos hecho, los peligros que hemos arrojado?

¿Tendríamos valor para volver á Santiago de Cuba y decir á nuestros amigos: «Hemos estado en México, hemos alcanzado la amistad del emperador, hemos sido considerados como semidioses por aquellos hombres, y sin embargo, nos hemos re-

tirado sin otro beneficio que traer á cambio de unas cuantas bagatelas otras pocas alhajas?»

No, amigos míos; eso no hará nunca Hernan Cortés, y no creo que ninguno de vosotros se crea con ánimo de arrostrar esa vergüenza.

—¡Bravo! Bien! exclamaron los capitanes. Habeis interpretado bien nuestros sentimientos. No; no debemos partir de aquí.

—Por otra parte, añadió Hernan Cortés, simular á los ojos de Moctezuma que ignoramos la desventura de nuestros hermanos; fingirnos amigos suyos cuando arde en nuestro pecho el deseo de venganza, porque sus miserables soldados han derramado la sangre de nuestros amigos, ¿no es imponernos un doloroso sacrificio?

Si me quereis creer, y si aún tenéis fe en mí, si estais resueltos como desde el primer instante á conquistar esta tierra ó á perecer en ella, es necesario buscar algún medio, hallar algún recurso que nos haga recuperar el prestigio que sin duda alguna hemos perdido desde el momento en que Moctezuma tiene en su poder la cabeza de uno de nuestros hermanos.

Y si quereis que yo os indique ese medio, si quereis que yo os señale ese recurso, pronto estoy á ello.

—Sí, sí, gritaron todos.

—Pues bien, amigos míos; es necesario hacer á Moctezuma nuestro prisionero.

Un grito de asombro resonó en la estancia.

—¿Qué es lo que intentais?

Lo que os he dicho.

—¡Prender á Moctezuma! ¿Y de qué modo?

—Con un golpe de audacia.

—La idea es excelente, dijo Pedro de Alvarado; pero ¿será posible realizarla?

Hernan Cortés dejó dibujar en sus labios una imperceptible sonrisa.

—Cuando nos embarcamos en Santiago de Cuba, dijo, creiais era imposible que llegásemos á las costas del Yucatan.

Después creiais imposible que pudiéramos penetrar en estas tierras, erizadas de enemigos.

Después de haberlo conseguido, cuando salió á nuestro encuentro en Tabasco un ejército, creiais imposible derrotarle.

Después de derrotarle, no podiais imaginar que fuera posible nuestra alianza con los zempoales, totonaques y los habitantes de la serranía; más tarde os figurásteis que sería imposible penetrar en Tlaxcala.

Cuando llegamos á Cholula creiais muchos de vosotros que allí sucumbiríamos víctimas de la traicion.

No faltó tampoco quien, á pesar de los favores que habíamos recibido de la Providencia, dudase que podríamos llegar á México, y sin embargo, el mar nos respetó, las riberas del Yucatan cayeron bajo el peso de nuestra dominacion, los habitantes de Tabasco fueron nuestros esclavos, después de haber sido nuestras víctimas; pactamos alianza con los zempoales, triunfamos de los tlaxcaltecas, y nos hicimos sus amigos; desbaratamos la horrible conjuracion tramada contra nosotros en Cholula, y llegamos triunfantes á México, venciendo al soberano cuya voluntad parecia inquebrantable.

¿Creeis por ventura, después de recordaros todas estas hazañas que hemos llevado á cabo, creéis, repito, que no será posible convertir en nuestro prisionero al emperador?

—No, no, gritaron todos, poseidos del más vivo entusiasmo al recordar las brillantes etapas de su portentoso viaje.

—Si estais dispuestos á ayudarme en esta empresa, repuso Hernan Cortés, nada más fácil que su realizacion. Los mexicanos nos han ofendido.

Necesitamos una reparacion, y para creer en su lealtad, para estar seguros de que no nos tienden un nuevo lazo como en Cholula, para convencernos de que comprenden la superioridad

que sobre ellos tenemos, nada más natural que apoderarnos de su monarca.

—Pero ¿y si esta determinacion subleva á todos sus vasallos?

—¿Y si para rescatarle de nuestro poder llega el momento de la lucha?

—Si eso sucede, habremos adelantado los sucesos.

¿Por ventura no hemos venido á conquistar á México? ¿No hemos resuelto morir si no lo conquistamos?

Pues que cuanto ántes se resuelva el problema.

Las palabras de Hernan Cortés fueron saludadas con entusiastas aclamaciones, y todos convinieron llevar aquel mismo dia á cabo la determinacion.

Un suceso inesperado vino, sin embargo, á aplazarla.

CAPITULO XLIV.

Ceremonias.



ARINA se presentó en la estancia en donde estaban conversando con Hernan Cortés los capitanes, y anunció que acababa de enviar Moctezuma un mensaje, invitando á los españoles para que asistieran aquel dia á la boda de la hija de uno de los magnates más principales de palacio con uno de los generales de su ejército.

Todo estaba preparado para que la ceremonia se celebrase con la mayor solemnidad, y no podian los españoles en aquel dia llevar á cabo la resolucion que habian tomado.

Convinieron en aplazarla, presentándose á Moctezuma como ignorantes todavía del suceso que habia tenido lugar en Veracruz; y para justificar al dia siguiente la medida violenta que iban á llevar á cabo, convinieron en avisar á los zempoales para que seis de ellos entrasen ostensiblemente aquella noche en la ciudad y se dirigieron á la morada de los españoles.

Convencidos en esto se aprestaron á asistir á aquella ceremonia, cuyos episodios, completamente nuevos, debian ofrecerles un rasgo más de las costumbres de aquel país.

Para dar una idea de la ceremonia, y al mismo tiempo de algunas otras dignas de que lleguen á conocimiento de nuestros lectores, creemos oportuno, puesto que el episodio del casamiento á que invitó Moctezuma á los españoles no interesa á la historia que vamos narrando, reproducir las indicaciones que hace

en su precioso libro el más notable de los historiadores de la conquista.

Las matrimonios entre los mexicanos constituían una forma de contrato y una ceremonia religiosa.

Hechos los tratados, comparecían ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la mujer y con otra el manto del marido, y los anudaba por los extremos, significando el vínculo interior de las dos voluntades.

Con este género de yugo nupcial volvían á su casa en compañía del mismo sacerdote, donde, imitando la superstición de los dioses Lares, entraban á visitar el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas á él, siguiendo al sacerdote, con cuya diligencia y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba perfecto el matrimonio.

Hacíase memoria con instrumento público de los bienes dotales que llevaba la mujer, y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse; lo cual sucedía muchas veces, y le tenía por bastante causa para el divorcio que se conformasen dos, pleito en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocían.

Quedábase con las hijas de la mujer, llevándose los hijos el marido, y una vez disuelto el matrimonio, tenían pena de la vida irremisible si se volvían á juntar; siendo en su natural inconstancia la única dificultad de los repudios el peligro de reincidencia.

Celaban como punto de hora la honestidad y el recato de las mujeres propias, y entre aquella desordenada licencia con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecía y castigaba con rigor el adulterio, no tanto por su deformidad, como por sus inconvenientes.

Llevábanse á los templos con solemnidad los niños recién na-

cidos, y los sacerdotes los recibían con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacían.

Aplicábanles si eran nobles á la mano derecha una espada y al brazo izquierdo un escudo que tenía para este ministerio.

Si eran plebeyos, hacían la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos, y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el huso, manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino.

Hecha esta primera ceremonia, los llevaban cerca del altar, y con espigas de magüey ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generación, y despues les echaban el agua ó los bañaban con otras imprecaciones, en que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncisión, con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias y hasta los mismos sacramentos de la religion católica, pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesión de los pecados, dándoles á entender que se ponían con ella en gracia de sus dioses, y un género de comunión ridícula que suministraban los sacerdotes ciertos días del año, repartiéndolos en pequeños bocados un ídolo de harina amasada con miel, que llamaban dios de la existencia.

Ordenó también sus jubileos, instituyó las procesiones, los incensarios y otros remedos del verdadero culto, hasta disponer que se llamasen papas en aquella lengua los mismos sacerdotes, en que se conoce que le costaba particular estudio esta imitación, fuese por abusar de las ceremonias sacrosantas, mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los demás ritos y ceremonias de aquella miserable gentilidad eran horribles á la razón y á la naturaleza: bestialidades, absurdos y locuras, que parecían incompatibles con las demás atenciones que se han notado en su gobierno, si no estuvieran llenas

las historias de semejantes engaños de la humana capacidad en otras naciones que vivían más dentro del mundo, igualmente ciegas en menor oscuridad.

Los sacrificios de sangre humana empezaron casi con la idolatría, y siglos ántes los introdujo el demonio entre aquellas gentes, de quien vino hasta los israelitas el sacrificar sus hijos á las esculturas de Canaan.

El horror de comerse los hombres á los hombres, se vió primero en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesan, entre sus antigüedades, la Galacia, y en sus antropófagos la Sciti.

Los leños adorados como dioses, las supersticiones, los agüeros, los furores de los sacerdotes, la comunicacion con el demonio en sus oráculos y otros absurdos de igual abominacion, se hallan admitidos y venerados por otros gentiles que supieron discuir y obrar con acierto en lo moral y político.

Grecia y Roma desatinaron en la Religion, y en lo demás dieron leyes al mundo y ejemplos á la posteridad, de que se conoce la corta jurisdiccion del entendimiento humano, que vuela poco sobre las noticias que recibe de los sentidos y de las experiencias, cuando falta en él aquella luz participada con que se descubre la esencia de la verdad.

A la ceremonia del casamiento asistieron los españoles, y al concluirse quiso Moctezuma que Hernan Cortés le acompañase á su palacio.

—Es imposible, contestó el jefe de los españoles. Signos misteriosos, que solo nosotros conocemos, me anuncian que he de recibir muy en breve noticias importantes de los españoles que he dejado en Zempoala, y no quiero faltar cuando lleguen los emisarios á comunicármelas.

Estas palabras hicieron palidecer á Moctezuma.

Hernan Cortés preparó el terreno para el día siguiente.

Por la noche llegaron los zempoales, como habia ordenado, y cuando Moctezuma lo supo se estremeció.

Temeroso de que pudiera descubrirse la cabeza de Argüello, le enterró con sus propias manos en los jardines próximos á su estancia, y dió orden á Zimpazin para que se alejase inmediatamente de México y volviese á Zempoala.

Las órdenes que llevaba eran no hostilizar á los españoles, y por el contrario, mostrarse arrepentido de los sucesos que habian tenido lugar.

Moctezuma pasó la noche sin poder cerar los ojos.

El infeliz presentia la suerte que le aguardaba.

CAPITULO XLV.

La prision de Moctezuma.



o quiso Cortés que los capitanes comunicasen á los soldados la arriesgada empresa que iban á acometer.

Pero convenia á su propósito que estuvieran prevenidos para contrarestar cualquier acto de oposicion de los mexicanos, y simulando temores, pusieron en pié de guerra los capitanes á los soldados de sus tercios.

A cosa de las nueve de la mañana salió Hernan Cortés de su palacio con los capitanes Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Francisco de Lugo, Gonzalo de Sandoval y Alonso Dávila.

Treinta soldados de toda su confianza, perfectamente armados, le siguieron como acompañamiento.

Inútil es añadir que Marina iba al lado de Hernan Cortés, porque tenia que servirle de intérprete en su entrevista con Moctezuma.

Confiado el caudillo de los españoles en la lealtad de Ilbialbi, le envió por las calles para que explicase á los mexicanos lo que significaba la visita que con tanto acompañamiento iba á hacer al emperador.

Los lectores supondrán que la mision de Ilbialbi no era comunicarles la verdad.

Recibió orden de decir á todos que los españoles iban á darle gracias por los festejos que en su honor se habian celebrado

y cuando los mexicanos preguntaban que por qué razon llevaba tanta gente é iban todos armados, contestaba el indio:

—Porque así hacen honor los españoles á los que como Moctezuma les inspiran veneracion y respeto.

Nadie, pues, sospechó el atrevido pensamiento que iban á realizar aquellos hombres.

Atravesaron la gran plaza de Tlatelulco, llamando como siempre la atencion de los que á aquellas horas vendian y compraban las mercancías.

Al penetrar en palacio anunciaron á Moctezuma su llegada y le pidieron licencia para celebrar con él una entrevista.

Como siempre, se apresuró Moctezuma á recibirle.

Los treinta soldados se quedaron aguardando órdenes en la antecámara.

Hernan Cortés, Marina y los capitanes penetraron en la estancia de Moctezuma; despues de las palabras que al despedirse la noche anterior habia pronunciado Hernan Cortés, Moctezuma estaba receloso.

Sus espías le habian dicho que la noche anterior habian llegado á la morada de los españoles y conversado con Cortés seis tiempos.

La visita del jefe de los españoles, debia por fuerza referirse al acontecimiento que lamentaban, y que hasta entónces ignoraban todos en México.

Procuró disimular su emocion, y recibió con afable sonrisa á los extranjeros.

—Muy de mañana venís á honrarme, dijo á Hernan Cortés, al mismo tiempo que saludaba afectuosamente á los españoles.

—Una imperiosa necesidad me obliga á ello, contestó Hernan Cortés.

—Hablad, dijo Moctezuma.

—Confiado como confio en vuestra amistad, presumo que voy á daros una triste y desagradable noticia.

—No os comprendo.

—O ignorais lo que pasa en vuestros estados, ó un suceso que ha tenido lugar en vuestros propios dominios ha debido pareceros tan censurable, y al mismo tiempo tan lastimoso, que por no afligirme me lo habeis ocultado.

Despues de estas palabras no habia duda ninguna.

Hernan Cortés sabia el atentado que en presencia de los españoles habia cometido el general Qualcopoca.

A pesar de los esfuerzos que hacia Moctezuma, palideció.

—Ahora bien, prosiguió Hernan Cortés; yo necesito convenirme de vuestra sinceridad, porque las apariencias me hacen dudar de ella.

Uno de vuestros generales, aprovechándose de nuestra ausencia, ha hecho armas contra los españoles.

Al pedirle cuenta de su conducta, ha manifestado tal vez para excusarse, que obedecia las órdenes que le habiais dado.

Y una de dos: ó ese hombre ha mentido y merece un ejemplar castigo, ó la conducta que observais con nosotros es impropia de un monarca tan poderoso como vos, puesto que aquí nos agasajais y léjos de aquí mandais ofender á nuestros hermanos.

Moctezuma, que al principio pensó aparentar que ignoraba el suceso, no pudo contenerse, y exclamó:

—Miente como un villano quien diga que yo he dado esas órdenes.

—Así lo creo, repuso Cortés; pero no por eso es ménos cierto que vuestro general os ha ofendido.

Por mi parte, doy entero crédito á vuestras palabras; pero mis soldados, que no os conocen como yo, y acaso, acaso vuestros mismos vasallos, pensarán, al saber lo que ha sucedido, que no habeis aceptado nuestra amistad con el sincero propósito de pagarla, y va á ser muy difícil que yo pueda contener á los míos y que vos podais disuadir a los vuestros.

— Puedo aseguraros, dijo Moctezuma, que lamento con toda mi alma la lucha que ha tenido lugar, y que es tan leal el afecto que os profeso, que no habrá sacrificio que no arrostre por demostrároslo.

—En las palabras que acabais de pronunciar, dijo atrevidamente Hernan Cortés, hallo el medio de que todos quedemos satisfechos.

—¿Qué quereis decir?

—¿Condénais la conducta de vuestro general? interrogó Cortés.

—Sí.

—¿Creeis que mis soldados os consideran como amigo?

—Sí.

—¿Quereis que vuestros vasallos nos respeten, que no se valgan de lo que ha pasado para provocarnos á una lid que seria desastrosa?

Moctezuma contestó de nuevo afirmativamente.

—Pues bien; en ese caso, voy á exigiros no un sacrificio, sino un favor.

—Hablad.

—Se trata de que abandoneis vuestro palacio por unos días, para residir en el que habeis puesto á mi disposicion.

Moctezuma se levantó, y retrocediendo maquinalmente:

—¿Qué intentais? exclamó.

—De esa manera se convencerán mis soldados de vuestra lealtad, toda voz que no teneis inconveniente en vivir á nuestro lado; y vuestros vasallos se persuadirán tambien del afecto que nos teneis por la prueba de confianza que nos dais.

—Eso nunca, dijo Moctezuma.

—Yo os empeño mi palabra, insistió Cortés; mi palabra de caballero y de soldado, de que sereis acatado por toda mi gente, sin que nada os falte en nuestra compañía.

Pero la condicion que os suplico es de todo punto necesaria para que la paz se mantenga entre nosotros.

Hernan Cortés calló.
Moctezuma no supo qué responder á aquellas atrevidas palabras.

No se ocultaba á su penetracion que lo que Hernan Cortés queria era constituirle en su prisionero.

La audacia del soldado que á tanto se atrevia, le sorprendia más que la angustiada situacion en que le colocaba.

Hernan Cortés insistió.

—Ya veis, dijo, que el hospedaje que deseo daros no es indigno de vos: es uno de vuestros palacios.

Acostumbráis á vivir en él algunas temporadas.

Vuestros vasallos no extrañarán vuestra determinacion, si saben que el motivo que os obliga á vivir entre nosotros es el de condenar la conducta de vuestro general é inspirar confianza á vuestros súbditos.

Vuestro pueblo comprenderá tambien que ese es el mejor medio de evitar una guerra; que de lo contrario seria necesaria, puesto que entre poderosos monarcas, como el que yo represento aquí y vos, no es posible arreglar diferencias de este género sin empeñar dolorosas luchas.

Apénas oyó Moctezuma estas palabras, bajo la influencia de un peso inmenso, volvió los ojos á su pasado y no pudo explicarse cuál era la influencia, la fascinacion que ejercian sobre él los extranjeros, cuando al escuchar sus proposiciones ne se habia rebelado contra ellos, y por haberle hablado solamente no les habia condenado á perecer en el ara.

Condensó toda la fuerza que aún quedaba á su espíritu, y dirigiendo una mirada arrogante al jefe de los españoles:

—Los príncipes de mi raza, dijo, no pueden consentir en ser prisioneros, aunque sean de oro las cadenas en donde les sujeten.

Pero si yo fuera bastante débil para no oponerme á esa resolucion, que atenta á mi independendencia, á mi dignidad, los me-

xicanos todos se opondrían á que se consumase semejante baja-za, y envolverían en su anatema á su monarca y á sus perseguidores.

Paréceme, contestó Hernan Cortés, sin recurrir todavía á la fuerza, sino á la persuasion, que manifestándoles que vuestra resolucion ha sido espontánea, hija del afecto, nada más que del afecto, no solo no se alarmarian vuestros vasallos, sino que verian en vuestro generoso sacrificio el deseo de evitarles una guerra.

Pero aunque así no fuese, aunque vuestros temores se confirmasen, y reunidos por una sola voluntad quisieran castigaros y extender á nosotros su venganza, no lograrían más que anticipar su ruina, porque los hombres de nuestro temple son invencibles.

—No intentéis arrancarme de mi palacio, porque no saldré de él, repuso con fingida firmeza Moctezuma.

—Soy vuestro amigo, y sentiria en el alma que me obligáseis, por cumplir con un deber, á sacrificar el afecto que os profeso.

—Buscad otro medio cualquiera para que os satisfaga, y lo aceptaré.

—No hay más que el que os he propuesto, dijo Cortés.

—Mandaré llamar á Qualcopoca y á los demas soldados que se han batido con los españoles, y os los entregaré para que les impongais el castigo que mejor os cuadre.

—Esa satisfaccion no basta.

—Os daré á mis dos hijos en rehenes para inspirar confianza á vuestros soldados.

—¿Y qué pensarían de un padre que se separa de sus hijos de esa manera?

—Pues basta mi palabra, que demostrado tengo no ser hombre capaz de esconderme ni de huir.

—Desengañaos: el único medio de que quedemos todos satisfechos, es que nos sigais.

—¡Eso nunca!

Los capitanes estaban impacientes.

—Basta ya de contemplaciones, dijo Velazquez de Leon; y si no quiere venir de grado, que venga por fuerza.

—Sí, sí, dijeron todos los capitanes, aguardando con ansia una señal de Cortés para apoderarse del emperador.

Sus movimientos y el acento de sus palabras llamaron la atención de Moctezuma.

—¿Qué dicen esos hombres? preguntó á Marina.

—Están impacientes, contestó la jóven; y yo, que soy de vuestra raza; yo que por esta razon os debo gratitud, añadió, fingiendo que se ponía de su parte, os aseguro, gran señor, que vais á dar lugar á grandes calamidades si no cedéis á los deseos de esta gente.

Yo, que los conozco, porque por mi desgracia soy su esclava, no dudo un solo instante de su superioridad.

Sé que si accedeis á sus ruegos os tratarán con las mayores consideraciones; pero si os negais á acompañarles, peligra vuestra vida.

El acento compungido de la jóven india, el ascendiente que ejercian aquellos hombres sobre él, hicieron que el monarca poderoso, invencible hasta entónces, perdiendo la entereza que le habia conquistado tanto renombre en las lides, se adelantara hácia Hernan Cortés con la humildad del siervo, y exclamase:

—Quiero probaros que no soy vuestro enemigo, que tengo confianza en vos.

Estoy pronto á complaceros.

Partamos donde querais.

Me resigno á la voluntad de los dioses, porque ellos son los que han resuelto que vos mandeis y que obedezca yo.

Y miéntras los españoles unos á otros se miraban maravillados de la facilidad con que habian conseguido aquel inmenso triunfo, Moctezuma dió orden á sus servidores para que previniesen su silla de honor y convocasen á sus consejeros.

—He tomado una resolucion, les dijo; y quiero comunicárosla.

Los dioses quieren que viva algun tiempo en compañía de los españoles.

Para acatar su voluntad, yo mismo les he rogado que me ofrezcan alojamiento en su morada.

Vosotros cuidareis de enviar inmediatamente á un capitan de mis tropas para que traiga preso á Qualcopoca y á todos los demas que han luchado en Zempoala con los españoles.

Y desprendiéndose del sello con que autorizaba sus órdenes:

—Dadle mi sello para que Qualcopoca y los demas que le acompañaban no vacilen en reducirse á prision.

Vosotros, añadió, cuidareis de mi palacio y de mi familia durante el tiempo que yo resida fuera de aquí.

Todas estas órdenes fueron trasmitidas por Marina á Hernan Cortés, y el emperador, despues de terminar aquellos encargos:

—Estoy á vuestra disposicion, dijo á los españoles.

—Habeis salvado á vuestra patria, le dijo Hernan Cortés.

—He obedecido á la voluntad de los dioses, contestó Moctezuma, ahogando el dolor que pugnaba por salir de su pecho.

En aquel momento anunciaron que la emperatriz y sus hijos querian verle.

—No, exclamó Moctezuma, no quiero que me vean.

Y dirigiéndose á Hernan Cortés:

—Se avergonzarian de mí, añadió.

Los españoles rodearon al emperador, abandonaron su estancia en seguida, y los treinta soldados llegaron á la puerta de su palacio.

La muchedumbre se agolpó; pero el emperador se mostró risueño á sus vasallos.

No fué asombro, fué estupor el que se apoderó de los mexicanos al saber que el invencible Moctezuma consideraba de tal manera á los españoles, que no titubeaba en constituirse voluntariamente como su prisionero.

CAPITULO XLVI.

El prisionero.

Se difundió con rapidez eléctrica por México la noticia de tan extraordinario suceso.

Unos á otros lo comentaban, y puede decirse que todos los habitantes de la ciudad eran instantáneamente dominados por un asombro que terminaba en el más profundo desaliento.

Muchos se agolpaban en las calles por donde avanzaba la comitiva, sin que ninguno pudiera explicarse el objeto que por allí llevaba al monarca.

Pero Moctezuma manifestaba á todos con la serenidad de su semblante que no corría peligro, y aun á las miradas más expresivas de sus vasallos contestaba con otras, pidiéndoles que no considerasen aquel acto como una agresion de los españoles.

—¿Qué podrá ser esto? se decian unos á otros.

—Los vaticinios empiezan á cumplirse.

—Si son los españoles descendientes de Quezalcoal, natural es que nuestro soberano respete su voluntad en todo y por todo.

—¿Quién sabe si será el principio de nuestro fin?

No tardaron en saberse las órdenes que habia dado Moctezuma para que compareciese en México Qualcopoca, y esta noticia aumentó las dudas y zozobras de los mexicanos.

La emperatriz no tardó en saber la resolucion de su esposo, y quiso acompañarle.

Temixpa su hija y el príncipe de Iztacpalapa, se opusieron á ello.

—Respetemos la voluntad de Moctezuma, dijo Quetlahuaca. Indecisos estaban los miembros de la familia imperial, cuando se presentó Cacumatzin.

—Todo está perdido: los españoles han arrojado el disfraz con que se han presentado, y despues de convencerse de nuestra debilidad, nos han ultrajado.

Por mi parte, declaro que es en justo castigo á la condescendencia de Moctezuma.

Pero si él ha sido víctima de esos hombres, no debemos serlo nosotros, príncipes de la sangre y guerreros acostumbrados á morir ántes que ser esclavos.

Volviéndose á Temixpa, de quien era prometido esposo:

—Nuestra union es ya imposible, exclamó, Moctezuma se ha dejado arrancar afectuosamente la corona y miéntras permanezca en tan culpable abandono, no puedo yo considerarle como mi soberano, ni siquiera como amigo.

El es el primer enemigo de México, y yo me encargo de vengar á mi patria.

Al decir esto se alejó de la estancia donde pasaba aquella escena.

Miazochil envió inmediatamente un emisario á Guatimotzin para anunciarle lo que pasaba, y decirle que acudiera en su auxilio.

—La desgracia es cierta, decia la emperatriz, miéntras que resonaban en torno suyo los ayes de su hija y las exclamaciones de toda la servidumbre que le rodeaba.

¿Qué es el valor de los mexicanos?

¿Cómo han consentido que los extranjeros saquen á Moctezuma de su palacio y le obliguen á responder con su persona de los actos de uno de sus capitanes?

La desesperacion de Miazochil fué mayor cuando poco despues acudió Guacolando á verla de parte de su esposo, y á decirle que estuviera tranquila, que no habia salido de su palacio

por mandato de los españoles, sino animado por el deseo de manifestarles que era leal y sincera la amistad que les profesaba.

El ministro de Moctezuma llevaba el cargo de conducir á la nueva morada del emperador los muebles y los objetos de su uso para adornar las habitaciones que iba á ocupar.

Al mismo tiempo tenia encargo de anunciar á la familia del emperador y á todos los magnates de su corte, que podian ir á visitarle cuando quisieran, en la seguridad de que los españoles les dejarían franco el paso.

Moctezuma quiso convencerse de que aquella prision era voluntaria; y se mostró afable con todos los españoles, asegurando repetidas veces que era inmensa su satisfaccion compartiendo su morada con unos hombres á quienes estimaba tanto.

Hernan Cortés, sin darse cuenta todavía del triunfo que habia obtenido, se propuso tratar con las mayores consideraciones al monarca.

Por la tarde le pidió licencia para visitarle, y al presentarse á él repitió las mismas ceremonias que cuando le visitaba en medio de su espléndida corte.

Pretextando que era costumbre entre los españoles dar guardia de honor á los soberanos, colocó centinelas en las habitaciones contiguas á las de Moctezuma.

So pretexto de que le hicieran compañía, dispuso que los capitanes se reemplazaran unos á otros en el cuarto del mísero monarca.

Moctezuma recibia con afabilidad á unos y á otros, y ocultando su pena agasajaba á los capitanes y á los soldados, ofreciéndoles alhajas y pidiéndoles que las guardasen como recuerdo suyo.

Dispuesto á sufrir con resignacion, puso todo su empeño en que los españoles no conociesen su flaqueza.

La misma conducta se propuso observar respecto de sus vasallos.

Ni á su esposa, que fué á verle, ni á sus ministros, ni á nadie descubrió el inmenso pesar que le acerba su alma.

El que habia sido débil ante la influencia de los españoles, estaba resuelto á devorar su pesadumbre para, que nadie conociese su debilidad.

No pasaron veinticuatro horas sin que los mexicanos creyesen que en efecto habia sido espontánea la resolucion de Moctezuma.

Más tarde, cuando se les hizo saber que habiendo los soldados de Quilicopoca ofendido á los españoles, de Veracruz, se habia aprestado Moctezuma á vivir entre los extranjeros para convencerles de que sus generales no habian interpretado sus sentimientos, vieron los mexicanos en este acto un deseo de evitar una guerra, en su concepto desastrosa, y hasta llegaron á agradecer á su monarca aquel inmenso sacrificio.

Los teopixques ó sacerdotes hicieron tambien correr la voz de que los dioses habian aconsejado á Moctezuma aquel acto de humildad.

Trascurrieron algunos dias, y al cabo de este tiempo el pueblo se acostumbra á que su soberano viviera de aquel modo.

Los criados de Moctezuma le llevaban desde su palacio la comida, y los mejores manjares los regalaba el monarca á Hernan Cortés y sus capitanes.

No por hallarse prisionero tenia descuidados los negocios.

Sus consejeros y ministros iban á verle, tomaban sus órdenes, y Hernan Cortés consiguió que el mismo emperador concediese al ilustre caudillo licencia para asistir á los consejos, con objeto de que se convenciera de que en ellos no se disponia nada que pudiera perjudicarle.

El soberano de México llegó en breve á saber el nombre de todos los capitanes, y hasta conocer su carácter.

Por las tardes paseaba con ellos y con Hernan Cortés por los

jardines, y jugaba con los españoles al *totoloque*, juego de toda su afición.

Tenia este por objeto derribar con pequeñas bolas unos bolillos del mismo metal.

Era el juego que se conoce entre nosotros con el nombre de los *bolos*.

Jugaban joyas, que ganaba el que hacía ántes cinco rayas.

Cuando jugaban Cortés y Moctezuma, repartían el último sus ganancias entre los españoles, y el primero hacía lo propio con sus soldados.

Todas estas ocupaciones del continuo trato con los españoles hacían que Moctezuma sintiese cada día más simpatía hácia sus opresores.

Aprovechábanse ellos de la influencia que ejercían sobre su ánimo, y fray Bartolomé de Olmedo le hablaba sin cesar de los misterios de la religion Cristiana.

Aun cuando Moctezuma escuchaba con verdadero éxtasis las palabras del misionero, era de todo punto imposible apartarle de sus creencias.

Llegando á noticia de Hernan Cortés las medidas que tomaban algunos de los príncipes para vengar la ofensa que habían inferido los españoles á su nacion aprisionando á Moctezuma, aprovechó una ocasion favorable para aumentar el terror que ya inspiraba á los mexicanos.

Qualcopoca llegó con su hijo Zimpazin y algunos otros jefes del ejército que mandaban en Zempoala.

Después de hablar con Moctezuma, los envió éste á Hernan Cortés para que les interrogase y les impusiera el castigo á que se hubieran hecho acreedores.

Este acto debía, en concepto de los mexicanos, llevar la tranquilidad á los españoles y poner término á la difícil situacion del emperador.

Hernan Cortés no desperdició aquella ocasion que se le presentaba para aumentar su influencia y su prestigio.

CAPITULO XLVII.

Amargas recónvenciones.

QUALCOPOCA era un hombre de un aspecto formidable.

Acostumbrado á vivir en la intemperie, su piel estaba curtida, y las rayas oscuras con que adornaba su rostro, al mismo tiempo que el plumaje de un rojo vivo de su cimera, aumentaban horror á su fisonomía.

Apénas supo que Moctezuma le mandaba llamar, se apresuró á obedecer la orden del monarca, porque como todos los vasallos, obedecía ciegamente al emperador.

No era solamente el deseo de obedecerle el que le impulsaba á llegar á México con su hijo Zimpazin y algunos de los capitanes de su ejército.

El oficial que habia llevado orden de prenderle le habia referido la resolucion del emperador Moctezuma de ir á vivir con los españoles, para demostrarles su inocencia, y este acto habia indignado á Qualcopoca.

—Una de dos, se habia dicho: ó los españoles son en efecto superiores á nosotros, ó se han valido de algun conjuro para destruir la fortaleza de Moctezuma.

Que no son inmortales los extranjeros, ya lo sé; obedezcamos al emperador, y salvémosle si es preciso.

Antes de llegar á la morada de los españoles, fué conducido Qualcopoca con su hijo y los que le acompañaban al palacio de Moctezuma.

Cacumatzin deseaba verle, porque conocia su energía, y creyó

jardines, y jugaba con los españoles al *totoloque*, juego de toda su afición.

Tenia este por objeto derribar con pequeñas bolas unos bolillos del mismo metal.

Era el juego que se conoce entre nosotros con el nombre de los *bolos*.

Jugaban joyas, que ganaba el que hacía ántes cinco rayas.

Cuando jugaban Cortés y Moctezuma, repartían el último sus ganancias entre los españoles, y el primero hacía lo propio con sus soldados.

Todas estas ocupaciones del continuo trato con los españoles hacían que Moctezuma sintiese cada día más simpatía hácia sus opresores.

Aprovechábanse ellos de la influencia que ejercían sobre su ánimo, y fray Bartolomé de Olmedo le hablaba sin cesar de los misterios de la religion Cristiana.

Aun cuando Moctezuma escuchaba con verdadero éxtasis las palabras del misionero, era de todo punto imposible apartarle de sus creencias.

Llegando á noticia de Hernan Cortés las medidas que tomaban algunos de los príncipes para vengar la ofensa que habían inferido los españoles á su nacion aprisionando á Moctezuma, aprovechó una ocasion favorable para aumentar el terror que ya inspiraba á los mexicanos.

Qualcopoca llegó con su hijo Zimpazin y algunos otros jefes del ejército que mandaban en Zempoala.

Después de hablar con Moctezuma, los envió éste á Hernan Cortés para que les interrogase y les impusiera el castigo á que se hubieran hecho acreedores.

Este acto debía, en concepto de los mexicanos, llevar la tranquilidad á los españoles y poner término á la difícil situacion del emperador.

Hernan Cortés no desperdició aquella ocasion que se le presentaba para aumentar su influencia y su prestigio.

CAPITULO XLVII.

Amargas recónciones.

QUALCOPOCA era un hombre de un aspecto formidable.

Acostumbrado á vivir en la intemperie, su piel estaba curtida, y las rayas oscuras con que adornaba su rostro, al mismo tiempo que el plumaje de un rojo vivo de su cimera, aumentaban horror á su fisonomía.

Apénas supo que Moctezuma le mandaba llamar, se apresuró á obedecer la orden del monarca, porque como todos los vasallos, obedecía ciegamente al emperador.

No era solamente el deseo de obedecerle el que le impulsaba á llegar á México con su hijo Zimpazin y algunos de los capitanes de su ejército.

El oficial que habia llevado orden de prenderle le habia referido la resolucion del emperador Moctezuma de ir á vivir con los españoles, para demostrarles su inocencia, y este acto habia indignado á Qualcopoca.

—Una de dos, se habia dicho: ó los españoles son en efecto superiores á nosotros, ó se han valido de algun conjuro para destruir la fortaleza de Moctezuma.

Que no son inmortales los extranjeros, ya lo sé; obedezcamos al emperador, y salvémosle si es preciso.

Antes de llegar á la morada de los españoles, fué conducido Qualcopoca con su hijo y los que le acompañaban al palacio de Moctezuma.

Cacumatzin deseaba verle, porque conocia su energía, y creyó

que con su auxilio podría llevar á cabo su deseo de venganza.

Después de preguntarle todos los pormenores del suceso que había motivado su infame acto:

—¿Vos mismo, dijo á Qualcopoca, habéis muerto á ese español cuya cabeza enviasteis á Moctezuma?

—Sí, dijo Zimpazin: cuatro soldados mexicanos y yo nos apoderamos de él, nos lanzamos sobre el malvado, y clavamos nuestras flechas en su corazón.

El gigante no tardó en caer á nuestros pies, y entonces yo mismo, que necesitaba vengar la honra de mi hermana, separé su cabeza de su cuello, y me convencí de que era una mentira la pretendida inmortalidad de los españoles.

—Pues bien, dijo Cacumatzin; Moctezuma les cree aún inmortales.

Han ejercido sobre él un prestigio inconcebible, y el león se ha convertido en mísero sinsonte.

Pero si Moctezuma ha olvidado sus deberes, si ha perdido su fortaleza, si ha mancillado su honra, si ha creído que debía entregar su imperio y su cetro á los españoles y envolvernos en su ruina, ha creído mal.

Nuestro deber es arrancar de las manos de esos verdugos la corona y el cetro arrojado por el débil monarca, y concitar el odio de todos los mexicanos para destruir á los extranjeros.

Ve ahora, Qualcopoca, á ver á Moctezuma; él te lo ordena, y es tu rey.

Pero si le hallas débil, si su cobardía te impone algún sacrificio, aplaza el cumplimiento de sus órdenes.

Yo parto ahora mismo á sublevar las ciudades vecinas, y muy en breve volveré á arrancar al monarca del lazo que le han tendido esos miserables, y á salvar tu vida si peligras.

Qualcopoca con los suyos fué conducido por los soldados mexicanos á la prision de Moctezuma, y Cacumatzin partió á cumplir la palabra que había empeñado.

Antes de abandonar el palacio real Zimpazin, apartándose del lado de su padre, fué á buscar á Temixpa.

Temixpa, la hija de Moctezuma, correspondía al inmenso amor que le había jurado el hijo de Qualcopoca.

Su padre, que quería enlazarla con algún príncipe, se había opuesto á la union de los dos jóvenes.

Pero Zimpazin era el primer amor de Temixpa, y la joven india había jurado ser suya ó morir.

—Partiré al lado de mi padre, le dijo Zimpazin cuando supo la resolución del emperador.

El ha ganado el alto puesto que ocupa distinguiéndose en las batallas.

Yo me haré digno de su protección luchando como un héroe.

Hasta entonces había cumplido su promesa, y Temixpa esperaba confiada en que algún día podría realizar sus hermosos ensueños de amor.

La entrevista que tuvieron los dos amantes fué en extremo dolorosa.

—Renuncia á tus esperanzas, Temixpa de mi vida, dijo Zimpazin á la joven; tu padre nos ha condenado á la guerra primero, á la más desastrosa ruina después.

Yo no sé la suerte que me está reservada; pero considero que cuando el poderoso monarca se ha sometido á la voluntad de un puñado de aventureros, creo que solo nos espera la muerte.

—Eso no puede ser, exclamó Temixpa, sintiendo que sus ojos se inundaban de copiosas lágrimas.

El dios de los amores me ha prometido una inefable felicidad uniéndome á tí, y si tú murieras, yo tendría que arrojarme también en los brazos de la muerte.

—Ahora, prosiguió el joven guerrero, vamos á recibir las órdenes de Moctezuma.

Los extranjeros le pedirán nuestro castigo, y después de haber visto mi padre y yo profanada á la hermosa Alahababa, ten-

dremos que ir á verla á la eternidad; porque los mexicanos, al ver acobardado á su rey, no tendrán valor suficiente para seguirle y vengar los ultrajes que nos han inferido los extranjeros.

—Días de llanto y de luto han venido á traer á nuestro suelo, dijo Temixpa.

—Por más que quiero abrir mi corazón á la esperanza, por más que la ilusión de tu amor me sonría, la sombra de la muerte es el único horizonte que ven mis ojos.

—Tranquilízate, Zimpazin; Tezcalepuzca se apiadará de nosotros.

Zimpazin no quiso prolongar aquella escena, y volviendo al encuentro de su padre, partió con él y con los que le acompañaban al cuartel de los españoles.

Mirando con arrogancia á los centinelas, llegaron los prisioneros á la presencia del emperador Moctezuma.

—Aquí nos tienes, exclamó Qualcopoca: hemos obedecido tus órdenes, y estamos dispuestos á escuchar tu voluntad.

Moctezuma que admiraba el valor de su soldado, y que sentía hacia él profunda gratitud, porque había contribuido á someter á su dominación las tribus conquistadas, y además había extendido sus conquistas:

—Mucho siento, exclamó, haberme visto precisado á llamarte á mi presencia.

—Mayor es mi pesadumbre, exclamó el guerrero, porque creía hallar un poderoso soberano sentado en su trono y respirando el aire de la libertad, y le hallo prisionero.

—Prisionero no, exclamó Moctezuma; nadie en el mundo puede dominar mi voluntad.

He venido aquí, por que he ofrecido amistad á los españoles; tengo motivo para considerarles como enviados de un poderoso rey, descendiente del gran Quezalcoal, y he querido mostrarles de este modo, con esta sumisión, que he sido completamente ajeno al atentado que has cometido en Zempoala.

—¡Atentado! dijo Qualcopoca. ¡Ah! ¿No te ha dicho mi hijo los poderosos motivos que he tenido para luchar con los extranjeros, para cortar la cabeza del miserable que ha mancillado mi honra?

—Todo lo comprendo, dijo Moctezuma, pero dí, ¿no son sagrados los españoles?

—Para mí no.

Desde el primer momento en que pisaron nuestro suelo, he creído que si los enviaba el gran Quetzalcoal, no era para nuestro bien, sino para nuestro castigo.

He visto peligrar la independencia de nuestra patria, y he pedido mil veces á nuestros dioses que si tal infamia he de ver, me arrebaten la vida.

Poco me importa exhalar el último suspiro; antes que ser prisionero quiero la libertad de la muerte.

—Y sin embargo, no tengo más remedio que protestar contra la conducta que has observado en Zempoala.

Los españoles son amigos míos; se hallan bajo mi protección tú los has ultrajado, exigen un castigo; y aunque me pese, aunque tenga que devorar las lágrimas que se agolpan á mis ojos, aunque vea en el suplicio á uno de mis más valientes guerreros, mi palabra de rey y el porvenir de la patria me exigen estos sacrificios.

—¿Es decir, exclamó indignado Qualcopoca, que me has enviado á llamar para entregarme á mis verdugos?

¿Qué has hecho, Moctezuma?

Yo te desconozco: no eres aquel poderoso monarca que admiran todos por su bravura; tú no eres aquel guerrero que al frente de su ejército sembraba de luto y de desolación á los enemigos; no eres, en fin, el poderoso rey que hasta hace poco había convertido á México en el imperio más grande del mundo.

—¿Cómo te atreves á hablarme de ese modo? dijo Moctezuma. ¿Acaso esta humildad que ves en mí no es la mayor prueba de mi grandeza?

—Pues qué, ¿dudas un solo instante de que si no quisiera conservar la amistad con los extranjeros no hubiera tenido fuerza bastante para reunir un poderoso ejército, para ponerme al frente de él y no dejar ni rastro siquiera de ellos?

—¿No te dice esta mansedumbre, no te dice esta reclusion voluntaria, que quiero dar al mundo pruebas de abnegación?

—¿Y acaso la abnegación no es la virtud más grande de los poderosos de la tierra?

—El pueblo, Moctezuma, empieza á dudar de tí, dijo Qualcopoca.

—¡Ah! exclamó el monarca. No me conoces entónces.

—Así será; pero tus generales están profundamente indignados.

El pueblo murmura, el pueblo se hubiera levantado para salvarte si no le hubieras impuesto silencio; y esto, creelo, no puede continuar así.

Los extranjeros han conseguido un triunfo sobre tí, que ha aumentado su prestigio á los ojos de los mexicanos.

Los extranjeros han ganado mucho terreno en poco tiempo; y la prueba de ello, es que al dejar huérfano el trono, han sumido en el desaliento á los que de otro modo, con una sola palabra tuya, los hubieran destruido en un instante.

—De cualquier modo, repuso Moctezuma, como no he intervenido en tus actos, quiero que pese sobre tí la responsabilidad de ellos. Has delinquido, y te entrego á tus jueces.

—¿Olvidas, añadió Qualcopoca, el prestigio que he conquistado con mi valor?

¿Crees por ventura que los extranjeros, al tenerme en su poder, no querrán castigarme con la muerte?

Si tal sucede ¿crees que podríais detener el impulso de los mexicanos al querer vengar á uno de sus soldados más valientes?

¿Crees que he de ver yo con calma sucumbir á mi hijo?

¡Ah! Estás en un error.

Los hombres de mi temple no se les sacrifica como á las víctimas propiciatorias en los templos.

¡Ay de tí si llegara el horrible caso de que dictaras mi sentencia de muerte!

Moctezuma no contestó á aquella provocación.

—Soy vuestro rey, dijo despues de una breve pausa; por lo tanto, me debeis una ciega obediencia, y os mando que vayais ahora mismo á someteros al fallo de los jueces que mi voluntad os ha impuesto.

—Está bien, dijo con despecho Qualcopoca.

Y dirigiéndose al capitán que en nombre del emperador les habia conducido hasta allí:

—Llevadnos, dijo, á la presencia del jefe de los españoles.

El capitán miró á Moctezuma como para pedirle órdenes.

A una señal del emperador salieron todos de su estancia.

Qualcopoca le miró con desprecio.

UNIVERSIDAD DE LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XLVIII.

Jueces y reos.



HERNAN Cortés aguardaba á los prisioneros rodeado de sus capitanes.

Hallábanse todos sentados delante de una mesa, como los jueces en el tribunal.

Dos centinelas guardaban la puerta.

Una compañía de arcabuceros formaba dos filas, á través de las cuales pasaron Qualcopoca y sus cómplices.

Después de las palabras que acababa de oír á Moctezuma, y en presencia del aparato de fuerza que desplegaron á sus ojos los españoles, sintió que se amenguaron un tanto sus bríos.

Hernan Cortés mandó salir de la estancia á los soldados del emperador que habian acompañado á los prisioneros, y dispuso que se cerraran las puertas.

Estas precauciones llevaron la alarma á su corazón.

Qualcopoca procuró reponerse, y por medio de Aguilar, que servia de intérprete en aquella ocasion, sostuvo con Hernan Cortés este diálogo:

—Moctezuma, nuestro señor, le dijo, nos envia á tu presencia para que nos juzgues.

Aquí estamos, pregunta y te responderemos.

—Solo en exceso de bondad, contestó Hernan Cortés, me ha movido á escuchar vuestros descargos ántes de dictar la sentencia que merece vuestra conducta.

Pero no quiero aparecer como tirano á los ojos de nadie, y por eso he dispuesto oír vuestra defensa.

—¿Es cierto que habeis provocado á los españoles que se hallan en Zempoala?

—No los hemos provocado; han venido á buscarnos, á desafiar nuestra ira; han hecho armas contra nosotros por defender á los zempoales.

Los soldados de Moctezuma no consienten injurias de ningún género; nos han llamado al combate, y hemos acudido á él.

—¿Ignorabais que debian ser sagrados para vosotros los españoles?

—Tambien nosotros para ellos.

—Yo estoy seguro de que no os han provocado.

Y sin embargo, vosotros valiéndoos de mi ausencia, habeis tendido un lazo á uno de mis soldados.

No bastando uno solo para luchar cuerpo á cuerpo con él, os habeis reunido muchos, y solo de este modo habeis podido asesinarle, presentando después al emperador Moctezuma la cabeza que habiais separado de un cuerpo inerte.

—¿Y tú ignoras, se atrevió á decir Zimpazin, faltando hasta al respeto y consideracion que merecia á su padre; tú ignoras que el miserable á quien matamos habia mancillado nuestra honra, habia encontrado en nuestro hogar á mi hermana, y después de profanarla, la habia arrojado en los brazos de la muerte?

Si eso hubiera hecho contigo, ¿no hubieras quitado mil veces la vida al infame autor de tan menguado delito?

—¿Y quién me asegura á mí que es cierta esa patraña?

—La indignacion que rebose en nuestros pechos.

Créelo. Si mil veces nos hubiéramos hallado en el mismo caso, mil veces hubiéramos quitado la vida al miserable.

—Bien está; vos mismo confesais vuestro delito y yo no puedo ménos de daros el castigo que mereceis.

¿Sabeis cuál es ese castigo? añadió el jefe de los españoles, que necesitaba para salvar su empresa llevar la crueldad hasta el último límite. ¿Sabeis cuál es la pena á que os condeno? Pues vais á oirlo.

Estais en mi poder; instantáneamente voy á sujetaros con grillos para que no podais moveros; despues os condenaré á muerte; pero no á una muerte honrosa, que no la mereceis.

En la gran plaza de Tlatelulco encenderé una hoguera y seréis arrojados á ella para que perezcais entre las llamas.

Al oir estas palabras retrocedieron los reos.

Qualcopoca comprendió que la fuerza seria inútil en aquella ocasion, y recordando las promesas que le habia hecho Cacumatzin, intentó ganar tiempo.

Imponiendo silencio á los que le acompañaban, se adelantó á Hernan Cortés:

—¿Estás resuelto á darnos esa muerte? le dijo.

—Sí.

—No nos amedrenta; preferimos la muerte á la deshonra.

Pero si hemos de morir nosotros, si hemos cometido una culpa y nos condenas á sufrir el cruel castigo, justo es que todos los culpables participen de él.

—¿Y acaso no sois vosotros los únicos delincuentes?

—No.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que yo no he hecho más que cumplir las órdenes del emperador Moctezuma.

—Mientes.

—Puedo jurarlo: él es, si hay crimen, el verdadero criminal.

¿No aseguras que tú eres enviado de un poderoso rey?

Pues bien, si ejecutas sus órdenes, ¿no cumplirás con tu deber?

Responded todos, añadió, dirigiéndose á los que le acompañaban, ¿no es verdad que no hemos hecho más que cumplir las órdenes que hemos recibido?

—Sí, sí, dijeron, comprendiendo el objeto de sus palabras.

—Así será, añadió Hernan Cortés; pero eso no os salva del castigo que os he impuesto.

A una señal de Hernan Cortés se abrieron las puertas y penetraron ocho soldados provistos de cadenas.

Sujetaron con ellas los piés y las manos de los reos.

Los condujeron á una habitacion.

—De aquí saldreis para el patíbulo, les dijo el caudillo de los españoles.

Qualcopoca, descubriendo entre los soldados á un indio, le pidió que avisase á Cacumatzin lo que pasaba para que acudiese en su socorro.

Hernan Cortés volvió adonde aguardaban los capitanes.

—Es necesario, les dijo, que tenga lugar muy pronto la ejecucion de esos miserables, porque solo de esa manera impondremos respeto á los mexicanos.

—¿No pensais, dijo Velazquez de Leon, que el sacrificio de esos hombres irrite á sus compatriotas y tomen una actitud hostil?

—Tal vez el mismo Moctezuma, añadió Orgaz, al saber el castigo de uno de sus más valientes generales, rompa la alianza que tiene establecida con nosotros, y llame en su socorro á su pueblo.

—Todo está prevenido, dijo Hernan Cortés. Moctezuma, que ha sido hasta ahora nuestro compañero de casa, será en adelante nuestro prisionero.

Y llamando á una de sus pajes:

—¿Están ya concluidos los grillos? le preguntó.

El paje volvió á poco con unos grillos de oro.

—¿A quién destinais eso? preguntaron los capitanes á Hernan Cortés.

—Al emperador de México.

Con el oro que nos ha dado he mandado fabricar estos grillos.

—Seguidme todos, y vereis al poderoso monarca de este imperio convertido en nuestro prisionero.

Mandó llamar á Marina, y presentándose con ella, con los capitanes y algunos soldados en la estancia donde se hallaba Moctezuma:

—He condenado á muerte, le dijo, á Qualeopoca y á sus compañeros, porque han confesado su delito.

—Sois su juez; yo acato vuestra resolución.

—No basta eso, dijo Hernan Cortés. Esos miserables han asegurado que no han hecho más que cumplir vuestras órdenes.

Esta confesion, cuando se hallan próximos á morir, tiene grandes visos de verdad.

Por lo ménos, mis soldados, mis capitanes, creen que sois su cómplice.

—No es cierto.

—Así lo creo.

Pero yo necesito satisfacerles.

Los indios os hacen aparecer culpable; menester es que soporteis el castigo que os corresponde como tal.

—¡Castigo, castigo yo! exclamó asombrado Moctezuma.

—No hay remedio; los reyes, aunque no están obligados á sufrir del mismo modo que sus vasallos, tienen que obedecer una ley superior, que es la ley de la justicia.

Desde este instante sois nuestro prisionero, y en señal de ello voy á ponerlos con el decoro debido los grillos, que debéis tener algunos dias para tranquilizar á mis soldados.

Aprovechándose del asombro que aquel atrevimiento produjo en el emperador, el caudillo de los españoles mandó poner los grillos á Moctezuma.

La voz se ahogaba en los labios del emperador.

Vaciló algunos instantes entre la ira y la resignación.

—Los dioses lo quieren. . . . dijo al fin el infortunado emperador.

—¿No es bastante este sacrificio? añadió elevado los ojos al cielo.

Hernan Cortés y los capitanes, no ménos asombrados Moctezuma, le dejaron abandonado á su dolor.

El imperio de México estaba ya herido de muerte.

CAPITULO XLIX.

La mina.



o podía creer Qualcopoca lo que le pasaba.

—¿Qué maldicion ha caido sobre nuestro desventurado país? decia á su hijo y á sus compañeros de cautiverio al verse él, que hasta entónces habia sido libre como el aire, preso y encadenado, al recordar la abyeccion en que á sus ojos habia caido Moctezuma.

—Hemos hecho mal en obedecer al emperador, se atrevió á decir Zimpazin.

—No, eso no; la obediencia al jefe del Estado, repuso Qualcopoca, era en nosotros un deber imperioso, indeclinable.

—Pero en el mero hecho de llamarnos para ser juzgados por los españoles, debimos presumir lo que pasaria.

No me hice yo ilusiones.

Al venir á México para dar cuenta á Moctezuma de lo que habia pasado, al ver en su rostro el miedo en vez de la alegría, al fijar sus ojos en la ensangrentada cabeza del español, que en tu nombre, y como trofeo de nuestra victoria, le presenté, me convencí de que Moctezuma no era el mismo; y por mi parte, en vez de guardarle fidelidad, hubiera desobedecido sus órdenes ahora para salvar á la patria, sin perjuicio de prestarle obediencia despues de haberla salvado.

Qualcopoca nada contestó.

—Nuestros dioses no pueden querer la perdicion de México, dijo despues de un momento de reflexion.

Si Moctezuma dominado por los extranjeros, arrastra su cetro y su corona por el suelo, no faltará quien la recoja.

Cacumatzin, que odia á los españoles y es ambicioso; Cacumatzin, que anhela unir su reino de Tezcucó al imperio de México, levantará el abatido espíritu de los mexicanos.

—El nos libertará....

—Si le dan tiempo los verdugos.

—Yo nada espero, dijo Zimpazin; esos miserables, por vengar á su infame compatriota, serán capaces de asesinarnos acaso hoy mismo.

—Si hubiera algun medio de escapar de sus manos, dijo uno de los prisioneros.

—¡Aguardad! exclamó de pronto Qualcopoca.

Y permaneciendo algunos segundos abstraído:

—Sí, no hay duda, añadió; lo recuerdo bien.

La estancia en donde nos ha recibido Hernan Cortés era la que servia al padre de Moctezuma para celebrar consejo con sus generales.

Y dirigiéndose á sus compañeros de prision:

—Oid, les dijo; creo que hemos hallado el medio de evadirnos.

—¿Sí? preguntaron con ansiedad.

—Mi padre, prosiguió Qualcopoca, gozaba de la más completa confianza del padre de Moctezuma.

Era general en jefe de su ejército, su favorito, su privado.

En una ocasion, el rey de Tacuba Guaizinzam, abuelo de Guatimotzin, tramó una conspiracion contra el emperador.

Este lo supo, y averiguó que los conjurados se reunian en el palacio de la gran plaza, donde hoy se halla la morada imperial.

Con el mayor sigilo sobornó á uno de los conjurados y supo por él que trataban los partidarios del rey de Tacuba de labrar una mina subterránea para llegar por ella hasta este palacio.

Informado del plan formado por los conspiradores, mandó

á su vez que operarios activos abriesen desde este palacio una mina, que en un momento dado se pusiera en comunicacion con la de sus enemigos.

Zimpazin y los demas prisioneros oian á Qualcopoca con marcadas muestras de interes y ansiedad.

—El propósito del emperador era salir al encuentro de sus enemigos, sorprenderlos y derrotarlos, sin que se apercibieran de aquella misteriosa lucha los habitantes de la ciudad.

—¿Y llevó á cabo su proyecto?

—Comenzaron los trabajos hasta que los operarios oyeron el ruido que hacian los enemigos; entónces se detuvieron.

A los operarios remplazaron soldados, que estuvieron muchos días en acecho, oyendo los golpes de los trabajadores sediciosos, y esperando la ocasion de lanzarse sobre ellos para castigarles.

—Ningun arcito cuenta esa historia, objetó uno de los presos.

—No, porque afortunadamente no tuvo lugar la lucha.

Murió el rey de Tacuba, los conjurados renunciaron á su empresa y la mina quedó sin concluir.

Yo recuerdo que el emperador mandó matar á los operarios que le habian servido, para que en ningun tiempo revelasen el secreto de que habian sido forzosos confidentes.

Solo él y mi padre lo sabian.

Una noche fueron á visitar la mina, y mi padre me llevó en su compañía.

Yo era niño, y sin embargo de que han trascurrido muchos años, me recuerdo en este instante hasta de los más insignificantes detalles.

Los dioses quieren que lo recuerde para nuestra salvacion.

Desde la estancia en donde hemos estado hace poco, seguimos el camino que nos ha conducido hasta aquí, y en una habitacion muy parecida á esta levantó mi padre del suelo un trozo de madera, y despues levantó una compuerta, y bajando unos

cuantos escalones conmigo, comenzamos á andar por una estrecha galería.

A los cien pasos nos detuvimos delante de una pared.

Mi padre dió un golpe en ella, y á aquel golpe respondió otro.

—«Un hombre en cuatro dias puede romper esta pared,» exclamó.

Nos volvimos, y desde entónces nunca volví á oirle habar de la mina.

Ignoro si el obstáculo habrá desaparecido; pero estoy seguro de que no estamos léjos de la boca de la mina.

Esta narracion tuvo suspenso el ánimo de cuantos le escuchaban.

—Es preciso convencernos de que no te equivocas, dijo Zimpazin.

Y todos comenzaron minuciosamente á registrar el pavimento, que aunque cubierto con esteras de palma movibles, era de madera.

Despues de una hora larga consagrada á esta tarea logró Zimpazin levantar el pedazo de madera de que habia hecho mencion su padre.

En seguida levantó, aunque no sin trabajo, la compuerta.

Una inmensa alegría brilló en el rostro de los infelices prisioneros.

—Nos hemos salvado, gritó uno de ellos.

—No, dijo Qualcopoca con amarga trizteza. Nuestros verdugos, al poner las cadenas en nuestros piés, nos han privado de movimiento.

Los grillos de Zimpazin eran más largos que los de los demas, y el jóven podia andar y moverse con más facilidad que sus compañeros de desgracia.

—Yo exploraré la mina, dijo.

Y partió á ejecutar su promesa.

Al cabo de un rato volvió, diciendo que la pared existia aún pero que fácilmente podria echarla abajo.

Durante los días que estuvieron presos, quedándose uno de guardia para avisar á los demas, los cuatro restantes bajaban á la mina, y arrastrándose llegaban hasta la pared.

Con las manos y los hierros de sus piés, que se destrozaban, iban poco á poco horadando el endeble muro.

Un día les anunciaron que al siguiente saldrian de la prision para sufrir el castigo.

—Es necesario trabajar toda la noche para que mañana no nos encuentren, dijo Qualcopoca.

Zimpazin hizo desesperados esfuerzos.

—Dejadme solo, dijo, y cuando termine la obra os llamaré.

Los prisioneros aguardaban con ansia oír la voz de Zimpazin: amaneció; Zimpazin no avisaba; una mortal angustia se apoderó del ánimo de los prisioneros.

De pronto resonaron pasos.

Eran los españoles, que iban á buscar á los reos.

Al oír Qualcopoca ruido en la habitacion contigua á la que les servia de calabozo:

—Nos hemos perdido, exclamó.

Uno de sus compañeros echó la compuerta y cubrió con una estera la boca de la mina.

Los soldados españoles, guiados por Diego de Orgaz y acompañados de Aguilar, que debia servirles de intérprete en aquella ocasion, entraron en el calabozo.

Al notar que faltaba Zimpazin, preguntaron á Qualcopoca dónde se hallaba.

—No le hallaréis, contestó el prisionero. Los dioses han querido que pueda librarse de vuestro castigo para vengarnos.

Diego de Orgaz mandó quitar los grillos á los presos, los sacó del calabozo y los condujo entre soldados á la gran plaza en donde debia tener lugar su ejecucion.

CAPITULO L.

El suplicio.



odos los habitantes de México aguardaban, poseidos de ansiedad y temor, el triste instante en que debian ser castigados aquellos de sus compatriotas que se habian atrevido á hacer armas contra los españoles en Zempoala.

No podian explicarse cómo Moctezuma consintiese en que uno de sus más bizarros generales sufriera aquel tremendo castigo.

Pero si calificaban en él debilidad esta condescendencia, no podian ménos de asombrarse ante el arrojado de los españoles, que de aquella manera vengaban el ultraje que les habian inferido.

Por grande que fuese la curiosidad de los mexicanos, era mucho mayor el horror que experimentaban, y muy pocos fueron los que se atrevieron á presentarse en la plaza destinada al suplicio.

Reinaba en la plaza de México un lúgubre silencio.

Cortés habia dispuesto que se formasen cinco montones de leña en la plaza; habia rodeado de soldados aquellas piras, y anunció la llegada de los reos al patíbulo con un redoble seco, que heló la sangre en las venas de los mexicanos que le escucharon.

Ilbialbi habia recibido el encargo de excitar á los mexicanos á que acudiesen á visitar aquel espectáculo, decretado más que para llevar á cabo una ruin venganza de los españoles, para que éstos adquiriesen influencia sobre los habitantes del imperio que se proponian conquistar.

A pesar de los esfuerzos que hizo el jóven indio, apenas consiguió los deseos de Hernan Cortés.

No habia quien no se sintiese en peligro, quien no temblase ante el temor de perecer tarde ó temprano del mismo modo.

Los reos salieron del calabozo, y Qualcopoca con una entereza, con una arrogancia admirable pidió que le condujeran á la presencia de Moctezuma para darle el último adios.

El débil monarca no quiso acceder á estos ruegos.

Partió la comitiva, y en el momento en que salian los prisioneros del cuartel de los españoles, los soldados prendieron fuego á la leña, y el denso humo no tardó en cubrir el espacio.

Fray Bartolomé de Olmedo acompañaba á Qualcopoca, exhortándole á que se reconociese como verdadero culpable y buscase en la absolucion de sus culpas el premio de la vida eterna.

El guerrero no le escuchaba.

Avanzaba sereno, mirando á todas partes, y si hubiera podido expresar los sentimientos que dominaban su alma, hubiera demostrado que no sentia la muerte, porque al ver el silencio que reinaba en torno suyo, el abandono en que le dejaban sus compatriotas, preferia mil veces morir á vivir en un pueblo que tan pronto y tan profundamente habia caido en la abyeccion.

Seguíanle sus compañeros, y no tardó en cundir por la ciudad la noticia de que Zimpazin no formaba parte de la comitiva.

—Le habrá perdonado Hernan Cortés, se dijeron unos á otros.

—Le habrán asesinado en el calabozo, pensaban algunos.

Al fin llegaron los reos y el piquete que les acompañaba al lugar del suplicio.

Qualcopoca y sus compañeros, que con paso tranquilo habian llegado hasta el patíbulo, al ver las llamas se estremecieron.

—¿Es esa la muerte que me destinais? preguntó Qualcopoca. Hacedis bien; me dais para luchar un enemigo poderoso.

Prefiero morir revolviéndome en las llamas, á sufrir el omi-

noso castigo que nosotros hemos impuesto al extranjero cuya cabeza conserva Moctezuma como un trofeo de nuestra gloria.

¡Animo, hermanos míos! añadió á los que iban á sufrir la misma suerte. No deis á nuestros verdugos el espectáculo del desaliento.

Harto nos ha humillado el emperador con su pusilánime conducta.

Convénzanse de que si la fuerza nos domina, no hay poder en el mundo que nos haga doblar la cerviz.

La noticia, que circuló en breve por toda la ciudad, de que Zimpazin no iba entre los reos, hizo que la curiosidad pudiese más que el temor, y poco á poco fueron llenándose de mexicanos todas las avenidas de la plaza.

Qualcopoca creyó, al ver acudir á sus compatriotas, que iban resueltos á defenderle, y deteniéndose dentro del cuadro que formaban los españoles, habló á los mexicanos:

—Voy á morir, les dijo, voy á morir por vuestra causa.

¡Baldon y oprobio sobre vosotros, que consentís que unos míseros aventureros hayan aprisionado á vuestro emperador y castiguen inicuamente á sus más esforzados generales.

Aún es tiempo: venid á mi, romped mis ligaduras, caed sobre estos miserables, y yo á vuestra cabeza, destruiré á nuestro enemigo, romperé las cadenas del emperador, y desbarataré los conjuros que han empleado para condenarnos á la impotencia.

¿Tendreis valor para vernos perecer en las llamas?

¡Ah! No. Venid, venid; despertad del vergonzoso sueño en que os hallais sumidos, para reconquistar vuestra independencia; de lo contrario, nuestra sangre caerá sobre vosotros, y los extranjeros os convertirán en esclavos.

A pesar de estas exhortaciones, los mexicanos no se atrevieron á dar un paso ni á alzar los ojos del suelo, para no encontrarse con las miradas amenazadoras de Qualcopoca.

Viendo éste que todos sus esfuerzos eran inútiles, poseido de un vértigo:

—Al ménos, dijo á sus compañeros, que nos maten luchando. Y lanzándose sobre Diego de Orgaz, dió ejemplo á los prisioneros para que á su vez hiciesen pagar cara su vida.

La lucha era desigual.

Qualcopoca no tardó en caer atravesado por una bala de arcabuz.

Al verle tendido en tierra y bañado en sangre, lanzaron los mexicanos un gemido de horror.

Los soldados colocaron en una pira el cuerpo exánime de Qualcopoca.

Sus compañeros fueron asimismo arrojados á las hogueras.

Consumado el castigo, abandonaron los españoles á la curiosidad del pueblo aquellas llamas, que consumían los restos de los culpables.

Hernan Cortés no quiso asistir á aquel horrible espectáculo.

Obedeci óal disponerle á una necesidad imperiosa para él: la de infundir pavor á los mexicanos.

Pero en el fondo de su alma sentía amargamente haber tenido que dictar aquel castigo, porque el valor de Qualcopoca le habia grangeado su admiración.

Atemorizados los mexicanos, corrieron á refugiarse en sus casas, y durante todo el dia reinó en la ciudad un lúgubre silencio.

Hernan Cortés esperaba con ánsia la llegada de los españoles.

—Ya han sucumbido, le dijeron.

—¿Todos?

—Todos no.

—¿Qué decís?

—Uno de ellos ha logrado evadirse.

—¿Cómo le habeis dejado escapar?

—Lo ignoro.

—¡Parece cosa de encantamiento!

—Al entrar en el calabozo no estaba.

—Pues de allí no ha podido escaparse.

—Debe haber alguna puerta oculta.

—Si la hubiera se habrían evadido todos.

—Yo me he propuesto averiguar lo que haya, y lo averiguaré.

Por de pronto, debo deciros que solo han muerto cuatro de los cinco reos.

El quinto corre de mi cuenta el encontrarle.

Hernan Cortés se dirigió al aposento de Moctezuma, hizo que le acompañaran los capitanes, y al hallarse en presencia del emperador:

—Los criminales que se atrevieron á hacer armas contra nosotros, los que intentaron con falsas calumnias amenguar vuestra fama, acaban de expiar su crimen en el patíbulo.

Tiempo es ya de que yo os demuestre que no os guardo rencor.

Y llamando á uno de sus pajes:

—Quitad los grillos al soberano de México, les dijo.

Los pajes obedecieron, y el emperador agradeció aquella muestra de benevolencia á Hernan Cortés.

—He dejado, exclamó, que se cumpliera vuestra voluntad para convencers más y más de que no he tenido parte alguna en los abusos cometidos por Qualcopoca.

Ya duerme el sueño eterno.

¡Que los dioses se apiaden de mí!

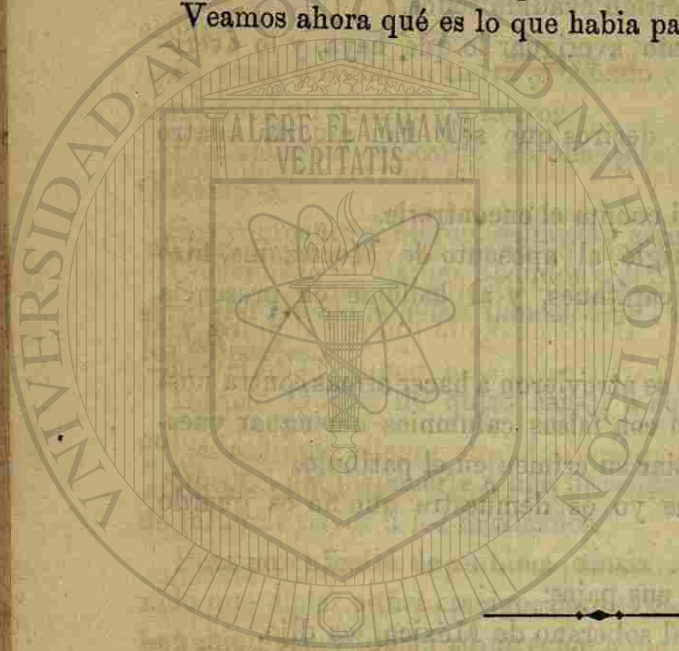
Moctezuma atribuía todo lo que le pasaba á castigo de los dioses por sus pasadas culpas; y al aceptar las penalidades que decretaban, creía hacer méritos á sus ojos, y lo que hacia era aumentar su debilidad con el fanatismo.

Moctezuma abrazó cariñosamente á Hernan Cortés.

Este dispuso que se alejaran los centinelas y los capitanes, quedando solo con su huésped.

—Emperador, le dijo el caudillo de los españoles; estais en libertad. Podeis volver á vuestro palacio cuando gustéis. Moctezuma se negó á aceptar esta oferta.

Veamos ahora qué es lo que habia pasado á Zimpazin.



CAPITULO LI.

La evasión.



IMPAZIN trabajaba con todas sus fuerzas cuando llegaron los españoles á buscar á los reos.

Con el delirio que producía en él la esperanza de la salvación, se le pasó el tiempo sin sentir.

Al fin logró su objeto, al fin consiguió romper el muro, y al volver ébrio de gozo á participarle á su padre, halló la compuerta echada.

Instantáneamente comprendió lo que aquello significaba.

—¡Es tarde! murmuró... ¡Es tarde! Han salido sin duda para el suplicio.

Meditó un instante sobre el partido que debería tomar.

—Acaso puedo impedir su ejecución, se dijo.

Y avanzando por la mina, pasó al otro lado, y siguió la galería subterránea.

Al final halló una escalera.

Subió diez escalones, y encontró un nuevo obstáculo.

También allí habia una compuerta.

La compuerta estaba en la habitación que ocupaba Temixpa en el palacio de su padre.

Zimpazin se resolvió á llamar.

La joven princesa estaba sumida en el más profundo dolor.

No ignoraba la suerte que los españoles habian reservado á los reos.

Habia ido á pedir á su padre que implorase el perdón de Zimpazin.

En aquel momento supremo, le confesó el inmenso amor que sentía hacia el hijo de Qualcopoca.

Moctezuma comprendió el inmenso dolor de su hija.

— Es inútil que derrames lágrimas, le dijo; yo no soy dueño de su vida.

El y su padre han cometido un delito que nuestros huéspedes desean castigar.

— ¡Yo misma pediré gracia! exclamó la joven princesa.

— Tú no; eres mi hija, eres princesa, y los que tienen sangre mia en sus venas, sufren y mueren, pero no se humillan.

— Bien está, moriré, dijo la joven alejándose.

Moctezuma no la detuvo

— ¡Los dioses lo quieren! exclamó resignándose.

La joven volvió á palacio, y pasó la noche en mortal angustia.

Al dia siguiente supo que Zimpazin debia morir quemado en la gran plaza de Tlatelulco.

No encontrando consuelo en su madre, á quien preocupaban serios asuntos, se refugió en su habitacion.

Allí acudieron á decirle que los prisioneros habian sucumbido; pero que Zimpazin habia logrado evadirse.

— ¡Oh! No, se dijo la joven; su evasion era imposible.

De librarse él, hubiera salvado ántes á su padre.

El dolor le ha asesinado, y sus verdugos no han tenido valor para quemar á un cadáver.

Quedó sola en su estancia, y al poco tiempo oyó desesperados golpes que resonaban bajo sus piés.

Al pronto no hizo caso.

La pesadumbre llenaba todo su ánimo.

Los golpes redoblaban.

Prestando atencion, creyó oír una voz.

Cerró la puerta de su estancia.

Separó las alfombras de algodón tejido con palma, y echándose en el suelo, puso atento el oído.

La voz de Zimpazin más perceptible, unida al presentimiento, la movió á registrar el pavimento para ver si comunicaba con alguna habitacion subterránea.

El suelo estaba cubierto de mármoles.

Observando bien, notó que en uno de los ángulos habia una losa que se movia.

Reuniendo todas sus fuerzas, pudo levantarla.

Bajo la losa habia una compuerta de madera.

La levantó tambien, y reconociendo la voz de Zimpazin, poseida de asombro, y al mismo tiempo de alegría le tendió su mano, y no tardó en caer en los brazos del joven guerrero.

— ¡Tú aquí, Temixpa!... El dios tutelar del amor me ha traído á tu lado.

— ¡Ah! Sí, exclamó la joven; te ha traído á darme la vida, porque yo te creia ya en los brazos de la muerte, é iba á buscarte en ellos. ¡Pero cómo es eso! Habla, explícate.....

Zimpazin refirió á su amada todo lo que habia sucedido.

Al terminar su breve relato:

— Pero no nos detengamos, dijo Zimpazin, necesito salvar á mi padre, á sus amigos.

Cacumatzin estará en palacio.

Llévame á su presencia.

Que los soldados mexicanos rompan mis cadenas, y yo, al frente de ellos iré á arrebatár su presa á los españoles, y los aniquilaré y devolveré á mi patria la paz y la independencia.

El remedio de estos sacrificios será tu amor.

Temixpa no se atrevió á decir á Zimpazin lo que sabia.

El joven insistió.

Al oír de nuevo su esperanza, Temixpa le reveló la verdad.

— Es tarde, Zimpazin, le dijo; tu padre y los demas prisioneros han muerto abrasados por las hogueras de los españoles.

— ¡Y los mexicanos lo han consentido! exclamó Zimpazin, ciego de ira.

—Han obedecido á mi padre.

—¡Tu padre ha perdido para siempre á los mexicanos! añadió fuera de sí. ¡Maldito! ¡Maldito sea!

Temixpa se horrorizó al oír aquella maldición.

Zimpazin, poseído de una horrible sed de venganza, abandonó la estancia de la jóven, recorrió algunas habitaciones, y se dirigió á la cámara de Moctezuma.

Al llegar oyó una exclamacion de sorpresa y de asombro.

—¡Zimpazin! gritaron à un tiempo la emperatriz, los tres príncipes y algunos altos dignatarios que se hallaban en la cámara imperial.

—¡Sí, yo soy! contestó el jóven. Yo, que vengo resuelto á vengar los crímenes horribles que acaban de cometer los españoles.

Zimpazin llegó á tiempo.

Los que allí estaban reunidos buscaban el medio de arrebatar á Moctezuma del poder de los españoles, y el castigo de éstos por la crueldad que acababan de cometer.

CAPITULO LII.

La emperatriz de México y los consejeros de Moctezuma.



ANTES de referir lo que pasó al presentarse en la cámara Zimpazin, conviene que enteremos á nuestros lectores del objeto que habia reunido en aquella estancia á la emperatriz y á los consejeros de su esposo.

Dado el ascendiente que tenia Moctezuma sobre sus vasallos, se comprende con facilidad que les comunicara el desaliento en que habia caído.

En efecto: todos los que estaban acostumbrados á ver en él la energía y el valor reunidos; todos los que hasta entónces le habian considerado como su señor, no podian ménos de humillar la frente como él diciéndose:

—Cuando Moctezuma trata à los extranjeros de esa manera, cuando se doblega á su voluntad, cuando hace tantos sacrificios para demostrarles la sinceridad de sus intenciones, no hay duda de que esos hombres son superiores á nosotros; no hay duda de que los vaticinios de los augures se han confirmado; no hay duda de que los dioses, reconociendo en ellos á los descendientes del gran Quetzalcoal, imponen al emperador, y por lo tanto, nos imponen á nosotros obediencia y respeto hácia los extranjeros.

La actitud de Moctezuma era, pues, la de los altos dignatarios de su córte, y en vano Cacumatzin habia tratado de disuadirle y de comunicarle el fuego que ardia en su pecho, la sed de venganza que devoraba su alma.

¿De qué le servia su ejército de Tezcuco, si acostumbrados los tezcucanos á admirar el valor de los soldados de México,

—Han obedecido á mi padre.

—¡Tu padre ha perdido para siempre á los mexicanos! añadió fuera de sí. ¡Maldito! ¡Maldito sea!

Temixpa se horrorizó al oír aquella maldición.

Zimpazin, poseído de una horrible sed de venganza, abandonó la estancia de la jóven, recorrió algunas habitaciones, y se dirigió á la cámara de Moctezuma.

Al llegar oyó una exclamacion de sorpresa y de asombro.

—¡Zimpazin! gritaron à un tiempo la emperatriz, los tres príncipes y algunos altos dignatarios que se hallaban en la cámara imperial.

—¡Sí, yo soy! contestó el jóven. Yo, que vengo resuelto á vengar los crímenes horribles que acaban de cometer los españoles.

Zimpazin llegó á tiempo.

Los que allí estaban reunidos buscaban el medio de arrebatar á Moctezuma del poder de los españoles, y el castigo de éstos por la crueldad que acababan de cometer.

CAPITULO LII.

La emperatriz de México y los consejeros de Moctezuma.



ANTES de referir lo que pasó al presentarse en la cámara Zimpazin, conviene que enteremos á nuestros lectores del objeto que habia reunido en aquella estancia á la emperatriz y á los consejeros de su esposo.

Dado el ascendiente que tenia Moctezuma sobre sus vasallos, se comprende con facilidad que les comunicara el desaliento en que habia caído.

En efecto: todos los que estaban acostumbrados á ver en él la energía y el valor reunidos; todos los que hasta entónces le habian considerado como su señor, no podian ménos de humillar la frente como él diciéndose:

—Cuando Moctezuma trata à los extranjeros de esa manera, cuando se doblega á su voluntad, cuando hace tantos sacrificios para demostrarles la sinceridad de sus intenciones, no hay duda de que esos hombres son superiores á nosotros; no hay duda de que los vaticinios de los augures se han confirmado; no hay duda de que los dioses, reconociendo en ellos á los descendientes del gran Quetzalcoal, imponen al emperador, y por lo tanto, nos imponen á nosotros obediencia y respeto hácia los extranjeros.

La actitud de Moctezuma era, pues, la de los altos dignatarios de su córte, y en vano Cacumatzin habia tratado de disuadirle y de comunicarle el fuego que ardia en su pecho, la sed de venganza que devoraba su alma.

¿De qué le servia su ejército de Tezcuco, si acostumbrados los tezcucanos á admirar el valor de los soldados de México,

los veían confusos y aterrorizados en presencia de los extranjeros?

Aun cuando consiguiese arrastrarlos á la pelea, ¿no era de presumir que Moctezuma opusiese á las fuerzas de Tezcuco las fuerzas de México?

Y si se encendía la guerra civil, ¿no serían los españoles los que más partido sacasen de aquellas disensiones?

La dura ley de la necesidad había obligado á Cacumatzin á contener el empuje y el coraje, y para no malograr el éxito de la tentativa que estaba resuelto á llevar á cabo, quiso, aceptando el sacrificio de Qualcopoca y de los prisioneros, perecer ántes que dar el golpe decisivo á todos los magnates de México, para que le ayudasen á conquistar la independencia de la patria; el príncipe de Iztacpalapa no se prestaba á secundar sus planes.

Supersticioso en mayor grado que Moctezuma, consideraba la presencia de los extranjeros como un castigo impuesto por los dioses á los abusos del poder, que Moctezuma y sus consejeros habían cometido, y creía con la resignación poner término más pronto que con la saña á aquella expiación.

Cacumatzin, profundamente entristecido, porque dudando de Guacalcinla, faltaba á su alma la felicidad que hasta entónces le había soñado, solo tenía lamentos para deplorar la suerte de su patria.

Ninguno de los dos se atrevía á contrarestar las órdenes de Moctezuma.

Viendo Cacumatzin lo inútil de sus esfuerzos, desconfiando del apoyo de los dos príncipes, buscó á la emperatriz Miazochil.

El sentimiento de venganza que ardía en su pecho halló eco en el de la esposa de Moctezuma.

—Tú desconoces al emperador, exclamó Miazochil. Yo no solo le desconozco, sino que siento que ha perdido mi alma todo el

amor que le profesaba. ¿Cómo es posible, ostentando en las sienas la corona imperial, aceptar las humillaciones que le han impuesto los extranjeros, abandonar sus casas, sus familias, vivir supeditado á la voluntad de hombres audaces, cuyos fines se traslucen perfectamente; consentir que sus más valerosos guerreros se hallen aprisionados y condenados á muerte por los que debían ser las primeras víctimas de su indignación?

Yo siento que la vergüenza enciende mi rostro; yo quisiera que los mexicanos escuchasen mi voz, y aunque supiera hallar la muerte, preferiría morir á sufrir el oprobio que ha dejado caer sobre México la debilidad de Moctezuma.

Viendo á Miazochil propicia á sus designios, procuró poco á poco ganar la voluntad de los magnates.

Cuando supo que el emperador había consentido que los españoles ligasen sus piés con infamantes cadenas, convocó en su palacio á todos los miembros de la familia imperial, les refirió lo que pasaba, y ante aquel grado de ignominia pudo conseguir que con más ó ménos sinceridad se ofreciesen á ayudarle en su empresa todos cuantos le oyeron, incluso los soberanos de Tlacuba y de Iztacpalapa.

Unidos todos para no soportar por más tiempo tanta humillación, formaron desde aquel momento parte de una conspiración, cuyo fin era salvar á Moctezuma y castigar á los extranjeros.

Cacumatzin pensaba de otra manera.

El señor de Tezcuco sabía que no lograría sus designios sin que tuviese lugar una sangrienta lucha, y se proponía aprovechar en ella la ocasión de quitar la vida á Moctezuma y de alzarse con el cetro del imperio, que no era ya en sus manos más que un signo de baldon y de infamia.

Los días que trascurrieron desde que los españoles pusieron los dorados grillos al emperador hasta el en que se consumó el

castigo de Qualcopoca, la emperatriz y los consejeros de Moctezuma procuraron, al visitarle, en su conversacion inclinar su ánimo á que protestara contra el castigo de sus generales, y á que diese la orden para que, oponiéndose á semejante atentado las fuerzas del imperio, libertasen á la patria del oprobio que iba á caer sobre ellos.

Todas estas tentativas fueron inútiles.

Moctezuma queria á toda costa conservar la amistad de los españoles, y estaba resuelto á no oponer resistencia á sus designios para que se convencieran de su sinceridad.

En vista de esto, quiso la emperatriz, secundando las iras del señor de Tezcuco, que los tres príncipes y los magnates que tenían más influencia sobre el pueblo de México, celebrasen una reunion para acordar en ella el partido que deberian tomar.

Este consejo se anticipó, porque acudiendo á palacio todos los que debian formar parte de él para comunicarle la impresion que en ellos habian producido aquellas hogueras, y sobre todo la actitud cobarde de los mexicanos.

—Los males que aflijen á la patria, dijo Cacumatzin, son grandes, y requieren pronto y eficaz remedio.

No es posible dilatar más tiempo el castigo de nuestros hermanos.

Los mexicanos temen, porque ven que nosotros consentimos tantas infamias, y en cuanto nos vean dispuestos á oponer resistencia nos ayudarán, y el triunfo será nuestro.

Comprendiendo todos la urgencia con que la situacion por que atravesaban reclamaban medidas enérgicas, resolvieron no abandonar la cámara imperial sin haberse puesto de acuerdo para conjurar tantas desventuras.

Contínuamente llegaban servidores de palacio á dar cuenta de lo que pasaba en la plaza.

Lo que más indignaba á Cacumatzin, era el temor que se habia apoderado de los mexicanos.

—¡Oh! Si yo pudiera contar en este instante con mis soldados de Tezcuco, exclamaba, aun á riesgo de perecer, me lanzaría con ellos al combate; el estímulo agujonearía á los mexicanas, y todos unidos acabariamos en breve con los hombres de la raza maldita.

—No se olvida tan fácilmente la obediencia á un monarca poderoso como Moctezuma, objetó con su acostumbrada mesura Quetlahuaca. Cuando un soberano tan sabio y tan querido de los dioses lo sacrifica todo á la paz, razon tendrá.

—Segun eso, exclamó Guatimotzin, nos aconsejas la prudencia y la calma.

¿Quieres que veamos con tranquilidad de espíritu á Moctezuma lejos de nosotros, fuera de su palacio y en compañía de sus enemigos?

¿Quieres que presenciemos impávidos, con indiferencia, atentados tan horribles como el que están cometiendo en este instante?

¿Olvidas que Qualcopoca es uno de los más valientes, de los más leales guerreros del imperio de México?

¿Olvidas los inmensos servicios que ha prestado á Moctezuma, sometiendo á su mando las tribus montaraces de los totonaques, convirtiendo en tributarios suyos á los poderosos caciques de Zempoala y Tabasco?

—Moctezuma, dijo la emperatriz, ha cometido una horrible ingratitud al entregarle á los españoles.

—Y su hijo, y el bravo Zimpazin, ¿merecia la suerte á que le ha condenado despues de haberle ofrecido el más rico trofeo, la cabeza de uno de los más formidables extranjeros?

—Pues bien; todos esos actos indicar que alguna grave enfermedad moral se ha apoderado del espíritu del emperador.

—Guacolando, dijo el príncipe de Iztacpalapa, tú que eres el ministro de su conciencia, tú que posees toda su confianza y eres su intermediario para con los dioses, explícanos la causa

de ese radical cambio que se ha operado en su modo de sér.

— Los dioses lo han querido, contestó Guacolando. Noches enteras ha pasado absorto en sus oraciones; hemos empleado todos los conjuros para saber la voluntad del gran Tezcalepuzca, y los oráculos han aconsejado siempre al emperador que sufriese resignado las calamidades que iban á desencadenarse sobre su imperio: vosotros le culpais, no os falta razon; pero si leyerais como yo en el fondo de su alma, os apiadaríais de su martirio, y comprenderíais que solo el deseo de salvar á su pueblo es el que le obliga á preferir las humillaciones á la muerte.

— Así será, dijo Cacumatzin; pero no es posible permanecer inactivos en presencia de los males que nos afligen.

En aquel momento llegaron unos cuantos mercaderes de la plaza de Tlatelulco, y refirieron la desaparicion de Zimpazin y el horrible tormento que acababan de sufrir Qualcopoca y sus desgraciados compañeros.

Poseidos de un inmenso horror:

— ¡Venganza, venganza! gritaron todos.

— Es necesario que paguen cara la sangre que han derramado, exclamó uno de los magnates.

— El único medio de poner término á los crímenes de los extranjeros, es resolvernlos á considerar vacante el trono.

— Sí, sí.

— Moctezuma no le ocupa.

— Los españoles le tienen prisionero.

— El imperio no puede vivir sin una cabeza que sustente la corona, sin un brazo poderoso que empuñe el cetro.

— Pero Moctezuma no ha muerto.

Ocupar su puesto seria una usurpacion.

— No quiero yo que le reemplacemos de un modo definitivo.

Lo que deseo es una sustitucion provisional.

— La emperatriz debe asumir todas las facultades de su esposo, dijo Guatimotzin.

— La emperatriz no, contestó el señor de Tezcuco fuera de sí, porque las palabras del rey de Tacuba destruian sus proyectos.

— Jamas se ha sentado en el trono de México una mujer, y mucho ménos ahora que nunca debe ocuparle, cuando se necesita fuerza y valor para conjurar los peligros.

No, yo respeto á Miazochil; yo la respeto y la amo tanto ó más que vosotros; pero reconozco que no podemos ni debemos confiarle tan difícil y delicada mision.

Es necesario que uno de nosotros, el que más odie á los extranjeros, el que más dispuesto esté á sacrificar su vida por la patria, reemplace á Moctezuma.

Estas palabras revelaron los ambiciosos deseos de Cacumatzin, y no hubo uno de los presentes que no sintiera repulsion hácia él.

Hubo una breve pausa.

— No, dijo de pronto Quetlahuaca, no tenemos derecho para cometer esa usurpacion.

Unidos todos, para respetar á Moctezuma debemos aliviar su suerte y la del pueblo mexicano; debemos recurrir á la persuasion y á las súplicas. Por mi parte, declaro que me opondré á cualquiera otra tentativa.

— Y yo, dijo Guatimotzin.

— Y todos, añadió la esposa del monarca.

— Sois dignos émulos de Moctezuma, exclamó poseido de frenética ira Cacumatzin. Yo os abandono; nada quiero de una nacion que acepta resignada el dogal de la esclavitud.

Fuerzas tengo bastantes en Tezcuco para impedir que los españoles consumen sus infames designios.

Al terminar estas palabras se levantó y abandonó la estancia.

No sabian los circunstantes qué partido tomar, cuando la inesperada presencia de Zimpazin varió por completo la actitud de los deudos y aliados de Moctezuma.

CAPITULO LIII.

En el que Zimpazin se prepara á vengar á su padre.



ZIMPAZIM! exclamaron todos á la vez, llenos de asombro.

—Sí, yo soy, dijo el jóven; yo que he podido escapar de las manos de mis verdugos, y estoy dispuesto á vengar á mi padre.

—¿De qué manera te has salvado? le preguntaron todos.

—Es un secreto, que prueba que los dioses favorecen la causa de los mexicanos.

—Explicate.

—Romped las ligaduras que quebrantan mis piés; que yo sea libre, y os hablaré de mis proyectos.

Inmediatamente dió orden Guatimotzin para que quitasen los grillos á Zimpazin.

La operacion fué larga, porque hubo necesidad de romperlos.

Al cabo de algun tiempo de silencio, una vez libre el jóven, todos se aprestaron á escucharle.

—Mi padre ha sucumbido de la manera más inhumana, exclamó Zimpazin.

El venerable anciano, el guerrero más valeroso del imperio mexicano, ha muerto devorado por las llamas.

Tres de los más valientes capitanes de su ejército han sufrido la misma suerte, y los mexicanos han huido, ó han presenciado impávidos tan horrible venganza.

¡Ah! Si yo hubiera llegado á tiempo, si no hubieran consu-

mado el crimen, habria buscado á los soldados de México, mi dolor les hubiera estimulado, y á estas horas la sangre de los extranjeros habria apagado las horribles hogueras.

Pero de todos modos, he jurado castigar su infamia, y la castigaré.

Oidme.

Mi padre ha dejado en Zempoala un numeroso ejército; cuando sepa su fin desastroso, pedirá venganza.

Yo me presentaré á los soldados, yo les pediré que me sigan, y me seguirán.

Poco importa que al abandonar las sierras de Zempoala se subleven aquellas tribus; poco importa que se pierdan las ciudades conquistadas, que se mermen los tributos.

Lo principal ahora es librar á México del yugo de los extranjeros; lo principal es sacudir su ominosa opresion.

Al ver los mexicanos á mis soldados dispuestos á morir ó vencer, saldrán de la apatía, el mismo Moctezuma reconocerá su poderío, se avergonzará de su conducta pusilánime, y volverán para nosotros dias de gloria y de esplendor.

—Tus esfuerzos generosos, Zimpazin, seran inútiles, dijo Guacolando.

Tus soldados se acobardarán como los de Tabasco y los de Tlaxcala, como los de Cholula y los de México.

Créeme, esos hombres son invencibles, y con la fuerza nada conseguiremos.

—Si así fuera, añadió Zimpazin, si no bastasen nuestros millares de hombres para destruir á ese puñado de aventureros, recurriríamos á la astucia.

Zimpazin se vió interrumpido por la llegada de un emisario de Moctezuma.

El emperador llamaba á su afligida esposa, y á su ministro Guacolando para comunicarles faustas nuevas.

Era tan urgente el recado, que Miazochil y Guacolando partieron en seguida.

Guatimotzin los acompañó, accediendo á los ruegos de la emperatriz.

Esta convocó á todos los circunstantes para la noche siguiente.

Solo quedaron en la estancia el principe de Iztacpalapa y Zimpazin.

—Has protegido mis amores con Temixpa, Quetlahuaca: yo voy á partir inmediatamente para Zempoala, y ántes quiero confiarte un secreto.

—Habla.

—Ignoro la suerte que me está reservada; pero me hallo dispuesto á ejecutar lo que he anunciado.

—¿Vas á partir?

—Sí.

—¿Confías en la lealtad de los soldados de tu padre?

—Sí, confío en ellos; pero los flaxcaltecas y los zempoales son amigos de los españoles; podrian tenderme algun lazo, y en ese caso, quiero que tú me vengues.

—Habla.

—Has visto que he llegado hasta aquí, dijo Zimpazin.

—Sí... ¿Qué has hecho para librarte de tus enemigos?

—Es mi secreto; pero voy á revelártelo.

—Estoy ansioso de saberlo.

—Mi padre, dijo Zimpazin, recordó, estando prisionero conmigo, que su padre en tiempo del otro emperador le habia hecho acompañarle á visitar una mina en el palacio que hoy ocupan los españoles.

—¿Una mina?

—Sí, abierta por orden del padre de Moctezuma.

Esta mina pone en comunicacion los dos palacios, y nada hay más fácil que penetrar una noche en la morada de los españoles, sorprenderlos dormidos, matarlos, y veagar á nuestros desgraciados hermanos.

Pero esta accion es cobarde, que solo en el último extremo debemos poner en práctica.

Antes apuremos los medios con la lucha leal: si nos vencen, aun nos queda un recurso.

Por si yo muero, te lo confío.

Quetlahuaca oyó con atencion la revelacion de Zimpazin.

El jóven partió.

Antes de salir de palacio buscó á la princesa Temixpa.

La jóven quiso detenerle.

Sus ruegos fueron inútiles.

Zimpazin se despidió de ella.

—Pronto seré digno de tí, ó dormiré el sueño de la muerte, dijo.

Y aprovechando la sombra de la noche, salió de la ciudad, y tomó el camino que conducia á Zempoala.

El principe de Iztacpalapa se quedó un momento pensativo.

—Cacumatzin, se dijo, aspira al imperio de México.

Guatimotzin, lo espera por herencia.

Yo no, y sin embargo, el hijo de Qualecopoca me ha dado los medios de alcanzar lo que tambien desea mi alma.

Yo salvaré á México, y contrarestaré los planes de los dos principes ambiciosos.

Aquella esperanza fué desde entónces su pesadilla.

CAPITULO LIV.

Ilusiones.



MARINA, que no cesaba de auxiliar en su empresa á los españoles, procuró captarse la confianza de Moctezuma, y gracias al ingenio de la jóven india consiguió Hernan Cortés su principal deseo.

Este era que Moctezuma no apareciese á los ojos de su pueblo como su prisionero, y que, sin embargo, estuviese en su poder.

Marina se valió de cuantos medios le sugirió su imaginacion para despertar en el emperador las ideas que queria infiltrarle.

Un dia, despues de haber satisfecho la curiosidad de Moctezuma, respondiendole acerca de las preguntas que le dirigió respecto á los motivos que le habian impulsado á acompañar á los españoles, díjole Marina con el mayor candor:

Ya veis, señor, que aun cuando son temibles, porque disponen á su antojo del rayo y destruyen las huestes de sus enemigos, tienen buen corazon y saben respetar lo que merece respeto.

Yo he oido á Hernan Cortés quejarse amargamente de la conducta de sus soldados, por haberle exigido éstos que viniérais á vivir en nuestra compañía, á fin de asegurarse de que los atentados cometidos por Qualecopoca no habian sido órden vuestra.

Por su parte, no os hubiera afligido de ese modo ni os hubiera rogado que viniérais á su morada.

Pero ¿qué habia de hacer?

Los españoles no perdonan las injurias que se les hacen.

Os han traído á su lado, y sin embargo, no habeis sido su prisionero, sino su amigo, su huésped.

Ya veis con cuánta atencion os han tratado.

Aunque bien es verdad, añadió la jóven, que si habeis venido no ha sido por obedecer las órdenes de los extranjeros, sino porque seguro como estais de vuestra lealtad, habeis querido probárselo de esta manera.

Esta suposicion halagaba al monarca, y se apresuró á contestar:

—No ha sido otro mi objeto. Por la fuerza nadie en el mundo hubiera conseguido sacarme de mi palacio.

—Eso creo yo, y cree el mismo Hernan Cortés. Pero por la misma razon, para que vuestro pueblo no sospeche un solo instante que habeis cedido á la presion de los españoles, estoy segura de que habeis resuelto no abandonarlos mientras estén en la ciudad, para dispensar cualquier duda de los mexicanos.

Moctezuma se quedó pensativo.

—En efecto, añadió despues de una breve pausa. Yo necesito demostrar á mi pueblo que si he venido aquí ha sido por mi propia voluntad, y el único medio de conseguirlo es no abandonar á los españoles.

Marina habia conseguido su objeto.

Quando despues de consumado el castigo de Qualecopoca y de sus cómplices, se presentó Hernan Cortés á Moctezuma para asegurarle que la justicia estaba satisfecha, y que él quedaba en libertad, los lectores recordarán lo que respondió el emperador.

La astucia habia podido más que la fuerza.

Hernan Cortés tenia en su poder á Moctezuma, y el emperador, siendo su prisionero, se creia en libertad; no satisfecho con que supieran su determinacion los españoles, quiso participársela á su esposa, á los miembros de su familia, á los altos dignatarios de su corte, al pueblo todo, y por eso llamó á la emperatriz y á su ministro Guacolando.

No tardaron en presentarse éstos en la estancia de Moctezuma, y saludándoles con efusion, mostrándose poseido de una viva alegría:

—Os he llamado, dijo, para borrar la tristeza que hay en mi alma.

Habéis creído que si he abandonado mi palacio ha sido obedeciendo los deseos de los extranjeros.

Ninguno de vosotros me ha juzgado bien: yo os perdono.

Lo único que he hecho ha sido cumplir como bueno y como leal, y evitar á mi patria grandes desastres.

Estas palabras sorprendieron á Miazochil y demas personas que le acompañaban.

—Sí, añadió Moctezuma; hubiera podido empeñar una guerra con mis huéspedes, hubiera podido oponer mi indignacion, y reunir un numeroso ejército que me habria dado el triunfo; pero ¿qué habria pensado de mí el rey de los extranjeros, descendiente del gran Quetzalcoal?

Habria tenido razon para despreciarme, porque si los hombres no deben faltar jamas á su palabra, este pecado, que es en ellos venial, es el más censurable en los soberanos.

No, yo no he venido aquí como el prisionero al calabozo; he venido por mi propia voluntad, para demostrar á los extranjeros que era ajeno al atentado de Qualcopoca; y puedo asegurar que no me ha faltado un solo instante la consideracion y el respeto debido á mi elevada posicion.

A todas horas he podido salir y entrar, y sin embargo, no he querido hacerlo hasta que los españoles, despues de juzgar á los reos, los castigasen con mi vènia.

Ya están satisfechos.

Yo tambien lo estoy, por más que haya sentido en extremo que tan doloroso remedio haya tenido que aplicarse á uno de mis más valientes generales.

Pero sabed, y quiero que lo sepa todo México, que por mi

propia voluntad, mientras los españoles sean mis aliados y mis amigos, mientras permanezcan en mi ciudad, estaré á su lado, sin que esto me prive de visitar mis templos, de recibir y despachar con todos mis ministros, de presentarme á mis vasallos, de asistir á todos los festejos que dispongan en honor mio; por que soy libre, completamente libre; porque aún impero é imperaré mientras viva; porque al habitar esta morada, no hago más que experimentar una de mis satisfacciones, uno de mis placeres.

Estimo con toda mi alma á los extranjeros, y quiero que los mexicanos los estimen como yo.

No imaginaban los que escuchaban aquellas palabras que tal fuese la actitud del soberano.

¿Qué influencia, qué prestigio tenían los extranjeros, que de aquella manera se habian apoderado del corazon de un hombre que hasta entónces apenas habia dado cabida en su pecho á los sentimientos afectuosos?

—Mañana mismo, añadió Moctezuma, quiero salir de aquí para ir al templo de Huitzilopoztli, para dar gracias al dios de la guerra por haberme proporcionado la amistad de hombres tan valerosos como los españoles.

Cumpliendo sus órdenes, se preparó todo al dia siguiente para que saliesen todos con pompa en direccion al gran templo; pero antes pidió permiso á Hernan Cortés, manifestándole que por su conveniencia y la de los mismos españoles debia presentarse á su pueblo.

El caudillo de los españoles, obedeciendo á la política que se habia propuesto observar con él:

—Sois excesivamente bondadoso, le dijo, al pedirme licencia, cuando somos nosotros los que debemos y queremos estar á vuestras órdenes.

Aprovechando aquella circunstancia, insinuó Hernan Cortés al emperador uno de sus principales designios.

—Os he dicho, exclamó, que completamente satisfechos nosotros de que tuvisteis parte alguna en los atentados cometidos por Quilcopoca, sois completamente dueño de vuestro albedrío.

Considero como un señalado favor hacia nosotros la determinacion de vivir en nuestra compañía; pero tengo que haceros una súplica.

Ya sabeis cuánto nos horrorizan los sacrificios de vuestros templos.

Repugnan á nuestra religion y á nuestras costumbres; y si en algo estimais la amistad que hemos jurado guardaros, os suplico rendidamente que deis órdenes para que se suspendan en vuestros templos esos terribles sacrificios, en los que perecen tantos inocentes, sin que vuestros dioses saquen provecho alguno de ello.

Moctezuma prometió complacerles, al ménos mientras estuviesen en México, y comunicó órdenes á los sacerdotes, prohibiendo en todos sus adoratorios tan cruentas hecatombes.

La noticia de que Moctezuma no estaba preso, de que no vivia con los españoles por orden de éstos, sino por su propia voluntad, cundió rápidamente y alegró en extremo á los mexicanos, que aunque odiaban al emperador por las tiranías que ejercia sobre ellos, y aunque no se atrevian á oponer resistencia alguna á los españoles, no por eso, al figurarse que estaba en su poder, dejaban de sentirlo, sino por la persona del monarca por el temor que abrigaban de verse amenazada de muerte la independencia de su nacion.

Cuando se supo que despues de tantos dias de reclusion iba á salir á los templos, la alegría hizo olvidar á los mexicanos las lúgubres escenas que habian presenciado, y el dia señalado para la reaparicion del rey ante sus vasallos fué de verdadero júbilo para ellos; desde muy temprano acudieron todos los servidores del emperador al cuartel de los españoles.

La misma emperatriz con su hija Temixpa; los príncipes, ex-

cepto el de Tezcuco, que vivia alejado buscando los medios de vengarse de los españoles; los altos funcionarios y los sacerdotes, acudieron á la morada de Moctezuma, dispuestos á acompañarle en su visita al templo.

Adornado el emperador con sus mejores galas, y preparado para salir, á fin de no inspirar desconfianza á los españoles, rogó á algunos de los capitanes de Hernan Cortés que le acompañasen.

La comitiva se puso en marcha, y de todas partes acudian mexicanos á saludar con entusiastas aclamaciones al emperador.

La alegría se pintaba en el rostro de Moctezuma, y en presencia de aquellas ovaciones parecia olvidar la triste situacion á que se hallaba reducido, porque aunque aparentase una inmensa felicidad, la verdad era que en el fondo se veia reducido á la mísera condicion de prisionero.

Para solemnizar aquel acto, otorgó grandes mercedes á los nobles de la corte y colmó de dádivas á todos sus vasallos.

Por la tarde comió en público, y dispuso que sus bufones divirtiesen á los españoles y á los mexicanos en la plaza de Tlatelulco.

Estas demostraciones contribuyeron á borrar los odios que sentian los mexicanos contra los españoles; y tanto fué así, que convencidos de la influencia que tenian sobre Moctezuma, buscaban su amistad y procuraban que fueran sus intercesores cerca del monarca en todas sus solicitudes.

A partir de aquel dia no pasó uno solo sin que Moctezuma se presentase á su pueblo, aunque acompañado siempre de los españoles, para convencer más y más á sus vasallos de la estrecha amistad que le unia con ellos.

No por eso dejaban de trabajar á favor de sus designios Camatzin y Quetlahuaca.

El primero lo esperaba todo de la lucha.

El segundo, cautelosamente difundia entre los mexicanos la

idea de que el emperador estaba prisionero, y de que si se presentaba al público, era por que así convenia á los españoles para no despertar el odio de los mexicanos.

Quería fomentar entre unos y otros la odiosidad, para poder justificar el golpe que meditaba contra los españoles, valiéndose del secreto que le habia revelado Zimpazin.

Nadie hubiera dicho, sin embargo, al ver lo que pasaba en la ciudad de México, que aquel sereno lago debia convertirse may en breve en proceloso mar.

CAPITULO LV.

La tela de araña.



HERNAN Cortés envió en reemplazo de Juan de Escalante, que murió á consecuencia de las heridas que habia recibido al combatir contra los mexicanos; envió, repetimos, con el título de teniente, á un soldado distinguido, llamado Alonso de Grado.

El título de gobernador de la Verueruz lo confirió al capitan Gonzalo de Sandoval.

Pero no queriendo privarse de sus servicios, le retuvo á su lado y envió á Alonso de Grado como lugarteniente.

Ilbialbi, el indio confidente de Hernan Cortés, le habia participado lo que habia oido decir cuando se habia tratado de oponer resistencia á los españoles.

En un momento dado podian estos destruir los puentes que habia en la poblacion, y rodear de agua á los españoles.

No olvidó esta noticia Hernan Cortés.

En una de sus conversaciones con Moctezuma le preguntó el emperador cómo habian podido surcar los mares él y sus compañeros.

Hernan Cortés le hizo una pintura de los buques en que habian llegado hasta Veracruz, y despertó deseos en el emperador de ver aquellas casas flotantes, como despues las llamaron los mexicanos.

—Nada más fácil que complaceros, dijo Hernan Cortés.

Tengo que enviar á la colonia de Veracruz un jefe que me represente para reemplazar al que ha perecido luchando con huestes.

Haré que desde allí me envíen muchos de los objetos necesarios para la fabricacion de los navíos, y muy en breve vereis esas embarcaciones cuya pintura os llama tanto la atencion.

Pidió jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que habia echado á pique en la Veracruz, con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion el paso de la laguna; y cuando llegaron lo dispuso todo para que los calafates y los marineros diesen comienzo á los trabajos.

Moctezuma puso al servicio de Hernan Cortés á todos los indios que habia en la ciudad dedicados al oficio de carpintero, y ellos proporcionaron la madera y fueron eficaces auxiliares de los españoles.

Despues de terminadas las embarcaciones, que causaron gran asombro en los mexicanos, y especialmente en el emperador, manifestó deseos de surcar la laguna en una de aquellas inmensas canoas, y al efecto se proyectó una gran fiesta.

Moctezuma dispuso una de sus monterias más solemnes, un paraje de larga travesía para que no faltase tiempo á su observacion.

El dia señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real con su familia y cazadores, reforzada en ella la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarcaciones extranjeras, que á su parecer eran pesadas y serian dificultosas de manejar.

Poco tardaron en desengañarse.

Los bergantines partieron á vela y remos, favorecidos oportunamente por el viento y se dejaron atrás las canoas.

La admiracion de los indios fué inmensa.

Fué dia de gran alegría para los españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete.

Moctezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlándose de los que pugnaban por dar alcance á los españoles, y celebrando como suya la victoria de los extranjeros.

Toda la ciudad acudió à ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles.

Creían que estas imponian obediencia al agua y al viento; el vulgo consideraba todo aquello como sobrenatural, y creía que los españoles ejercian dominio sobre los elementos.

Cortés celebró en extremo el concepto que habian formado los mexicanos de sus embarcaciones, porque de esta manera creía su reputacion á los ojos de aquellos.

Deseando aumentar la superioridad que ejercia, ponderaba los elementos con que contaba el rey de quien era representante, engrandecía su poder, y poco á poco iba haciendo desear á los mexicanos la confederacion que proponia.

Aparentando únicamente curiosidad, se informó muy detalladamente de la magnitud y límites del imperio mexicano; de sus provincias y confines; de los montes, rios y minas principales; de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros.

Moctezuma, deseoso de complacerle, mandó à sus pintores que delineasen un lienzo semejante á nuestros mapas.

Despues permitió que fuesen algunos españoles á reconocer las minas de mayor importancia, y los puertos ó ensenadas que parecían capaces de contener bajeles.

Hernan Cortés pretextó que deseaba adquirir todos estos datos, con objeto de llevar á su monarca una memoria de lo más notable.

Moctezuma dió las órdenes oportunas para que por todas partes se permitiese el paso á los extranjeros, y se les facilitasen los datos que desearan.

De esta manera queria demostrar una vez más á sus vasallos que vivia sin recelo, y que cada dia era más estrecha la amistad que le unia á los españoles.

CAPITULO LVI.

Cuentas galanás.



ARA con la fortuna nadie es más exigente que aquel que más favores le debe.

Hernan Cortés habia realizado una empresa fabulosa, tenia preso en su cuartel al soberano de un poderoso imperio; una nacion belicosa, acostumbrada á luchar y á vencer, conquistadora por carácter y por hábito, habia sido conquistada por él con un puñado de hombres, y sin embargo, no estaba satisfecho.

Moctezuma no se movia sin pedirle licencia para ello; á cada instante contrarestaba sus deseos, y el tirano, acostumbrado á mandar, obedecia como un esclavo.

No bastaba esto á la ambicion del afortunado caudillo.

—¿A qué hemos venido aquí? se decia. ¿Por qué causa hemos arrostrado tantos trabajos? ¿No hemos venido á conquistar este poderoso imperio? Pues lo que tardemos en conquistarle es tiempo perdido.

Pedro de Alvarado, que ante la imposibilidad de obtener el amor de Marina, por depender de su voluntad, habia empezado á perder la posicion que sentia hácia la jóven, se prendó de la hermosura de Temixpa.

Las dos eran en extremo seductoras.

Marina hablaba más que Temixpa á las pasiones.

La hija menor de Moctezuma era un tipo acabado de la vírgen azteca.

El deseo que nació en Alvarado de una mirada, tomó cuerpo, y los desdenes que sufrieron sus insinuaciones aumentaron la pasion del fogoso capitan.

Por otra parte, los encantos que ofrecia á sus ojos la ciudad de México, aquel hermoso cielo, aquella naturaleza pródiga y fascinadora, que parecia rodear la ciudad con una guirnalda de flores, le hacian considerar como una ventura inagotable la vida en aquel paraíso.

Animado por estos deseos, los comunicó á sus camaradas y halló eco en sus aspiraciones.

—Aquí, les dijo, somos más que príncipes.

Al volver á España ¿qué nos sucederá? Que nos festejarán, nos darán una parte de las riquezas que llevamos y nos olvidarán despues.

Por mucho que nos toque, somos jóvenes; visitaremos las hosterías, habrá dados, y en una noche perderemos lo que tantos disgustos nos ha costado adquirir.

Por mi parte, declaro que me consideraria muy dichoso pasando el resto de mis dias entre los mexicanos.

—Nada más fácil para Hernan Cortés que calzarse con la corona y el cetro de Moctezuma, dijo Sandoval.

—Y en ese caso, añadió Orgaz, con enviarnos de vireyes á las provincias, quedariamos todos contentos.

—La idea es excelente, repuso Velazquez de Leon; pero no agradará ni al emperador ni á los príncipes.

—¿Y qué nos importa? ¿Por ventura, no debemos nuestro triunfo, más que á nuestro trabajo, al odio que los mexicanos profesaban á sus señores?

—Cierto; pero ¿quién nos dice que no tomarán las armas contra nosotros al verse despojados? ¿Quién nos asegura que no tendrán partidarios?

—Para nosotros no es un inconveniente aceptar el mando; ¿pero nos obedecerán siempre?

—¿No habeis visto el respeto que nos profesan?

Nos creen descendientes de un príncipe suyo muy antiguo, que segun cuentan los sacerdotes, salió hace muchos siglos de México en busca de un país civilizado, y no volvió.

El infeliz naufragaria sin duda; ¿pero qué nos importa pasar por descendientes suyos?

—¿Y hemos de vivir aquí practicando una religion distinta de la de nuestros vasallos si llegamos á ser sus soberanos? preguntó Sandoval.

—Fácilmente se arregla eso: con entrar un dia en sus templos y destruir sus ídolos, es asunto concluido.

—No es eso tan fácil como parece.

—Para nosotros no hay nada imposible.

—¿Pero habíamos de adoptar las costumbres de México?

—¿Y por qué no?

—Por mi parte, declaro que nunca me vestiré de indio.

—Pero los indios pueden vestirse á la española.

—Y las indias tambien.

—Sobre todo nuestras mujeres.

—¿Nuestras mujeres?

—Sí.

Eso es profesar la religion de los mexicanos.

—No por cierto, es transigir.

—De todo esto lo que resulta, amigos, dijo Pedro de Alvarado, es que os conformaríais á vivir en México siendo los amos del cotarro, ¿no es eso?

—Sí, sí, gritaron todos.

—Pues intentemos que Hernan Cortés acceda á nuestros deseos.

—Un medio hay de conseguirlo.

—¿Cuál?

—Interesar en nuestros planes á Marina.

—Por nada del mundo faltará á su fidelidad.

—Sin faltar á ella puede salir gananciosa.

—¿De qué modo?

—Figuraos que Hernan Cortés destrona á Moctezuma y es proclamado emperador.

—¿Qué sucede?

—Hernan Cortés la ama se casa con ella y la hace emperatriz.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué?

—Por que Hernan Cortés está casado.

—En España, aquí no.

—Ancha es vuestra conciencia.

—Pasado el charco, todo está permitido.

—No seria malo hablar á Marina en ese sentido.

—Despertar su ambicion.

—¿Quién se encarga de explorar su ánimo?

—Yo, dijo Pedro de Alvarado.

—Pues á vuestro celo confiamos la realizacion de nuestros designios.

Pedro de Alvarado aprovechó la primera ocasion oportuna para hablar á Marina.

La jóven le escuchó con aparente indiferencia.

Y sin embargo, Alvarado habia adivinado sus sentimientos.

La idea concebida por los capitanes españoles era el sueño dorado de la jóven india.

Era muy cauta, y se negó á hablar á Hernan Cortés.

Ya le habia hablado.

Pero inútilmente.

La ambicion de gloria absorbía todo el ánimo de Hernan Cortés.

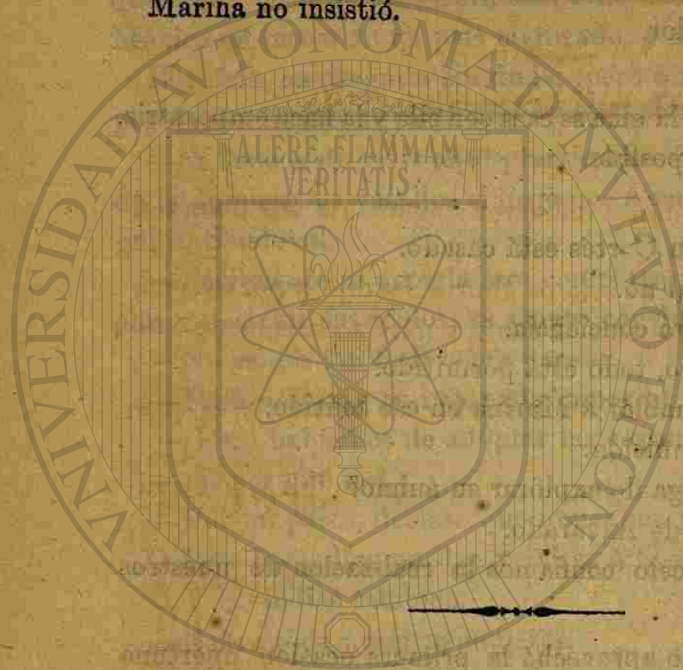
Amaba á Marina, pero amaba más su fama.

Y sobre todo, en el fondo de su conciencia le decia una voz.

—¡Eres esposo! ¡Eres padre! Para redimir tus pecados nece-

sitas cuando ménos presentarte á tu esposa y á tu hijo glorioso y rico. Solo labrando su felicidad podrás calmar el torcedor de los remordimientos.

Marina no insistió.



CAPITULO LVII.

Hernan Cortés trata de destruir los ídolos.



CUANDO los capitanes indicaron vagamente sus planes á Hernan Cortés:

—Creo que el ocio os aburre, les dijo; y por eso pensais como egoistas. Pronto tendreis ocasion de emplear vuestra actividad.

Aún no hemos terminado la conquista de México, y es preciso acabarla.

Es necesario obtener el triunfo de nuestra religion; ¿me ayudareis á conseguirlo?

Esta pregunta recibió una respuesta entusiasta por parte de los capitanes.

—¿Podeis dudarle un solo instante? dijo Velazquez de Leon.

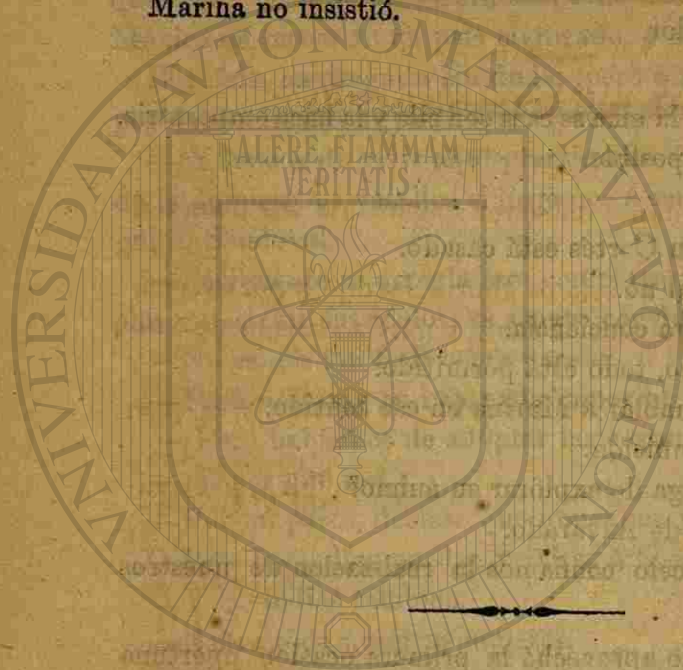
—Al oir vuestras palabras, al ver los deseos que teniais de renunciar á la gloria por obtener las ventajas de la vida apacible que aquí se disfruta, he podido abrigar alguna sospecha; pero no tan profunda que no se desvanezca con vuestras protestas actuales.

—Qué os parece mejor, añadió Hernan Cortés: ¿entregaros á la melicie, vivir aquí gozando de venturas que no podeis participar con vuestros hermanos, ó tornar á la patria con los laureles de conquistadores y ser envidia y admiracion, de los que no han podido acompañarnos para llevar á cabo tan gigantesca empresa?

¿Qué son las conquistas de los tercios de Flandes, qué es el mismo descubrimiento del Nuevo Mundo, comparado con el triunfo que alcanzaremos cuando podamos ofrecer á los piés de

sitas cuando ménos presentarte á tu esposa y á tu hijo glorioso y rico. Solo labrando su felicidad podrás calmar el torcedor de los remordimientos.

Marina no insistió.



CAPITULO LVII.

Hernan Cortés trata de destruir los ídolos.



CUANDO los capitanes indicaron vagamente sus planes á Hernan Cortés:

—Creo que el ocio os aburre, les dijo; y por eso pensais como egoistas. Pronto tendreis ocasion de emplear vuestra actividad.

Aún no hemos terminado la conquista de México, y es preciso acabarla.

Es necesario obtener el triunfo de nuestra religion; ¿me ayudareis á conseguirlo?

Esta pregunta recibió una respuesta entusiasta por parte de los capitanes.

—¿Podeis dudarle un solo instante? dijo Velazquez de Leon.

—Al oir vuestras palabras, al ver los deseos que teniais de renunciar á la gloria por obtener las ventajas de la vida apacible que aquí se disfruta, he podido abrigar alguna sospecha; pero no tan profunda que no se desvanezca con vuestras protestas actuales.

—Qué os parece mejor, añadió Hernan Cortés: ¿entregaros á la melicie, vivir aquí gozando de venturas que no podeis participar con vuestros hermanos, ó tornar á la patria con los laureles de conquistadores y ser envidia y admiracion, de los que no han podido acompañarnos para llevar á cabo tan gigantesca empresa?

¿Qué son las conquistas de los tercios de Flandes, qué es el mismo descubrimiento del Nuevo Mundo, comparado con el triunfo que alcanzaremos cuando podamos ofrecer á los piés de

nuestro rey Carlos V un vasto y poderoso imperio, conquistado por unos cuantos hombres audaces y valientes?

Todos acogieron con entusiasmo las observaciones de Hernan Cortés, y el mismo Pedro de Alvarado, que era el que más deseos tenía de permanecer en México, para vencer los desdenes de Temixpa, fué de los primeros en responder:

—Si quereis que llevemos adelante la conquista, procurad no dejarnos ociosos, porque la ociosidad es madre de todas las debilidades.

—En ese caso, anticiparé mis proyectos.

—Contad con nosotros para todo.

—En vista de la humildad con que accede á nuestros mandatos, disfrazados de súplicas, el emperador de México, dijo Hernan Cortés, es necesario ya no contentarnos con que haya suprimido los sacrificios de los templos.

Hemos logrado mucho evitando que sean inmoladas en aras de esos miserables ídolos multitud de victimas.

Pero no basta esto.

Debemos aspirar á destruir los ídolos y á reemplazarlos con las imágenes del Redentor y de su santa Madre.

—Noble y digna empresa, dijo fray Bartolomé de Olmedo; pero difícil y arriesgada.

¿Quién sabe, Hernan Cortés, si jugaremos todo lo ganado y si lo perderemos?

Ya veis que nadie más que yo tiene interes en conseguir el triunfo de nuestra santa religion Católica.

Vuestra mision es luchar; la mia convencer y propagar la luz del Evangelio.

Y sin embargo, yo me resigno á aguardar para no malograr lo que hasta ahora he conseguido.

—¿Qué puede suceder? preguntó Velazquez de Leon. ¿Que opongan resistencia los mexicanos? Tanto mejor; lucharemos con ellos y los venceremos.

—¿Y si no sucediera así? La religion es un sentimiento más arraigado en el alma que el de la patria.

—Hay un medio, de evitar un desastre, objetó Hernan Cortés. Pero para llevarlo á cabo es necesario que uno de vosotros se resigne á desempeñar el papel de atrevido.

—¿Qué nuevo plan es ese?

—Entre vosotros sortearémos uno que se encargue de acercarse al gran templo con algunos soldados, y de exigir que desaparezcan los ídolos.

Si se intimidan los sacerdotes, si no llaman en su auxilio á los mexicanos, si el triunfo es fácil, nada hay que hablar.

Pero si oponen resistencia, lo natural es que los españoles, antes de averiguar la causa, acudan en auxilio de sus hermanos.

Si nos vencieran, yo quedo aquí para protestar contra el acto del capitán atrevido, y restablecer la paz con el emperador.

—Sin necesidad de sorteo, dijo Pedro de Alvarado yo me encargo de realizar ese pensamiento.

Todos quisieron disputarle el honor de ejecutar el plan de Hernan Cortés.

Al fin fué Pedro de Alvarado quien recibió la mision de destruir los ídolos.

Una circunstancia vino á justificar el proyecto que meditaban los españoles.

Ilbialbi buscó á Hernan Cortés.

—Os engaña miserablemente Moctezuma, exclamó.

—¿Qué me quieres decir?

—¿Le habeis pedido que renuncie á los sacrificios de los templos?

—Sí.

—Pues bien; aunque os ha empeñado su palabra de renunciar á ellos, lo cierto es que sus órdenes se han limitado á pedir á los sacerdotes que no los verifiquen en público.

Hoy mismo han sido conducidos al gran templo de Huitzi,

lopoztlí cien indios de Tezcuco, enviados por Cacumatzin como ofrenda al dios de la guerra para que sus proyectos belicosos contra los españoles se vean favorecidos por la suerte.

Los teopixques han cerrado las puertas de los templos, pero el sacrificio se consumará.

Hernan Cortés dió cuenta de lo que pasaba á Pedro de Alvarado, y para preparar los sucesos fué á ver á Moctezuma.

—Hoy necesito vuestra vénia, le dijo, para que uno de mis capitanes visite con algunos soldados, que son pintores como los vuestros, el gran templo de Huitzilopoztlí.

Deseo enviar una copia del ídolo al rey, mi señor, y ya vereis cuando la observe cómo os suplica que renunciéis á rendir culto á una imágen que no es ni puede ser imágen de divinidad alguna.

Moctezuma ignoraba el sacrificio que iba á tener lugar.

Accediendo á los ruegos de Hernan Cortés habia prohibido terminantemente los sacrificios en los templos.

Pero como esta prohibicion perjudicaba á los sacerdotes, quitándoles importancia, influencia, y lo que es lo mismo, hasta ocupacion, so pretexto de que ántes que al monarca tenian que obedecer á sus divinidades, convinieron entre ellos celebrar misteriosamente los sacrificios, para que en ningun tiempo pudieran quejarse los ídolos de su abandono.

Por lo tanto el monarca no opuso resistencia á que Pedro de Alvarado fuera con algunos españoles al gran templo.

El capitan salió con ocho soldados de los más aguerridos, despues de enterarles de su plan.

Todos iban armados.

Pero esto no causó extrañeza á los mexicanos.

Estaban acostumbrados á ver siempre á los españoles acompañados de sus armas; y como los tlaxcaltecas, habian llegado á convencerse de que los arcabuces y las espadas eran parte integrante del traje de los extranjeros.

Encamináronse tranquilamente hácia el templo.

Movidos por la curiosidad, seguíanles varios mexicanos, y no faltaron algunos que al verlos llegar á la puerta de la mansion de Huitzilopoztlí se adelantaran á detenerlos, anunciándoles que en aquellos momentos estaban los sacerdotes entregados á su oracion, y no era posible penetrar en el santuario.

No hizo caso Pedro de Alvarado de sus advertencias y llamó.

En aquellos momentos empezaba el sacrificio.

Asustados los sacerdotes, suspendieron la horrible ceremonia.

Algunos de ellos corrieron á la puerta para impedir la entrada de los extranjeros.

Pero llegaron tarde.

Cuatro soldados, apoyados en los hombros de otros cuatro, habian logrado escalar la tapia, y se disponian á abrir la puerta para que entrase Pedro de Alvarado.

Como no entendian bien el idioma los que habian ido á llevar á cabo el pensamiento de Hernan Cortés, sin responder á las voces que para contenerlos les daban los sacerdotes, subieron las gradas y llegaron hasta el lugar del suplicio.

Inmediatamente se acercó Pedro de Alvarado al sacerdote que inmolaba á las víctimas, y arrebatando de sus manos la fatal cuchilla, la arrojó con ímpetu y mandó á los soldados que prendiesen al teopixque.

Esto bastó para que, alborotándose los sacerdotes llamasen en su auxilio á los mexicanos.

Bajaron todos precipitadamente las escaleras, corrieron á la puerta del templo, pidieron auxilio, y el conflicto previsto por Hernan Cortés tuvo lugar.

Pero como los españoles estaban preparados acudieron muchos de ellos á socorrer á sus hermanos, y hubo una lucha, en la que el pueblo mexicano no se atrevió á tomar parte, contemplando con asombro y terror el atentado que cometian los españoles contra sus sacerdotes.

Hernan Cortés se acercó á Moctezuma para referirle lo que pasaba.

—Es necesario, le dijo, que vos vayais á contener á vuestros sacerdotes y yo á mis soldados.

Siendo amigos nosotros no deben luchar ellos.

Inmediatamente se pusieron en marcha, y llegaron á tiempo de poner término á la lucha ántes de que tuviera fatales consecuencias.

Aplacados los ánimos, volvieron á palacio, y Hernan Cortés se quejó amargamente al emperador de que se le había engañado.

—Me habeis ofrecido, dijo Hernan Cortés, que mientras estuviéramos nosotros en México cesarian los sacrificios, y sin embargo, vuestros sacerdotes estaban hoy ocupados en esas horribles ceremonias.

—Han desobedecido mis órdenes.

—Pues bien; para tranquilizar á mis soldados, para que no se turbe nuevamente la paz entre nosotros, es necesario que confirmeis vuestros mandatos, amenazando con crueles castigos á los que los infrinjan; y al mismo tiempo que nos permitais establecer en uno de vuestros adoratorios un templo cristiano, en donde podamos rendir culto á nuestro Dios y mostrar á vuestro pueblo las grandezas y maravillas de nuestra religion.

Moctezuma, que no sabia negar nada á Hernan Cortés, accedió á sus deseos.

Aquella misma tarde fueron trasladados los ídolos de uno de los templos más próximos al cuartel de los españoles á otro de los adoratorios, é instantáneamente se estableció en él una capilla cristiana, levantando sobre un altar modesto un crucifijo y una imágun de la Virgen.

Hernan Cortés pudo añadir otro nuevo laurel á su corona.

La curiosidad llevó al templo de los españoles á los mexicanos, y éstos, contemplando la bellissima imágen de la Inmaculada, y asistiendo á los ritos y ceremonias de los cristianos, no tardaron en reconocer la superioridad de su religion.

CAPITULO LVIII.

La ambicion de Cacumatzin.



o podia Cacumatzin tolerar la dominacion de los españoles, y aprovechó el suceso de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior para pedir al fanatismo religioso lo que se negaba á concederle el amor patrio de los mexicanos.

El señor de Tezcuco tenia que luchar en su Estado con la odiosidad que su carácter iracundo y despótico inspiraba á sus vasallos.

Gran parte de estos, cansados de la opresion que ejercia sobre ellos, formaban en secreto un partido favorable á Otholemi, hermano menor de Cacumatzin, que contrastaba con el rey de Tezcuco por la docilidad de su carácter.

Hay una época para los soberanos, en la que recogen lo que siembran.

Cuando un monarca es justo, considera á sus súbditos como hijos, practica para darles ejemplo toda clase de virtudes, y acepta los mayores sacrificios, siempre que redunden en beneficio de su pueblo; el pueblo que reune al formar colectividad los sentimientos más generosos del alma, sabe corresponder á los favores, á la justicia, á las virtudes y á los sacrificios del soberano.

Nunca habreis visto llanto ni pena en los vasallos el día de la muerte de un rey déspota.

La más insignificante desventura de un rey, se extiende á to-

das las clases de la nación en donde manda, cuando con su conducta se hace digna de la gratitud general.

Un ejemplo palpable tenemos de esta verdad en lo que pasaba á Moctezuma, en lo que pasaba á Cacumatzin.

Uno y otro, aunque de diverso modo, habian oprimido á sus vasallos, los habian considerado como esclavos; y los mexicanos, como los habitantes de Tezcucó, no veían en la dominación de los españoles una nueva esclavitud, sino el castigo providencial de sus reyes; y por esta razón los abandonaban convirtiéndose en humildes admiradores de sus verdugos los que en otro caso hubieran derramado hasta su última gota de sangre por defender á sus reyes, símbolo entónces para ellos, no solo de su independencia, sino de su felicidad y de su esplendor.

Soberano Cacumatzin de un reducido reino, por su carácter envidioso, por la sórdida avaricia que le dominaba, veía con pena en mano de Moctezuma las riendas del imperio mexicano, y por ser uno de los que más cerca se hallaban de su trono, acariciaba la idea de apoderarse de él.

Habia solicitado en diferentes ocasiones su unión con Temixpa, después de haber visto con pena á Guacalcinla, hija mayor de Moctezuma, enlazarse con Guatimotzin; pero la jóven india habia defraudado sus esperanzas, declarando á su mismo padre que ántes de ser esposa de su primo buscaria la muerte.

Comprendiendo que el príncipe de Iztacpalapa carecía de ambición, solo veía obstáculos á sus pretensiones en Guatimotzin y en los dos hijos de Moctezuma, á pesar de que estos por su corta edad no se hallarian en situación de poder recoger el centro de las manos de su padre cuando este sucumbiese.

La llegada de los españoles fué un incentivo á su ambición.

La debilidad de Moctezuma, el pretexto que debía servirle para malquistarle en la opinión de sus vasallos, y obtener por a fuerza lo que de otra manera nunca podria conseguir.

Ya lo hemos visto desenmascararse y prepararse para desempeñar la jefatura del Estado, aunque interinamente.

Al ver rechazada su proposición, volvió á Tezcucó con ánimo de aprovechar la indolencia en que habian caído los mexicanos, dar la batalla á los españoles seguros de vencerlos, despojar á Moctezuma, y obtener por conquista el imperio deseado.

Las noticias que llegaban á Tezcucó respecto de los españoles, y sobre todo respecto de la conducta que para con ellos observaba Moctezuma, debían ser fatales para los designios de Cacumatzin.

Este supo que los tezcucanos, descontentos de su dominación para imitar la conducta de Moctezuma y obtener la amistad de los españoles, aspiraban á destronar á su soberano y á reemplazarle con Otholemi, el cual lograria granjearse la voluntad de los extranjeros con las buenas prendas que le adornaban.

No habia dado pretexto el hermano de Cacumatzin á aquella conjuración.

Aunque era uno de las más inmediatas víctimas del carácter caprichoso y altanero de Cacumatzin, habia desoido las insinuaciones de los descontentos, y les habia asegurado que por nada del mundo faltaria á los deberes de deudo y de vasallo.

Poco importaba su negativa á sus partidarios.

Seguros de que Cacumatzin, con la violencia los arrastraria á la perdición, porque reflexionaban y se decían que si los mexicanos no se atrevían á luchar con los españoles, ménos motivos tenían ellos de esperar la victoria al final del combate, á los deseos manifestados por Cacumatzin de convertir á todos los tezcucanos en soldados dispuestos á combatir por la independencia de México, aceleraron la realización de sus propósitos, y procuraron oponer una resistencia pasiva á los apremiantes mandatos de su rey.

—¿Cuál es la causa de esa desobediencia? preguntó Cacumatzin á Tolombio, general en jefe de sus fuerzas.

—La causa la tienes á tu lado, contestó el guerrero.

—Expílicate.

—La mayor parte de los nobles de Tezcuco desean arrebatar la corona de tus sienes para colocarla en las de tu hermano Otholemi.

—Si tal supiera, yo mismo le daría la muerte.

—Pues prepárate á dársela, porque sus partidarios se aumentan por momentos, y segun mis noticias, de un momento á otro se rebelarán contra tí.

—Es necesario, dijo Cacumatzin, ardiendo en ira, que yo sepa al instante quiénes son los infames que tan inficuamente conspiran contra mí.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para sacrificarlos y enviar sus cabezas al gran templo de México.

—Si adoptases esa medida, dijo Iolombio, perderías tu corona, porque forman parte de la conjuración los nobles que más prestigio tienen entre tus vasallos. Yo te aconsejo, que calmado la ira que mis revelaciones despiertan en tu alma, pidas á tu sagacidad el remedio que necesitas.

—¿Qué me aconsejas, mi fiel amigo?

—La desaparición de tu hermano.

En cuanto él falte, faltará el móvil que incita á los rebeldes, y la necesidad les hará volver á tí.

—Mañana mismo perecerá Otholemi, dijo Cacumatzin, haciendo una señal á Iolombio para que le dejase solo.

CAPITULO LIX.

La sombra de una madre.



UANDO resolvió Cacumatzin poner término á las maquinaciones de sus enemigos, destruyendo la causa que las fomentaban, se hallaba solo en su estancia, y reinaba en torno suyo el mayor silencio.

Otholemi, segun su costumbre, se presentó á recibir órdenes de su hermano.

Al verle se estremeció el rey de Tezcuco.

La idea de ensangrentar sus manos sacrificando á Otholemi, le horrorizó.

—Respóndeme, dijo con acento severo al jóven. ¿Cómo tienes valor de presentarte á mi vista?

—Vengo á recibir tus órdenes, dijo con serenidad Otholemi.

—¿Crees, por ventura, que ignoro los planes que abrigas contra mí?

—No puedo creerlo, porque no abrigo ningun plan.

—¿Negarás que fomentas en mi ruina un partido con ánimo de destronarme?

—Otholemi miró fijamente á su hermano.

—¿Y para qué quiero yo tu corona? le dijo.

—¿Es decir que niegas lo que sé?

—La calumnia no es la verdad.

—No se inventan esos propósitos cuando no hay álguien que los fomente.

—Tendría motivos para quejarme de tu trato, dijo Othole-

—La causa la tienes á tu lado, contestó el guerrero.

—Expílicate.

—La mayor parte de los nobles de Tezcuco desean arrebatar la corona de tus sienes para colocarla en las de tu hermano Otholemi.

—Si tal supiera, yo mismo le daría la muerte.

—Pues prepárate á dársela, porque sus partidarios se aumentan por momentos, y segun mis noticias, de un momento á otro se rebelarán contra tí.

—Es necesario, dijo Cacumatzin, ardiendo en ira, que yo sepa al instante quiénes son los infames que tan inficuamente conspiran contra mí.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para sacrificarlos y enviar sus cabezas al gran templo de México.

—Si adoptases esa medida, dijo Iolombio, perderías tu corona, porque forman parte de la conjuración los nobles que más prestigio tienen entre tus vasallos. Yo te aconsejo, que calmado la ira que mis revelaciones despiertan en tu alma, pidas á tu sagacidad el remedio que necesitas.

—¿Qué me aconsejas, mi fiel amigo?

—La desaparición de tu hermano.

En cuanto él falte, faltará el móvil que incita á los rebeldes, y la necesidad les hará volver á tí.

—Mañana mismo perecerá Otholemi, dijo Cacumatzin, haciendo una señal á Iolombio para que le dejase solo.

CAPITULO LIX.

La sombra de una madre.



UANDO resolvió Cacumatzin poner término á las maquinaciones de sus enemigos, destruyendo la causa que las fomentaban, se hallaba solo en su estancia, y reinaba en torno suyo el mayor silencio.

Otholemi, segun su costumbre, se presentó á recibir órdenes de su hermano.

Al verle se estremeció el rey de Tezcuco.

La idea de ensangrentar sus manos sacrificando á Otholemi, le horrorizó.

—Respóndeme, dijo con acento severo al jóven. ¿Cómo tienes valor de presentarte á mi vista?

—Vengo á recibir tus órdenes, dijo con serenidad Otholemi.

—¿Crees, por ventura, que ignoro los planes que abrigas contra mí?

—No puedo creerlo, porque no abrigo ningun plan.

—¿Negarás que fomentas en mi ruina un partido con ánimo de destronarme?

—Otholemi miró fijamente á su hermano.

—¿Y para qué quiero yo tu corona? le dijo.

—¿Es decir que niegas lo que sé?

—La calumnia no es la verdad.

—No se inventan esos propósitos cuando no hay álguien que los fomente.

—Tendría motivos para quejarme de tu trato, dijo Othole-

mi, porque yo soy considerado por tí como el peor de tus vasallos.

Pero aunque así no fuese, aunque me tratases como al último de tus esclavos, aunque olvidase por completo que nuestra madre Iliana te suplicó al morir que fueras mi sostén, no solo no aspiraría á arrebatarte una corona, que para nada quiero, sino que lucharía por defenderte de tus enemigos.

—Bien finges.

—Soy tu vasallo, en tu poder estoy. Júzgame, y condéname si me crees culpable. Prefiero mil veces la muerte á tu opresión.

—¿Con que es decir, que persistes en negar que algunos nobles de mi reino aspiran á reemplazarme contigo?

—No negaré que algunas veces me han indicado ese proyecto; pero yo lo he rechazado siempre, y al dudarle me ofendes.

—Bien está, dijo Cacumatzin. Yo sé que se me tiende un lazo, y que tú eres el pretexto. Desde este instante eres mi prisionero.

—Tranquilo aguardo mi sentencia.

Cacumatzin llamó á uno de los guardias de su palacio, y después de darle órdenes en secreto, mandó á su hermano que siguiese al guardia.

Por acostumbrado que estuviese á la tiranía, por sordo que fuese á los sentimientos de su alma, no pudo menos de estremecerse ante la idea de tener que deshacerse de su hermano.

Quedándose solo en la estancia, trató de conciliar el sueño. A pesar suyo se agolparon á su imaginación los recuerdos del pasado.

La sombra de su madre se apareció á sus ojos, y evocó los recuerdos de su infancia.

El hermano mayor de Otholemi, al espirar Iliana, había pedido á Cacumatzin que fuese un padre para con su hermano.

Cacumatzin juró cumplir las órdenes de Iliana. ¿Cómo podía decretar la sentencia de muerte de Otholemi?



La sombra de su madre se apareció á sus ojos, y evocó los recuerdos de su infancia.

Y sin embargo, no tenía más remedio para contrarestar los planes de sus enemigos, que llevar à cabo aquel horrible atentado.

La sombra de Iliana se presentó á Cacumatzin para pedirle cuenta del infame proyecto que abrigaba.

—¡Ay de tí! le decía aquel fatídico espectro. ¡Ay de tí, si consumas ese cruel atentado! El dios de la venganza lanzará sus rayos sobre tu frente, y maldito para siempre de Tezcalepuzca, solo recogerás desolacion y espanto de la sangre inocente de tu hermano.

Bajo la influencia de aquella pesadilla pasó la noche Cacumatzin en medio de horribles convulsiones.

Al día siguiente dispuso que Otholemi fuese conducido al templo de Tezcuco y sacrificado en aras de sus dioses.

Los sacerdotes, despues de terminada la ceremonia, acudieron á su palacio para anunciarle que habian obedecido sus mandatos.

Poco despues llegó à Tezcuco la noticia de la lucha que habia tenido lugar en México entre los españoles y los sacerdotes del gran templo, al haber intentado aquellos destruir los ídolos para reemplazarlos por las imágenes de su religion.

Convocando á todos los nobles de la corte, les anunció lo que pasaba, y les excitó á que le prestasen su ayuda para formar un numeroso ejército, llegar á México y defender la religion, que no era, como la independencia, patrimonio exclusivo de los mexicanos, sino un sentimiento del corazon de todos los aztecas.

A sus palabras respondieron los dignatarios de su corte con evasivas, hijas del temor y de la desconfianza.

En vista de la actitud de los tezcucanos, buscó Cacumatzin á Iolombio para averiguar por él la causa de aquella indiferencia.

—No la atribuyas á otro motivo, dijo el general, sino al sacrificio de nuestros hermanos; y si te fias de mi consejo, lo me-

jor que debes hacer para conservar tu prestigio, es abandonar tus planes por ahora y buscar en México por medio de la astucia lo que no te es posible realizar con la fuerza.

Yo te acompañaré, y en nombre de la religion azteca, ofendida por los extranjeros, conseguirás más que si avanzaras á México al frente de un numeroso ejército.

Cacumatzin, cediendo á la imperiosa ley de la necesidad, convocó de nuevo á sus consejeros, y al descubrir en ellos las simpatías que sentian hácia los españoles, iba á volver á México para pactar la alianza que sus vasallos deseaban.

El espíritu de los tezcucanos era aquel efectivamente.

Los que capitaneaban la conjuracion que tenia por objeto destruir á Cacumatzin, acogieron con júbilo su anuncio.

Al dia siguiente partieron á México Cacumatzin é Iolombio.

Antes de que llegase á México Cacumatzin, habian dispuesto los partidarios de su hermano Otholemi enviar un emisario á Hernan Cortés.

Este emisario habia celebrado una entrevista con el jefe de los españoles, y le habia anunciado en nombre de los nobles de la ciudad el júbilo con que aceptarían su amistad, los deseos que tenian de destronar á su soberano, y los temores que abrigan de que fuese el más tenaz enemigo de los españoles, impedido por su ambicion, que le impulsaba á concitar los odios del pueblo mexicano contra Moctezuma y sus aliados, con el fin de apoderarse del cetro del imperio.

Un emisario acompañaba al jóven á quien los tezcucanos ponian bajo el amparo de los españoles.

Este jóven era Otholemi, el hermano de Cacumatzin, á quien sus partidarios habian librado de la muerte, comprando el secreto de los sacerdotes inmoladores.

CAPITULO LX.

Planes de Cacumatzin.



LEGÓ á México Cacumatzin resuelto á jugar el todo por el todo, para malquistar á Moctezuma con sus vasallos y sucederle en el trono.

No podia contar para llevar á cabo su empresa ni con el príncipe de Iztacpalapa, ni con Guatimotzin, ni con la emperatriz misma, quienes en vista de las declaraciones que habia hecho Moctezuma, por más que lamentasen su obcecacion, estaban convencidos de que su existencia al lado de los españoles era voluntaria, y respondia á un sentimiento de generosa estimacion.

En la cuestion religiosa habian transigido el emperador y sus vasallos con los españoles.

Habian renunciado aquellos á los sacrificios.

Pero conservaban sus ídolos, y los españoles, por su parte, habian ya erigido en México un templo á la religion cristiana.

Así pues, no podia valerse de aquellos poderosos auxiliares; pero con habilidad, y apoyándose en el fanatismo religioso de las masas, pudo adquirir entre los sacerdotes y el pueblo mexicano gran número de prosélitos.

Queriendo ocultar los designios que le llevaban á México, fué á cupar las habitaciones que como príncipe tenia reservadas en el palacio de Moctezuma.

Presentóse á la emperatriz, á Quetlahuaca y á Guatimotzin, como poseido de un profundo dolor por haberse visto obligado

á castigar á su hermano para evitar las consecuencias de la conjuración que en su nombre se habia fraguado contra él.

Fué recibido por todos con la consideración debida; pero notó desde el primer momento gran frialdad en todas las personas de la familia imperial.

Quetlahuaca, aparentando el mayor respeto á las disposiciones de Moctezuma, buscaba por distintos medios la realización de sus planes.

Conocía que mientras el monarca se mostrase afectuoso con los españoles en vano intentaría ponerlos en pugna con el pueblo mexicano.

Pero confiaba en que el estado de sobreexcitación en que vivía el emperador quebrantaría su espíritu, y no dudaba de que por este medio llegaría naturalmente á sus sienes la corona de México.

Guatimotzin pasaba la mayor parte del tiempo en Tacuba, devorando las penas que habian despertado en su alma los celos.

Fuese formando, pues, en torno de Cacumatzin la soledad.

No deseaba otra cosa para poder ponerse de acuerdo con las personas más influyentes que debían ayudarle en su empresa.

No se trataba ya de una conjuración de familia.

Procuró, pues, reunir en torno suyo el señor de Tezcucó á los teopixques, que estaban muy disgustados por las órdenes terminantes que habian recibido de suspender los sacrificios, y también porque al lado de la suya se habia levantado otra religión; y al mismo tiempo que conferenciaban con ello, procurando ponerlos de acuerdo, se valía de agentes para malquistar al soberano con sus vasallos.

Mientras de esta manera obraba Cacumatzin, mostrando claramente á todo el mundo su disidencia con el monarca, porque ni siquiera fué á verle, Hernan Cortés, conociendo que Cacumatzin era un enemigo poderoso, influyó en el ánimo de Moctezuma para que le declarase la guerra; y al mismo tiempo pro-

tegía á Otholemi, llegando su protección hasta el punto de pedir á Moctezuma que accediendo á los deseos de los tezcucanos, le confiase el mando de Tezcucó y enlazase á su familia, dándole por esposa á Temixpa.

No necesitaba mucha elocuencia Hernan Cortés para convencer al emperador de que aquella resolución era favorable á su imperio.

Conocía demasiado el carácter soberbio y vengativo de Cacumatzin, y no ignoraba los trabajos que hacia para desprestigiarle con sus vasallos.

Así es, que prometió á Hernan Cortés aprovechar la primera circunstancia favorable á sus designios para destronar á Cacumatzin, reemplazarle con su hermano y darle por esposa á su hija Temixpa.

En su primera entrevista con Miazochil le habló bajo la mayor reserva de este propósito, y le encargó que transmitiera sus deseos á Temixpa.

La jóven estaba acostumbrada á obedecer ciegamente á su padre; pero al saber el propósito de Moctezuma, fingiendo que acataría su voluntad, envió un aviso á Zimpazin, rogándole que volviera á México precipitadamente.

Antes que el hijo de Qualcopoca pudiera acudir al llamamiento de su amada, celebró Cacumatzin una reunión con los teopixques y nobles de la corte que apoyaban sus proyectos, en el mismo palacio de Moctezuma.

Los sacerdotes confiaban en que el pueblo les secundaría.

Así, pues, en aquella reunión trató de decidir en su favor á los que vacilaban.

—Es necesario ser ciego, dijo, para no ver que el imperio de México está en poder de los españoles. Valiéndose de sus malas artes, han quebrantado la voluntad de hierro que en otro tiempo distinguía al monarca, y le han convertido en su esclavo.

Su esclavitud es la del pueblo mexicano.

Si Moctezuma es débil, nosotros debemos ser fuertes.

Si él arroja á los piés de los extranjeros las insignias de su mando, nosotros debemos recogerlas, demostrando á los extranjeros que si es fácil dominar á un hombre, es difícil dominar á un pueblo.

Viendo que la mayoría de la asamblea se oponía al destronamiento de Moctezuma, procuró borrar el mal efecto que habían producido sus primeras palabras, dando á entender que lo quería no era destronarle, sino señalarle el avismo adonde caminaba y procurar que volviera en sí.

La historia ha conservado las palabras que en aquella ocasión solemne pronunció el señor de Tezcuco.

—«¿A qué aguardamos, amigos y parientes, dijo, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nación y á la vileza de nuestro sufrimiento?

«¿Nosotros, que nacimos á las armas y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza?

«¿Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad y desprecios de nuestra paciencia?

«Consideremos lo que han conseguido en breves días, y conoceremos, primero nuestro desaire y despues nuestra obligación.

«Arrojáronse á la corte de México insolentes de cuatro victorias, en que les hizo valientes la falta de resistencia.

«Entraron en ella triunfantes, á despecho de nuestro rey y contra la voluntad de la nobleza y gobierno.

«Introdujeron consigo nuestros eremigos ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos, dando vanidad á los tlaxcaltecas y pisando el pundonor de los mexicanos.

«Quitaron la vida con público y escandaloso castigo á un general del imperio, tomando en ajeno dominio jurisdicción de magistrados ó autoridad de legisladores.

«Ultimamente, prendieron al gran Moctezuma en su alojamiento, sacándole de su palacio.

«No contentos con ponerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de sus delinquentes.

«Así pasó, todos lo sabemos; pero ¿quién habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡Oh verdad ignominiosa, digna del silencio y mejor para el olvido!

«¿En qué os detenis, ilustres mexicanos? ¡Preso vuestro rey y vosotros desarmados!

«Esa libertad, aparente de que le veis gozar estos días, no es libertad, sino un tránsito engañoso, por el cual ha pasado insensiblemente á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazón y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision más indigna de los reyes.

«Ellos nos gobiernan y nos mandan, pues el que nos había de mandar los obedece.

«Ya le veis descuidado en la conservación de sus dominios, desatento á la defensa de sus reyes, y convertido el ánimo real en espíritu servil.

«Nosotros, que suponemos tanto en el imperio mexicano, debemos impedir á todo trance su ruina.

«Lo que nos toca es juntar nuestras fuerzas, acabar con estos advenedizos y poner en libertad á nuestro rey.

«Si le desagradáramos dejándole de obedecer en lo que le conviene, conocerá el remedio cuando convalezca de la enfermedad, y si no le conociere, hombres tiene México que sabrán llevar en sus sienes la corona, y no será el primero de nuestros reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuidadamente, se dejó caer el cetro de las manos.»

Este discurso fué saludado con grandes aclamaciones.

Pero Guacolando, que asistía á la reunión, contuvo un tanto á los conjurados.

—Creo más conveniente, dijo, advertir á Moctezuma de nuestros planes, y antes de llevarlos á cabo obtener su licencia.

Atacar á los hombres en cuya compañía vive, es cometer un desacato que pondría en peligro la misma vida del monarca.

—Si tal hiciéramos, contestó Cacumatzin, daríamos tiempo á nuestros enemigos para ponerse en guardia, é influyendo en el ánimo de Moctezuma, echarian por tierra nuestros proyectos.

No, amigos, no; es necesario resolucion: yo por mi parte estoy decidido á llevar á cabo esta empresa.

Los que quieran seguirme que me sigan. Los que no, que me abandonen, poco me importa.

Tenemos el deber de salvar la patria, y la salvaremos.

La reunion se disolvió despues de acordar todos el dia en que se realizaria el plan propuesto por Cacumatzin.

No habian acabado de separarse, cuando ya tenian noticia Moctezuma y Hernan Cortés de lo que habia pasado en aquella reunion.

Ilbialbi, incansable agente de los españoles, habia logrado averiguar los planes de los conjurados, y Guacolando, fiel á Moctezuma, fué por su parte á noticiarle la resolucion que habia tomado el soberano de Tezcuco.

CAPITULO LXI.

Otholemi es proclamado rey de Tezcuco.



UN no se habia separado Guacolando de Moctezuma, cuando Hernan Cortés pidió licencia al emperador para hablarle de asuntos importantes.

Moctezuma le recibió, y despidiendo á sus ministros, quedaron solos los dos amigos.

—¿Sabeis lo que sucede? dijo Hernan Cortés á Moctezuma.

—Iba á llamaros para comunicaros noticias que acabo de recibir.

—¿Segun eso, os han referido ya los planes del rey de Tezcuco.

—Sí; sé sus depravadas intenciones.

—En ese caso, ya comprenderéis cuál es mi situacion.

Nadie mejor que vos conoce mis intenciones y la estrecha amistad que nos une.

¿Es justo que un príncipe ambicioso, so pretesto de libertaros de mi poder, cuando no estais en él sino por vuestra voluntad; es justo, repito, que reuna á vuestros vasallos, que concite contra nosotros su furor, que venga hasta nuestra morada, y desee asaltarla, para aprovecharse de la confusion, asesinaros en la pelea y alzarse con el trono de México?

Ya comprendéis que me es de todo punto imposible aguardar la provocacion.

Convencido como estoy de las intenciones de Cacumatzin, no tengo más remedio que salir á su encuentro lo más pronto posible al frente de mis españoles para castigar su osodía.

—Creo más conveniente, dijo, advertir á Moctezuma de nuestros planes, y àntes de llevarlos á cabo obtener su licencia.

Atacar á los hombres en cuya compañía vive, es cometer un desacato que pondría en peligro la misma vida del monarca.

—Si tal hiciéramos, contestó Cacumatzin, daríamos tiempo á nuestros enemigos para ponerse en guardia, é influyendo en el ánimo de Moctezuma, echarían por tierra nuestros proyectos.

No, amigos, no; es necesario resolución: yo por mi parte estoy decidido á llevar á cabo esta empresa.

Los que quieran seguirme que me sigan. Los que no, que me abandonen, poco me importa.

Tenemos el deber de salvar la patria, y la salvaremos.

La reunion se disolvió despues de acordar todos el dia en que se realizaria el plan propuesto por Cacumatzin.

No habian acabado de separarse, cuando ya tenian noticia Moctezuma y Hernan Cortés de lo que habia pasado en aquella reunion.

Ilbialbi, incansable agente de los españoles, habia logrado averiguar los planes de los conjurados, y Guacolando, fiel á Moctezuma, fué por su parte á noticiarle la resolución que habia tomado el soberano de Tezcuco.

CAPITULO LXI.

Otholemi es proclamado rey de Tezcuco.



UN no se habia separado Guacolando de Moctezuma, cuando Hernan Cortés pidió licencia al emperador para hablarle de asuntos importantes.

Moctezuma le recibió, y despidiendo á sus ministros, quedaron solos los dos amigos.

—¿Sabeis lo que sucede? dijo Hernan Cortés á Moctezuma.

—Iba á llamaros para comunicaros noticias que acabo de recibir.

—¿Segun eso, os han referido ya los planes del rey de Tezcuco.

—Sí; sé sus depravadas intenciones.

—En ese caso, ya comprenderéis cuál es mi situación.

Nadie mejor que vos conoce mis intenciones y la estrecha amistad que nos une.

¿Es justo que un príncipe ambicioso, so pretexto de libertaros de mi poder, cuando no estais en él sino por vuestra voluntad; es justo, repito, que reuna á vuestros vasallos, que concite contra nosotros su furor, que venga hasta nuestra morada, y desee asaltarla, para aprovecharse de la confusion, asesinaros en la pelea y alzarse con el trono de México?

Ya comprendéis que me es de todo punto imposible aguardar la provocacion.

Convencido como estoy de las intenciones de Cacumatzin, no tengo más remedio que salir á su encuentro lo más pronto posible al frente de mis españoles para castigar su osodía.

Mi venida aquí no tiene otro objeto que el de pedir licencia para llevar á cabo esta empresa.

—No es á vos, sino á mí, contestó Moctezuma, á quien corresponde dar castigo á tanto atrevimiento.

Si vos salierais á castigar á Cacumatzin, yo apareceria muy débil, muy pequeño á los ojos de mi pueblo, y vuestros enemigos aprovecharian esta circunstancia para demostrar lo que no es: que vivo supeditado á vosotros; que en vez de ser mis leales aliados, sois mis dominadores.

Tócame á mí, por estas razones, evitar el conflicto y hacer entrar en razon á Cacumatzin.

Es mi deudo, es mi vasallo.

Yo contrarestaré sus planes.

—Si tal es vuestra voluntad, que respeto, dijo Hernan Cortés, no me opondré á ella.

Envió Moctezuma inmediatamente uno de sus servidores para que en su nombre llamase á Cacumatzin, y le manifestase que tanto él como Hernan Cortés deseaban verle sin pérdida de tiempo.

No tardó el emisario en cumplir las órdenes de su amo.

Sorprendió en extremo á Cacumatzin el deseo de Moctezuma, y con su natural perspicacia lo atribuyó á ver descubiertos sus planes.

La irritacion que en él produjo esta sospecha, unido á su carácter enérgico y rudo, le hizo olvidarse de toda clase de consideraciones y miramientos, y contestó al enviado de Moctezuma en términos groseros.

—Díle, exclamó, que yo no puedo obedecer las órdenes de un rey que vive bajo la dominacion de unos extranjeros; que no reconozco en él autoridad alguna, y que si sabe mis planes nada me importa.

Resuelto estoy á llevarlos á cabo, aunque pierda la vida en la contienda, porque los que sienten en sus venas la sangre real, no pueden pasar por las humillaciones que él pasa.

Fielmente trasladó el emisario á Moctezuma las palabras de Cacumatzin, y el emperador, que trataba con la mayor consideracion á Hernan Cortés, le llamó para comunicarle la respuesta del rey de Tezcuco.

—Ya veis, exclamó Hernan Cortés, que han sido leales vuestros esfuerzos para atraerle al buen camino.

La ambicion le ciega.

Está resuelto á aprovecharse del fanatismo de vuestro pueblo para malquistaros con él y provocar la guerra.

Nada importa: ántes de que nos busque nos hallará.

Ya no hay lugar á contemplaciones.

Es necesario, para satisfaccion nuestra, que Cacumatzin sea destronado, que se convierta en mi prisionero, y si es preciso, que pague con la vida el atentado que proyecta cometer.

—Deber es de los soberanos, dijo Moctezuma, evitar los conflictos. No es la fuerza, sino el talento, quien debe resolver esta complicacion. ¿Os fiais de mí?

—Pruebas os tenemos dadas de ello, contestó Hernan Cortés.

—Pues bien, dejadlo todo á mi cuidado. Yo destruiré los planes de Cacumatzin.

En vuestro poder estoy, y si no cumpliese mi palabra, con mi vida responderé.

Ante esta declaracion resolvió Hernan Cortés mostrarse confiado; pero no por esto dejó de tomar sus medidas para evitar una sorpresa.

La primera determinacion que tomó Moctezuma fué celebrar en secreto, en el mismo palacio en donde residian los españoles, la union de Otholemi con su hija Temixpa.

Acto contínuo envió á Tezcuco personas de su confianza, para que, poniéndose de acuerdo con los conjurados, manifestasen á aquellos que no querian más tiempo la dominacion de Cacumatzin, proclamando á su hermano como rey.

Temixpa aceptó el sacrificio; pero proponiéndose ser fiel á su amante Zimpazin.

Este nada habia podido conseguir de los soldados mexicanos y zempoales.

Al saber que Moctezuma habia consentido el suplicio de Qualcopoca, trataron de rebelarse contra él, y desoyeron los ruegos de Zimpazin.

Desesperado el jóven, iba á volver á México cuando recibió el aviso de Temixpa.

Para evitar que se descubriese la union de Temixpa con Otholemi, resolvió Moctezuma que la jóven princesa residiese en su palacio hasta que pudiera ir en triunfo á Tezcuco en compañía de su esposo.

Por esta circunstancia pudo Zimpazin ver á Temixpa y oír de sus propios labios la relacion de sus desventuras.

—Ha sido imposible desobedecer las órdenes de mi padre, dijo la jóven. Pero él ha decretado mi muerte. El Dios de los dioses no ha querido consentir en nuestra felicidad.

Pero él nos ha dado los medios de poner término á nuestras desdichas.

Mañana al romper el alba abandonaré para siempre la morada de mis padres, iré al bosque inmediato, en donde hay árboles cuya sombra mata.

Allí te espero, allí moriremos los dos, y en la otra vida disfrutaremos la ventura que nos roban en esta.

Zimpazin juró morir al lado de Temixpa.

Pero ántes deseaba vengarse de los españoles, y conociendo que Quetlahuaca, por su carácter pusilánime, no haria nada en favor de sus deseos, buscó á Cacumatzin y le reveló el secreto de la mina.

Immensa fué la alegría de Cacumatzin al saber que existia un medio de sorprender á los españoles y de destruirlos inmediatamente.

Cacumatzin lo dispuso todo para dar el golpe al dia siguiente.

En efecto: al siguiente dia, al rayar la aurora, cuando Temixpa y Zimpazin iban á reunirse para buscar la muerte, entraban cautelosamente en palacio dos mexicanos, que á las órdenes de Cacumatzin debian llegar por la mañana hasta donde estaban los españoles, al mismo tiempo que más de mil mexicanos, guiados por los teopixques, rodeaban el palacio y le ayudaban en su empresa.

Ibrialbi, que espiaba continuamente á Cacumatzin, notó la entrada de los mexicanos en palacio, y sospechando que intentaban algun golpe, corrió á avisar á Hernan Cortés.

No tardó tampoco Moctezuma en saber los propósitos de Cacumatzin.

No ignoraba el emperador la existencia de la mina; pero creia que aun no estaba terminada, porque no tenia noticia de los trabajos de Zimpazin.

Presumiendo los propósitos del rey de Tezcuco, dispuso que Otholemi, con unos cuantos soldados mexicanos que mandó llamar, se opusieran al paso de los rebeldes, si como temia, intentaban penetrar en la morada de los españoles por aquel camino; no se equivocó.

No habia pasado media hora desde que dió las órdenes de que hemos hecho mencion, cuando llegó á sus oídos el tumulto que produjeron los españoles al enterarse de la escena que habia tenido lugar entre los dos hermanos.

Otholemi ignoraba quién era el enemigo á quien debia contener el nombre de Moctezuma.

Pero estaba dispuesto á rechazarle, y aguardaba su llegada.

Cacumatzin, queriendo sorprender á los españoles, se puso al frente de los conjurados, y fué el primero que, levantando la compuerta, penetró en la estancia que habia servido de calabozo á Qualcopoca y á sus compañeros.

Instantáneamente cayeron sobre él Otholemi y los guardias mexicanos.

Las tropas de Cacumatzin intimidaron á sus competidores, quienes volviendo atrás precipitadamente, le dejaron abandonado.

La lucha que trabó Cacumatzin con su hermano fué horrible. Pero hubo un momento en el que Otholemi le reconoció, y apartándose de él:

—Es mi hermano, exclamó, no le mateis. Aseguradle.

Los guardias se apoderaron de Cacumatzin fácilmente, porque creyendo muerto á Otholemi, al oír su voz, al convencerse de que vivía, se estremeció y perdiendo la fuerza, se dejó conducir maquinalmente á la presencia de Moctezuma.

Hernan Cortés y muchos de sus capitanes estaban allí cuando llegaron los guardias con el rey de Tezcuco.

Indignado Moctezuma, declaró que por traidor y díscolo le condenaba à perder su corona y à ser entregado á los verdugos.

Inmediatamente fué conducido á un calabozo, y Hernan Cortés, con mucha habilidad, imploró entónces del emperador que perdonase la vida á Cacumatzin.

—No le mateis, le dijo; su muerte en estas circunstancias podría excitar vivos deseos de venganza en sus partidarios.

Despojadle de su reino, que es una muerte mucho peor, mucho más dolorosa para él, y de este modo os convencereis una vez más de que no abrigamos rencor ninguno hácia él, à pesar de haber sido los más ofendidos.

Moctezuma mandó reunir á sus nobles, y en presencia de todos ellos refirió lo que le había sucedido, y anunció que accediendo á los deseos de los tezucucanos confería el cetro de Tezcuco á Otholemi, privando para siempre de él á Cacumatzin.

Asimismo dispuso que se celebrase con gran pompa aquel acto.

Pero su alegría no tardó en turbarse; ántes de que se aleja-

ran los nobles de su lado, llegó la emperatriz Miazochil poseída de una viva emoción.

—Nuestra hija Temixpa ha desaparecido, exclamó.

Nadie la encuentra.

Diéronse las órdenes oportunas para que la buscasen.

Aquella misma noche supo con inmenso dolor el soberano de México que su hija había sucumbido al lado de Zimpazin.

Aquel fué un golpe terrible para su corazón.

Otholemi fué proclamado rey de Tezcuco.

Cacumatzin continuó preso en poder de los españoles.

Moctezuma cuyo atribulado espíritu se debilitaba por momentos, comprendió que no podía continuar por más tiempo aquella situación, y trató de alejar á los españoles de su lado, para ver si de aquel modo volvía á su alma la paz y la tranquilidad, y desaparecían las nubes que pesaban sobre su imperio como un tétrico sudario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXII.

El deseo de Moctezuma

El pesar de la inmensa trasformacion que se habia operado en el ánimo de Moctezuma desde la llegada de los españoles á México, no podia ocultarse á sus ojos que el efecto que les profesaba, y las muestras de adhesion que les habia dado, eran en él una debilidad.

Sorprendido al principio por la grandiosidad con que se aparecieron á sus ojos aquellos hombres, obedeciendo á la voz de su conciencia, que le hacia ver en ellos el instrumento de la venganza de los dioses, se entregó por completo á su voluntad.

Los españoles habian entrado pidiendo amistad, y ya estaban convertidos en señores.

Abandonada la gestion de los negocios públicos de México por Moctezuma, comenzó à resentirse su nacion de aquel abandono, y el suplicio que sufría Cacumatzin, el suplicio de Qualcopoca, la muerte de Temixpa y Zimpazin, todas aquellas desgracias que habian acaecido en tan breve tiempo, cuando se pasó la impresion de la novedad en los mexicanos, comenzó á disgustarse contra los españoles, y no atreviéndose á manifestar públicamente hácia ellos el disgusto que sentian, fulminaron sus quejas contra el emperador.

La desolada Miazochil, que conocia el secreto de los pesares de Guacalcinla, que habia visto morir á su hija Temixpa, que notaba el cambio radical que se habia operado en el modo de ser de Moctezuma, fué la que se encargó de trasmitirle todas

las quejas de su pueblo y de invocar los recuerdos del pasado, para que el porvenir de México no fuese tan desastroso como todos empezaban á presumir.

En vista de lo que habia pasado con el jefe del ejército de Zempoala, los habitantes de aquella poblacion, los de las tribus de la Serranía, hasta los que se hallaban bajo la dominacion de Teutila y Pilpatoe, se sublevaron contra las huestes de México, negándose á pagar el tributo.

Ya no tenian los ministros que se enviaban á cobrar los tributos el prestigio que habian tenido.

No temblaban los habitantes de las aldeas ante los emisarios del poder supremo.

Los recibian de una manera hostil, los acosaban, los perseguian y los maltrataban.

Al mismo tiempo, los reinos más unidos al imperio de México comenzaban á desear separarse, porque veian la disolucion de aquel Estado, y no habia uno solo que no quisiera atraerle hácia sí.

Los tlaxcaltecas, envalentonados por la amistad de los españoles, no se limitaban ya á ser hostiles como hasta entónces habian sido con los mexicanos, sino que abrigaban proyectos invasores.

Ya se habia hablado en el senado tlaxcalteca, delante del venerable Magiscatzin, de la conveniencia que resultaria para los de Tlaxcala engrosando las filas del ejército que habian puesto á las órdenes de Hernan Cortés, para poder ayudarle á sitiarse el imperio de México, y conseguir en cambio extender por la república su ambiciosa dominacion.

Xicotencal era quien abrigaba este designio.

Era quien, á pesar de la amistad que habia jurado á Hernan Cortés, concibió el proyecto de coaligarse con él para conquistar á México, y arrojarle de allí despues de haber conseguido el triunfo.

Y si esto pasaba en Tlaxcala, no era ménos afflictivo para Moctezuma el aspecto que presentaba á sus ojos la ciudad santa de Cholula.

Los sacerdotes que habian recibido órden de suprimir los sacrificios consideraban aquel acto como una profanacion.

Creian que su religion estaba perseguida por el mismo monarca, y comprendiendo que no hallarian eco más que en aquella ciudad, adonde acudian de todos los puntos del imperio en peregrinacion, se refugiaron allí y fulminaron protestas contra la conducta del soberano.

El vasto imperio de México empezaba á desmembrarse, y Moctezuma sentia los latidos de aquel volcan que estaba bajo sus piés.

Las quejas, las súplicas, las lamentaciones de un dia y otro dia trabajaron el ánimo del emperador.

No podia apartarse de los españoles, porque habia dicho á su pueblo que si se habia ido á vivir con ellos, habia sido por su propia voluntad.

No podia tampoco, despues del predominio que habia dejado que tomaran sobre él, oponerse á su voluntad.

Pero la situacion era inminente.

Era de todo punto necesario tomar una resolucion definitiva para dar cohesion á aquellos miembros que empezaban á separarse, para destruir todas las maquinaciones que tramaban á la sombra de la debilidad del monarca, para restablecer con energía la independenciam que hasta entónces habia poseido Moctezuma en aquella inmensa region.

El emperador llamó á Hernan Cortés.

—Bien habeis visto, dijo, cuán grande es la amistad que os profeso. No os podreis quejar de Moctezuma, que ha sido, no vuestro aliado, no vuestro amigo, como deseabais, sino vuestro esclavo.

Haléis llegado aquí contra mi voluntad, y á pesar de ello,

desde el primer momento os he agasajado, os he probado que no era miedo lo que sentia mi pecho al estorbar vuestra llegada.

Obedecia á una ley de mi pueblo, y sin embargo, por vosotros he olvidado esa costumbre tradicional, he pasado por todo, os he admitido en mi casa, os he abierto mi hogar y os he dado un lugar preferente en mi corazon.

Todo esto os probará que yo no ignoro la grandeza de vuestras órdenes: que estoy seguro de que venís aquí enviado por el gran Quetzalcoal, á quien todos los mexicanos debemos profundo respeto, inmensa veneracion, por haber sido el progenitor de nuestra raza.

Pero poneos en mi lugar.

Mi imperio sufre las consecuencias de este afecto que siento hácia vos.

¡Todo está abandonado!

No es posible que permanezcais más tiempo de este modo, y yo os suplico encarecidamente que, seguro de la amistad que os profeso, de la lealtad que he jurado tener á vuestro rey, partireis en breve, dejando ocasion y espacio de recuperar el prestigio perdido.

Yo os juro prestar vasallaje á vuestro rey, y considerarle, por ser descendiente de Quetzalcoal, como absoluto dueño de mi imperio; y para demostraros que este renotimiento es sincero, me propongo convocar á la nobleza de mis reinos, para que todos, á imitacion mia, le presten obediencia y le paguen tributo, como yo pienso pagárselo; pues ántes de hablaros de esta manera, he dispuesto que se reuna gran cantidad de joyas de valor para ofrecéros las, y para que en mi nombre se las presentéis á vuestro rey. Mis nobles imitarán este ejemplo.

¿Podeis desear más?

—No ciertamente, contestó Hernan Cortés; y estoy dispuesto á acceder á vuestros deseos.

CAPITULO LXIII.

Vasallaje de los mexicanos.

Docos dias despues se celebró con gran pompa la reunion anunciada por Moctezuma en el capítulo anterior, y á ella concurrieron los príncipes de su casa, reyes de ciudades vecinas, sus consejeros y ministros, los grandes sacerdotes y las personas más importantes de la nobleza.

Hernan Cortés y sus capitanes fueron tambien convidados para asistir á esta solemne reunion.

Moctezuma fué el primero que habló, y con gran elocuencia refirió el origen del imperio mexicano, la expedicion de los nabalacas, las hazañas prodigiosas de Quetzalcoal, su primer emperador, y lo que dejó profetizado cuando se apartó á las conquistas del Oriente, previniendo con impulso del cielo que habian de volver á reinar en aquella tierra sus descendientes.

Tocó despues como punto indubitable, que el rey de los españoles, que dominaba en aquellas regiones orientales, era legítimo sucesor del mismo Quetzalcoal, y añadió, que siendo el monarca de quien habia de proceder aquel príncipe tan deseado entre los mexicanos y tan prometido en los oráculos y profecías, que veneraba su nacion, debian todos reconocer en su persona este derecho hereditario, dando á su sangre lo que á falta de ella se introdujo en eleccion; que si hubiera venido entónces personalmente, como envió sus embajadres, era tan amigo de la razon y amaba tanto á sus vasallos, que por su mayor felicidad seria el primero en desnudarse de la dignidad que poseia,

rindiendo à sus piés la corona, fuese para dejarla en sus sienes, ó para recibirla de su mano.

Pero que debiendo á los dioses la buena fortuna de que hubiera llegado en su tiempo noticia tan deseada, queria ser el primero en manifestar la prontitud de su ánimo, y habia discurredo en ofrecerle desde luego su obediencia y hacerle algun servicio considerable, á cuyo fin tenia destinada las joyas más preciosas de su tesoro, y queria que sus nobles le imitasen, no solo en hacer el mismo reconocimiento, sino en acompañarle con alguna contribucion de sus riquezas para que siendo mayor el servicio, llegase más decoroso á los ojos de aquel príncipe.

Tanto se conmovió y su emocion se propagó de tal manera á los circunstantes, que Cortés los animó á todos, diciendo:

—No creais que el ánimo del monarca á quien sirvo es despojar á Moctezuma de su dignidad.

No introduciré alteracion alguna en sus dominios, porque lo único que deseo es que se declare el derecho que tiene el rey á ser descendiente del gran Quetzalcoal.

Pero aun despues de reconocido, vive tan léjos de estas tierras y le ocupan conquistas tan importantes, que aun pasarán muchos años ántes de que pueda venir á tomar posesion de su herencia.

Guacolando, que asistia á la junta, declaró en nombre de todos, que reconociendo y respetando como á rey y señor natural á Moctezuma, estaban todos prontos á obedecer sus órdenes, porque no dudaban que cuando disponia de su imperio de aquel modo, bien consultado lo tendria con el cielo.

El príncipe de Iztacpalapa añadió:

—En la voz del emperador debemos ver interpretada la voluntad de los dioses.

Todos asintieron, y Hernan Cortés dió expresivas gracias al emperador y á sus vasallos por lo que habian acordado, aceptando el derecho que Moctezuma reconocia á favor de Carlos V.

Desde aquel momento quedó reconocido el rey de España como legítimo poseedor del imperio de México.

Pero Moctezuma insistió en que los españoles tornasen á participarle tan fausta nueva.

Cuando quedaron solos Moctezuma y Hernan Cortés, mandó aquel á sus servidores que entregasen á su huésped el rico presente que ofrecia al rey de España.

Consistian los objetos regalados, en joyas de oro y pedrería, en figuras de aves y pescados del mismo metal, en crecidas cantidades de malmites, piedra muy semejante á la esmeralda, en pinturas y en multitud de adornos y de objetos curiosos y de valor para los mexicanos.

Los nobles, imitando á Moctezuma, fueron uno á uno llevando el regalo que le hacian, consistentes casi todos en piezas de oro.

Hernan Cortés nombró al contador y al tesorero para que formasen el inventario de aquellos objetos.

Despues de conservar aparte las joyas y las obras artísticas de oro, se fundieron los demas objetos de este metal, y fueron reducidos á barras seiscientos mil pesos, de cuya cantidad aparto el quinto para el rey, otro quinto para él, y con el resto atendió á las necesidades del ejército.

De igual modo separó de aquella cantidad lo que debia á Diego de Velazquez y lo que adeudaba á sus amigos de Cuba por lo que habian adelantado para su empresa.

Ocho dias trascurrieron en estas operaciones, y al cabo de ellos Moctezuma insistió de nuevo en rogar á Cortés que abandonase á México.

—Ved, le dijo, que habiendo cesado todos los motivos ó pretextos de vuestra detencion, y habiendo conseguido de nuestra parte tan favorables resultados, si permanecéis aquí más tiempo presumirán mis vasallos que abrigais intentos ambiciosos, y no sabré qué contestar á sus reclamaciones.

No agradaron á Hernan Cortés estas palabras, y estuvo á punto de contestar á ellas con bastante acritud.

Pero reflexionó, excusándose en estos términos:

—Abreviaré el viaje todo lo que pueda; pero para llevarle á cabo con más rapidez necesito embarcaciones á propósito para la larga navegacion que he de emprender.

Dadme vuestra licencia para fabricar esas naves, y partiré enseguida.

Moctezuma accedió á este deseo, y dió las órdenes oportunas para que todos los operarios hábiles de la ciudad cooperasen á la pronta terminacion de las naves.

No queria Hernan Cortés abandonar á México sin tener ántes noticias de los dos emisarios que envió á España, Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Portocarrero; y por lo tanto, dió órdenes secretas á los españoles que debian contribuir á la fabricacion de los buques para que la retardasen, á fin de permanecer más tiempo de lo que deseaba Moctezuma en México.

No siempre la suerte habia de mostrarse propicia á Hernan Cortés.

A los dos ó tres dias de su última conversacion con Moctezuma, le llamó éste precipitadamente.

—Todo está ya dispuesto para vuestra marcha, le dijo.

—¿Cómo? preguntó Hernan Cortés disgustado.

—Acabo de recibir un mensaje de Zempoala, y los pintores de mi ejército me han enviado, como ellos acostumbran, estas noticias, favorables á vuestros deseos y á los míos.

Al decir esto le mostró unas cuantas láminas, en las que los pintores mexicanos habian copiado unos cuantos navíos españoles.

—Estos navíos, añadió Moctezuma, acaban de llegar á la costa; son de vuestra nacion, y por lo tanto vienen á buscaros.

Cortés no pudo ménos de asombrarse al fijar sus ojos en aquellas pinturas.

Al pronto se alegró, porque creyó que las embarcaciones vendrían mandadas por sus agentes Montejo y Portocarrero.

Pero observando atentamente aquellos buques, y escuchando la voz del presentimiento:

—¿Quién sabe si esa escuadra es un ejército que envía contra mí Diego de Velazquez?

—¿Qué es lo que resolvéis? preguntó el emperador.

—Partir inmediatamente, dijo Hernan Cortés. Pero antes aguardaré el aviso que por fuerza han de enviarme los españoles que están en Veraeruz, con cuyo motivo sabré cuál es el objeto que ha traído esos navíos á las costas de México.

Al día siguiente recibió un pliego de Gonzalo de Sandoval, en el que el nuevo gobernador de Veracruz le anunciaba que habian llegado ochocientos españoles con orden de Diego de Velazquez para apoderarse de Hernan Cortés.

Esta noticia fué el mayor contratiempo que hasta entónces habia experimentado.

Por otra parte, Moctezuma hacia los mayores esfuerzos para alejarle de allí.

Si se alejaba, perdía todo lo ganado y tenia que luchar contra los mismos españoles, dando un ejemplo para el porvenir de la conquista, no ya de los mexicanos, sino hasta de los mismos habitantes de Zempoala, sus primitivos aliados.

La escuadra que llegaba en busca de Hernan Cortés era la que mandaba Pánfilo de Narvaez.

Por un momento llegó á perder el ánimo el bizarro caudillo.

Sin dar cuenta á nadie de lo que le pasaba, despachó á los emisarios de Sandoval con orden para el jefe de las fuerzas de que disponia en Veracruz, y corrió á buscar en la soledad la inspiracion que necesitaba para resolver aquel conflicto.

CAPITULO LXIV.

Un trance apurado.

No abrigaba duda alguna Hernan Cortés respecto á la conducta que deberia observar en aquella ocasion.

Resuelto estaba de antemano á perder la vida en la demanda, y buena prueba de ello era el heroico acto que habia llevado á cabo barrenando las naves para no poder salir de México sin los laureles de la victoria.

Pero aun cuando estuviese completamente determinado á jugar el todo por el todo, no podia ménos de experimentar un profundo pesar al ver que las conquistas que la Providencia le habia proporcionado con tanta generosidad, iban á malograrse por el espíritu mezquino de venganza de Diego de Velazquez.

En efecto; ¿qué fuerza tendria á los ojos de los mexicanos el que hasta entónces habia pasado ante ellos por un sér inmortal, en el momento en que le vieran luchar brazo á brazo con sus propios hermanos?

Y si esto sucedia, el desprestigio podia ser la anulacion de todos los triunfos que hasta entónces habia alcanzado.

No se ocultaban á Hernan Cortés las maquinaciones de los enemigos de Moctezuma para alejar de su lado á los españoles, seguro como estaba de que despues de haberse presentado tan débil á sus vasallos, fácilmente podria demostrarle que su actitud obedecia al deseo de que no se dividiese el imperio.

Renunciar á la conquista de tan vasto territorio, era una solución que por nada del mundo aceptaba Hernan Cortés.

—Mil veces ántes la muerte, se decia, paseándose agitado por la estancia.

¿Qué es el descubrimiento del Nuevo Mundo?

¿Qué es la conquista de Santo Domingo y Santiago de Cuba, comparada con la del imperio Mexicano?

Allí las fuerzas españolas luchaban con hordas salvajes, sin disciplina, sin ejército, sin costumbres, sin civilizacion: nada más fácil que vencerlas.

Aquí hemos hallado una nacion poderosa, convenientemente civilizada, con ejércitos aguerridos y perfectamente disciplinados. Nuestro valor y el auxilio de la Providencia, sin hacer ostentacion de fuerza, nos ha otorgado el dominio de este próspero imperio.

Si es preciso luchar, si es preciso dar á los mexicanos el espectáculo de un combate fratricida, se lo daremos: todo, ántes que renunciar á la gloria alcanzada.

Así, pues, aceptando la complicacion en que le ponian la llegada de los navíos enviados por Velazquez, estaba resuelto á no abandonar por completo la ciudad de México, dejando en ella al partir á alguno de sus capitanes.

No hallaba partido en que no se le presentase algun inconveniente.

Buscar á Narvaez en la campaña con fuerzas tan desiguales, era temeridad, particularmente cuando se hallaba obligado á dejar en México parte de su gente para cubrir el cuartel; defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dejaba estar Moctezuma.

Esperar á su enemigo en la ciudad, era excitar á la sedicion á los mexicanos, darles ocasion para que se armasen con pretexto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas, introducir pláticas de paz con Narvaez y solicitar la union de aquellas fuerzas, siendo lo más conveniente, le pareció lo más dificultoso, por conocer la dureza de su condicion y no hallar

camino de reducirse, aunque se rindiese á rogarle con su amistad, á que no se determinaba por ser el ruego poco feliz con los porfiados y en proporciones de paz desairado medianero.

Poníasele delante la perdicion total de su conquista, el malogro de aquellos grandes principios, la causa de la religion desatendida, el servicio del rey atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud y dejando en el pecho la tempestad.

Su atrevido pensamiento le impulsó hasta á pedir auxilio á Moctezuma para destruir el nuevo enemigo que le salia al encuentro.

Despues de una noche de insomnio, de una noche de fiebre, una sorpresa inesperada fortaleció las resoluciones que habia tomado.

Muy temprano llegó á su habitacion un mensaje de Sandoval con un pliego urgentísimo de aquel, en el que le comunicaba noticias importantes.

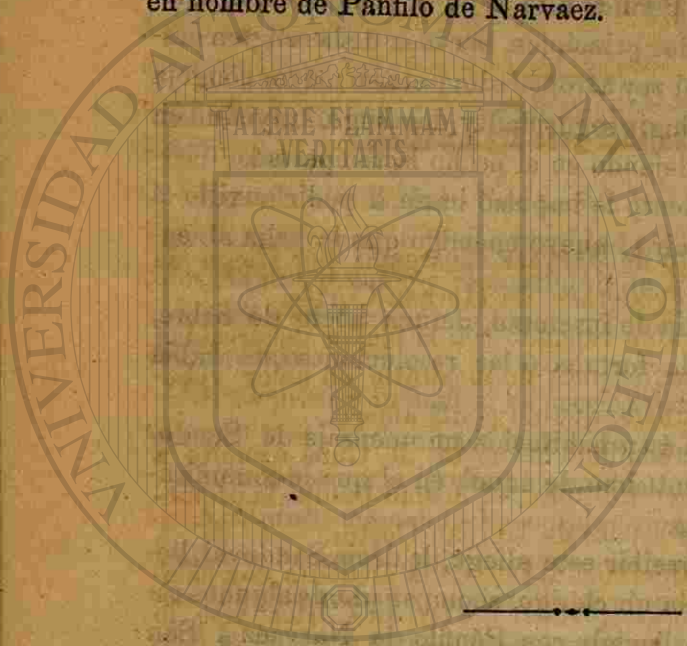
—Poco despues de recibir este pliego, le decia Sandoval, llegará á vuestra presencia un clérigo, acompañado de algunos españoles de los que han llegado con Pánfilo de Narvaez á San Juan de Ulúa, los cuales he creído de mi deber aprisionar y conducirlos á vuestra presencia, para que os informéis ampliamente de los proyectos del jefe de la escuadra.

Sandoval habia tomado una determinacion que podia agravar la situacion de los españoles en México.

De cualquiera manera, abrevió el desenlace de la cuestion. Aquel mismo dia llegaron á la ciudad de México, conducidos por indios de carga, y custodiados por varios soldados españoles al mando de Pedro de Solís, las personas que en la carta habia anunciado Sandoval á Hernan Cortés.

Pero ántes de referir el efecto que su conversacion con aquellos hombres produjo en el caudillo de los españoles, conviene á nuestro intento dar noticia del viaje de la escuadra que man-

daba Pánfilo de Narvaez, y de los sucesos que tuvieron lugar desde su arribo al puerto de San Juan de Ulúa, hasta que Sandoval envió á su jefe los emisarios que se acercaron á hablarle en nombre de Pánfilo de Narvaez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO LXV.

Un embajador poco diplomático.



DEJEMOS á Pánfilo de Narvaez encargado por Diego de Velazquez de apoderarse de Hernan Cortés.

Blanca se habia vengado con la mayor generosidad del hombre que despues de inspirarle un amor vehementísimo, le habia confiado que no podia amarla.

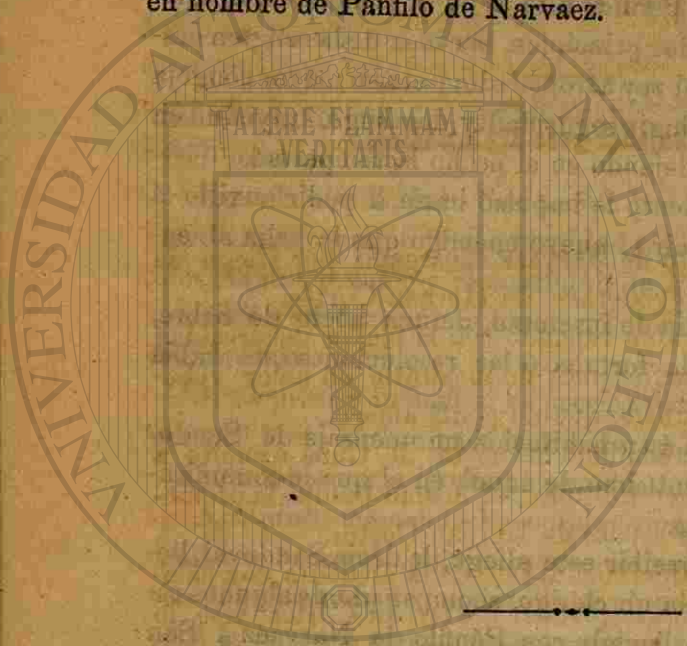
Pánfilo de Narvaez abandonó las costas de Cuba resuelto á cumplir sus deberes como militar, y al mismo tiempo la promesa que habia hecho á la esposa de Hernan Cortés.

Diego de Velazquez incitaba al jefe de la escuadra, con palabras corteses, que procurase prender á Hernan Cortés y se lo remitiese con buena guardia para que recibiese el castigo que merecia; que hiciese lo mismo con la gente principal que le seguia si no se doblegaba á dejar su partido, y que tomase posesion en su nombre de todo lo conquistado.

—Tuvieron aviso de esta resolucion, dice Solís, los religiosos de San Jerónimo, que presidian la real audiencia de Santo Domingo con suprema jurisdiccion sobre las otras islas, y previendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lucas Velazquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego de Velazquez.

«No bastando los medios suaves, le ordenó que le intimase las instrucciones que llevaba, mandándole con graves penas que

daba Pánfilo de Narvaez, y de los sucesos que tuvieron lugar desde su arribo al puerto de San Juan de Ulúa, hasta que Sandoval envió á su jefe los emisarios que se acercaron á hablarle en nombre de Pánfilo de Narvaez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO LXV.

Un embajador poco diplomático.



DEJEMOS á Pánfilo de Narvaez encargado por Diego de Velazquez de apoderarse de Hernan Cortés.

Blanca se habia vengado con la mayor generosidad del hombre que despues de inspirarle un amor vehementísimo, le habia confiado que no podia amarla.

Pánfilo de Narvaez abandonó las costas de Cuba resuelto á cumplir sus deberes como militar, y al mismo tiempo la promesa que habia hecho á la esposa de Hernan Cortés.

Diego de Velazquez incitaba al jefe de la escuadra, con palabras corteses, que procurase prender á Hernan Cortés y se lo remitiese con buena guardia para que recibiese el castigo que merecia; que hiciese lo mismo con la gente principal que le seguia si no se doblegaba á dejar su partido, y que tomase posesion en su nombre de todo lo conquistado.

—Tuvieron aviso de esta resolucion, dice Solís, los religiosos de San Jerónimo, que presidian la real audiencia de Santo Domingo con suprema jurisdiccion sobre las otras islas, y previendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lucas Velazquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego de Velazquez.

«No bastando los medios suaves, le ordenó que le intimase las instrucciones que llevaba, mandándole con graves penas que

desarmase la gente, deshiciese la armada y no perturbase ó pudiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés, so pretexto de pertenecerle por cualquiera razon ó pretexto que fuese; y que dado que tuviese alguna que-rella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura su justicia por los trámites regulares.»

Llegó este ministro á la isla de Cuba cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto bordo y siete poco más que bergantines, unos y otros de buena calidad.

Diego Velazquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente.

Procuró reducirle, sirviéndose amigablemente de - zonas le ocurrieron para detenerle y confiarle.

Dióle á conocer lo que aventuraba si se pusiese Cortés en resistencia, interesados ya en defender sus mismas utilidades los soldados que le seguian; el daño que podria resultar de que viesen aquellos indios belicosos y recién conquistados una guerra civil entre los españoles; que si por esta desunion se perdiese una conquista de que ya se hacia tanta estimacion en España, peligraria su crédito en un cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defender los que más le favorecian.

Púsose de parte de su justicia para persuadirle á que la pudiese, donde se miraria con deferente atencion, si no la desacreditare con aquella violencia.

Y últimamente, viéndole incapaz de consejo, porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortés, paso á lo judicial; manifestó sus órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes roquerimientos y protestas.

Pero nada bastó á detener su resolucion, porque soñaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de

no reconocer superior en su distrito, y se quedó en su obstinacion hecha ya porfia la inobediencia.

Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente, por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viaje con apariencias de curiosidad, á que accedió fácilmente Diego de Velazquez, porque llegase más tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió embarcarse con gusto y estimacion de todos; resolucion, que bien que fuese de su dictámen, ó procediese de su instruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos españoles.

Persuadióse con bastante probabilidad á que seria más fácil de conseguir léjos de Diego de Velazquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pánfilo de Narvaez, y aunque fué su asistencia de nuevo inconveniente, como lo veremos despues, no por eso dejaron de merecer alabanza su celo y su discurso: que los sucesos, por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones.

Embarcóse tambien Andrés de Duero, aquel secretario de Velazquez que fevoreció tanto á Hernan Cortés en los principios de su fortuna.

Dicen unos que se ofreció á esta jornada por disfrutar sus riquezas, acordando el beneficio; y otros que fué su intencion mediar con Narvaez y embarazar en cuanto pudiese la ruina de su amigo, á cuyo sentir nos aplicaremos ántes que al primero, por no estar bien con los historiadores que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Apenas llegó la armada al puerto de San Juan de Ulúa, dispuso Pánfilo de Narvaez que desembarcasen algunos soldados y entre ellos su leal servidor Iñigo.

Encargóle muy particularmente que se informase de lo que pasaba, y volviera en breve á comunicárselo; no tardaron en hallar en la playa á dos ó tres españoles de los que formaban parte de la guarnicion de Veracruz.

Abrazáronse cordialmente, y los emisarios de Narvaez comenzaron á noticiarles lo que pasaba.

Contaron los soldados de Hernan Cortés grandes maravillas acerca del imperio de México, ponderando el éxito de las batallas en que habian tomado parte y los triunfos que Hernan Cortés, sus capitanes y sus soldados habian conseguido, y las brillantes jornadas que habian empleado en llegar á México.

Con todas estas noticias regresaron á bordo Iñigo y sus camaradas, y los soldados de la Veracruz buscaron á Sandoval para darle cuenta del encuentro que habian tenido.

No esperaba Pánfilo de Narvaez llegar tan tarde.

Creia que los españoles no habrian podido abandonar las inmediaciones de la costa, porque tenia noticia de la fiereza de los habitantes de aquel país; y al saber que Hernan Cortés habia llegado á México, y sostenia relaciones amistosas con el emperador Moctezuma, desmayó un tanto, creyendo que no seria tan fácil el éxito de la empresa que le habian encomendado.

Desde luego pensó que lo que le convenia era ganar á su favor á los soldados que habia dejado Cortés en Veracruz, guarneciendo la colonia, y para conseguir este objeto eligió á un clérigo que llevaba en su compañía, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de carácter enérgico, atrevido y con muy poco de las virtudes que reclamaban su condicion.

Para que los soldados de Hernan Cortés le franqueasen el paso sin recelo alguno, no le dió por escolta más que tres soldados, y por compañero al escribano real, para que diese fe de todo lo que en aquella negociacion aconteciese.

Al dia siguiente desembarcaron muy temprano Guevara, el

escribano y los tres soldados y se dirigieron hácia la colonia de los españoles.

Hombre prevenido Sandoval, estableció centinelas y espías que le avisasen de cuanto hicieran los españoles que habia visto á bordo, y al saber por ellos que no se dirigian á visitarle más que cinco personas, dispuso que se les franqueasen las puertas de la ciudad y que fuesen conducidas á su morada.

Recibióles, en efecto, Sandoval con la mayor cortesía, estrechó la mano del escribano y del clérigo, y les manifestó la inmensa alegría que experimentaba al ver tan léjos de su país compatriotas, lo que debia sin duda á la bondad de la Providencia.

Ruiz de Guevara, sorprendido de aquella finura, no sin contenerse, porque era hombre rudo y poco dado á melindres de la urbanidad:

—Pláceme, dijo á Sandoval, que nos dispenseis tan buena acogida. Pero mucho me temo que al saber el objeto de nuestra llegada á estas costas mudeis de parecer, si es que no reconocéis, como espero, la justicia que nos asiste.

—Vos direis, señor clérigo, cuál es la mision que os han confiado.

—La que nosotros hemos recibido es secundaria.

Obedecemos al jefe de la escuadra que teneis á la vista, al capitan Pánfilo de Narvaez.

Pero él á su vez obedece al gobernador de Santiago de Cuba, nombrado adelantado por el rey Carlos V (que Dios guarde), y siendo don Diego de Velazquez quien nos envía, no lo hace para favorecer á Hernan Cortés.

—Así lo creo, y lo siento en el alma, porque nuestro jefe, Hernan Cortés, ha cumplido hasta ahora con todos sus deberes, y con su pericia y su valor ha llevado á cabo conquistas que eternizarán su nombre y que honran á la patria, que está llamada á recoger el beneficio de sus triunfos.

—Vuestras palabras, añadió el clérigo, hacen más difícil mi misión, porque veo que teneis á Hernan Cortés en gran concepto.

—¿Cómo no, si he compartido con él todos los peligros de la expedición, y he tenido ocasión de admirar el temple de su alma?

—Pues bien: de todos modos, he de deciros el objeto de mi venida.

Pánfilo de Narváez trae orden terminante de apoderarse de la persona de Hernan Cortés y de reclamar para Velazquez obediencia en todos los capitanes que puso á sus órdenes al preparar la expedición de Santiago de Cuba.

Once navíos de alto bordo, y siete más pequeños, traen á esta tierra fuerzas suficientes para someter á Hernan Cortés y á todos cuantos le acompañen á la jurisdicción del gobernador de Santiago de Cuba.

Pánfilo de Narváez es hombre enérgico, y cumplirá las órdenes que ha recibido.

Pero como al fin y al cabo es español como vos, conoce que no es vuestra la culpa, y desea evitar una guerra fratricida, ha pensado que yo, por el ministerio que ejerzo, podría evitar la efusión de sangre, llevando á vuestro ánimo y al de todos los capitanes de Hernan Cortés el convencimiento de la razón que asiste á don Diego de Velazquez para castigar al hombre que ha faltado á sus más altos deberes.

Sandoval permaneció silencioso algunos instantes.

—Es decir, exclamó, que venís á proponerme una mala acción.

—No tal; vengo á ofreceros vuestro bien.

—¿Creeis por ventura que es mi bien ser desleal al generoso caudillo que tanta gloria ha alcanzado para todos los que hemos formado parte de la expedición?

—¿Y no será mayor gloria para vos evitar el terrible espec-

táculo de una lucha sangrienta en estos dominios, que por lo que decís, tienen tan alta idea de los españoles?

No seremos nosotros los que la provoquen.

—Pero Pánfilo de Narváez no tendrá más remedio que provocarla.

—Nos hallará dispuestos á resistirle.

—Eso se dice, pero no siempre se hace. Nuestras tropas son leales, están resueltas á pelear por la razón y por la justicia.

Así, pues, aceptad mi proposición, resignad el mando en Pánfilo de Narváez, y pasad con vuestros soldados á sus filas.

—Pues ved lo que son las cosas, dijo Sandoval; yo creo que lo que procede en este caso es que Pánfilo de Narváez, uniéndose á nosotros con su ejército, contribuya á consolidar el magnífico triunfo que las armas españolas han llevado á cabo en este imperio.

—¿Es decir que preferís la guerra á la paz? exclamó el clérigo.

—Lo único que puedo deciros, es que no hay uno solo de los españoles que han venido á México con Hernan Cortés, que no prefiera mil veces morir á pasarse á las filas de sus enemigos.

El clérigo, que hasta entonces habia hecho los mayores esfuerzos para contenerse no pudo resistir la demostración de lealtad que hacia Sandoval en favor de Hernan Cortés, y exclamó fuera de sí:

—¿Por ventura merece un miserable aventurero como él el aprecio que haceis de su persona?

—¿Qué hubiera sido sino un pobre soldado si no hubiese puesto sus ojos en él don Diego de Velazquez, encumbrándole más alto de lo que merecía?

Bien debia presumir que hallaria semejanza de pago, porque los que tienen alma pequeña no saben nunca corresponder á las

bondades de que son objeto. Por mi parte, le declaro traidor, desleal, indigno del nombre de español.

—Reportaos, le dijo Sandoval. Ved que delante de mí no se ofende impunemente á Hernan Cortés.

—Valeos de la fuerza si quereis, porque somos pocos aquí. Pero miéntras no pongais mordazas en mi boca, repetiré lo que he dicho; y aun haré más.

Me acompaña un escribano real: le notificaré que deseando evitar la guerra, os he hecho amistosas proposiciones en nombre de Pánfilo de Narvaez; él dará fe de que las habeis desoido, y vos y los que os opongais á los designios de mi jefe sereis cómplices de lo que suceda.

Y dirigiéndose al escribano:

—Tomad nota en seguida de cuanto acabais de oír, añadió.

—Yo mando aquí, respondió Sandoval, y si se atreve el escribano á hacer esa notificacion, hago poner una horca y le cuelgo de ella.

Solo órdenes del rey son las que acato.

No reconozco en Diego de Velazquez, en Pánfilo de Narvaez, ni en vos ni en nadie, derecho alguno superior al que tiene Hernan Cortés.

Sandoval guardó un momento de silencio.

—Eso quien lo verá, añadió, reportándose, es Hernan Cortés, á cuya presencia vais á partir inmediatamente.

—¿Qué decís?

—Digo que vos y todos los que os acompañan quedais en mi poder.

—Semejante atentado....

—Estoy en mi derecho.

—¿Esto es un atropello!

—Esto será lo que gustéis; pero sois prisioneros míos, y como el juez que debe juzgaros es Hernan Cortés, vais á salir

inmediatamente para ser conducidos á su presencia, custodiado por parte de las fuerzas que tengo á mis órdenes.

—Ved lo que haceis, que puede costaros caro, dijo el clérigo.

—Cumpló con mi deber, y estoy tranquilo, repuso Sandoval con entereza.

Los soldados no hicieron resistencia, y aquella misma tarde, despues de enviar el mensajero que llegó ántes que ellos, dispuso que fueran llevados á México y presentados á Hernan Cortés.

VIA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXVI.

Donde Cortés enseña diplomacia a un embajador.

Como estaba prevenido Hernan Cortés ántes de recibir á los prisioneros que le enviaba Sandoval, tuvo tiempo de meditar la conducta que observaria con ellos.

Por de pronto, lo primero que hizo para contar siempre con el apoyo de sus capitanes, fué referirles lo que pasaba y sondear de nuevo sus intenciones, para ver hasta qué punto podia contar con ellos.

El peligro era comun, porque al fin y al cabo, lo mismo Diego de Ordaz y Velazquez de Leon, que los demas capitanes, habian desobedecido las órdenes de don Diego de Velazquez; por consiguiente, las instrucciones que les enviaba no debian ser muy lisonjeras si es que Hernan Cortés se negaba á caer en su poder.

Por otra parte, durante las etapas de aquella revolucion se habian acostumbrado á mirar como un ídolo á Hernan Cortés, y á sus preguntas respondieron todos:

—Lo que hemos dicho en otras ocasiones, repetimos ahora. Dispuestos estamos á perecer con vos, ántes que entregarnos, y mucho ménos entregarnos á los emisarios de Velazquez.

—No basta que nos libremos de ellos, contestó Hernan Cortés; son nuestros hermanos, pueden prestarnos grandes servicios, si conseguimos que vengan á nuestro partido, si deslumbrados por la gloria que hemos logrado conquistar, les persuadimos de que es mucho mejor luchar unidos por la causa de la

patria, que intentar una lucha fratricida y de fatales consecuencias para todos.

Yo espero de un momento á otro los prisioneros que me envía Sandoval.

Exploraré su ánimo, averiguaré las intenciones que agitan al capitán de expedición Pánfilo de Narvaez, y si las buenas palabras y las buenas obras no bastan, si se obstinan en darnos la batalla, la aceptaremos.

Como la llegada de los prisioneros debia llamar la atención en México, creyó que era de todo punto necesario, para no perder el prestigio de que gozaba, apresurarse á dar conocimiento de lo que ocurría á Moctezuma, y sobre todo preparar la opinion en México para los acontecimientos que tuvieran lugar.

Dos eficaces auxiliares podian servirle en aquella ocasion: Marina é Ilbialbi.

La primera podia referir una fábula á Moctezuma, y no solo satisfacer su curiosidad, sino predisponerle más y más en favor de Hernan Cortés.

El segundo podia satisfacer la curiosidad de los mexicanos de una manera que no perjudicase á los españoles.

Más tarde veremos á Marina hablar con Moctezuma y á Ilbialbi con los mexicanos.

Presenciamos ahora la entrevista del clérigo Guevara con Hernan Cortés.

Conducido á presencia del caudillo de los españoles, salió éste á su encuentro, y tendiéndole la mano:

—Mal interpretan mis órdenes mis capitanes, dijo. ¡Un español prisionero! ¿Cuál es la causa? ¿Por qué viene en este estado?

¿Quién os ha dado orden, añadió, dirigiéndose á Pedro de Solís, para aprisionar á nuestros compatriotas?

Esta exclamacion contuvo algun tanto la ira que llevaba encerrada en su pecho el clérigo Guevara.

— Hemos cumplido las órdenes del capitán Sandoval, dijo el cabo Solís.

— ¿Qué delito han cometido estos españoles para llegar á mi presencia en semejante estado?

— El capitán os lo participa en este pliego, añadió Solís, entregándosele.

— Bien está, contestó Hernán Cortés. Soltad á los españoles y dadles abundante comida y gracioso hospedaje.

En cuanto á vos, os ruego que os quedeis á mi lado para darme cuenta de lo que ha pasado ántes de que lo lea en el escrito de Sandoval.

Los soldados y el escribano real fueron conducidos adonde estaban los capitanes, y por orden de Hernán Cortés agasajados en extremo.

Guevara y el jefe de los españoles quedaron solos.

— Ante todo, exclamó Hernán Cortés, permitidme que excuse la intolerancia del capitán que os ha mandado prender, y la falta de respeto que se ha cometido tratando de este modo á un eclesiástico.

No esperaba Guevara aquel trato tan afectuoso, y como lo que deseaba era hallar severidad y energía en Hernán Cortés para contrarestarla; como se había preparado para una situación fuerte, al encontrarse con un hombre afable, cariñoso, comedido, galante hasta la exageración, no supo qué hacer.

— Leed el documento que os envía el capitán Sandoval, contestó al fin Guevara, y sabreis cuál es mi pecado.

— Prefiero oírlo de vuestros labios.

— Pues bien: yo soy leal; yo no encubro mis pensamientos, yo he de deciros la verdad.

— Eso deseo.

— El gobernador don Diego de Velázquez, nombrado adelantado mayor por el rey nuestro señor don Carlos V, considera vuestra partida de la Habana desobedeciendo sus órdenes

como un desacato, como una rebeldía, y los hombres de su temple y de su corazón, no pueden consentir tamaño ultraje sin darle el debido castigo.

— ¿Por ventura he faltado yo en algo á don Diego de Velázquez? le dijo Hernán Cortés.

— Tal debe ser su opinión, cuando ha enviado una escuadra y un capitán, en cuya compañía he venido yo, sin otro objeto que el de apoderarse de vuestra persona, el de obligaros á la obediencia, y el de conducirnos á Santiago de Cuba para que respondais de las acusaciones de que sois objeto.

— ¿Y creéis que es posible conseguir todo esto de un hombre que, como yo, con un puñado de valientes, arrostrando toda clase de peligros, venciendo los, he llegado hasta México, el imperio más vasto de todos los que encierra en su misterioso circuito el Océano; creéis, repito, que á un hombre que se encuentra en mis circunstancias se le puede exigir cuenta de esa manera?

— Para exigíroslo ha venido el capitán Pánfilo de Narvaez, y me ha nombrado su emisario cerca de vuestros capitanes, á fin de que les ofrezca toda clase de consideraciones para que coadyuven como es la ley, como es deber suyo, á que seais entregado á la justicia.

— ¿Cómo os llamas? exclamó Hernán Cortés.

— Ruiz de Guevara.

— Pues bien, señor licenciado Guevara; después de arrostrar y de vencer las tempestades del Océano, al poner mi planta en esta tierra encontré numerosos ejércitos de indios bravos que se opusieron á mi paso.

La fe que me alentaba, la sed de gloria que sentía hervir en mi pecho, el deber que había contraído conmigo mismo de conseguir esta conquista para ofrecérsela á los pies del monarca más grande de la tierra, de nuestro rey (que Dios guarde) Carlos V, me alentaron, me dieron fuerza para resistir todas las contrariedades, todos los ataques de esos numerosos ejérci-

tos, y logrando infundir el valor que sentia en mi alma en los que me acompañaban, haciendo de cada soldado un héroe, pude destruir hordas inmensas de salvajes, pude ganar palmo á palmo el terreno, y contra la voluntad del poderoso monarca Moctezuma, penetrar en su terrorio, y no solo alcanzar la veneracion, el respeto, la admiracion de sus vasallos, sino que he logrado tener prisionero á ese poderoso monarca.

Pronto le vais á ver. Pronto saldreis con mis capitanes para que conozcais esta noble ciudad, cuya sola vista hubiera dado miedo en el pensamiento á los que ántes de venir á conquistarla hubieran tenido noticia de ella.

Despues de verla, despues de convenceros de lo que he conseguido, mudareis de opinion, y comprendereis que no es fácil prender como á un hombre vulgar al que con el auxilio de la Providencia tales hazañas ha llevado á cabo; y aconsejareis al capitan Pánfilo de Narvaez, á quien no conocet, pero en quien de seguro habrá consideracion para Hernan Cortés, que depoiendo todo rencor y olvidándose, en vista del espectáculo que le ofrezco, de las órdenes que ha recibido, en vez de conducirme á una lucha sangrienta, terrible para todos, se una conmigo, participe de la gloria de mi empresa, y juntos volvamos á la madre patria á ofrecerle con la conquista de este imperio la mayor muestra de nuestro amor, de nuestra gratitud.

No supo qué contestar Ruiz de Guevara á estas declaraciones, hechas con la energía, con el entusiasmo del hombre que tenia la conciencia de lo que hablaba.

Dominado por el prestigio que desde el primer momento ejerció sobre él Hernan Cortés, se dejó conducir hasta la presencia de Moctezuma, y despues visitó con Pedro de Alvarado y Diego de Ordaz los palacios, los edificios, las mil preciosidades que encerraba México.

En esta exploracion le acompañaron el escribano real y los soldados españoles del ejército de Pánfilo de Narvaez, porque

quiso Hernan Cortés que todos pudieran dar noticias á sus compañeros del espectáculo grandioso que habia ofrecido á su vista.

Al dia siguiente los llamó.

—Estais en libertad, y voy á hacer que os acompañen hasta donde habeis dejado vuestros navíos.

Decid allí lo que habeis visto.

Pronunciad las palabras que habeis oido de mis labios ante Pánfilo de Narvaez.

Interponed vuestro influjo para que se consigan mis deseos, y anunciadle que enviaré un emisario para que en nombre mio le dé cuenta oficial de mis propósitos.

Al mismo tiempo envió orden á Sandoval para que se excusase con los prisioneros y se mostrase afable y cariñoso con los soldados de Narvaez, siempre que correspondieran á estas muestras de consideracion y de aprecio.

El guerrero renunciaba á la fuerza para convertirse en hábil diplomático.

UNIVERSIDAD
MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

®

CAPITULO LXVII.

Una nueva y provechosa invencion de Marina.



MARINA, dijo Hernan Cortés á la jóven india, que tanta parte tomaba en sus penas y en sus felicidades, me hallo en un nuevo riesgo.

—No se me oculta que sufres, dijo Marina; pero no sé la causa.

Espero que me la dirás, porque no tienes secretos para mí.

—Sí; eres mi confidente, mi amiga, mi felicidad.

Ha llegado á San Juan de Ulúa un capitan español, al que acompañan muchos soldados, y su mision no es otra que la de apoderarse de mi persona y llevarme á Santiago de Cuba, para entregarme á uno de mis mayores enemigos.

Marina se estremeció.

Hernan Cortés continuó:

—Tú comprendes que aunque yo esté resuelto á morir luchando ántes de entregarme á mis terribles enemigos, la situacion en que me encuentro es afflictiva.

Si los mexicanos saben que existen entre nosotros odios, rencores, miserias, pasiones; si ven que como ellos sostenemos luchas fratricidas; si llegan, por último, á convencerse de que no somos los descendientes del gran príncipe de que tanto nos hablan, todo cuanto hemos conseguido lo perderemos, y mis esperanzas de conquistar este hermoso país, de vivir siempre en él, añadió Hernan Cortés, engañando aquella vez á Marina, desapa-

receràn por completo, y no tendré más remedio que alejarme de aquí de grado ó por fuerza, impulsado por los mexicanos.

Es necesario buscar un medio de que Moctezuma no sepa lo que pasa, y sin embargo, comprenda que yo estoy en peligro.

—Un medio se me ocurre, dijo Marina.

—¿Cuál? Expílicate.

—Moctezuma se opuso tenazmente á que llegarais á su territorio.

—Es cierto.

—Entónces bien pudisteis, no contando con fuerzas suficientes para oponeros á su voluntad, pedir auxilio á vuestra nacion.

Pues bien: yo veré á Moctezuma.

Yo le explicaré esto.

Yo le diré que comprendiendo tú al principio que necesitabas emplear la fuerza para llegar hasta México, pediste á tu soberano nuevos refuerzos, y que esos refuerzos han llegado.

Le diré que desconociendo la benévola acogida que ha dispensado á los españoles su soberano, tomando por un gran desaire la negativa de Moctezuma, los ha enviado con órden expresa de venir hasta aquí á llevarle prisionero.

Le aseguraré que tú, que eres su amigo, que deseas su bien, te has opuesto á que se lleve á cabo semejante medida, y que los españoles han creído, al oír esta respuesta, que le prefieres á ellos, que te ha dominado, que en vez de ser su amigo eres tú su esclavo, y están resueltos á luchar contigo, porque te opones á su voluntad.

Hernan Cortés dirigió una mirada apasionada á la jóven india.

—¡Oh! exclamó, al mismo tiempo que cruzaba una horrible idea por su mente.

¿Por qué no habré nacido en donde tú viste la luz?

Esa idea es excelente.

Corre, ve inmediatamente á ver al emperador Moctezuma. El te preguntará de seguro qué es de mí.

Aprovecha la ocasion.

Díle que estoy preocupado, díle la situacion en que me encuentro, esa situacion que has forjado, y que va á salvarnos.

Marina se apresuró á cumplir los deseos de su amante, en tanto que éste instruía á Ilbialbi en lo que debia decir á los mexicanos para que no extrañasen la llegada de los prisioneros, porque estas escenas tuvieron lugar ántes de que llegasen.

Marina desempeñó admirablemente su papel.

A las primeras preguntas de Moctezuma:

—¡Ay! exclamó la jóven. Si vierais qué horrible pesar sufre en estos momentos Hernan Cortés.

—Expícate.

—No puedo.

El mismo no ha querido revelarme su secreto; yo he tenido que averiguarlo, preguntando á sus más íntimos confidentes.

—¿Le amenaza algun mal?

—Una desgracia inmensa.

—No comprendo qué puede sucederle.

¿Acaso está pesaroso conmigo porque le he suplicado que me abandone para tranquilizar á mis vasallos?

—No, al contrario.

Daria por vos su vida.

Os ha tomado tanto afecto desde que os conoce, que esa es su mayor desventura.

—Habla, habla, exclamó Moctezuma con ansiedad.

—Yo bien quisiera revelaros lo que sucede; pero asegúradme que guardareis el secreto, porque no quiero que nadie lo sepa.

—Yo te lo aseguro.

—Entónces oid.

Marina, con todas las precauciones, con todo el aparato de la verdad, le refirió la fábula que habia inventado.

Moctezuma no pudo ocultar la gran emocion que experimentó su alma al escuchar aquella revelacion.

¡Era tan verosímil la invencion de la jóven india!

En efecto; él se habia opuesto á que los españoles avanzaran hácia su capital.

Lo más natural era que Hernan Cortés pidiera auxilio para contrarestar la voluntad soberana de Moctezuma.

Siendo como eran los españoles descendientes del gran Quetzalcoal, debia ofenderse en extremo su soberano al ver que Moctezuma se negaba á recibir á su representante.

Aquello era un delito de la mayor gravedad.

Despues de hacerse estas reflexiones:

—Marina, exclamó Moctezuma, yo te doy palabra de ocultar este secreto.

Manifestaré, sin embargo, á Hernan Cortés que yo lo he averiguado.

Pero su causa es la mia.

Necesito hablarle.

—Vuestra voluntad es soberana, dijo la jóven india.

Cúmplase vuestra voluntad.

Moctezuma suplicó á Hernan Cortés que fuese á verle, y así lo hizo, en tanto que Ilbialbi despertó la curiosidad de los mexicanos, refiriendo con exageracion la fábula que ya conocen nuestros lectores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXVIII.

Donde se vé cómo Cortés prepara su retirada.



BORDÓ Moctezuma la cuestión con Hernan Cortés.

--Sé lo que pasa, le dijo; y necesito conocer vuestra resolución.

--Si habeis descubierto mi secreto, repuso Hernan Cortés, no hay para qué ocultárosle.

En cuanto á mi resolución, fácilmente podeis comprender que la gratitud que siento hácia vos me resuelve á partir, y á luchar, si es preciso, con mis propios hermanos, para que no consiga destruir el pacto que los dos hemos hecho.

--¿Creeis, dijo Moctezuma, que si yo enviase una embajada bastaria eso para contener su furor?

--No, no bastaria; es necesario que vaya yo, y estoy resuelto á partir muy pronto.

--¿Quereis que os acompañen soldados míos?

--¿Y para qué? Yo espero que mis razones bastarán á calmar la indignación de mis compatriotas.

Si así no fuera, creo que mi influencia seria suficiente para aplazar la lucha, enviando un emisario á nuestro rey para recibir nuevas órdenes suyas.

Si nada de esto surte efecto, lucharé y venceré.

Pero de todos modos, no rechazo el auxilio que me ofreceis.

Yo diré al capitán del nuevo ejército que ha llegado á las costas del imperio mexicano, que sois mi amigo; que para demostrar vuestra amistad, vuestra veneracion á los españoles,

habeis abandonado vuestro palacio; que nos habeis colmado de atenciones.

Le mostraré los ricos presentes que para nuestro rey nos habeis ofrecido.

Estas declaraciones serán eficaces, aunque es posible que para convencerse de ellas quieran venir aquí.

Si tal sucede, y es lo probable, yo desearia que os encontrasen todavía en nuestra morada, á nuestro lado, siendo nuestro amigo.

--¿Y podeis dudarle? preguntó Moctezuma.

--No lo dudo; pero os lo ruego. Al marchar yo dejaré á uno de mis capitanes en el palacio que tan generosamente habeis puesto á nuestra disposicion. Quedarán en su compañía soldados bastantes, no para defenderse, que yo no espero ataque alguno por parte de vuestros vasallos, sino para daros digna guardia.

Mucho sintió Moctezuma aquella nueva pretension de Hernan Cortés.

Pero en semejantes circunstancias, ¿podia oponer resistencia?

¿No era oponerse, revelarse contra él?

Y si se revelaba, ¿qué sucederia, contando como contaba Hernan Cortés con aquellos nuevos refuerzos que acababan de llegar animados de los mayores deseos de combatir?

Os empeño mi palabra, exclamó Moctezuma, de permanecer en este palacio mientras dure vuestra ausencia, de considerar á vuestros capitanes como á vos mismo, y de proteger y amparar con mi proteccion á todos los españoles que dejeis aquí.

--Confio en esa palabra, y parto en breve á realizar los deseos que os he manifestado. Pero antes, como es costumbre entre nosotros, voy á enviarle un emisario que anticipe las nuevas que yo he de confiarle más tarde.

En efecto; aquel mismo dia confió lo que pasaba á fray Bartolomé de Olmedo, le dió sus instrucciones y le rogó que fuese

á conferenciar con el capitan Pánfilo de Narvaez, empleando toda su influencia para evitar una guerra, que podia desprestigiar á los españoles ante los mexicanos, y que no seria provechosa para nadie absolutamente.

Fray Bartolomé de Olmedo, con dos soldados, partió inmediatamente á realizar los proyectos de Hernan Cortés.

Este habló á Pedro de Alvarado, que era, por su valor y su arrojo, el más á propósito para sostener las conquistas adquiridas acerca de Moctezuma.

Dejó á sus órdenes ciento cincuenta soldados, y le encomendó que tuviera la mayor precaucion para evitar luchas entre sus soldados y los mexicanos: le rogó encarecidamente que guardase las mayores atenciones á Moctezuma, y por último, le autorizó para tomar cualquiera resolucion extrema, si el monarca, valiéndose de su ausencia, é instigados por los suyos, faltaba á su promesa, ó si los mexicanos cansados ya de la dominacion de los españoles, intentaban recuperar su independencia.

Al día siguiente de partir fray Bartolomé de Olmedo se puso en marcha con los soldados que debian acompañarle á tomar parte en una de las situaciones más difíciles y más apurada de la vida del gran hombre.

Marina quiso acompañarle.

—No, dijo Hernan Cortés; tú te quedas aquí, porque tu presencia es necesaria.

—¿Y si corres peligro?

—Yo los afrontaré.

—¿No sabes qué si tú perecieras, quiero morir contigo?

—Yo te mando que te quedes aquí, porque nadie mejor que tú puede avisar á Pedro de Alvarado lo que suceda en contra nuestra.

—¿Pedro de Alvarado es la persona á quien confias el mando?

—Sí, dijo Hernan Cortés.

Marina estuvo á punto de revelar á Hernan Cortés el secreto que existia entre ella y Alvarado.

—No, se dijo; tengo bastante fortaleza para resistir, y le amo tanto, que yo evitaré cualquiera desgracia que pudiera sobrevenirle.

Despues de una breve pausa:

—Al menos, dijo Marina á Hernan Cortés, que te acompañe Ilbialbi.

Hernan Cortés accedió á sus deseos.

Marina habló con el jóven indio, y le encargó que velase por su persona á costa de todo.

Dejemos, pues, á una fraccion de los españoles al mando de Pedro de Alvarado, en México, custodiando todavía la persona de Moctezuma, y abandonemos con Hernan Cortés aquella tan magnífica ciudad, para asistir á las escenas que durante el viaje del caudillo de los españoles, y á su llegada, tuvieron lugar; escenas que constituyen episodios de los más notables de esta interesante historia.

CAPITULO LXIX.

Donde se ve que la fortuna no abandona á Cortés.



HERNAN Cortés dió á fray Bartolomé de Olmedo una carta para Pánfilo de Narvaez, al mismo tiempo que le instruyó acerca de la conducta que debería observar con los capitanes que acompañaban al jefe de las fuerzas que iban á apoderarse de él.

Habia sabido por Guevara que entre las personas que acompañaban á Narvaez se encontraba su antiguo amigo Andrés del Duero y el licenciado Luis Vazquez de Ayllon, que como recordarán nuestros lectores, se habian embarcado con ánimo de impedir que Narvaez cometiese atentado alguno contra el hombre que en aquella noble y provechosa empresa habia empeñado su vida.

Convinieron fray de Olmedo y Hernan Cortés en que apenas terminara el primero su embajada volveria á Tlaxcala, en donde el jefe de los españoles, con sus tropas, aguardaria el regreso del misionero para tomar una resolucion definitiva.

Podia fray Bartolomé llegar en poco tiempo con el auxilio de los caballos.

No sucedia lo mismo á los españoles, que tenian que ir á pié, razon por la cual arregló el jefe las jornadas de la manera más cómoda para sus tropas.

Pernoctó en Zimpazingo, y al dia siguiente en Cholula, donde más por temor que por amistad, le dispensaron una cariñosa acogida.

De allí pasó á Tlaxcala.

Media legua ántes de la ciudad salió toda la nobleza de la república á recibir á su antiguo amigo.

Su entrada en la ciudad fué un nuevo triunfo, porque consideraban en Hernan Cortés al vencedor de Moctezuma.

Por lo que pudiera suceder, contando como contaba Hernan Cortés con la amistad de los tlaxcaltecas, se apresuró á pedirles refuerzos y tropas para que le acompañasen á Zempoala, y volviesen con él, si era preciso, á México.

Inmediatamente se reunió el Senado bajo la presidencia de Magiscatzin para ocuparse de la peticion de Hernan Cortés.

Este habia hablado con el presidente del Senado, y le habia referido con sinceridad el objeto de la llegada de los españoles á Veracruz.

—Envidioso de los triunfos que he conquistado, un enemigo mio quiere venir á disputármelos, dijo Hernan Cortés.

Tengo bastante fuerza para vencerle; pero temo que si los mexicanos se enteran de esta batalla, perderé lo ganado, y por consiguiente no podré ser útil á la república de Tlaxcala y ni favorecer sus miras, si el imperio de México no permanece como hasta ahora en mi poder.

Hé aquí por qué razon os pido vuestro auxilio.

Poned á mi disposicion cinco ó seis mil tlaxcaltecas que me ayuden á vencer pronto á mis enemigos, y en breve tornaré á México, dando cima á la conquista y partiendo con vos mi triunfo.

Estas proposiciones, secundadas eficazmente por Magiscatzin, fueron acogidas por unánime aprobacion; y como Hernan Cortés aseguró que permaneceria algun tiempo en Tlaxcala esperando á los emisarios que habia enviado cerca del capitan de las fuerzas que iban en su busca, se emplearon aquellos dias en reunir á los soldados tlaxcaltecas y en prepararlos para la expedicion que iban á emprender.

Dejemos, pues, á los españoles aguardando con ansia las noticias del licenciado fray Bartolomé de Olmedo, y sigamos á este hasta el cuartel general de Pánfilo de Narvaez, para ver cómo desempeña su mision.

Cuando Pánfilo de Narvaez vió que llegaba la noche y que el licenciado Guevara, el escribano real y los soldados que le habian acompañado no regresaban á bordo, empezó á temer que hubiera tomado alguna resolucion violenta el jefe de las fuerzas españolas acantonadas en Veracruz, y al dia siguiente envió un destacamento de soldados para que averiguase qué suerte habia cabido á sus primeros emisarios.

No ocultó Sandoval la determinacion que habia tomado.

—No hallándome yo en condiciones de responder á las indicaciones que me han hecho los enviados del capitan, dijo á los soldados, he mandado al licenciado Guevara y á sus compañeros á México para que hablasen con Hernan Cortés.

Comprendió Narvaez que si esto habia sucedido no habria sido con el beneplácito de Guevara, y consideró como un atentado digno de castigo el acto que habia consumado Sandoval.

Pero informado de que los habitantes de Zempoala conservaban las mejores relaciones con él, y desconociendo todavía el carácter y el número de aquellos indios, que podian ser auxiliares de los españoles y malograr su empresa, fingió suspender toda resolucion hasta que volvieran sus enviados, y lo único que hizo fué desembarcar su ejército y hospedarse en Zempoala.

El cacique, que ignoraba el objeto del viaje de aquellos hombres; pero que al ver que eran de la misma raza de los españoles pensó que habian acudido para auxiliarles en su empresa, los recibió con la mayor cordialidad, los hospedó cómodamente, é hizo que sus vasallos acudieran todos los dias con provisiones para obsequiarles.

Los primeros dias los empleó en el desembarco y estudiar el

terreno para estar prevenido por si llegaba el caso de dar una batalla.

Sandoval replegó á sus soldados, se hizo fuerte en la Veracruz, y resolvió perecer si era preciso ántes que obedecer á Pánfilo de Narvaez.

No tardaron en llegar el licenciado Guevara, el escribano real y los soldados.

Hernan Cortés habia procedido con ellos con el mayor acierto.

Aquel clérigo discolo, intransigente, resuelto á hacer obedecer las órdenes de Velazquez mientras consideraba á Hernan Cortés como un rebelde vulgar, al verle convertido en dominador de aquel vasto imperio, al saber el prestigio de que gozaba entre los mexicanos, al contemplar las maravillas de aquella ciudad que habia sometido á la dominacion de los españoles, no pudo ménos de calmar sus ímpetus y admirar al hombre que aquellas hazañas habia llevado á cabo, y comprender lo difícil que iba á ser á Pánfilo de Narvaez cumplir las órdenes de Diego de Velazquez.

Si á esto se añade que Hernan Cortés, con aquel tacto que habia desplegado en la conquista, las inmensas riquezas que para el rey le habia entregado Moctezuma, y que el ilustre caudillo obsequió con algunas de ellas á los enviados de Narvaez, fácilmente se comprenderá que el licenciado Guevara volviese á la presencia de Pánfilo de Narvaez más inclinado en favor de la paz que en favor de la guerra.

Pánfilo de Narvaez iba resuelto á apoderarse de Hernan Cortés.

Acaso no entraba en sus planes entregarle á Diego de Velazquez.

Pero queria que le debiese la vida, para cumplir al ménos la promesa que habia hecho á su esposa.

Por otra parte, la idea de conseguir la gloria que se prome-

tía alcanzar Hernan Cortés, era á su amor propio un poderoso aguijon, un estímulo eficacísimo á su vanidad.

—El jefe de los españoles, se dijo, debe haberles tratado con dureza, debe haberse mostrado arrogante, debe haberles irritado. Su indignacion le impulsará á la venganza, y sus palabras excitarán más y más en mis soldados el deseo de cumplir la mision que han traído aquí.

Partiendo de este supuesto, convocó á los capitanes de las fuerzas que iban á sus órdenes, al oidor Lúcas Vazquez de Ayllon, á Andrés del Duero y á todas las personas importantes que le acompañaban.

No tardó en arrepentirse del paso que habia dado.

—¿Creereis sin duda, exclamó el licenciado Guevara, que vengo muy quejoso de Hernan Cortés?

Pues estais todos equivocados.

Es cierto que el capitan de las fuerzas de la colonia de Veracruz me trató con arrogancia y hasta con descortesía; que olvidándose de mi calidad de embajador me aprisionó y me condujo mal de mi grado á la presencia de Hernan Cortés.

Pero el rebelde á quien hemos venido á perseguir es todo un héroe.

Indignado al verme prisionero, me dejó en libertad y me obsequió espléndidamente.

Me llevó á la presencia del emperador de los mexicanos, que se halla en su poder, y más tarde me mostró la ciudad, que es una maravilla.

El licenciado Guevara se deshizo en elogios y en admiraciones de cuanto habia visto, y al mismo tiempo que felicitaba al oidor, se despertaba en su alma una profunda admiracion hácia Hernan Cortés.

Pánfilo de Narvaez, no pudiendo contener la irritacion que experimentaba al oírle, le mandó callar y disolvió la reunion con palabras que revelaban su descontento.

Pero sucedió lo que era natural que sucediese.

Los que habian quedado pendientes de la narracion del licenciado Guevara, le buscaron, y con el mayor secreto, puesto que se les prohibia, supieron detalladamente las proezas que habia llevado á cabo Hernan Cortés y la descripcion de la ciudad que habia conquistado, con todas las maravillas que tanto habian sorprendido al clérigo.

Este, halagado por que buscaban su conversacion, considerándose como un hombre importante, no solo dijo lo que habia visto, sino que exageró, logrando quebrantar mucho las intenciones hostiles de los soldados que enviaba Velazquez para castigar á un rebelde.

Poco despues llegó fray Bartolomé de Olmedo y pidió licencia á Pánfilo de Narvaez para darle cuenta de la embajada que le llevaba de parte de Cortés.

UNIVERSIDAD
MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXX.

Fray Bartolomé de Olmedo.

LA carta que Hernan Cortés dirigió á Pánfilo de Narvaez estaba concebida en los términos más amistosos. Informábale en ella del estado en que tenía su conquista, describiéndole detalladamente las provincias que había sujetado, la sagacidad y valentía de sus naturales, y el poder y grandezas de Moctezuma.

Dábale á entender cuánto se debía recelar que los mexicanos, gente advertida y belicosa, llegasen á conocer discordia entre los españoles, porque sabrían aprovecharse de la ocasion y destruir ambos partidos para sacudir el yugo forastero.

Finalmente, le decia que para excusar lances y disputas, convendría que sin más dilacion le hiciese notorias las órdenes que llevaba, porque si eran del rey estaba pronto á obedecerlas; dejando en sus manos el baston y el ejército de su cargo; pero si eran de Diego de Velazquez, debian ambos considerar con igual atencion lo que aventuraban, porque á vista de una independencia en que se interponia la causa del rey, hacian poco bulto las pretensiones de un vasallo, que se podrian ajustar á ménos costa, siendo su ánimo satisfacerle todo el gasto de su primer avío, y partir con él, no solamente las riquezas sino la misma gloria de la conquista.

En este sentir concluyó su carta, y pareciéndole que se habia detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, dándole á entender que no se valia de la razon

porque le faltasen las manos, y que de la misma suerte que sabia ponderarla, sabia defenderla.

Con esta carta, y resuelto á emplear sus buenos oficios, se presentó fray Bartolomé de Olmedo á Pánfilo de Narvaez.

Aquella vez no quiso el enemigo de Hernan Cortés recibir á su embajador en presencia de sus capitanes.

La entrevista se celebró á solas, y desde el primer momento, á pesar del carácter religioso del embajador, le trató con aspereza, obligándole á que reconociera su superioridad.

Despues de saludarle cortesmente fray Bartolomé de Olmedo, puso en sus manos la misiva, y no haciendo atencion de la actitud de Pánfilo de Narvaez, que empezaba siendo un verdadero desaire:

—Bien comprendereis, le dijo el eclesiástico, que he aceptado con gusto esta mision, porque es una mision de paz.

Deseo, pues, sêr mediador, y confio en que las declaraciones que en esta carta os hace Hernan Cortés, y mi intercesion servirán para evitar luchas desastrosas, que Dios no puede consentir, y que solo servirán para descrédito de la buena causa, que nos ha apartado de la madre patria y nos ha traído aquí á conquistar á estos hombres, no solo para nuestro rey y señor, sino principalmente para nuestra santa religion.

No contestó á estas palabras Pánfilo de Narvaez.

Cogiendo la carta de las manos del eclesiástico, leyó sin mandarle sentar, y despues de leerla, abandonándola con desprecio:

—¿Qué teneis que decirme? añadió.

—Por la lectura de esa epístola, dijo fray Bartolomé, estais informado de los triunfos que con el auxilio de la Providencia ha conseguido Hernan Cortés.

No es, pues, un rebelde como supone el gobernador de Santiago de Cuba; y por su parte, accederá á todas vuestras pretensiones, siempre que sean razonables y convenientes.

—¿Es decir, que se figura que voy á dar oídos á sus pretensiones? Està muy equivocado.

Yo soy representante de Diego de Velazquez, y no puedo pactar con un rebelde.

La mision del ejército que he traído es su castigo, y le castigaré.

—Ved, insistió fray Bartolomé de Olmedo, que si provocais una lucha entre hermanos, incurris en una gran responsabilidad.

Pensad que como españoles nos conviene más, y de seguro interesa más á don Diego de Velazquez, que las fuerzas que ha puesto á vuestra disposicion se unan con las que tiene Hernan Cortés para contribuir á la conquista del vasto imperio que, si no con las armas, con la perseverancia y el talento ha puesto ya Hernan Cortés en posesion del rey nuestro señor.

No habeis de ser tan ciego observador de órdenes dictadas por el enojo, que desentendiéndoos de la situacion en que hallais á vuestro enemigo, no pidais consejo á vuestra prudencia en provecho de nuestra causa.

—No creo, contestó con severidad Pánfilo de Narvaez, que os hayan mandado ejercer las funciones de misionero conmigo.

Harto sé mi obligacion, y la cumpliré.

Por de pronto, declararé traidores á cuantos sigan y defiendan á Hernan Cortés, y en seguida, con las fuerzas que traigo, arrebataré de sus manos las conquistas que ha conseguido, razon por lo cual vuestra embajada ha terminado.

—Pensad lo que decís, insistió el religioso; ved que ántes de llegar á México hallareis grandes poblaciones de indios guerreros, aliados de Cortés, que tomarán las armas en su defensa; no creais que es cosa fácil apoderarse de su persona.

Todos los españoles que están bajo sus órdenes han resuelto perecer con él, y el mismo emperador de México le auxiliará contra vos.

Si tal sucede, podrá poner á sus órdenes un ejército por cada uno de los soldados que traeis.

—No parecen de paz vuestras palabras. ¿Me amenazais?

—No por cierto; no hago más que advertiros las dificultades.

Pero al mismo tiempo que os las advierto, os pido encarecidamente que no provoquéis una lucha sangrienta y deplorable para todos.

—Mi resolucion es irrevocable.

—Meditadlo ántes; no son estas cosas para resolverlas por la primera impresion.

Confio en que mi carácter me proporcionará vuestro amparo, y en esta creencia permaneceré uno ó dos dias en vuestro cuartel general aguardando vuestra resolucion.

La seguridad, la serenidad con que fray Bartolomé de Olmedo pronunció estas palabras, contuvieron á Pánfilo de Narvaez, el cual no respondió más que con el saludo á las frases que sirvieron al religioso para despedirse de él y salir de la estancia.

Inmediatamente, y con arreglo á las instrucciones que habia recibido de Hernan Cortés, habló al licenciado Lúcas Velazquez de Ayllon y a Andrés del Duero.

Estos, que formaban parte de la expedicion con el único objeto de contrarestar las tendencias de Pánfilo de Narvaez, y que al saber por el licenciado Guevara el estado de los asuntos de Hernan Cortés se pusieron más y más en su favor, recibieron con alegría la visita de fray Bartolomé de Olmedo, y le aseguraron que emplearian toda su influencia para obtener la paz.

Conocia el religioso á algunos de los capitanes que estaban á las órdenes de Narvaez, y aprovechó estas dilaciones para ponerlos de parte de Hernan Cortés.

Al mismo tiempo repartió entre ellos algunas joyas de las que le habia dado el caudillo con este objeto, y despues de explorar los ánimos, se convenció de que no seria difícil llegar á una avenencia.

Pero Narvaez se enteró de lo que pasaba, y comprendiendo que la estancia de fray Bartolomé de Olmedo podia destruir sus planes, le llamó inmediatamente á su presencia, y con el rostro descompuesto, con la voz desentonada, con todos los síntomas de la indignacion:

—Sois un traidor, le dijo, que os valeis del ministerio que ejercéis para libraros de mi castigo, y aprovechais esa circunstancia para amotinar á mis soldados, para sobornar á mis capitanes, para desmoralizar á mi ejército.

Pero al obrar de esa manera ignorais quién soy, y que tengo valor suficiente para olvidarme de las sagradas órdenes que habeis recibido, exoneraros y trataros como al último de los criminales.

—Reportaos, dijo el eclesiástico. No teneis razon para tratarme de esa manera.

—Pero tengo derecho para castigaros, y os castigaré.

Inmediatamente mandó llamar á dos soldados para que le prendiesen.

Andrés del Duero llegó á tiempo de estorbar que se consumase aquel acto.

Intercedió encarecidamente en favor de fray Bartolomé de Olmedo, y pudo conseguir que en vez de aprisionar al embajador de Hernan Cortés, se limitase á desterrarle de Zempoala.

Daba estas órdenes Pánfilo de Narvaez casi al mismo tiempo que penetró en la estancia Lucas Velazquez de Ayllon.

Enterándose de lo que pasaba, procuró primero calmar la exacerbacion de Pánfilo de Narvaez, y le dijo despues:

—Creo, si no lo llevais á mal, que ántes de tomar una resolucion, seria bueno que reunierais á todos los capitanes que están á vuestras órdenes, y en una junta se acordase la respuesta que debemos dar á Hernan Cortés.

El se muestra inclinado á la paz, segun me han manifestado;

no son pocos vuestros capitanes los que se inclinan tambien á una transaccion.

—¿Por qué renunciar á una avenencia que puede hacerse en términos decorosos para todos?

—De ningun modo, dijo Pánfilo de Narvaez. Yo no necesito oír el parecer de nadie para resolver. Tengo plenos poderes, y estoy decidido á cumplir la mision que he traído aquí.

—Es que quizás no todos os acompañen.

—El que tal haga será un traidor.

—Y si yo estuviera en ese caso, dijo Vazquez de Ayllon, ¿me considerais como tal?

—Sin duda alguna.

—Pues bien; en ese caso pensad que no soy yo solo; que todos, despues de saber la conducta que ha observado Hernan Cortés, los triunfos que ha conseguido, los actos heróicos que ha llevado á cabo, no podemos considerarle como un rebelde, ni acompañaros en la descabellada empresa que intentais.

Pánfilo de Narvaez no pudo contenerse entónces.

—Vuestro carácter os da la impunidad, exclamó; pero no importa. Yo haré que se cumplan mis órdenes. Que venga inmediatamente el pregonero.

Apénas se presentó:

—Pregonad la guerra á sangre y fuego, le dijo, contra Hernan Cortés; declaradle traidor al rey, y anunciad que daré mil ducados al que le prenda ó le mate.

El pregonero salió á obedecer las órdenes de Pánfilo de Narvaez.

Pero Lucas Velazquez de Ayllon, no pudiendo tolerar semejante desacato, mandó en nombre de la autoridad que tenia que cesasen los pregones, é hizo notificar por medio de un escribano real á Pánfilo de Narvaez que no se moviese de Zempoala so pena de la vida, ni emplease las armas sin preceder el acuerdo de todo el ejército.

También ordenó á todos los capitanes y soldados que desobedecieran á Pánfilo de Narvaez.

Ciego este de cólera al ver que de aquella manera se oponia á sus designios, saltando por todas las consideraciones y arriesgando el todo por el todo, envió cuatro soldados para que se apoderasen del licenciado Velazquez de Ayllon, llevándole á bordo de una de las carabelas y disponiendo que le condujesen inmédiatamente á Santiago de Cuba.

Consternados estaban los capitanes, y no sabian qué resolucion tomar, cuando fray Bartolomé de Olmedo, invocando la calidad del personaje á quien de tal manera habia tratado Pánfilo de Narvaez, les excitó á presentarse á su jefe para que revocase aquella orden.

Era ya tarde.

Pero produjo tan honda sensacion en el ejército, que puede decirse que malquistándose con él, inclinó el ánimo de los capitanes y los soldados á favor del hombre á quien iba á perseguir.

CAPITULO LXXI.

El prestigio del valor.



Partió fray Bartolomé de Olmedo para dar cuenta á Hernan Cortés de todo lo que pasaba, y las nuevas que le dió no le parecieron del todo desfavorables.

En efecto: la actitud que habia observado Lúcas Velazquez de Ayllon, los buenos oficios de Andrés del Duero, la irritacion que habia producido en algunos de los capitanes la prision del oidor, y hasta las noticias que acerca del carácter rígido y severo de Pánfilo de Narvaez le daban, le hicieron creer que sus enemigos no eran tan formidables como creia al pronto; pero no por eso desistia de su propósito de no medir sus armas con los españoles.

De todos modos, necesitaba avanzar en su camino, y buscó al presidente del Senado de Tlaxcala para ver si podia contar con el auxilio de hombres que le habia pedido.

Una grave enfermedad que experimentaba en aquellos momentos Xicotencal fué causa de que los soldados más aguerridos de Tlaxcala se negaran á pelear al lado de los españoles.

Pero ya que no podian los tlaxcaltecas auxiliarles con hombres de guerra, pusieron á disposicion de Hernan Cortés hasta doscientos indios de carga, para que los ayudasen en la expedicion.

Despues de oir las mayores seguridades de amistad y los mejores deseos en favor de su causa por parte de los senadores de Tlaxcala, partió Hernan Cortés con su ejército, y despues de

dos jornadas, se detuvo en Matalequita, pueblo importante, aliado de los tlaxcaltecas, situado á doce leguas de Tlaxcala.

Allí se detuvo, porque el cacique de Chinantla, ciudad no muy distante de Matalequita, que por lo que habia oido hablar de los españoles los tenia en gran estimacion, envió un mensaje á Hernan Cortés, anunciándole que habia sabido con pena que los tlaxcaltecas se habían negado á combatir en su compañía; pero que él estaba dispuesto á enviarle dos mil indios, porque deseaba una ocasion de obtener la amistad de los españoles.

Agradeció este ofrecimiento Hernan Cortés, se apresuró á aceptarle, y resolvió aguardar á que llegaran los indios de Chinantla, lo cual le dió ocasion de conocer más á fondo la calidad de los enemigos en cuya contra iba.

Estas noticias las daba Sandoval, el capitan de la colonia de Veracruz, el cual apenas supo lo resuelto que estaba Pánfilo de Narvaez á cumplir las órdenes de Diego de Velazquez, comprendió que no debia malograr las fuerzas con que contaba, y se apresuró á incorporarse con las de Hernan Cortés, aunque procurando ántes enviarle informes detallados de lo que pasaba en el cuartel general de los indios.

Sandoval era un hombre sinceramente adicto á Hernan Cortés.

Antes de abandonar la colonia llamó á dos soldados, en los que tenia plena confianza, y les habló de esta manera:

—Hemos jurado defender á Hernan Cortés, ó morir como buenos á su lado. ¿Estais dispuestos por vuestra parte á cumplir ese juramento?

—Sí, contestaron los dos hombres á quienes habia llamado á su presencia.

—Pues bien; vais á prestarme un inmenso servicio.

—Hablad.

—Necesito que penetreis en Zempoala, os informéis del número y de la calidad de las tropas que acompañan al capitan

Pánfilo de Narvaez, y sobre todo, del espíritu de que están animados.

—¿Y cómo hemos de hacerlo?

—La empresa es arriesgada, pero no imposible.

—¿Habeis ideado algun medio?

—Voy á deciroslo; todos los dias entran por la mañana en Zempoala muchos indios de los alrededores con víveres, que ofrecen á los españoles en cambio de los vidrios, abalorios y demas chucherías que tambien nosotros hemos dado.

Es necesario que os disfraceis con el escaso traje de esos indios, y que penetreis en su compañía para hacer las averiguaciones que necesito.

El color de vuestro cutis, bronceado por los rayos del sol, y vuestra habilidad para imitar á los indios, os librárá de ser reconocidos.

¿Os atreveis á llevar á cabo mi pensamiento?

—¿Podeis dudarlo? Mañana mismo entraremos en la ciudad, y averiguaremos lo que en ella sucede.

Con efecto; al dia siguiente de madrugada entraron en Zempoala con dos canastillos en la cabeza; y tan bien desempeñaron su papel, que ninguno de los españoles descubrió la añagaza.

Pudieron, pues, reconocer la ciudad, calcular el número de los soldados, y convencerse de que el capitan de aquellas fuerzas no sabia aprovecharlas con el acierto de Hernan Cortés.

Deseosos de completar su obra, quisieron averiguar las precauciones que tomaban por la noche los soldados de Narvaez, y volvieron á entrar en la ciudad al anochecer con cargas de leña.

Gracias á esta segunda explotación, se convencieron de que apenas habia vigilancia.

Tanto fué así, que al marcharse pudieron llevar á la colonia de Veracruz un caballo, sin que nadie se lo impidiese.

Aquel caballo pertenecía al capitán Salvatierra, uno de los más favorecidos por Diego de Velazquez, y de los más empeñados, por lo tanto, en mantener la irritación de Pánfilo de Narvaez contra Hernan Cortés.

Todas las noticias comunicó Sandoval á su jefe, acreditando al mismo tiempo su pericia por haber tomado la determinación de incorporar sus fuerzas á las suyas, que separadas, apenas hubieran conseguido hacer frente al enemigo.

—¿Y á qué atribuíis ese descuido de Pánfilo de Narvaez? preguntó Hernan Cortés al capitán Sandoval.

—En mi concepto es hijo de la presunción que le domina.

—¿Se cree superior á mí?

—Al menos muestra estar seguro de vencer.

Pero de seguro tendreis amigos entre sus capitanes. La mayor parte de ellos son hombres aguerridos, que se pondrán de parte del que más valor muestre, del que se presente á sus ojos con mayor gloria.

—No me desagrada, añadió Hernan Cortés, esa presunción que atribuíis á Pánfilo de Narvaez. Nuestros soldados pueden interpretarla de dos maneras: ó como desprecio, ó como miedo.

En uno y otro caso, si es preciso, lucharán con denuedo.

En tanto que llegaban los indios que les habia prometido el cacique de Chinantla, dispuso una revista de sus fuerzas, y á los dos días de la llegada de Sandoval, en una vega próxima á Matalequita, reunió á todos sus soldados y capitanes.

Contó entre todos doscientos sesenta y seis, auxiliados por más de doscientos indios de carga.

Hernan Cortés se presentó á todos y les arengó con su acostumbrada elocuencia.

—No ignorais, dijo, el objeto de nuestro viaje, ni el motivo que nos ha reunido. Sin embargo, quiero repetíroslo, porque ahora, como siempre, estoy resuelto á no guiarnos ciegamente al

combate, sino seguro de que al seguirme obráis con plena conciencia.

Diego de Velazquez ha enviado un ejército para apoderarse de mi persona.

No es, pues, contra vosotros la expedición que ha llegado á estas tierras.

Tan lejos está del ánimo del gobernador de Santiago de Cuba que alcance á vosotros mi castigo, que su mayor deseo sería perdonaros y poneros al servicio de su capitán Pánfilo de Narvaez.

Ha declarado traidores á todos los que me sigan.

A mi lado no teneis más probabilidades que la lucha, y acaso la derrota; al lado de Pánfilo de Narvaez os aguarda el perdón y acaso el premio.

Yo no os detengo; os devuelvo todas las promesas, todos los juramentos que me habeis hecho.

Estoy seguro de que aunque me halle solo, no podrán apoderarse de mí, ni conducirme vivo á la presencia de Diego de Velazquez.

Elegid: abandonadme si quereis, ó jurad por la Providencia, que tantos triunfos nos ha otorgado, morir todos conmigo antes de caer en poder de los soldados del gobernador de Cuba.

La elección no era dudosa para aquellos hombres, que estaban acostumbrados á mirar á Hernan Cortés como un ídolo.

Un solo grito resonó en el espacio.

Aquellos doscientos y tantos hombres, como impulsados por una corriente eléctrica, exclamaron:

—¡Viva Hernan Cortés!

Aquel grito resonó en el corazón del guerrero como la voz de la más dulce de sus esperanzas.

—No os engañeis, exclamó de nuevo; que el afecto que me profesais no os ciegue. Yo os perdonaré, y no os guardaré rencor; salvad vuestra vida.

—No, no, gritaron todos.

—Jurad entónces morir conmigo ó defenderme.

—Lo juramos, exclamaron.

—En ese caso, yo os prometo que haré los mayores sacrificios para conservar la paz, porque me duele en el alma tener que medir mis armas con mis hermanos.

Yo emplearé todos los medios para disuadir al capitán Pánfilo de Narvaez de su empeño; yo compartiré con él y con los españoles que le acompañan los triunfos que he conseguido.

Vosotros sereis generosos como yo, y les dareis parte tambien como yo, para que no se derrame sangre española.

Pero si desoyeran mis súplicas, si no atendieran mis razones, si queriendo obedecer á mi enemigo participando de su envidia, aguijoneados por las malas pasiones que le han movido á enviar contra nosotros ese ejército, si desoyendo la razon y la justicia, no tuviesen inconveniente en atacarnos, tambien os juro que nos encontrarán y que será difícil su victoria.

Estas entusiastas palabras dieron nuevo ánimo á los soldados de Hernan Cortés, quienes acto continuo pidieron á su jefe que les llevase cuanto ántes á luchar.

Retiróse satisfecho el caudillo; pero no del todo, porque al pasar revista á sus soldados y á sus capitanes habia notado la ausencia de uno de éstos, y se habia despertado en su alma una gran sospecha.

CAPITULO LXXII.

En el que verá el lector que Velazquez de Leon es uno de los mejores amigos de Hernan Cortés.



UAN Velazquez de Leon era el capitán que no habia acudido á la cita, que faltaba á su puesto.

Velazquez de Leon, pariente del gobernador de Cuba, que en varias ocasiones, durante los primeros dias de la expedicion habia intentado volverse atrás y habia tomado parte en las conjuraciones que habian fraguado los descontentos para desobedecer á Hernan Cortés, no podia faltar, á no cometer una traicion.

Habia más tarde en Tlaxcala, en Cholula y en México dado pruebas á Hernan Cortés de que, admirando su valor y su estimacion en lo que valia su amistad, se hallaba resuelto á desatar los lazos que le ligaban con el gobernador de Cuba, para ser fiel á su jefe y compartir con él los peligros de la conquista y la gloria del triunfo.

No le habia ocultado Hernan Cortés desde el primer momento la llegada de Pánfilo de Narvaez con tropas para prenderle.

Como á todos, le habia dejado en libertad de ir á reunirse con sus perseguidores, y Velazquez de Leon le habia manifestado que por nada del mundo le abandonaria.

¿Cuál era el motivo de su ausencia.

Era de noche.

Todos los soldados se habian retirado á descansar.

—No, no, gritaron todos.

—Jurad entónces morir conmigo ó defenderme.

—Lo juramos, exclamaron.

—En ese caso, yo os prometo que haré los mayores sacrificios para conservar la paz, porque me duele en el alma tener que medir mis armas con mis hermanos.

Yo emplearé todos los medios para disuadir al capitán Pánfilo de Narvaez de su empeño; yo compartiré con él y con los españoles que le acompañan los triunfos que he conseguido.

Vosotros sereis generosos como yo, y les dareis parte tambien como yo, para que no se derrame sangre española.

Pero si desoyeran mis súplicas, si no atendieran mis razones, si queriendo obedecer á mi enemigo participando de su envidia, aguijoneados por las malas pasiones que le han movido á enviar contra nosotros ese ejército, si desoyendo la razon y la justicia, no tuviesen inconveniente en atacarnos, tambien os juro que nos encontrarán y que será difícil su victoria.

Estas entusiastas palabras dieron nuevo ánimo á los soldados de Hernan Cortés, quienes acto continuo pidieron á su jefe que les llevase cuanto ántes á luchar.

Retiróse satisfecho el caudillo; pero no del todo, porque al pasar revista á sus soldados y á sus capitanes habia notado la ausencia de uno de éstos, y se habia despertado en su alma una gran sospecha.

CAPITULO LXXII.

En el que verá el lector que Velazquez de Leon es uno de los mejores amigos de Hernan Cortés.



UAN Velazquez de Leon era el capitán que no habia acudido á la cita, que faltaba á su puesto.

Velazquez de Leon, pariente del gobernador de Cuba, que en varias ocasiones, durante los primeros dias de la expedicion habia intentado volverse atrás y habia tomado parte en las conjuraciones que habian fraguado los descontentos para desobedecer á Hernan Cortés, no podia faltar, á no cometer una traicion.

Habia más tarde en Tlaxcala, en Cholula y en México dado pruebas á Hernan Cortés de que, admirando su valor y su estimacion en lo que valia su amistad, se hallaba resuelto á desatar los lazos que le ligaban con el gobernador de Cuba, para ser fiel á su jefe y compartir con él los peligros de la conquista y la gloria del triunfo.

No le habia ocultado Hernan Cortés desde el primer momento la llegada de Pánfilo de Narvaez con tropas para prenderle.

Como á todos, le habia dejado en libertad de ir á reunirse con sus perseguidores, y Velazquez de Leon le habia manifestado que por nada del mundo le abandonaria.

¿Cuál era el motivo de su ausencia.

Era de noche.

Todos los soldados se habian retirado á descansar.

Los capitanes se dirigian á las habitaciones para buscar el reposo, y Hernan Cortés permanecia en su estancia silencioso y pensativo, sin reparar siquiera en Ilbialbi, su fiel confidente que le observaba contemplándole con profundo pesar.

De pronto salió Hernan Cortés de su abstraccion.

Oyó ruido en la estancia en donde estaba, alzó los ojos del suelo y descubrió á Velazquez de Leon.

No pudo contener una exclamacion de sorpresa.

—¡Vos aquí! dijo.

—Yo, sí, contestó el capitan. ¿Habeis dudado de mí?

—¿Para qué negarlo? He dudado.

—En efecto; no os ha faltado razon para ello. No he estado en mi puesto; merezco castigo; pero confio en que cuando os refiera las causas que han motivado mi ausencia, me perdonareis y me concedereis el honor de estrechar vuestra mano.

—Hablad.

—Esta mañana recibí, por medio de un indio, aviso de que saliera al bosque inmediato para conferenciar con dos españoles que venian á verme de parte del capitan Pánfilo de Narvaez.

—¿Y acudisteis?

—Era natural que accediese á las súplicas de los enviados de Narvaez. La conferencia que he tenido con ellos me ha privado de ocupar mi puesto, un puesto que por nada del mundo abandonaré.

—¿Qué decís?

—Ved, añadió Velazquez, la carta que los emisarios han puesto en mis manos.

—Es inútil, decidme su contenido.

—Pánfilo de Narvaez me recuerda los lazos de parentesco que me unen con el gobernador de Cuba; cree que debo ponerme de su parte, y me asegura grandes conveniencias, grandes ventajas, si apartándome de vuestra causa, voy á ponerme á sus órdenes.

—¿Y vos?...

—Yo he cumplido como debia. He contestado que rechazaba sus ofrecimientos, y que por nada del mundo faltaria á la lealtad que os debo.

—¡Ah! Dadme vuestra mano, exclamó Cortés; sois un valiente, sois uno de mis mejores amigos.

—Creeis que merece excusa mi falta de hoy?

—No solo la merece, sino que deseo que me deis licencia para referir á todos nuestros compañeros la generosidad de vuestro corazon.

Pero no basta lo que habeis hecho. Es necesario que me probeis una vez más el afecto que sentís hácia mí.

—Dispuesto estoy á obedeceros.

—Yo no quiero la guerra. Nadie mejor que vos sabe que no he sido rebelde, que lo que he conquistado con el auxilio de mis capitanes y mis soldados, ha sido para ofrecérselo al rey nuestro señor.

Daria toda la gloria que pueda caberme por los triunfos obtenidos, con tal de evitar el combate á que me incita Pánfilo de Narvaez.

Id á verle; que os acompañe fray Bartolomé de Olmedo. Referid todo lo que ha sucedido; manifestadle los deseos que tengo de confraternizar con sus tropas; la resolucion que he tomado de no dejarme prender, y al mismo tiempo las pruebas de adhesion que todos estais dispuestos á darme, defendiéndome á costa de vuestra vida.

Por ser quien sois, os escuchará con agrado, acaso influireis para que no se derrame sangre.

Si tal sucede, me habeis dispensado uno de los más grandes favores que puedo esperar en el mundo.

—Siento en el alma que me confieis esa mision; pero no puedo negaros nada, y estoy resuelto á partir inmediatamente.

—Haced ese nuevo sacrificio por mí.

Al día siguiente Velazquez de Leon se puso en marcha con dos soldados de escolta, y partió en dirección á Zempoala.

Fray Bartolomé de Olmedo salió poco después para seguir el mismo camino.

Velazquez de Leon se hizo anunciar por los primeros centinelas que halló en Zempoala, y apenas supo Pánfilo de Narvaez su llegada, creyendo que había mudado de parecer y que accedia á sus deseos, salió en persona á recibirle; y tendiéndole la mano y abriéndole los brazos, le mostró la alegría que experimentaba por atraerle á su partido.

Velazquez de Leon correspondió á aquellos agasajos, y juntos llegaron á la morada que ocupaba Narvaez.

Su primera conferencia desanimó por completo al perseguidor de Hernan Cortés.

—No vengo á ofreceros mis servicios, dijo Velazquez de Leon. No acudo á vuestro llamamiento; vengo á traer os un mensaje de parte de Hernan Cortés, porque ha creído, y yo también, que me escucharíais con más benevolencia que á cualquier otro.

No le ocultó la resolución que todos tenían de defender á su caudillo, que tantas muestras de valor había dado.

Narvaez se indignó contra el mensajero, recordándole que faltaba á los deberes que le imponían los lazos del parentesco que tenía con Diego de Velazquez.

—Para que os convenzais, le dijo, de que es inútil la profecía de Hernan Cortés, y de que mal que le pese será mi prisionero y seguirán su suerte todos los que le acompañen, quiero ántes de saber vuestra resolución definitiva mostraros las fuerzas de que dispongo, y daros una idea del espíritu que domina á los capitanes que las mandan.

Al efecto ordenó que se formasen todos sus soldados, y accediendo á los ruegos de algunos de los capitanes que más de-

seos tenía de obedecer las órdenes del gobernador de Cuba, después de hacer aquel alarde de fuerza delante de Velazquez de Leon, para agasajarle y obtener más fácilmente que se fuese á su banda, dispuso una gran cena, á la que convidó á todos los capitanes para que festejasen al huésped.

...de los capitanes para que contestasen á los señores de España.

CAPITULO LXXIII.

Una pendencia.

A pesar de la poca habilidad que tenia Pánfilo de Narvaez para captarse la voluntad de las personas con quienes trataba; á pesar de su poca paciencia, que le obligaba á menudo á prescindir de toda clase de consideraciones para dar desahogo á su ira, comprendió, por la actitud que notó en gran parte de sus capitanes, que era muy esencial para su empresa poner de su parte á Velazquez de Leon.

Entre las personas que le habian acompañado en busca de Hernan Cortés, iba un primo del gobernador de Cuba á quien Velazquez habia tratado siempre con despego.

Tenia el tal muchos humos, era bastante fanfarron, y como logró ver coronados sus ambiciosos planes, que fueron los de capitanear la expedicion, pidió á su primo que le agregase al estado mayor de Pánfilo de Narvaez, y el gobernador, más por quitársele de encima, como se dice vulgarmente, que por esperar gran cosa en la eficacia de su consejo ó de su espada, le autorizó á embarcarse.

Con el título de pariente del gobernador, y echando á cada instante bravatas, logró que se fijasen sus compañeros en su persona y que su calidad de deudo de Velazquez le diese la importancia que sus merecimientos no podian alcanzar.

Cuando supo que Juan Velazquez de Leon se mantenia fiel á Hernan Cortés:

—Es un desagradecido, dijo, y yo le enseñaré á respetar la voluntad de los que le han sacado de la nada.

Más lograremos con la razon que con la fuerza, dijo Pánfilo de Narvaez. Dejadle á mi cuidado, que esta noche en la cena yo le convenceré.

Por la tarde presentó Narvaez á dos parientes de Velazquez.

A pesar de la urbanidad y cortesía que reclamaba la primera entrevista de dos personas emparentadas, poco faltó para que hubiera un choque entre los dos.

Aquí teneis á vuestro deudo Juan Velazquez de Leon, dijo Narvaez al primo del gobernador de Cuba.

Celebro esta ocasion, contestó él, tanto más, cuanto que los estrechos lazos que me unen con don Diego de Velazquez me ponen en ocasion de favoreceros.

—Paréceme que ántes que vos he merecido sus favores.

—Sois pariente suyo muy inmediato.

—Llevo su mismo apellido, y aunque no me aventaja mucho en edad, es mi tio carnal.

—Los parentescos de padre no tiran tanto como los de madre. La mia y la suya fueron hermanas: en cuanto á linaje, los Leivas, de cuyo tronco soy rama, nada tienen que envidiar á los Velazquez.

—Presumís más de lo que conviene.

—Hablo así, porque puedo, repuso el primo del gobernador de Santiago de Cuba.

Viendo Pánfilo de Narvaez que la conversacion tomaba un giro violento, que podia degenerar en una pendencia, se apresuró á poner paz, asegurando que poco despues, brillando por la madre patria, quedarian amigos.

No era posible en Zempoala preparar una cena digna de las que los hidalgos sabian celebrar en las hosterías de las ciudades de España; pero los cocineros de los navíos condimentaron unas

cuantas utias y tres ó cuatro clases de pescados, sacaron dos toneles, y al anochecer, con doce mesas de campaña reunidas, formaron una digua de un festin europeo.

Más de veinte personas se sentaron para tomar parte en el banquete.

Entre los circunstantes se hallaba el clérigo Guevara, Leira, Andrés del Duero y el capitán Salvatierra; la conversacion giró sobre los peligros que habian corrido y los triunfos que habian alcanzado los españoles.

Todos procuraron callar el nombre de Hernan Cortés; pero la curiosidad que sentian los recién llegados les impulsaba á hacer preguntas.

Velazquez de Leon contestaba á todos, dejando admirados á sus oyentes.

El clérigo Guevara apoyaba sus proposiciones, y Narvaez no tenia más remedio que proponer á sus comensales que bebiesen para distraerlos.

—Pues señor, dijo de pronto Salvatierra, que habia empinado el codo muchas veces, es necesario que vayamos á México, y digo que es necesario, porque allí está el objeto de nuestro viaje y podemos matar dos pájaros de una pedrada: apoderarnos de Hernan Cortés, y conquistar del todo ese maravilloso imperio.

—En primer lugar, se apresuró á responder Velazquez de Leon, Hernan Cortés no está en México.

—¿Cómo que no? exclamaron todos.

—¿Os figurais que sabiendo vuestra llegada y el objeto de vuestro viaje iba á permanecer allí esperándoos?

—¿Se ha puesto en fuga? exclamó Leira.

—Eso no, contestó Velazquez; ultrajais á Hernan Cortés suponiéndole capaz de semejante cobardía. Ha salido de México, pero para acercarse á vosotros.

—La vanidad le ciega.

—Si le acompañan sus soldados, adios conquista.

—No le acompañan todos; porque ha dejado allí unos pocos, los suficientes para mantener sometido, con el recuerdo de su prestigio, á la corona de España el imperio de México.

—Exagerais, Velazquez de Leon, dijo Narvaez.

—No exagero.

—¿Tan sobrenatural es ese hombre?

—No es mi ánimo ofender á nadie con odiosas comparaciones: es el único hombre que conozco capaz de conquistar á México.

Estas palabras, pronunciadas con verdadero entusiasmo, fueron saludadas por los comensales de Narvaez con estrepitosas carcajadas.

—Estoy resuelto á sostener de todos modos y en todas partes lo que digo, exclamó Velazquez de Leon, levantándose.

—Calmaos, continuó Narvaez: yo quiero suponer que la pasión no os ciega; ¿pero no os incita la misma grandeza del héroe á castigar su rebeldía?

¿No es más glorioso luchar con un gigante que con un pigmeo?

¿A un hombre débil, á un ambicioso vulgar, podriamos despreciarle ó abandonarle á su suerte movidos de piedad; pero consentir á ninguno que pacte con Cortés una paz, que en vista de sus proezas podria calificarse en nosotros de cobardía, de pusilanimidad?...

—¡No! ¡No! gritaron todos los circunstantes.

—Ya veis, amigo Velazquez, que el deber, por hallaros emparentado con don Diego de Velazquez, y el pundonor, os aconsejan que os pongais de nuestra parte.

—Eso nunca.

—Ya veis que todos los capitanes que se hallan á mis órdenes están dispuestos á no retroceder por nada del mundo; que he traído gran número de soldados, que vienen de refresco; en tanto que los vuestros están cansados y divididos, para poder conservar los territorios ganados.

Puede apostarse ciento contra uno por nosotros; reflexionad

la pena que ocasionareis á vuestro tío si abandonais su causa; reflexionad que á la desesperada no os aguarda más que una muerte oscura; reflexionad, en fin, que el que hoy os ruega como amigo, mañana tendrá que ser vuestro inexorable adversario.

Oid la voz de todos nosotros, que os pedimos con los brazos abiertos, para recibirlos, que abandoneis á ese aventurero, que no puede ofrecerlos más que oprobio.

—¡Abandonad á ese miserable!

—Que se vea solo, y perezca como un malvado.

—Sí, sí, muera Hernan Cortés.

Estas voces acompañaron á las palabras que pronunció Pánfilo de Narvaez.

Velazquez de Leon, ciego de ira, levantándose con actitud amenazadora:

—Basta, exclamó; no puedo tolerar que en mi presencia se ultraje de ese modo á Hernan Cortés.

No hay entre todos los presentes uno solo que merezca la honra de nombrarle siquiera.

Resuelto estoy á sostener en todas partes mis palabras. Pero como no está bien que el que se ve favorecido provoque á sus favorecedores, reprimo la indignacion que siente mi alma, y os pido encarecidamente que terminemos este asunto.

La energía con que pronunció estas palabras hizo enmudecer á todos.

Pero mal avenido con el silencio Leiva, ántes de que volviese á sentarse Velazquez de Leon:

—Digo, exclamó, que no puede tener sangre de Velazquez, ó si la tiene, la tiene indignamente quien apadrina con tanto empeño la causa de un traidor.

Esta provocacion no podia quedar sin correctivo.

—Mentís como un villano, exclamó; y si teneis valor para sostener semejante calumnia, olvidándoos ya de todas las con-

sideraciones de que os habeis hecho indigno, venid conmigo y os demostraré que llevo con mucha honra la sangre de los Velazquez, y que si hay alguno indigno de ella y de la consideracion de los hombres, sois vos.

Adelantóse Leiva, Velazquez de Leon le aguardó con la espada desenvainada, y no costó poco trabajo á los circunstantes sujetar á los combatientes para que que no llegaran á cruzar los aceros y pusieran fin á la cena con suceso desagradable.

Llevándose Salvatierra y algunos otros á Leiva, Pánfilo de Narvaez quedó con Velazquez de Leon.

—He apurado las súplicas, le dijo: os he hecho entender el lenguaje de la razon; hasta me he atrevido á recordaros vuestro deber.

—¿Desoís mis ruegos y mis consejos? Sea en buen hora.

Podria deteneros como prisionero; pero entre gentes bien nacidas no se cometen semejantes atentados.

Voived en libertad adonde está vuestro amigo, y decidle que en vano desea paz.

Tengo órdenes terminantes, y las sabré cumplir.

Mi sola pena es que tambien os alcance á vos el rigor de la ley.

Intentó Velazquez ántes de partir buscar á Leiva para castigar su osadía.

Sus esfuerzos no tuvieron éxito, é instigado por fray Bartolomé de Olmedo, regresó adonde estaba Hernan Cortés.

El suceso que habia tenido lugar disgustó á la mayor parte de los capitanes, quienes acusaron á Pánfilo de Narvaez por no haber querido oír las proposiciones de paz que le hacia Hernan Cortés.

Hubo uno de ellos que se atrevió á decirle que á una persona de tanta autoridad como Hernan Cortés, debia tratársela con mayor atencion.

Miéntas de esta manera pensaban los capitanes, los soldados

no podían ménos de admirar las proezas que los compañeros de armas con quien iban á batirse habian ejecutado, y tambien alcanzó á ellos el prestigio de Hernan Cortés; tanto fué así, que ya con Sandoval se fueron ocho desertores de las filas de Pánfilo de Narvaez, y al marcharse Velazquez de Leon y el padre Olmedo los siguieron diez más, aunque á cierta distancia, para que no les impidieran la desercion.

Tales fueron las quejas de las tropas que capitaneaba Pánfilo de Narvaez que resolvió al fin enviar un emisario para excusar la falta de cortesía que habia cometido no queriendo escuchar las proposiciones de Hernan Cortés, y para suplicarle que las manifestara á su enviado.

El elegido para esta mision fué Andrés del Duero, secretario de Diego de Velazquez, y al mismo tiempo uno de los que ménos odio profesaban á Hernan Cortés.

CAPITULO LXXIV.

Los malos instintos.



En los pocos dias que habian trascurrido desde la llegada á Zempoala de Pánfilo de Narvaez, hasta el momento en que se vió obligado á enviar un emisario á Hernan Cortés, las circunstancias habian introducido una profunda alteracion en el modo de ser del generoso paladin de la felicidad de la esposa de Hernan Cortés.

A pesar de su distinguido linaje, no habia podido ni aun soñar que apenas llegase á Santiago de Cuba el gobernador de la isla le confiase el mando de un ejército numeroso y la mision de combatir á un hombre tan formidable.

La verdad era que habia trabajado mucho para conseguir este resultado.

Pero la condicion humana es tal, que cuando nos anima el deseo de obtener una cosa, ofrecemos por alcanzarla los mayores sacrificios, y cuando la obtenemos nos olvidamos fácilmente de las promesas hechas.

Iñigo, el oficioso servidor à quien ya conocen nuestros lectores, influyó poderosamente en el ánimo de Pánfilo de Narvaez, porque habia llegado á conocer sus flacos.

Si la influencia de su criado no hubiera sido tanta, habria bastado la del capitan Salvatierra para variar su modo de pensar.

Es necesario, se decian unos á otros, llevar á cabo la empresa que aquí nos ha traído.

Hernan Cortés tiene catequizado á su ejército; pero no importa.

no podían ménos de admirar las proezas que los compañeros de armas con quien iban á batirse habian ejecutado, y tambien alcanzó á ellos el prestigio de Hernan Cortés; tanto fué así, que ya con Sandoval se fueron ocho desertores de las filas de Pánfilo de Narvaez, y al marcharse Velazquez de Leon y el padre Olmedo los siguieron diez más, aunque á cierta distancia, para que no les impidieran la desercion.

Tales fueron las quejas de las tropas que capitaneaba Pánfilo de Narvaez que resolvió al fin enviar un emisario para excusar la falta de cortesía que habia cometido no queriendo escuchar las proposiciones de Hernan Cortés, y para suplicarle que las manifestara á su enviado.

El elegido para esta mision fué Andrés del Duero, secretario de Diego de Velazquez, y al mismo tiempo uno de los que ménos odio profesaban á Hernan Cortés.

CAPITULO LXXIV.

Los malos instintos.



En los pocos dias que habian trascurrido desde la llegada á Zempoala de Pánfilo de Narvaez, hasta el momento en que se vió obligado á enviar un emisario á Hernan Cortés, las circunstancias habian introducido una profunda alteracion en el modo de ser del generoso paladin de la felicidad de la esposa de Hernan Cortés.

A pesar de su distinguido linaje, no habia podido ni aun soñar que apénas llegase á Santiago de Cuba el gobernador de la isla le confiase el mando de un ejército numeroso y la mision de combatir á un hombre tan formidable.

La verdad era que habia trabajado mucho para conseguir este resultado.

Pero la condicion humana es tal, que cuando nos anima el deseo de obtener una cosa, ofrecemos por alcanzarla los mayores sacrificios, y cuando la obtenemos nos olvidamos fácilmente de las promesas hechas.

Iñigo, el oficioso servidor á quien ya conocen nuestros lectores, influyó poderosamente en el ánimo de Pánfilo de Narvaez, porque habia llegado á conocer sus flacos.

Si la influencia de su criado no hubiera sido tanta, habria bastado la del capitán Salvatierra para variar su modo de pensar.

Es necesario, se decian unos á otros, llevar á cabo la empresa que aquí nos ha traído.

Hernan Cortés tiene catequizado á su ejército; pero no importa.

Venimos en mayor número; nuestros soldados no están fatigados como los suyos, y la victoria es segura.

—¡Qué gloria para vos, añadía Salvatierra, si venceis á ese hombre que tan formidable se presenta á nosotros!

¡Qué gloria para vos, si conservando su conquista, la consolidais y la extendéis!

Pensad en el triunfo que os tributaria España á vuestra vuelta.

Pensad en los favores que obtendriais del rey después de poner á sus plantas aquellos ricos tesoros.

Porque lo de ménos es satisfacer las mezquinas pasiones de Diego de Velazquez.

No es el deseo de vengarle el que debe animaros, sino el deseo de eclipsar las hazañas de Hernan Cortés, de reñir batallas con los indios como las que él ha reñido, dominar todo este vasto territorio, y una vez hecho esto, nada más fácil al regresar que verse impelidas las embarcaciones por vientos que nos conduzcan directamente á España.

Y ¡qué diablo! si se enfada Velazquez, que se enfade.

El tendrá buen cuidado de no castigar, de no ponerse en pugna con vos, porque disfrutareis del favor del rey, y no le necesitareis para conservar vuestro puesto.

Todas estas indicaciones halagaban á Pánfilo de Narvaez.

Las maravillas que contaban del imperio de México Guevara, el padre Olmedo, Velazquez de Leon, los mismos indios zempoales, debían estimularle á desear ser dueño de aquel espléndido país.

En su meditacion iba más lejos Pánfilo de Narvaez.

La verdad era que el interés que le había movido á ofrecer á Catalina una reconciliacion con su esposo, había sido más hijo del despecho que del deseo.

Catalina había inspirado á Pánfilo de Narvaez un amor vehemente.

En las conversaciones que había tenido con ella había profundizado su corazón, hallando en él tesoros de felicidad.

La distancia aumentaba aquellos encantos.

En muchas ocasiones se escapaban suspiros de sus labios, suspiros que revelaban el profundo sentimiento que sentía su alma al ver que no podía ser dueño del único tesoro que había deseado en el mundo.

La imaginacion, esa inseparable compañera del hombre, esa consejera interesada, le decía á menudo:

—Las circunstancias te colocan en una posición envidiable.

Todos los sueños pueden realizarse.

Estás al frente de un numeroso ejército.

Un país rico, poderoso, inmenso, civilizado, te brinda con la gloria de la conquista.

El único enemigo que tienes es el que te roba la felicidad que hubieras podido disfrutar.

Cumple con tu deber, lucha; él se defenderá hasta el último extremo, perecerá en la lucha, y podrás heredar á un mismo tiempo su gloria y su ventura.

Inclinábase Pánfilo de Narvaez á obedecer á su imaginacion; pero no se le ocultaba que algunos de los capitanes, que no pocos de los soldados que estaban á sus órdenes, sentían más deseos de acompañar á los españoles á sus conquistas, de confraternizar con ellos, que el de luchar para satisfacer la mezquina venganza de Diego de Velazquez.

Cuando el hombre acaricia una idea; cuando esta idea se aparece á sus ojos con todos los encantos de la ilusion; cuando consigue fascinarlo; cuando por medio de la fascinacion se apasiona, el hombre, por honrado, por virtuoso, por noble que sea, está ya á un paso del envilecimiento.

Pánfilo de Narvaez, que hubiera castigado al que se hubiera atrevido á suponer en él planes indignos de un caballero, al sentir que le faltaban fuerzas, al comprender que no todos los

elementos con que contaba le eran favorables, pidió á la astucia lo que no se atrevia á esperar por completo de la fuerza.

Después de haber apurado todos los medios para atraer á su partido á Velazquez de Leon, convencido, en vista de la negativa de aquel generoso amigo de Hernan Cortés; convencido, repetimos, de lo inútiles que serian cuantos esfuerzos hiciera para apartar de su lado á los demas capitanes y soldados que militaban en sus filas; dominado ya por las ideas que le sugería su imaginacion; cediendo á la presión que ejercía sobre él la opinion de los soldados y de los capitanes con quienes contaba, envió á Andrés del Duero, encargándole muy particularmente que si eran en efecto verdaderos los deseos que Hernan Cortés manifestaba por la paz, celebrase una entrevista con él para ver si lograban entenderse.

Andrés del Duero, nuestros lectores lo recordarán, estaba interesado por Hernan Cortés.

El habia sido quien valiéndose de la influencia que ejercía sobre Diego de Velazquez, le habia recomendado para el cargo que desempeñaba.

El habia sido su constante defensor, y existía un motivo para que continuase defendiéndole, porque Hernan Cortés habia ofrecido partir con él los triunfos de la expedición que iba á llevar á cabo.

Desde que salió del puerto de la Habana, no habia vuelto á tener noticias suyas.

Andrés del Duero desconfiaba.

Movido por este Aguijon, quiso embarcarse para saber si Hernan Cortés mantenía la palabra empeñada, ó si se desentendía de su promesa.

En el primer paso podia prestarle grandes servicios.

En el segundo podia coadyugar á la venganza de Diego de Velazquez.

Natural era que ardiese en deseos de conferenciar con Hernan Cortés.

Al verse nombrado como emisario de Pánfilo de Narvaez, su alegría fué inmensa.

Partió inmediatamente sin más escolta que dos hombres.

Antes de que llegara fray Bartolomé de Olmedo, Velazquez de Leon refirió á Hernan Cortés lo inútil de sus tentativas, y el valiente caudillo:

—He apurado los medios de conseguir la paz, exclamó.

Habeis visto que he cedido por mi parte, que he renunciado á mis derechos, que hasta me he rebajado por evitar la efusion de sangre.

No seré yo responsable ante la Providencia de lo que suceda. Pánfilo de Narvaez lo quiere.

Pero pues que lo quiere cúmplase su deseo.

Poco me importa que sus fuerzas sean superiores á las mías. La razon está toda de mi parte, y ademas cuento con vos.

Mañana mismo partireis á su encuentro.

Las situaciones difíciles es necesario resolverlas inmediatamente.

Antes hoy que mañana.

¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Las órdenes de partida fueron dadas para el día siguiente.

Pero hubo contraórden, porque muy de madrugada avisaron unos indios zempoales de los que tenia á su servicio el caudillo, que habian encontrado á tres españoles, y que uno de ellos les habia enviado á decir á Hernan Cortés que Andrés del Duero le pedia licencia para verle.

Esta noticia causó gran satisfaccion al valiente caudillo de los españoles, y se apresuró á salir al encuentro de su antiguo amigo.

CAPITULO LXXV.

El interes.



o olvidaba Hernan Cortés los servicios que le habia prestado Andrés del Duero, y en honor de la verdad, tambien debemos decir que jamas habia pasado por su imaginacion faltar al pacto que con él habia hecho.

Apénas se vieron, se estrecharon cordialmente los antiguos amigos.

—¿Quién habia de decirnos, exclamó Hernan Cortés, que habiamos de hallarnos en estas tierras como adversarios irreconciliables?

—¡Arcanos de la vida! dijo Andrés del Duero. Pero yo supungo que aunque parezca vuestro adversario, no me considerareis como tal.

—Ya habeis visto que os he abierto mis brazos, dijo Hernan Cortés.

—Y yo los míos. Porque cualquiera que sea el resultado de las negociaciones que traigo, no prescindiré nunca del afecto que os profeso.

—Pánfilo de Narvaez, añadió el secretario de Diego de Velazquez despues de una pausa, me envia á vos para que le excuseis por no haber querido escuchar las proposiciones que le enviasteis con Velazquez de Leon.

Y permitid de paso que aproveche esta circunstancia para decirnos que habeis ganado la voluntad de ese bizarro jóven.

Salió de Santiago de Cuba con órden de vigilaros y de im-

pedir que ejecutarais actos cantrarios á los intereses de su pariente el gobernador, y sin embargo, habeis ejercido tal influencia sobre él, que no he visto hacer defensa más calurosa que la que ha hecho de vos delante de Pánfilo de Narvaez.

Pero aparte de esto, y yendo á nuestro asunto, debo decirnos que Narvaez me envia para pedirnos que me comuniquéis esa proposicion que se negó á oír; y que yo creo que no tendrá otro objeto que el de evitar una guerra desastrosa para todos.

—No os equivocais, mi buen amigo Andrés; la conquista de México ha llegado, gracias á la Providencia, á una situacion tal, que seria lastimoso perderla por satisfacer la mezquina venganza de un hombre indigno del puesto que ocupa.

—Velazquez no es santo de vuestra devocion, dijo Andrés del Duero.

—Me tacharíais de ingrato; pero como yo sé que si me eligió á mí para jefe de la expedicion, fué más bien que por inclinacion propia, por influencia vuestra y de algunos amigos, dejad que os agradezca á vos el favor, y que juzgue á Velazquez tal como es.

Yo no le hubiera desobedecido. Yo hubiera cumplido fielmente las obligaciones que contraí con él, si no me hubiera hostigado sin motivo alguno á ser rebelde, por un momento nada más que por un momento; porque jamas he pensado alzarme con la conquista de este país.

La gloria sí, la gloria de haberle conquistado, ó por lo ménos de haber llegado hasta la capital de México, y de tener en mi poder al emperador invencible, esa sí que la reclamo para mí.

Aunque no me la otorgase, aunque todos los soberanos de la tierra se opusieran á concedérmela, la verdad y la justicia, que son los defensores de las buenas causas, se habrian puesto de mi parte, y la fama habria pregonado este favor que he debido á la Providencia.

Hernan Cortés guardó silencio breves instantes.

Después continuó con efusión:

—¿Creeis, pues, que hay motivo para considerar como un rebelde, como un traidor, como un miserable, al hombre que, como yo, ha conseguido hacer respetar de una nacion poderosa el nombre de su monarca Carlos V?

¿Creeis que es conveniente destruir el prestigio que los españoles hemos conquistado, para que Velazquez satisfaga un ruin deseo?

No, y mil veces no.

Yo estoy dispuesto á hacer toda clase de sacrificios por evitar esas desventuras; yo estoy dispuesto á confiar el mando de mis tropas á Pánfilo de Narvaez; yo estoy dispuesto á llevarle hasta México, á presentarle al emperador y hacer que le considere superior á mí: todo porque la paz entre nosotros no se altere; todo por no dar el espectáculo á estas gentes de una lucha entre nosotros; todo para que se vea que ni el medro personal, ni el amor propio, ni el justo deseo de gloria, propio en los hombres que profesan las armas, son en mi ánimo superiores al respeto que me inspira mi patria, á la veneracion que me inspira mi rey.

—No esperaba yo ménos de vuestro gran corazon, Hernan Cortés, dijo Andrés del Duero; esas proposiciones os honran, y Pánfilo de Narvaez no las merece.

La suerte, que es ciega, le ha colocado enfrente de vos, y vos, sacrificándoos, quereis encumbrarle más aún.

Repito que esto os honra.

Pero yo estoy seguro de que si acepta esa proposicion, si os colocais á su lado como su segundo, pronto las tropas os elevaran sobre él y os considerarán como primero, porque los soldados en la guerra, como los pueblos en la paz, saben hacer justicia: aquellos á los que los guian al combate, éstos como á los guardadores de sus intereses.

Esta conversacion tuvo lugar mientras Hernan Cortés y An-

drés del Duero llegaron desde el punto en donde se habian encontrado hasta la casa que les servia de hospedaje en Matalequita.

Allí llamó Hernan Cortés á sus capitanes para que saludaran á Andrés del Duero, y por la tarde le obsequió con una cena, en la que no se habló más que de paz, mostrándose todos dispuestos á olvidar los rencores personales en aras de la patria.

Aquella noche celebraron á solas una nueva conferencia Hernan Cortés y Andrés del Duero.

En ella, después de obsequiar el primero al segundo con algunas de las más preciosas alhajas que poseia, le enteró sinceramente del estado de sus negocios, y renovó la promesa de partir con él sus ganancias.

—Es necesario á toda costa la paz, dijo Andrés del Duero. Narvaez me ha encargado que obtenga de vos una entrevista con él.

Creo que es lo mejor que puede hacerse.

Redactemos las bases de esa entrevista entre los dos generales de los ejércitos que han de luchar, y yo estoy seguro de que el mismo Pánfilo de Narvaez, en cuanto os conozca y os oiga, comprenderá que el mejor partido que puede tomar es aceptar las proposiciones que le haceis.

—No tengo inconveniente en asistir á esa entrevista, dijo Hernan Cortés.

—Pues redactemos las bases desde luego.

—Las dejo á vuestra eleccion.

—No; convengamos ántes en ellas, y si quereis yo se las propondré como mias.

—Sea en buen hora.

—¿Qué distancia hay de aquí á Zempoala? preguntó Andrés del Duero.

—Habrá unas veinte leguas.

—¿Hay algun punto que parta por mitad la distancia?

—Hay una pequeña aldea que se llama Coquimba.

—Pues bien; Narvaez y vos os reunireis en esa aldea dentro de diez días, llevando cada cual diez testigos de la clase de capitanes y soldados. ¿Os parece bien mi proposición?

—Por mi parte, aceptada.

—Entonces voy á partir hoy mismo para ponerme de acuerdo con él, y os avisaré lo que suceda.

—¿No teneis, añadió Andrés del Duero, algun servidor de toda vuestra confianza que pueda venir conmigo y estar dispuesto á traeros cuantas noticias os dé yo?

—Sí; un indio que me ha tomado gran afecto puede desempeñar esa misión.

—Pues ponedlo á mis órdenes.

—¿Cuándo pensáis marchar?

—Mañana mismo al amanecer, si me dais vuestra licencia.

—Asegura á Pánfilo de Narvaez que si se niega á la paz, él será el responsable de las consecuencias de la guerra.

Ya habeis visto y habeis oído á mis capitanes: todos ellos se dejarán matar por mí.

—Descuidad; yo le enteraré de lo que pasa, dijo el antiguo amigo de Hernan Cortés.

Se separaron, y al día siguiente encargó Hernan Cortés á Ilbialbi que acompañara á Andrés del Duero y se pusiera á sus órdenes.

—Allí puedes prestarme grandes servicios, le dijo; observa, y cuando vuelvas refiéreme todo lo que hayas visto, sin olvidarte de nada.

Ilbialbi se alegró de que le confiara aquella misión.

Poco despues de amanecer partió Andrés del Duero, y Hernan Cortés se quedó más tranquilo.

Ya no era solo el prestigio del guerrero el que tenia entre los soldados que militaban á las órdenes de Pánfilo de Narvaez.

El interes iba á trabajar á su favor cerca del hombre llamado á ejecutar la ruin venganza del gobernador de Santiago de Cuba.

CAPITULO LXXVI.

Trabajos de Zapá.



ESPERABA con ansia Pánfilo de Narvaez la llegada de Andrés del Duero.

Durante su ausencia, olvidándose de todas las consideraciones que se debia á sí mismo, y sofocando los instintos generosos que hasta entonces habian constituido parte de los dotes de su alma, estaba resuelto á toda costa á dejarse arrastrar por la pasión y á resolver el problema que dificultaba la realizacion de sus designios de una manera indigna, no ya de un caballero, sino de un sér humano.

Andrés del Duero necesitaba aparecer á sus ojos muy adicto á su persona para conocer á fondo sus secretos y para prevenir cualquiera tentativa que perjudicase á Hernan Cortés.

Apénas llegó á Zempoala, se presentó en la morada de Narvaez.

—No os esperaba tan pronto, dijo éste.

—Yo soy muy diligente y como conozco que en una y otra parte hay ansiedad, creo oportuno resolver cuanto ántes las dudas de que nos hallamos poseidos.

—¿Habeis visto á Hernan Cortés?

—He pasado algunas horas en su compañía, siendo obsequiado por él y por sus capitanes. Bien es verdad que en esto no ha hecho más que corresponder al comportamiento que habeis tenido con sus enviados.

—Hay una pequeña aldea que se llama Coquimba.

—Pues bien; Narvaez y vos os reunireis en esa aldea dentro de diez días, llevando cada cual diez testigos de la clase de capitanes y soldados. ¿Os parece bien mi proposición?

—Por mi parte, aceptada.

—Entonces voy á partir hoy mismo para ponerme de acuerdo con él, y os avisaré lo que suceda.

—¿No teneis, añadió Andrés del Duero, algun servidor de toda vuestra confianza que pueda venir conmigo y estar dispuesto á traeros cuantas noticias os dé yo?

—Sí; un indio que me ha tomado gran afecto puede desempeñar esa misión.

—Pues ponedlo á mis órdenes.

—¿Cuándo pensáis marchar?

—Mañana mismo al amanecer, si me dais vuestra licencia.

—Asegura á Pánfilo de Narvaez que si se niega á la paz, él será el responsable de las consecuencias de la guerra.

Ya habeis visto y habeis oído á mis capitanes: todos ellos se dejarán matar por mí.

—Descuidad; yo le enteraré de lo que pasa, dijo el antiguo amigo de Hernan Cortés.

Se separaron, y al día siguiente encargó Hernan Cortés á Ilbialbi que acompañara á Andrés del Duero y se pusiera á sus órdenes.

—Allí puedes prestarme grandes servicios, le dijo; observa, y cuando vuelvas refiéreme todo lo que hayas visto, sin olvidarte de nada.

Ilbialbi se alegró de que le confiara aquella misión.

Poco despues de amanecer partió Andrés del Duero, y Hernan Cortés se quedó más tranquilo.

Ya no era solo el prestigio del guerrero el que tenia entre los soldados que militaban á las órdenes de Pánfilo de Narvaez.

El interes iba á trabajar á su favor cerca del hombre llamado á ejecutar la ruin venganza del gobernador de Santiago de Cuba.

CAPITULO LXXVI.

Trabajos de Zapá.



ESPERABA con ansia Pánfilo de Narvaez la llegada de Andrés del Duero.

Durante su ausencia, olvidándose de todas las consideraciones que se debia á sí mismo, y sofocando los instintos generosos que hasta entonces habian constituido parte de los dotes de su alma, estaba resuelto á toda costa á dejarse arrastrar por la pasión y á resolver el problema que dificultaba la realizacion de sus designios de una manera indigna, no ya de un caballero, sino de un sér humano.

Andrés del Duero necesitaba aparecer á sus ojos muy adicto á su persona para conocer á fondo sus secretos y para prevenir cualquiera tentativa que perjudicase á Hernan Cortés.

Apénas llegó á Zempoala, se presentó en la morada de Narvaez.

—No os esperaba tan pronto, dijo éste.

—Yo soy muy diligente y como conozco que en una y otra parte hay ansiedad, creo oportuno resolver cuanto ántes las dudas de que nos hallamos poseidos.

—¿Habeis visto á Hernan Cortés?

—He pasado algunas horas en su compañía, siendo obsequiado por él y por sus capitanes. Bien es verdad que en esto no ha hecho más que corresponder al comportamiento que habeis tenido con sus enviados.

—¿Y habeis hablado con él?

—¿Habia de volver sin traer resolucion?

—¿Qué proposicion era la que queria hacerme?

—Hernan Cortés, respondió Andrés del Duero, está resuelto á luchar.

Pero como ha conseguido ventajosos resultados en su expedicion, teme malograrlos, y el interes sofoca en él los instintos belicosos.

—Pero ¿cómo quiere luchar conmigo si sus fuerzas no pueden compararse con las mias?

—En cuanto á eso, ya podeis suponer que yo tengo gran confianza en nuestros soldados. Pero los suyos están aclimatados, conocen el país, han adquirido grandes simpatías entre los indígenas; y ademas, temerosos de perder lo que han ganado, se batirán como fieras.

—Tanto peor para ellos: los cazaremos.

—No son esos los deseos de Hernan Cortés, y las proposiciones que me ha hecho lo prueban.

—Hablad.

—Quiere la paz à todo trance.

—¿Es decir, que obedece las órdenes del gobernador de Santiago de Cuba?

—Tanto como eso, no. ¿Podeis imaginaros que un hombre de su temple consienta en entregarse á su enemigo?

—Pues entónces, ¿bajo qué condiciones quiere la paz?

Andrés del Duero no quiso ser tan explícito con Pánfilo de Narvaez como con él lo habia sido Hernan Cortés.

Y la razon para que no lo fuera era muy obvia.

Si Hernan Cortés confiaba el mando de las tropas á Pánfilo de Narvaez, no podian prometerse tanto provecho como si continuaba Hernan Cortés capitaneando la expedicion.

—Las bases de esa reconciliacion, dijo Andrés del Duero, po-

deis tratarlas con él, porque he logrado que acceda á celebrar una entrevista con vos.

—Me place en extremo.

—Hay á diez leguas de Zempoala una pequeña aldea, que se llama Coquimba.

En ella nos reuniremos, si lo creéis oportuno, dentro de diez dias, llevando por compañeros diez hombres entre capitanes y soldados.

El llevará otros tantos; podreis conferenciar, y llegar á un arreglo honroso para todos.

—La proposicion ¿de quién ha partido?

—De él. Pero en honor de la verdad, debo deciros que como llevaba instrucciones vuestras para proponerla, en mi calidad de diplomático ha hecho todo lo posible para inspirarle esa idea.

—Pero ¿habeis empeñado vuestra palabra de que iré yo?

—De ningun modo; he anunciado que estaba seguro de que aceptariais. Pero quedais en libertad de acceder á sus deseos, ó de rechazarlos.

—Accedo gustoso; no faltaré á la cita.

—Podeis disponer de seis dias para resolveros; al cabo de ese tiempo un indio de la servidumbre de Hernan Cortés que ha venido conmigo, le llevará vuestra respuesta.

—En ese caso, dijo Pánfilo de Narvaez, aprovecharé el tiempo explorando á ese indio. ¿Sabe el español?

—Lo entiende, y aunque con mucha incorreccion se deja comprender.

—Haced que venga á verme.

—Cumpliré vuestra orden. Pero decidme: si los capitanes me preguntan algo acerca de mi viaje, ¿qué debo referirles?

—Que Hernan Cortés desea tener conmigo una entrevista, lo cual me hace creer que capitulará, entregándose á discrecion.

Se separaron, y Pánfilo de Narvaez, estimulado por los mismos pensamientos que le rodeaban:

—El mismo va á proporcionarme los medios de satisfacer mis deseos.

Dado el carácter indómito de ese hombre, nada podré conseguir con él de grado.

De todos modos, hemos de recurrir á la fuerza, y no es justo que se desperdicie la ocasion que la suerte me ha proporcionado.

Desapareciendo él, cesa el motivo de una lucha que, en efecto, podria ser desastrosa para todos: sus soldados se unirán con los míos en cuanto él deje de vivir, y yo iré á México á completar su obra.

Resuelto á llevar á cabo su infame plan, buscó el medio más eficaz de realizarle.

Desde luego pensó que podria servirle de instrumento el indio que habia llegado con Andrés del Duero, y que segun éste le habia dicho, debia ser portador de la respuesta.

Pero como le convenia que no se informasen de sus propósitos las personas que le rodeaban, ántes de decidirse observó á Ilbialbi para no dar el golpe en vago.

Ilbialbi fué objeto de las mayores consideraciones por parte de los soldados de Narvaez.

Apénas se informaron de que llegaba del cuartel general de Hernan Cortés y de que entendia y hablaba el castellano, le cogieron por su cuenta, y llovieron sobre él toda clase de preguntas.

Para no repetir las conversaciones en que tomó parte, nos limitaremos á consignar las noticias que dió á sus curiosos interrogadores.

Díjoles que todos aquellos países eran muy ricos; pero que no habia en el mundo ninguno que encerrase más riquezas que México.

Añadió que el más pobre de los mexicanos tenia multitud de joyas de oro, y que Moctezuma poseia un tesoro, formado por innumerable cantidad de alhajas.

Les indicó tambien que habia admirado tanto á Hernan Cortés, que considerándole superior á él, le habia dicho un dia:

—Puedo reunir un numeroso ejército, y si lo reuniera, ni tú, ni todos los soldados de tu nacion, podrian poner la planta en mi territorio.

Pero es tal el cariño que te profeso, que he dispuesto nombrarte mi heredero, y darte las llaves de mi tesoro, para que lo repartas entre todos los soldados que vengan contigo.

Fundándose en esto, manifestó que todos los soldados de Hernan Cortés estaban resueltos á defenderle, porque solo de aquella manera podrian disfrutar de las riquezas que Moctezuma le habia ofrecido; y para terminar aquella série de tentadoras noticias, les dijo que Moctezuma, creyendo en peligro á su muy amado Hernan Cortés, habia dispuesto que cien mil indios acudiesen en su auxilio para defenderle de los malos españoles que le atacaran.

Fácilmente se comprende el efecto que producirian estas declaraciones entre los soldados que las escuchaban.

No tardaron en llegar á noticia de los capitanes, y algunos de ellos á su vez se las comunicaron á Pánfilo de Narvaez.

Este deseó que el mismo Ilbialbi las confirmase en su presencia.

Inmediatamente le llamó.

Pero de cualquier modo era ya tarde.

El indio habia sofocado en los soldados de Pánfilo de Narvaez el odio que pudieran abrigar contra Hernan Cortés.

Habia excitado su codicia, y por lo tanto, habia cumplido el encargo que le habia hecho Marina al despedirse de él.

Asistamos á la entrevista de Ilbialbi y Pánfilo de Narvaez: Esta se celebró inmediatamente.

Narvaez, resuelto como estaba á deshacerse por medios indignos de su enemigo, necesitaba un brazo.

El del indio le parecia el más seguro.

CAPITULO LXXVII.

Un negocio.

HACE mucho tiempo que sirves á Hernan Cortés? preguntó Pánfilo de Narvaez á Ilbialbi.

—Yo era criado del emperador Moctezuma, contestó el indio, y me sacaron de su palacio, en donde estaba muy bien, para ir á servir á los españoles.

—¿Querías mucho á tu amo?

—Al emperador, sí.

—¿Y á Hernan Cortés?

—Tambien, contestó Ilbialbi, procurando que su fisonomía no estuviese de acuerdo con sus palabras.

Pánfilo de Narvaez observó atentamente al indio, y repuso:

—Sé franco conmigo: ¿te ha tratado bien Hernan Cortés?

—Perdonad, señor; vos sois extranjero como él, y no puedo decir en vuestra presencia lo que siento.

—Al contrario, debes hablarme con franqueza.

—Los españoles castigan á los indios.

—¿Eso quiere decir que te ha tratado mal Hernan Cortés?

—Me ha sacado de la morada en donde era feliz.

—¿Tienes familia?

—No; estoy solo en el mundo.

—¿Y es verdad lo que dicen mis soldados que tú les has referido?

Ilbialbi guardó silencio como si vacilase.

Despues dijo:

—Señor, á vos no quiero engañarle. No es cierto.

—¿Pues por qué les has hablado de ese modo?

—Por que al verme llegar, me rodearon todos, comenzaron á preguntarme, tuve miedo, y quise ponerme bien con ellos.

—Es necesario que les digas que los has engañado.

—¡Ah! No; me matarian.

—Yo te respondo....

—Os ruego que no me exijais ese sacrificio.

—Podia exigirte que cumplieses mis órdenes, y de lo contrario castigarte. Pero quiero ser generoso, y lo seré si te portas bien conmigo.

—Contad con mi agradecimiento.

—Vas á decirme la verdad. ¿Está el emperador Moctezuma en poder de Hernan Cortés?

—Sí, señor.

—¿Es cierto que los mexicanos le estiman mucho?

—¡Oh! Lo que es eso....

—Habla.

—La verdad, señor, no. ¿Cómo quereis que un pueblo estime á su opresor? Fingen, porque el emperador ha tenido la debilidad de dejarse dominar por él; pero el sufrimiento se acaba, y no me extrañará que un día, muy pronto tal vez, sacudan el yugo que les oprime.

—¿Amas á tu patria?

—Daria mi vida por ella.

—Pues bien; voy á proporcionarte el medio de que la salves de la opresion en que yace.

—¿Vos, señor? dijo Ilbialbi lleno de admiracion.

—Yo, sí.

—Sois español tambien. Si vais á México, será para dominarnos como Hernan Cortés.

—No lo creas: veo que tienes inteligencia, y voy á confiarte un secreto. ¡Ay de tí si lo revelas!

—No temais.

—Nuestro rey, añadió Pánfilo de Narvaez, no ha enviado á Hernan Cortés para que os oprima, para que os domine.

Habiendo llegado á su noticia que existia en esta parte del mundo una nacion poderosa, quiso ser amigo de su monarca, y envió á Hernan Cortés para que le ofreciera su amistad.

Pero aprovechándose de la facilidad con que el emperador Moctezuma le acogia, llegó á creer que podria desentenderse de las órdenes que habia recibido y conquistar este vasto imperio para satisfacer su ambicion.

—¿Es posible? exclamó fingiendo admiracion Ilbialbi.

—Sí, añadió Pánfilo de Narvaez; creelo: Hernan Cortés es un malvado.

El indio fingió asombro.

Aprovechándose Narvaez de la fe que al parecer daba á sus palabras:

—Oyeme, le dijo; nuestro rey ha sabido los designios de Hernan Cortés, y me ha enviado para castigarle.

—¿No habeis venido á ayudarle contra nosotros? preguntó, simulando una inmensa alegría.

—No; he venido á libraros de su opresion.

—Que los dioses os bendigan, exclamó Ilbialbi.

—Traigo la mision, prosiguió Pánfilo de Narvaez, de apoderarme de él, de dar excusas á vuestro monarca en nombre del mio, y de conducir á su presencia al que ha abusado de su bondad.

Pero esto daria lugar á una lucha, porque los soldados de Hernan Cortés han delinquido como él; como él deben sufrir castigo, y mientras tengan fuerzas para luchar se opondrán á que yo les aprisione. Tú podrias salvar á tu patria y evitar una lucha que mi bondad rechaza.

—¿Yo? Hablad, hablad, dijo Ilbialbi.

—Si Hernan Cortés, por efecto de alguna circunstancia, de-

jase de vivir, sus soldados invocarian mi clemencia, asegurarian que si habian seguido á Hernan Cortés era porque no tenían más remedio que obedecer, y yo podria perdonarlos, volviéndome con ellos á España, y dejando vuestro territorio en completa libertad.

—Sí, sí; eso, eso quiero; dijo el indio, fingiendo con admirable maestría para inspirar más confianza á Narvaez.

—Ahora bien, prosiguió Narvaez; si hubiera un indio que no inspirase recelo alguno á Hernan Cortés, que pudiera deshacerse de él, sobre todo cuando duerme; si valiéndose de estas facilidades le arrebatase la vida, de acuerdo conmigo, podria dar el golpe al mismo tiempo que yo me acercaba adonde están los españoles, y entónces....

—Os comprendo; pero eso es imposible.

—¿Imposible! ¿Por qué?

—Duerme con centinela.

—¿Y no habria algun medio.....?

—Si abandonase su cuartel....

—Yo puedo hacer que dentro de seis dias vaya con diez hombres á Coquimba.

—Entónces ya es otra cosa.

—Yo.... Sí, dijo despues de una breve pausa; yo me encargo de eso; pero como soy servidor suyo, no tengo armas.

Pánfilo de Narvaez sacó de su tahalí una daga pequeña.

—Toma, le dijo.

—¿Ah! exclamó el indio, cogiéndola y besando la hoja. Que Tescalepuzca os bendiga.

—¿Estás resuelto á hacer lo que he dicho?

—Sí.

—Mira que si me engañas, que si me vendes, te buscaré aunque te escondas en las entrañas de la tierra, y tu castigo será horrible.

—Si dudais de mí, tomad y matadme. Cuando se duda de un hombre se le mata.

—No dudo; dentro de dos dias partirás á llevar mi respuesta á Hernan Cortés.

Acude, aunque él no quiera, al punto en donde los dos debemos vernos.

Yo iré con diez hombres, y á poca distancia me seguirá todo mi ejército.

Procura, disfrazándote, penetrar en la estancia en donde estamos los dos, y allí hundes en su pecho el puñal.

No temas; mis soldados y yo acudiremos en tu auxilio, y despues de vencer á los rebeldes, te llevaremos á México en donde serás recibido con entusiastas aclamaciones.

Ilbialbi se hincó de rodillas y besó las plantas de Pánfilo de Narvaez.

Dos dias despues partió, llevando un pliego á Hernan Cortés.

En él le anunciaba Narvaez que acudiría el dia señalado á Coquimba.

Al dia siguiente de llegar el indio, recibió Hernan Cortés, por medio de un zempoale un aviso de Andrés del Duero, en el que le anunciaba que Pánfilo de Narvaez lo habia dispuesto todo para tenderle un lazo.

Estas noticias confirmaron las del indio.

Hernan Cortés renunció á todo género de consideraciones.

CAPITULO LXXVIII.

Donde Hernan Cortés se resuelve á luchar con Pánfilo de Narvaez.



PARA que no atribuyese Pánfilo de Narvaez á cobardía la resolucion que habia tomado de no acudir al punto de la cita, en vista de las noticias que le habia dado Ilbialbi y habia confirmado Andrés del Duero acerca de la traicion que proyectaba, se decidió á escribir á su enemigo, rompiendo por completo con él.

—«He hecho cuanto he podido, le decia, por evitar la guerra.

«No he obedecido al proponeros la paz á otro móvil que al de evitar que se derrame sangre por una cuestion tan pequeña y tan ruin como es la que os ha traído en mi busca.

«He apurado todos los medios de conciliacion: mi conciencia está tranquila.

«Estaba resuelto á acudir á la cita, para que nos hubiéramos puesto de acuerdo, y me sonreia la esperanza de que despues de hablar con vos no tendríamos que romper las hostilidades.

«Me habia llegado á figurar que érais un caballero, que obedeciais al deber, no que participabais de la pasion de Diego de Velazquez, y por esta razon os trataba con todo género de consideraciones.

«Me he equivocado de medio á medio.

«Habeis comprado á uno de mis servidores para que hiciera

conmigo lo que vos no creiais poder hacer con todo vuestro ejército.

«El celo por serviros le ha perjudicado.

«Sin duda alguna habiais contraído con él el proyecto de que me matase, aprovechando una ocasion oportuna.

«El indio creyó que esa ocasion habia llegado, y se atrevió á levantar un puñal contra mí.

«Puesto en tortura para que confesase la verdad, os ha denunciado, dándome idea de los inícuos sentimientos que abrigais.

«Ya no es posible entre los dos avenencia alguna.

«El hombre que es capaz de comprar un asesino, está juzgado, y solo se merece pagar con la vida su delito.

«Es inútil que salgais á Coquimba á hablar conmigo. No os molesteis ni hagais que vuestro ejército se ponga en marcha, para no fatigarle. El mio, que es aguerrido, que está resuelto á haceros pagar cara vuestra traicion, sale conmigo en este instante para ir á buscaros, que no le importan las fatigas de la marcha cuando le anima la esperanza de hallar enemigos que han de proporcionarle una nueva victoria.

«Preparaos, pues, y que Dios decida cuál de los dos merece el triunfo.»

Hernan Cortés envió esta carta á Pánfilo de Narvaez con un indio zempoale.

Acto continuo dió las órdenes oportunas á su ejército para que se pusiera en marcha.

—No hay esperanza de paz, les dijo. Es preciso luchar, y lucharemos hasta el último trance.

Capitanes y soldados juraron de nuevo que perecerian antes de ser vencidos.

El ejército de Hernan Cortés no aguardó el refuerzo que le habia prometido, y estaba á punto de enviarle, el cacique de Chinantla, y sin más auxilio que doscientos tamenes ó indios de carga, se puso en marcha, pernoctando en Coquimba.

Los soldados de Narvaez que se habian unido á las tropas de Sandoval, aseguraban al caudillo que una gran parte de sus compañeros estaban resueltos á no romper las hostilidades con sus hermanos, y de paso añadian que era tal el prestigio de que gozaba Hernan Cortés entre ellos, que tenian por seguro que la mayor parte se pasarian á sus filas en el momento del combate.

Aparentaba Hernan Cortés no dar importancia á estas aclaraciones; pero la verdad era que constituian todas sus esperanzas.

Al dia siguiente muy de madrugada continuaron los españoles avanzando hasta Zempoala.

En el camino recibió Hernan Cortés una carta de Andrés del Duero.

—«Pánfilo de Narvaez, le decia, ha anunciado que se acerca el momento de la lucha.

«No saldrá á vuestro encuentro, pero toma todas las disposiciones necesarias para desplegar sus fuerzas y dar la batalla con éxito.

«Puedo aseguraros que sus órdenes han disgustado á casi todos.

«Los soldados desean unirse á vos para ir á México y participar de las riquezas que allí hay.

«Los capitanes piensan que es una accion indigna la de atacaros, y solo la disciplina, mantenida por unos cuantos jefes de los que respetan á Pánfilo de Narvaez y tienen interes en adular al gobernador de Santiago de Cuba, es la que hará que no deserten los soldados tan pronto, sin perjuicio de tomar nueva resolucion á medida que vayan teniendo lugar los sucesos.»

Hernan Cortés no manifestó el contenido de la carta á sus soldados.

Por el contrario, les dijo que le avisaban en ella la tenacidad con que estaban resueltas las tropas de Pánfilo de Narvaez á conseguir el triunfo en el combate.

Esto enardeció á sus soldados, y avanzaron con la misma rapidez que si volvieran á la madre patria á disfrutar el premio de sus trabajos.

Al anoecer llegó á una pequeña poblacion, situada á una legua de Zempoala, defendida por el rio de las Canoas, de frente, y por la espalda por la colonia de Veracruz, adonde envió un destacamento.

Alojóse con sus soldados en las casas del pueblo, que le dejaron de buen grado sus moradores; despachó espías para que le informasen de la actitud de los enemigos, y los dos soldados que habian servido á Sandoval, tomaron á su cargo el cuidado de penetrar al dia siguiente de madrugada en la ciudad, para enterarse de las medidas que habia tomado Pánfilo de Narvaez.

Por si le esperaba y queria sorprenderlo, dispuso Hernan Cortés que la mitad de sus soldados vigilasen en tanto que los otros descansaban.

El, por su parte, permaneció toda la noche combinando el plan de campaña para evitar que fuera doloroso, y al mismo tiempo para conseguir que el triunfo estuviera de su parte.

Pasaron unos cuantos soldados al lado opuesto del rio, y exploraron el terreno hasta media legua.

Por la noche recibió un nuevo mensaje de Andrés del Duero.

—«Acaba de saberse vuestra llegada, le decia.

«Mañana temprano quiere Pánfilo de Narvaez que se pongan en marcha sus tropas para dar la batalla.

«Puedo aseguraros que se aumenta el número de los que quieren evitar á toda costa la lucha, y me parece que las medidas que ha tomado Pánfilo de Narvaez contribuirán á que se generalice esta idea.

«Os enviaré noticias de todo lo que pase.

«Ya podeis imaginaros cuánto trabajo para evitar el conflicto.»

No esperaba Hernan Cortés tener en el campo enemigo un confidente tan activo y tan provechoso.

Descansó por la noche dos ó tres horas, y muy temprano reunió sus capitanes para confiar á cada cual el papel que deberia desempeñar en el drama que se preparaba para el dia siguiente.

Aun estaban reunidos, cuando llegaron los dos soldados, asegurando que las tropas de Narvaez iban á ponerse en movimiento; pero que se notaban en todas ellas más deseos de desobedecerle que de luchar.

—Un soldado resuelto, dijo Hernan Cortés, vale por cien soldados vacilantes.

La victoria será nuestra.

¡Quiera Dios que no cueste lágrimas á nuestros hermanos!

En vista de las noticias que habia recibido, opinó que lo mejor que podia hacer era esperar á que le provocasen, seguro de que el paraje que habia elegido era el más á propósito para no malograr sus esperanzas de triunfo.

CAPITULO LXXIX.

Desaciertos.



IRRITACION profunda habia causado á Pánfilo de Narvaez el que se hubieran descubierto sus planes.

—Decididamente la suerte no es propicia para mí, exclamó al leer la carta de Hernan Cortés.

Pero no importa, ha llegado el momento de luchar y estoy seguro de vencer.

La torpeza de ese indio ha echado por tierra todos mis planes. Mejor hubiera sido dar el golpe sobre seguro.

No importa; lucharemos, y ¡ay! de los desgraciados que se crean con fuerzas suficientes para rebelarse contra mí.

Apénas llegaron los soldados españoles á la aldea en donde establecieron su cuartel general, los espías de Narvaez corrieron á avisárselo, y por ser ya muy tarde, resolvió el general en jefe del ejército emplear la noche en aquellos preparativos.

Reunió á los capitanes, les dió cuenta de lo que pasaba, y les manifestó que su resolucion formal era salir al día siguiente en busca de Hernan Cortés y sus soldados, para que la batalla se diera en campo raso, donde podria desplegar sus fuerzas y sacar partido de la artillería.

No faltó alguno que manifestara su pena por tener que recurrir á aquel extremo.

Pero Pánfilo de Narvaez dijo que en trances como aquel solo los cobardes vacilaban, y los capitanes que no estaban conformes con su resolucion sufrieron en silencio aquella herida, prometiéndose vengarla á su debido tiempo.

Desde el primer instante pudieron comprender los oficiales inteligentes que la pasion que dominaba á Pánfilo de Narvaez le impelia á dar órdenes contrarias á las buenas reglas de la tierra.

Pero Narvaez no oia observaciones.

Repitió varias veces que él era el jefe de la expedicion, que sus órdenes debian acatarse, y que aceptaba toda la responsabilidad de sus actos.

Antes de que se retiraran los soldados á descansar, hizo que se pregonase de nuevo su ofrecimiento de dar dos mil ducados por la cabeza de Hernan Cortés, y mil por la de Gonzalo de Sandoval, y otros mil por la de Velazquez de Leon.

Solís, hablando de la actitud de Pánfilo de Narvaez en aquellos momentos, dice: "Que mandaba muchas cosas á un tiempo, sin olvidarse de su enojo; que mezclaba las órdenes con las amenazas, y que no hacia más que despreciar al enemigo, cuando en realidad le temia."

Fácilmente se comprende que un hombre en esta situacion no vé con la claridad necesaria en tan apurado trance como en el que se hallaba Pánfilo de Narvaez; y sabido es tambien que en semejantes casos, cuando la cabeza se acalora, nada se hace con concierto.

A pesar de su obcecacion, no dejó de comprender Pánfilo de Narvaez que no existia en su ejército todo el entusiasmo necesario para llevar á cabo su plan.

Sin embargo, salió de madrugada con todo su ejército, y avanzó hasta un cuarto de legua de la ciudad.

Andaban rezagados muchos soldados, y tanto por esto, como porque la proximidad del peligro aminoraba sus esperanzas:

—Paréceme, dijo á sus capitanes, que esta espaciosa vega es la más á propósito para dar la batalla.

Por otra parte, siempre tiene ventaja el que espera.

Detengámonos aquí y aguardaremos á Hernan Cortés, que de seguro se habrá puesto en camino para venir á nuestro encuentro.

Una hora despues supo Hernan Cortés esta determinacion y al avisársela Andrés del Duero, le dijo:

—No os movais hasta que yo os avise.

Todo el dia estuvieron los soldados de Pánfilo de Narvaez esperando al enemigo.

El enemigo no llegó.

Un dia de esperar un combate, debilita en extremo á un ejército.

Narvaez lo aprovechó en ponderar á los capitanes y á los soldados las ventajas de la victoria.

Llevaremos á Hernan Cortés y á sus capitanes á Santiago de Cuba para que sean juzgados; sus tropas se unirán con nosotros, y todos juntos continuaremos por el camino de México, adonde llegaremos y alcanzaremos las mismas ventajas que Hernan Cortés.

Pero en vez de entablar amistosas relaciones con el monarca de ese imperio, entraremos á saco en la ciudad, nos apoderaremos de sus riquezas, nos las repartiremos y volveremos á Santiago de Cuba con honra y con provecho.

No se animaban á pesar de estas promesas, y mientras unos aconsejaban á Pánfilo de Narvaez que avanzase, otros aseguraban que de esperar al enemigo más valia aguardarlo en Zempoala.

En vista de tan opuestos pareceres, resolvió Pánfilo de Narvaez aguardar á la noche.

Pero para colmo de desventuras y de dudas, aquella misma tarde estalló una horrible tempestad sobre los españoles y unos aguaceros tales, que los soldados de Pánfilo de Narvaez, indignados al ver que no tenian donde guarecerse, comenzaron á mur-

murar y á desbandarse, obligando á su jefe á retroceder á Zempoala.

Apénas dió la órden le obedecieron con tanta presteza los que aún dudaban de sus propósitos que en ménos de un cuarto de hora se ballaron todos en Zempoala.

Temiendo el general en jefe que si llegaba á noticia de su adversario aquella retirada se envalentonase, tanto para evitar una sorpresa como para estar prevenido y volver al dia siguiente en busca de Hernan Cortés, se alojó con todos sus soldados en la hostería principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas, poco distantes, situadas en una altura, á la que se subia por unas gradas muy pendientes.

Guarneció con la artillería el pretil que servía de remate á á las gradas, se retiró con algunos capitanes y cien hombres á la capilla del centro, repartió á sus soldados en las otras dos, envió algunos jinetes á recorrer el campo puso centinelas, y preparado de este modo, se retiró á descansar, permitiendo á los capitanes y á los soldados que hicieran otro tanto, porque durante aquel dia habian sufrido mucho.

Andrés del Duero, que era en aquella ocasion un activo agente de Hernan Cortés, le envió un mensaje, asegurándole que podia pasar la noche tranquilo, porque hasta el dia siguiente no volveria Narvaez á salir de Zempoala.

Al mismo tiempo le refirió todo lo que habia pasado.

Esta noticia la recibió Hernan Cortés una hora despues de la llegada á Zempoala de Pánfilo de Narvaez.

Acto continuo convocó á sus capitanes.

CAPITULO LXXX.

Un buen general.

Con la brevedad que el caso requería informó Hernán Cortés a sus capitanes de las noticias que acababa de recibir y de las probabilidades que tenía de vencer, si aprovechándose del cansancio de los soldados de Pánfilo de Narvaez y de la forzosa retirada que habían hecho, le sorprendía y atacaba.

Sus palabras hallaron eco en todos.

Así es que como les cogía de refresco y con bríos, en breve tiempo estuvieron en disposición de partir. Vadearon el río, no sin dificultad, y mientras descansaba de aquella operación, que había sido trabajosa, preguntó de nuevo a los capitanes si creían que debería aprovechar el descuido de sus adversarios para terminar pronto y fácilmente la batalla.

Todos asintieron, y al ver el entusiasmo que reinaba en ellos, pronunció estas palabras, que conserva la historia, y que piadosamente debemos recoger:

—«Esta noche, amigos míos, exclamó, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasión que se pudiera fingir nuestro deseo.

«Vereis ahora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos.

«Poco há que aguardábamos a nuestros enemigos con esperanzas de vencerlos al reparo de esa ribera.

«Ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan.

«De la impaciencia vergonzosa con que desampararon la campaña, huyendo esos rigores de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colige cómo estarán en el sosiego unos hombres que le buscaron con flojedad y le disfrutaron sin recelo.

«Narvaez entiende poco de las puntualidades a que obligan las contingencias de la guerra.

«Sus soldados por la mayor parte son bisoños, gente de la primera ocasión, que no ha menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad.

Muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitán.

«No faltan algunos a quien debe inclinación nuestro partido, ni son pocos los que aborrecen como voluntario este rompimiento, y suelen pesar los brazos cuando se mueven contra el dictámen ó contra la voluntad.

«Unos y otros se deben tratar como enemigos hasta que se declaren; porque si ellos nos vencen hemos de ser nosotros los traidores.

«Verdad es que nos asiste la razón.

«Pero en la guerra es la razón enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden más.

«A usurparos vienen cuanto habeis adquirido.

«No aspiran a menos que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas.

«Suyas se han de llamar vuestras victorias; suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre; suya la gloria de vuestras hazañas, y lo peor es que con el mismo pié que intentan pisar nuestra serviz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey y atajar los progresos de nuestra religion, porque se han de perder si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados.

«A todo se ocurre con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabreis ejecutarlo que yo discurrirlo; alto a las armas y a la costumbre de vencer; Dios y el rey en el corazon, y

el pundonor á la vista, y la razon en las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo ménos de animar con las palabras que de persuadir con el ejemplo."

Inmenso fué el efecto que produjeron estas palabras en el corazon, no solo de los capitanes, sino de los soldados que acompañaban á Hernan Cortés.

Tan grande fué el deseo que se despertó en todos de llevar á cabo aquella empresa, que no faltó quien asegurase al caudillo que si por efecto de las circunstancias llegaba á suspender las hostilidades y á tratar la paz con Pánfilo de Narvaez, se negarían á obedecerle.

—No temais eso nunca de mí, dijo Hernan Cortés.

Hallándose todos resueltos, la cuestion era, toda vez que tenia conocimiento de la situacion que ocupaban sus adversarios, aprovechar sus fuerzas para que el golpe fuera decisivo.

Sobre el terreno formó tres divisiones con sus soldados.

Confió el mando de la primera, compuesta de setenta hombres, á Gonzalo de Sandoval.

Debían ayudar á dirigirla los capitanes Velazquez de Leon, Alonso Dávila, Jorge y Gonzalo de Alvarado, Juan Nuñez de Mercado y Bernal Diaz del Castillo.

El mando de la segunda division le confió á Cristóbal de Olid.

Tambien constaba de setenta hombres, subdivididos en cuatro compañías, capitaneadas por Bernardo Velazquez de Tapia, Rodrigo Rangel, Andrés de Tapia y Juan Jaramillo.

El resto de sus soldados debían constituir la tercera division, mandada por él con el auxilio de los capitanes Diego de Orgaz, Cristóbal y Martín de Gamboa, Andrés de Grado, Diego Pizarro, y Domingo de Alburquerque.

— Vos, dijo á Gonzalo de Sandoval, procurareis vencer las primeras dificultades, tomando las gradas del adoratorio en donde se hallan refugiados nuestros adversarios, y destruir su artillería.

Vuestro principal cuidado debe ser estorbar la comunicacion de torreones laterales.

Partid inmediatamente, y una de las cosas que con más intereses os encargo, es que impongais silencio á vuestra gente, porque es preciso que el enemigo no se entere de vuestra llegada hasta teneros encima.

Cristóbal de Olid, añadió, os seguirá inmediatamente, y atacará el torreón del centro, donde se halla Pánfilo de Narvaez. Instantáneamente llegaré yo con mis soldados, y mi presencia la anunciarán las cajas y clarines, luchando todos desde aquel momento cuerpo á cuerpo, para que la influencia moral consiga más que el empuje del ataque, y economicemos en lo posible la sangre de nuestros hermanos.

Todos se dispusieron á ejecutar las órdenes de Hernan Cortés; pero ante los ruegos de fray Bartolomé de Olmedo convinieron en marchar juntos hasta una cruz que habían colocado en el camino los españoles.

Allí el misionero hizo que todos se hincaran de rodillas, y que repitiesen el acto de contricion que él iba diciendo.

—Que Dios se apiade de nosotros, exclamó el reverendo eclesiástico, y que proteja á los que defiendan la mejor causa.

Terminada esta ceremonia religiosa comenzó el movimiento de las tropas en el sentido que había indicado Hernan Cortés.

Hallábanse en Pascua de Resurreccion, y dió por santo y seña á sus soldados el nombre del Espíritu Santo.

CAPITULO LXXXI.

El combate.



Los cálculos mejor basados salen fallidos en la guerra.

Por eso el jefe de un ejército necesita llevar à su inteligencia los recursos que en un momento dado pueden salvarle.

Hernan Cortés habia combinado perfectamente su plan, y la primera division marchaba à desempeñar el papel que le habia confiado, cuando gracias al silencio con que caminaban, oyeron los batidores à cierta distancia pisadas de caballo.

Participaron à Gonzalo de Sandoval aquel acontecimiento, y éste mandó à todos sus soldados que se detuviesen y se ocultasen bajo los árboles próximos al camino para apoderarse con más facilidad de los jinetes.

Eran aquellos dos de los emisarios que Pánfilo de Narvaez habia enviado à reconocer el campo ó à vigilar para que le participasen la llegada del enemigo, si por acaso abandonaba su actitud pasiva.

Los dos jinetes se acercaron al paraje en donde estaban ocultos los soldados de Sandoval, y à la voz de alto, uno de ellos pudo picar espuela y escaparse.

Pero el otro cayó en poder de los soldados.

Envióle à Hernan Cortés, y disponiendo que le tuvieran en calidad de prisionero los soldados que formaban el pequeño cuerpo de reserva, celebró un nuevo consejo con sus capitanes

para acordar la resolucion que tomarian en vista de aquel inesperado contratiempo.

—Si el otro jinete, dijo Olid, ha ido à dar el aviso, tendrá Narvaez tiempo de tomar precauciones, y por de pronto no realizamos la sorpresa.

—Yo creo, dijo Hernan Cortés, que ese soldado, poseido de miedo, habrá procurado ponerse en salvo, y como la noche está oscura y no conoce el terreno que pisa, se habrá perdido y hasta mañana no llegará al cuartel general.

De todos modos, lo que conviene es apresurar la marcha, porque si no cogemos desprevenidos à nuestros adversarios, al ménos lograremos sorprenderlos àntes de que puedan reunirse y aprestarse al combate.

Aprobada esta determinacion, aceleraron todos la marcha. Hernan Cortés se habia equivocado.

El jinete habia llegado adonde estaban sus compañeros, habia referido à los centinelas lo que acababa de sucedarle, y en un momento cundió la alarma, disponiendose todos à defenderse al ménos.

Mientras esto sucedia llegó el soldado à la presencia de Narvaez y le refirió el encuentro que acababa de tener.

—No lo dudeis, exclamó; las tropas de Hernan Cortés se acercan, porque aunque he tenido que correr para librarme de mis perseguidores, he tenido tiempo para convencerme de que todo el ejército se hallaba à poca distancia de nosotros.

Aun no habia terminado el soldado su relacion, cuando entraron algunos capitanes à advertir à su jefe el peligro y à tomar órdenes.

—Me parece que la alarma es infundada, dijo Pánfilo de Narvaez, impulsado por su vanidad. ¿Cómo es posible que Hernan Cortés se atreva à venir à buscarnos à nuestro cuartel general, sabiendo como sabe las fuerzas de que disponemos y los medios de ataque y de defensa con que contamos?

—Capaz es de eso, y mucho más.

—Me ofendeis con pensarlo; pero si así fuera, poco me importaría, porque yo no le temo y se anticiparía á mis deseos.

No habia terminado la última frase, cuando un confuso griterio, al que no tardó en unirse el ruido de los tambores y de los clarines, le convenció de que la hora del peligro habia sonado.

En efecto, serian poco más de las doce de la noche cuando Cortés, con su ejército, penetró en Zempoala y llegó á vista del adoratorio sin hallar un solo centinela que le detuviese.

Delante del templo habia bastantes soldados.

Pero aguardaban órdenes.

Por otra parte, Andrés del Duero, que sabia lo que iba á suceder, aprovechaba los momentos de confusion para decidir á los soldados á debilitar en los capitanes los instintos belicosos, con objeto de que las tropas de su amigo pudieran llegar hasta el primer torreón del adoratorio sin encontrar la menor resistencia.

Hernan Cortés hizo á Gonzalo de Sandoval la señal indicada, y los setenta hombres de su division comenzaron á subir las gradas.

Instantáneamente se oyeron tres disparos de cañon.

En tanto que los soldados de Hernan Cortés subian, comenzaron á bajar los de Pánfilo de Narvaez, y no tardó en trabarse el combate cuerpo á cuerpo.

Renuncióse á los arcabuces.

Las espadas y las picas fueron las armas que unos y otros emplearon.

Los de arriba lograron contener á los de abajo.

Esto era natural que sucediese.

Setenta hombres no podian resistir el empuje de más de cuatrocientos.

Iban á retroceder, cuando la segunda division, al mando de

Cristóbal de Olid, impulsó á la primera; los soldados de una y otra ganaron terreno, y diez minutos despues llegaron á la última grada, obligando á sus adversarios á desamparar el atrio del templo, dejando en su poder la artillería que habian colocado sobre el pretil.

Casi todos se refugiaron en los torreones, y los más adictos á la causa que defendian se retiraron delante de la puerta del torreón principal en donde se trabó de nuevo el combate.

Hernan Cortés, dejando el mando de la tercera division á uno de los capitanes que le seguia de cerca subió las gradas, se colocó en primer término y luchó como un simple soldado.

No solo les animaba con su ejemplo, sino tambien con sus palabras.

Pánfilo de Narvaez se presentó poco despues en la puerta del torreón que le servia de alojamiento, y queriendo resolver el combate en favor suyo, se colocó en primera fila é hizo olvidar con su arrojo y su bravura los malos pensamientos que el egoismo le habia inspirado para vencer.

Pero la fortuna no estaba de su parte.

Apénas se colocó en primera fila, uno de los soldados de la division de Sandoval, Pedro Sanchez Farjar, le acometió con tal denuedo, que de un golpe de pica le saltó un ojo, derribándole en tierra.

—¡Me han matado! exclamó Pánfilo de Narvaez.

Este grito heló la sangre de sus combatientes.

Unos quedaron inmóviles.

Otros corrieron á refugiarse.

Los más arrojados tuvieron que retroceder, y los que obedecian á las insinuaciones de Andrés del Duero comenzaron á pedir á grandes voces, primero tregua y luego paz.

Hernan Cortés dispuso que cuatro de sus soldados condujesen á Pánfilo de Narvaez adonde estaba su reserva, disponiendo tambien que le pusiesen grillos y le vigilasen, para que aque-

llos de sus soldados que habían huido no se rehicieran é intentaran libertarle.

Hubo un momento en que cesó el combate por falta de resistencia.

Los enemigos de Hernan Cortés se encerraron en los torreones, sin atreverse desde allí á disparar un tiro.

—¡Victoria victoria! gritaron los soldados de Hernan Cortés.

—¡Victoria por nuestro caudillo! dijeron unos.

—¡Victoria por nuestro rey! dijeron otros.

—¡Victoria por el Espíritu Santo! añadieron otros.

Estas aclamaciones de alegría aumentaron el terror de sus enemigos.

Casi todos ellos creyeron que el ejército de Hernan Cortés era más numeroso de lo que había supuesto Pánfilo de Narvaez.

Para que todo favoreciera á Hernan Cortés, los amedrentados soldados veían á lo léjos en el campo multitud de luces, y creyeron que cada una de ellas representaba un soldado, cuando en realidad no eran más que gusanos de luz de los muchos que hay en aquella parte de la América.

CAPITULO LXXXII.

La rendicion.



HERNAN Cortés, conoedor de la condicion humana, para que no desmayasen sus tropas fiadas en el triunfo, les recordó que aun no habian logrado completar la victoria y les exhortó á que aprovechándose del terror que se habia apoderado de sus enemigos, terminasen la obra comenzada.

Al efecto, dispuso que se volvieran las baterías del prétil contra los torreones, para tenerlos en jaque.

Pero como no era su ánimo hacer daño á los españoles, á quien por el contrario deseaba atraer á su partido, mandó pregonar un indulto general á favor de los que se rindieran, el cual se repitió infinitas veces en medio del mayor silencio por una y otra parte.

En el pregon ofrecia ventajas á los que se resolviesen á militar bajo su bandera, y libertad y pasaje á los que resolvieran regresar á Cuba.

Esta resolucion produjo los mejores efectos.

Aun no habia empezado á romper el alba, y por consiguiente ignoraban los soldados el número de los sitiadores.

Par otra parte, la creencia de que habia muerto Pánfilo de Narvaez, les hizo caer en el mayor desaliento, y no bien se repitió el pregon tres ó cuatro veces, cuando empezaron á acudir compañías enteras con sus capitanes para acogerse al indulto.

Presentábanse á Hernan Cortés y arrojaban á sus piés las armas.

llos de sus soldados que habían huido no se rehicieran é intentaran libertarle.

Hubo un momento en que cesó el combate por falta de resistencia.

Los enemigos de Hernan Cortés se encerraron en los torreones, sin atreverse desde allí á disparar un tiro.

—¡Victoria victoria! gritaron los soldados de Hernan Cortés.

—¡Victoria por nuestro caudillo! dijeron unos.

—¡Victoria por nuestro rey! dijeron otros.

—¡Victoria por el Espíritu Santo! añadieron otros.

Estas aclamaciones de alegría aumentaron el terror de sus enemigos.

Casi todos ellos creyeron que el ejército de Hernan Cortés era más numeroso de lo que había supuesto Pánfilo de Narvaez.

Para que todo favoreciera á Hernan Cortés, los amedrentados soldados veían á lo léjos en el campo multitud de luces, y creyeron que cada una de ellas representaba un soldado, cuando en realidad no eran más que gusanos de luz de los muchos que hay en aquella parte de la América.

CAPITULO LXXXII.

La rendicion.



HERNAN Cortés, conoedor de la condicion humana, para que no desmayasen sus tropas fiadas en el triunfo, les recordó que aun no habian logrado completar la victoria y les exhortó á que aprovechándose del terror que se habia apoderado de sus enemigos, terminasen la obra comenzada.

Al efecto, dispuso que se volvieran las baterías del prétil contra los torreones, para tenerlos en jaque.

Pero como no era su ánimo hacer daño á los españoles, á quien por el contrario deseaba atraer á su partido, mandó pregonar un indulto general á favor de los que se rindieran, el cual se repitió infinitas veces en medio del mayor silencio por una y otra parte.

En el pregon ofrecia ventajas á los que se resolviesen á militar bajo su bandera, y libertad y pasaje á los que resolvieran regresar á Cuba.

Esta resolucion produjo los mejores efectos.

Aun no habia empezado á romper el alba, y por consiguiente ignoraban los soldados el número de los sitiadores.

Par otra parte, la creencia de que habia muerto Pánfilo de Narvaez, les hizo caer en el mayor desaliento, y no bien se repitió el pregon tres ó cuatro veces, cuando empezaron á acudir compañías enteras con sus capitanes para acogerse al indulto.

Presentábanse á Hernan Cortés y arrojaban á sus piés las armas.

Llegaron á ser tantos los rendidos, que hubo necesidad de separarlos y conducirlos á diversos puntos de Zempoala, alejándolos de las casas y poniéndoles guardia para que no se arrepintiesen de su resolución.

Sandoval mientras tanto asistía á Pánfilo de Narvaez; hizo que le condujeran á una casa, le acostó, y mandó al físico que le curase la herida.

Hernan Cortés, apenas tuvo diseminados á los rendidos, fué á visitar á Pánfilo de Narvaez.

Apenas supo que él era el que se acercaba á su lecho:

— Tened en mucho, señor capitán, le dijo, la dicha que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero.

— De todo, amigo, se deben las gracias á Dios, contestó Hernan Cortés; pero sin que lo juzgueis vanidad, os puedo asegurar que pongo esta victoria y vuestra prision entre las cosas más insignificantes que se han logrado en esta tierra.

— ¿Por que no me habeis muerto? añadió el herido.

— Dios no ha querido que murais para que expieis vuestras culpas, porque el atentado que queriais cometer conmigo era indigno de un caballero.

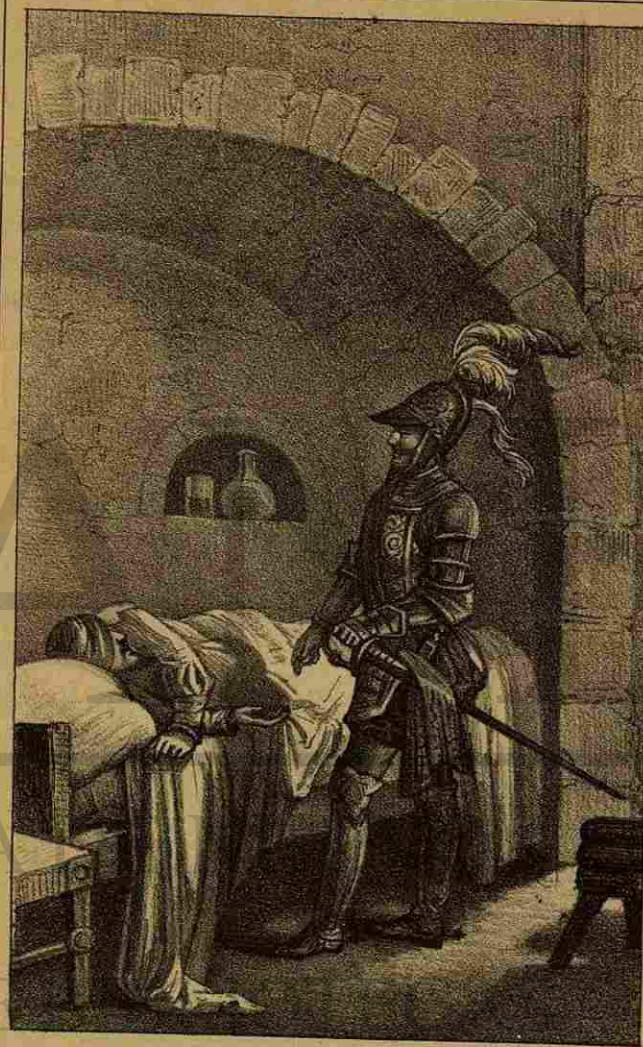
Curaos ahora, y despues yo mismo os pondré en disposicion de que ajusteis conmigo las cuentas pendientes.

— Si tal haceis, os ofrezco que quedaremos uno y otro satisfechos.

Llegó en aquel momento un aviso á Hernan Cortés, noticiándole que se habian hecho fuertes en uno de los torreones el capitán Salvatierra y Leiva, el pariente de Diego de Velazquez que estuvo á punto de reñir con Velazquez de Leon.

En efecto; aquellos dos hombres, que estaban seguros de que nada podrian conseguir rindiéndose, prefirieron alucinar á los soldados y arrastrarlos á morir con ellos en la lucha.

No bien supo Hernan Cortés la resistencia que oponian, fué en persona hasta la misma puerta del torreón en donde estaban



Dios no ha querido que murais para que expieis vuestras culpas.

resguardados, y les anunció que si no se rendían serían tratados con todo el rigor de la ley.

Sus ruegos y sus amenazas fueron inútiles.

—Bien está, dijo; vos lo quereis, sea.

Inmediatamente dió orden para que disparasen al torreón dos piezas de artillería.

Esta actitud que tomó Hernán Cortés intimidó á los soldados, y les faltó tiempo para entregarse á discreción.

Velazquez de Leon entro entónces en busca de los dos hombres que capitaneaban aquellos soldados, y los dos á un tiempo lo acometieron.

Antes de que llegaran los soldados en su auxilio y se apoderasen del capitán Salvatierra, yacía á los piés de Velazquez de Leon el soberbio Leiva, pagando de aquel modo la ofensa que anteriormente le había inferido.

La victoria se declaró completamente por Cortés.

En esta última lucha solo perdió dos hombres.

Tambien tuvo algunos heridos.

Del ejército contrario perecieron quince soldados, un alférez y un capitán.

El número de heridos llegó á cuarenta.

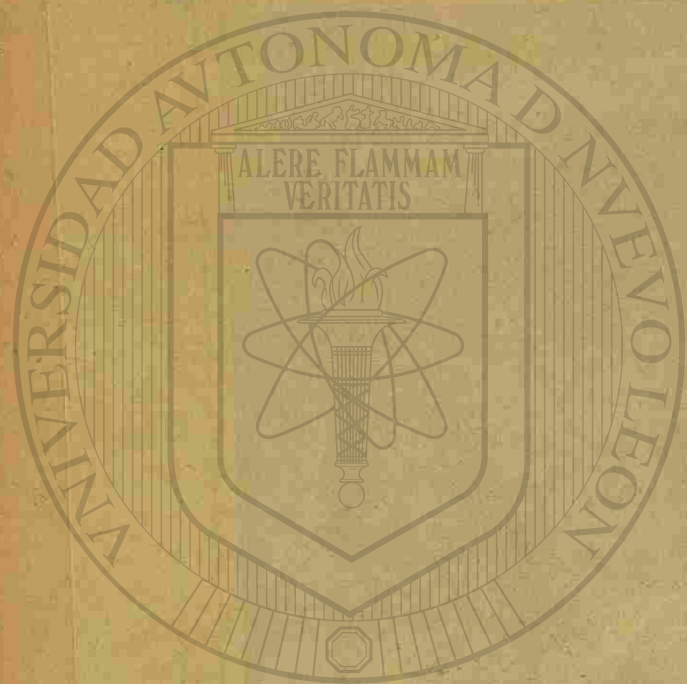
Salvatierra y Pánfilo de Narvaez fueron conducidos á la colonia de la Veracruz, en donde, aunque se les asistió por estar heridos, quedaron prisioneros.

Todo lo que hemos referido se verificó antes de que amaneciera.

Andrés del Duero pudo al fin estrechar á su amigo Hernán Cortés, y asegurarle que no debía temer por los que no se habían rendido, seguro como estaba de que imitarían á sus compañeros.

Aunque no hubiera sido esta una resolución que lo era, un acontecimiento que tuvo lugar los hubiera movido á mantenerse en su resolución.

El cacique de Chinantla, preocupado por el riesgo que podía



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

correr Hernan Cortés, aunque éste salió de Matalequita sin el refuerzo de los dos mil hombres que le había pedido, se los envió y llegaron precisamente en el momento en que terminaba el combate.

Grande fué el efecto que produjo su llegada en los soldados de Narvaez.

Resueltos á permanecer en su triste situacion, no podian menos de maldecir á su general que tan malas medidas habia tomado, dando lugar á que con tan poca gente les venciera Hernan Cortés.

Cesó la necesidad de fingir, y aquellos capitanes que eran adictos á Hernan Cortés acudieron en compañía de Andrés del Duero á ofrecerle sus respetos, y manifestarle su resolucion de militar en sus filas.

Los soldados á su vez aclamaron al héroe, y no hubo uno solo que quisiera regresar á Santiago de Cuba.

Nos aspiraba á otra cosa Hernan Cortés.

Más que vencer á sus enemigos, deseaba atraerlos á su causa.

Inmediatamente dispuso que se devolviesen á todos las armas, y esta prueba de confianza acabó de captarle las simpatías de todos.

¡Lo que es la suerte!

El hombre que veia desaparecer por momentos lo que con tanto trabajo habia conquistado, que iba á atacar á un formidable ejército con el suyo, completamente reducido, se halló pronto con más de mil españoles á sus órdenes.

Tenia ademas presos ó heridos, y en su poder tambien, á sus enemigos, y contaba con una escuadra de once navíos y siete bergantines, que ni aun en sueños hubiera podido figurarse.

A pesar de este triunfo, le preocupaba un cuidado.

La dicha no es completa en el mundo.

Despues de la victoria necesitaba evitar una reaccion contraria á sus deseos.

Veamos lo que pasó.

CAPITULO LXXXIII.

Triunfo completo.



La caballería que habia llevado Narvaez á la expedicion habia desaparecido.

En vez de estar preparada para desempeñar la mision que en tales casos desempeñaba la caballería, al ver el peligro que corrian sus compañeros, se reunieron todos, se alejaron del sitio del combate, y formando una partida de cuarenta hombres, comenzaron á vagar por los campos.

Cuando al dia siguiente supieron el resultado que habia obtenido Hernan Cortés con tan pocos soldados, creyeron que debia resistir, en la seguridad de que sus compañeros, al verse protegidos por ellos, resistirian tambien, y volverian á colocarse en situacion amenazadora.

Hernan Cortés mandó en seguida á Cristóbal de Olid y Diego de Orgaz para que fuesen en su busca y procurasen reducirlos á su obediencia.

Partieron los dos sin más escolta que cuatro soldados, y haciendo señal de paz al divisar á los jinetes, no tardaron aquellos en enviar cuatro parlamentarios.

Cristóbal de Olid tomó la palabra, y les refirió lo que acababa de suceder.

—Pánfilo de Narvaez, les dijo, está herido de gravedad.

De todas maneras, se halla en nuestro poder.

Los demas capitanes, excepto Salvatierra, se han rendido, y hoy forman en nuestras filas.

Hernan Cortés ha ofrecido las mismas ventajas que á sus antiguos soldados á todos los que quieran ingresar en sus filas.

Los parlamentarios pidieron licencia para ir á comunicar á sus compañeros aquellas proposiciones, y no tardaron en volver todos juntos á dar su asentimiento.

Su llegada al cuartel general fué saludada con grandes aclamaciones.

Desde aquel momento reinó la mayor fraternidad entre todos los españoles.

El cacique de Zempoala y los habitantes de la ciudad, que habian presenciado la lucha que habian sostenido los españoles entre sí, acudieron á felicitar á Hernan Cortés, y agasajaron á todos los españoles, tomando verdaderamente parte en su alegría.

Los mismos soldados de Narvaez notaron, al hallarse bajo las banderas de Hernan Cortés, que los zempoales les trataban con las mayores consideraciones, y al ver los agasajos que les hacian, y al contemplar á los dos mil hombres que el cacique de Chinantla habia enviado á Hernan Cortés, se alegraron más y más del desenlace que habia tenido aquel drama, abrigaron las más dulces esperanzas acerca del triunfo que alcanzarían sus armas estando todos unidos y siendo todos guiados por tan bizarro general.

Hernan Cortés, que no dejaba suelto un solo cabo, envió el capitán Francisco de Lugo para que tomase posesion de los navíos y para que depositase en Veracruz las velas, jarcias y timones de todos los buques.

Encargó tambien que llevaran á Zempoala á los pilotos y marineros de Narvaez, y dispuso que algunos de los suyos fuesen á reemplazarlos á las órdenes de uno de los marineros más adictos á él, á quien dió el título de contra maestre.

Obedecidas estas órdenes, despues de manifestar su gratitud á los chinantlecas, les envió de nuevo á su provincia.

Aunque tenia gran prisa por volver á México, quiso dar á sus tropas algunos dias de descanso, tanto para que reposasen, como para animarles, porque supo que de todas las tribus próximas á Zempoala iban á acudir los caciques á felicitarle y á jurarle obediencia y fidelidad.

En efecto: acudieron de todas las ciudades y aldeas vecinas cargados de presentes para los españoles y estos agasajos admiraban á los nuevos soldados de Hernan Cortés.

Al fin, temeroso de que pudiera ocurrir algo á los españoles que estaban en México, porque la única defensa que tenían era la palabra de Moctezuma, no queriendo llevar consigo á todos los soldados de que disponia, encargó á Juan Velazquez de Leon que pacificase con doscientos hombres que puso á sus órdenes la provincia de Pánuco, para llevar á cabo despues su conquista, y dió á Diego de Orgaz otros doscientos para que poblase con ellos á Guazacoalco.

Los seiscientos restantes debian acompañarle á México.

Tomadas todas estas disposiciones, reforzó algo la guarnicion de Veracruz, donde debian permanecer los prisioneros hasta que dispusiera de ellos, y dió las órdenes para que cada cual partiera á su destino.

Mucho sentian Velazquez de Leon y Diego de Orgaz separarse de su valiente caudillo.

Pero la mision que les confiaba halagaba su vanidad por una parte, y por otra podia ser de gran provecho en un momento dado á Hernan Cortés.

Partieron, pues, los soldados con la promesa de que tambien llegarían á México, que era el sueño dorado de todos.

Hernan Cortés envió á Ilbialbi á México para que noticiase á Marina y á Alvarado lo que habia sucedido, encargándole que volviese inmediatamente con noticias de lo que aconteciera.

El fiel servidor de Hernan Cortés regresó en breve, porque

halló en el camino emisarios, que llevaban noticias alarmantes á Hernan Cortés.

Pero ántes de dar cuenta de ellas, conviene que nuestros lectores oigan la conferencia que celebraron Hernan Cortés y Pánfilo de Narvaez.

Este, algo restablecido de su herida que no era de peligro, suplicó á Hernan Cortés que fuera á verle, porque necesitaba hablarle.

Aunque por su comportamiento se habia hecho indigno de todo género de consideraciones, al fin era vencido, y su vencedor era generoso.

Hernan Cortés acudió al llamamiento de su adversario.

CAPITULO LXXXIV.

Un recuerdo y una promesa.



CUANDO el hombre ve á la muerte de cerca, se opera un cambio radical en sus ideas, sobre todo si se ha dejado guiar por los malos instintos.

Esto sucedió á Pánfilo de Narvaez.

Dominado, no solo por la ambicion de gloria, sino por el deseo de alcanzar una felicidad, que por lo mismo que estaba léjos de él, le parecia sublime y encantadora, se dejó arrastrar, como han visto nuestros lectores, hasta el punto de tender un infame lazo à su enemigo y de querer alcanzar con sus villanías lo que empezaba á desconfiar que pudiera otorgarle la fuerza.

El hombre que se deja mover por las malas pasiones, lleva la peor parte en todas las luchas que acomete.

La fiebre que le devora, la ceguedad en que vive, le hacen dejar siempre un flanco vulnerable á su adversario.

Pánfilo de Narvaez, que era un bizarro capitán, que se habia distinguido en las guerras, que tenia valor suficiente para luchar con Hernan Cortés, al llegar el momento decisivo desperdició sus fuerzas, y facilitó el triunfo de una manera tan poco costosa á los soldados de Hernan Cortés.

Tarde conoció los errores que habia cometido.

Le hemos visto salir precipitadamente del torreón en donde se guarecia, y acometer cuerpo á cuerpo à su adversario como un simple soldado.

Al recibir la herida hubo un momento en el que quiso desgarrársela para espirar más pronto.

halló en el camino emisarios, que llevaban noticias alarmantes á Hernan Cortés.

Pero ántes de dar cuenta de ellas, conviene que nuestros lectores oigan la conferencia que celebraron Hernan Cortés y Pánfilo de Narvaez.

Este, algo restablecido de su herida que no era de peligro, suplicó á Hernan Cortés que fuera á verle, porque necesitaba hablarle.

Aunque por su comportamiento se habia hecho indigno de todo género de consideraciones, al fin era vencido, y su vencedor era generoso.

Hernan Cortés acudió al llamamiento de su adversario.

CAPITULO LXXXIV.

Un recuerdo y una promesa.



CUANDO el hombre ve á la muerte de cerca, se opera un cambio radical en sus ideas, sobre todo si se ha dejado guiar por los malos instintos.

Esto sucedió á Pánfilo de Narvaez.

Dominado, no solo por la ambicion de gloria, sino por el deseo de alcanzar una felicidad, que por lo mismo que estaba léjos de él, le parecia sublime y encantadora, se dejó arrastrar, como han visto nuestros lectores, hasta el punto de tender un infame lazo à su enemigo y de querer alcanzar con sus villanías lo que empezaba á desconfiar que pudiera otorgarle la fuerza.

El hombre que se deja mover por las malas pasiones, lleva la peor parte en todas las luchas que acomete.

La fiebre que le devora, la ceguedad en que vive, le hacen dejar siempre un flanco vulnerable á su adversario.

Pánfilo de Narvaez, que era un bizarro capitán, que se habia distinguido en las guerras, que tenia valor suficiente para luchar con Hernan Cortés, al llegar el momento decisivo desperdició sus fuerzas, y facilitó el triunfo de una manera tan poco costosa á los soldados de Hernan Cortés.

Tarde conoció los errores que habia cometido.

Le hemos visto salir precipitadamente del torreón en donde se guarecia, y acometer cuerpo á cuerpo à su adversario como un simple soldado.

Al recibir la herida hubo un momento en el que quiso desgarrársela para espirar más pronto.

Pero entónces su conciencia le habló.

—Tú habias traído aquí, le dijo, una mision noble y generosa. La Providencia te habia favorecido, porque siempre favorece á los buenos.

Pero has olvidado esa noble mision, has delinquido, te has rebajado hasta el punto de que te se pueda comparar con un miserable asesino, con un traidor, y es necesario que atenúes esa falta volviendo los ojos atrás, y cumplas al ménos el generoso desec que te inspiran tus buenos sentimientos.

La herida fué grave, la fiebre le duró muchos días, y al fin perdió el ojo.

Pero apenas se restableció un instante, suplicó á Hernan Cortés que fuera á verle.

Cuando entró en el aposento que ocupaba, no era ya el mismo que cuando vió por primera vez á su vencedor.

A la arrogancia sucedia la humildad.

—Os he llamado, le dijo, porque reconozco en vos bastante generosidad para perdonar á un vencido, por culpable que sea.

—Habeis hecho bien, contestó Hernan Cortés. Desde el momento en que caisteis, si os consideré como prisionero, porque era necesario que no malograsedis mi triunfo, dí orden para que os trataran con las mayores consideraciones, y así creo que lo han hecho.

—En efecto: me han tratado muy bien, y eso más tengo que agradeceros.

Por mi parte, declaro que retiro las arrogantes palabras que proferí al veros por la primera vez.

No quiero ya luchar con vos.

Dios sabe si podria, porque la herida que he recibido es todavía una amenaza de muerte.

Pero aun cuando lograra restablecerme por completo, aun cuando fuera posible que reuniese las fuerzas que me habeis arrebatado, os juro que no lucharía contra vos, porque en la

victoria que habeis alcanzado contra mí he visto á la Providencia de vuestra parte, y la Providencia no se equivoca nunca.

—Me extraña vuestro lenguaje, exclamó Hernan Cortés; ¿Qué ha pasado por vos, para que odiándome tanto como me odiabais, hayais cambiado de opinion?

—Tenia motivos para ello, y precisamente con el objeto de revelároslos os he suplicado que vinierais.

—¿Vos me conociais?

—Os conocia de nombre ántes de la ocasion que despertó en mi alma el deseo de defender á un sér inocente, á quien habeis hecho desgraciado.

—Explicaos, dijo Hernan Cortés, estremeciéndose á pesar suyo.

—No sé la suerte que me estará reservada. Ignoro lo que habeis resuelto acerca de mi persona.

La muerte no me asusta; me he acostumbrado á la idea de morir, y creedlo, seria para mí un tormento volver á la madre patria, derrotado y herido en el cuerpo y en el alma.

Por eso voy á hablaros con franqueza, hasta con osadía.

Olvidad por un momento que soy vuestro adversario vencido; no ved en mí, despues de perdonarme un momento de obcecacion, de olvido, más que al juez severo que viene á recordaros vuestro deber.

—Explicaos, repito, añadió Hernan Cortés.

—¿No os dice nada vuestra conciencia?

—Mi conciencia está tranquila.

—Y sin embargo, léjos de aquí, muy léjos, yacen dos séres en la orfandad y poco ménos que en la miseria.

—¡Mi esposa! ¡Mi hijo! gritó Hernan Cortés.

—Vos lo habeis dicho.

—¿Conoceis á Catalina?

—La conozco, y su desgracia, que me ha inspirado lástima,

es la que me ha movido á abandonar á España, venir á las Indias y ocupar el puesto que he ocupado.

—¿Y qué motivos habeis tenido para meteros á desfacedor de agravios?

—Os lo he dicho ya, repuso Pánfilo de Narvaez, la desventura de esa madre y de ese niño, que viven solos, casi de limosna, al lado de vuestros pobres padres, me han movido.

Vine con el deseo de vencerlos para poder perdonaros y pedirlos en cambio del favor que os dispensase un recuerdo siquiera para esos infelices.

La suerte no ha realizado mis planes; pero al ménos yo cumplo con el deber que contrajo mi conciencia, recordándoos que esos dos séres reclaman vuestro amor y vuestra proteccion.

—Me habeis juzgado mal, exclamó Hernan Cortés, si habeis creído por un momento que yo pudiera olvidar mis deberes.

No; motivos poderosos me obligaron á separarme de la que fué mi compañera, de mi hijo.

Dios lee en mi corazon, y sabe que ni en los peligros del combate, ni en los goces de la victoria, he dejado de pensar en ellos.

No sé cuál es la suerte que me está reservada: pero si ambiciono gloria y fortuna, es con el solo deseo de hacerlos felices.

Después de una breve pausa, en la que un observador hubiera leído en sus ojos la lucha que producian en su alma los remordimientos:

—Pánfilo de Narvaez, añadió, ya no sois mi prisionero.

Os perdono, y os llamo mi amigo.

En cambio de la libertad que os doy, voy á exigirlos un servicio.

Voy á poner á vuestra disposicion un bergantin para que partais, no á Santiago de Cuba, sino á España.

Llevad con vos todos los prisioneros, todos los que no han querido rendirse, yo los perdono.

Pero á vos os suplico que busqueis á mis padres, ya que los conoceis; que busqueis á mi esposa y mi hijo.

Voy á daros unas cuantas barras de oro y algunas alhajas, que vendereis, y su producto le entregareis á mi esposa, asegurándole que si Dios no dispone de mi vida, volveré pronto con un nombre glorioso á labrar su felicidad.

Pánfilo de Narvaez aceptó el encargo, y juró cumplirle.

Inmediatamente mandó Hernan Cortés al jefe de la guarnicion que habia en Veracruz que diese las órdenes oportunas para que se pusiera en disposicion de partir uno de los bergantines, y llevasen á bordo á los prisioneros.

—Fio en vuestra palabra, dijo Hernan Cortés á Pánfilo de Narvaez, estrechando su mano.

Pánfilo de Narvaez juró de nuevo por su honor que cumpliria el encargo.

Volvió Hernan Cortés á Zempoala; envió las barras de oro y las joyas, y aguardó con ansia noticias de México para ponerse en camino.

Necesitaba volver de nuevo á la agitada vida de los combates para sofocar las penas que habia despertado en su corazon el recuerdo que habia evocado Pánfilo de Narvaez.

La llegada de Ibbialbi le sorprendió.

—¿Qué significa tu regreso tan pronto? le dijo.

—Os traigo tristes nuevas.

—¿Qué sucede?

—He hallado en el camino mensajeros de Marina con noticias funestas.

—Habla.

—Se han roto las hostilidades entre los mexicanos y los españoles.

Estos se hallan en grande riesgo, y piden á toda costa vuestro auxilio.

Inmediatamente dió orden Hernan Cortés á sus soldados de ponerse en marcha.

Ejecutóse dos horas despues, y forzando las marchas, llegaron en el momento en que más necesaria era su presencia.

Antes de referir lo que pasó, ántes de asistir á las grandes y continuadas batallas en que se vieron empeñados los españoles, conviene á mi propósito dar á conocer una resolucion que tomó Hernan Cortés.

Agradecido á Ilbialbi por su comportamiento leal:

—Te debo tanto, le dijo Hernan Cortés en un momento de expansion, que no sé cómo podria pagarte.

—Señor, dijo Ilbialbi, en vuestras manos teneis mi felicidad.

—Si eso es cierto, yo te ofrezco otorgártela, dijo Cortés.

—Pues bien, entónces me atrevo á pedir os una gracia.

—Habla, la tienes concedida.

—Amo á Marina, dijo Ilbialbi. Influid con ella para que corresponda á mi amor.

Hernan Cortés vaciló un instante.

Las palabras de Pánfilo de Narvaez resonaron en su alma.

—Sí, dijo de pronto. Yo te lo ofrezco.

¿Podria cumplirlo?

¿Renunciaria Marina á la esperanza que el amor de Hernan Cortés habia despertado en su corazon?

La heriria el desengaño de tal modo que despues de haber sido instrumento de la Providencia para con los españoles se convirtiese en instrumento de la venganza de los mexicanos?

Esto es lo que veremos en los libros siguientes.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

APÉNDICE.

Para no interrumpir la narracion, hemos omitido algunas particularidades que merecen tenerse en cuenta, porque dan una idea del estado de civilizacion en que se hallaba México ántes de que lo conquistasen los españoles.

Vamos, pues, aquí, sin perjuicio de seguir intercalando en el texto las costumbres y datos más pintorescos, á dar una idea de la escritura, los números, la division de tiempo y el sistema planetario de los mexicanos.

No usaban letras, sino figuras semejantes á las de los jeroglíficos del antiguo Egipto.

Algunos mexicanos se entendian por medio de silbidos, adoptando generalmente este sistema los enamorados y los ladrones.

Contaban de la manera siguiente:

Ce, que significa.....	Uno.
Ome.....	Dos.
Ei.....	Tres.
Nauí.....	Cuatro.
Macuil.....	Cinco.
Chicoace.....	Seis.
Chicome.....	Siete.
Chicuei.....	Ocho.
Chiconauí.....	Nueve.
Matlac.....	Diez.
Matlactioce.....	Once.
Matlactliome.....	Doce.
Matlactliomei.....	Trece.

Inmediatamente dió orden Hernan Cortés á sus soldados de ponerse en marcha.

Ejecutóse dos horas despues, y forzando las marchas, llegaron en el momento en que más necesaria era su presencia.

Antes de referir lo que pasó, ántes de asistir á las grandes y continuadas batallas en que se vieron empeñados los españoles, conviene á mi propósito dar á conocer una resolucion que tomó Hernan Cortés.

Agradecido á Ilbialbi por su comportamiento leal:

—Te debo tanto, le dijo Hernan Cortés en un momento de expansion, que no sé cómo podria pagarte.

—Señor, dijo Ilbialbi, en vuestras manos teneis mi felicidad.

—Si eso es cierto, yo te ofrezco otorgártela, dijo Cortés.

—Pues bien, entónces me atrevo á pedir os una gracia.

—Habla, la tienes concedida.

—Amo á Marina, dijo Ilbialbi. Influid con ella para que corresponda á mi amor.

Hernan Cortés vaciló un instante.

Las palabras de Pánfilo de Narvaez resonaron en su alma.

—Sí, dijo de pronto. Yo te lo ofrezco.

¿Podria cumplirlo?

¿Renunciaria Marina á la esperanza que el amor de Hernan Cortés habia despertado en su corazon?

La heriria el desengaño de tal modo que despues de haber sido instrumento de la Providencia para con los españoles se convirtiese en instrumento de la venganza de los mexicanos?

Esto es lo que veremos en los libros siguientes.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

APÉNDICE.

Para no interrumpir la narracion, hemos omitido algunas particularidades que merecen tenerse en cuenta, porque dan una idea del estado de civilizacion en que se hallaba México ántes de que lo conquistasen los españoles.

Vamos, pues, aquí, sin perjuicio de seguir intercalando en el texto las costumbres y datos más pintorescos, á dar una idea de la escritura, los números, la division de tiempo y el sistema planetario de los mexicanos.

No usaban letras, sino figuras semejantes á las de los jeroglíficos del antiguo Egipto.

Algunos mexicanos se entendian por medio de silbidos, adoptando generalmente este sistema los enamorados y los ladrones.

Contaban de la manera siguiente:

Ce, que significa.....	Uno.
Ome.....	Dos.
Ei.....	Tres.
Nauí.....	Cuatro.
Macuil.....	Cinco.
Chicoace.....	Seis.
Chicome.....	Siete.
Chicuei.....	Ocho.
Chiconauí.....	Nueve.
Matlac.....	Diez.
Matlactioce.....	Once.
Matlactliome.....	Doce.
Matlactliomei.....	Trece.

Matlactlinaui	Catorce.
Matlactlimacuil.	Quince.
Matlatlichicoace.....	Diez y seis.
Matlactlichicome.....	Diez y siete.
Matlactlichicuei	Diez y ocho.
Matlachichiconau.....	Diez y nueve.
Cempoalli.....	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; despues dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; luego continúan diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez y cincuino, diez seis uno, diez seis dos, diez seis tres.

Veinte forma una sola palabra.

El año le dividian en diez y ocho meses.

Cada mes tenia veinte dias, y por consiguiente, el año constaba de trescientos sesenta dias.

A veces constaban cinco dias más en cada año, destinándolos á inmolar víctimas en los templos, á cuyos sacrificios asistian con gran devocion los indígenas.

Los diez y ocho meses se conocian por los nombres de:

Tlacaxipenalixtli.

Tozcuztli.

Toxcalt.

Ecalcoalizth.

Tecuil huicuitli.

Huei temilhuatl.

Miccai huicuitli.

Vei micailhuatl.

Uchpauiztli.

Pachtli.

Huēi pachtli.

Quecholli.

Panquecaliztli.

Hatemuztli.

Tititlh.

Izcalli.

Coautlenac.

Los nombres de los dias son los siguientes:

Cipatli	Espadarte.
Hecatli.....	Aire y viento.
Calli.....	Casa.
Cuezpali.....	Lagarto.
Coualt.....	Culebra.
Mizquintli.....	Muerte.
Mocalt.....	Ciervo.
Tochtli.....	Conejo.
Atl.....	Agua.
Izcuyntli.....	Perro.
Ocumatli.....	Mona.
Malinalli.....	Escoba.
Acatlh.....	Caña.
Ocelotl.....	Tigre.
Coautli.....	Aguila.
Cozcaguahutb.....	Buaharro.
Oliu.....	Temple.
Teepacth.....	Cuchillo.
Quiauitl.....	Lluvia.
Vuchitl.....	Rosa.

Respecto al tiempo, las tradiciones mexicanas afirman que desde la creación del mundo han pasado cuatro soles, sin contar el que actualmente les alumbra.

Dicen que al brimer sol sucedió una inundacion, en la que perecieron todos los hombres y seres creados.

Al aparecer el segundo se juntó el cielo con la tierra.

Con el tercero apareció una ráfaga de fuego que, extendiéndose rápidamente, asoló el espacio.

Al cuarto sol sucedió un aire tan violento, que derrocó los edificios y aun deshizo las peñas, con la particularidad de que los hombres, en vez de ser arrastrados por el huracán, se convirtieron en monas.

Respecto al sol que actualmente les alumbraba, no dicen de qué manera ha de concluir; pero cuentan que al extinguirse el cuarto sol se oscureció el firmamento, y estuvieron en tinieblas veinticinco años continuos.

Añaden que á los quince años de aquella espantosa oscuridad, los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y que de diez en diez años apareció el sol recién criado y nacido en día de conejo.

Sin duda por esta causa empiezan á contar los años desde aquel día y figura.

Finalmente, creen que tres días después de aparecer ese quinto sol se murieron los dioses, y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran.

NOTAS DEL TOMO SEGUNDO.

(A) Tenia toda la provincia cuarenta leguas en circunferencia, diez su longitud de Oriente á Poniente, y cuatro su latitud de Norte á Sud. País montañoso y quebrada; pero muy fértil y bien cultivado en todos los parajes donde la frecuencia de los riscos daban lugar al beneficio de la tierra. Confinada por todas partes con provincias de la facción de Moctezuma; solo por la del Norte cerraba, más que dividia sus límites, la gran Cordillera, por cuyas montañas innaccessibles se comunicaban con los otomíes, totonaques y otras naciones bárbaras de su confederacion.

Las poblaciones eran muchas y de numerosa vecindad.

La gente inclinada desde la niñez á la supersticion y al ejercicio de las armas, en cuyo manejo se imponian y habilitaban con emulacion, hiciéselos montaraces el clima ó valientes la necesidad.

Abundaban de maíz, y esta semilla respondia tambien al sudor de los villanos, que dió á la provincia el nombre de Tlaxcala, voz que en su lengua es lo mismo que *tierra de pan*. Habia frutas de gran variedad y regalo, cazas de todo género, y era una de sus fertilidades la cochinilla, cuyo uso no conocian hasta que le aprendieron de los españoles.

Debióse llamar así del grano Coccineo, que dió entre nosotros nombre á la grana; pero en aquellas partes es un género de insecto, como gusanillo pequeño, que nace y adquiere la última sazón sobre las hojas de un árbol rústico y espinoso, que llamaban entónces Tuna silvestre, y le benefician como fructífero, debiendo su mayor comercio y utilidad al precioso tinte de sus gusanos, nada inferior al que hallaron los antiguos en la sangre del murice y la púrpura, tan celebrado en los mantos de sus reyes.

Tenia tambien suspensiones de felicidad natural de aquella provincia, sujeta por la vecindad de las montañas á grandes tempestades, horribles huracanes y frecuentes inundaciones del rio Zalmal, que no contento algunos años con destruir las mieses y arrancar los árboles, solia buscar los edificios en lo más alto de las eminencias.

Dicen que Zalmal, en su idioma, significa rio de sarna, porque se cubrian

de ella los que usaban de sus aguas en la bebida ó en el baño, segun la malignidad de su corriente. Y no era la menor entre las calamidades que padecia Tlaxcala, al carecer de sal, cuya falta desazonaba todas sus abundancias; y aunque pudieran traerla fácilmente de las tierras de Moctezuma con el precio de sus granos, tenian á menor inconveniente sufrir el sinsabor de sus manjares, que abrir el comercio á sus enemigos.—*Solís, Historia de la conquista de México.*

(B) Asi pasó el castigo de Cholula, tan ponderado en los libros extranjeros, y en alguno de los naturales, que consiguió por este medio el aplauso miserable de verse citado contra su nacion. Ponen esta faccion entre las atrocidades que refieren de los españoles en las Indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar ó satirizar la conquista. Quieren dar al impulso de la codicia y á la sed del oro toda la gloria de lo que obraron nuestras armas, sin acordarse de que abrieron el paso á la religion, concurriendo en sus operaciones con especial asistencia el brazo de Dios. Lastímense mucho de los indios, tratándolos como gente indefensa y sencilla, para que sobresalga lo que padecieron; maligna compasion, hija del odio y de la envidia. No necesita el caso de Cholula de más defensa que su misma narracion. En él se conoce la milicia de aquellos bárbaros; cómo se sabian aprovechar de la fuerza y del engaño, y cuán justamente fué castigada su alevosía; y de él se puede colegir cuán apasionadamente se refieren otros casos de horrible inhumanidad, ponderamos con la misma afectacion.

No dejamos de conocer que se vieron en algunas partes de las Indias acciones dignas de repension, obradas con queja de la piedad y la razon; pero en cuál empresa justa ó santa se dejaron de perdonar algunos inconvenientes? ¿De cuál ejército bien disciplinado se pudieran desterrar enteramente los abusos y desórdenes que llama el mundo licencias militares? ¿Y qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto principal de la conquista?

No pueden negar los émulos de la nacion española que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos la conversion de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo á su Criador. Querer que no fuese del agrado de Dios y de su altísima ordenacion la conquista de las Indias, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la sustancia con los accidentes, que hasta en la obra inefable de

nuestra Redencion se propuso, como necesaria para la salud universal, la milicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudaron á labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad.

Puédense conoçer fines de Dios en algunas disposiciones que traen consigo las señales de su providencia; pero la proporcion ó congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado á su eterna sabiduría, y tan escondido á la prudencia humana, que se deben oír con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del entendimiento, siendo en la verdad atrevimientos de la ignorancia.—*Solís, Historia de la conquista de México.*

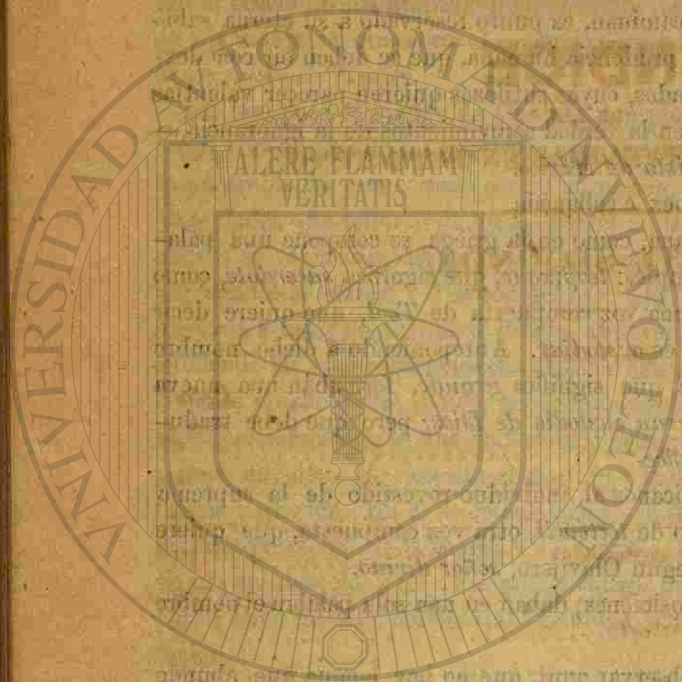
(C) Doña Gertrudis Gomez Avellaneda.

(D) En la lengua mexicana, como en la griega, se compone una palabra de dos, tres ó cuatro simples: *teopixque*, que significa *sacerdote*, como hemos advertido ántes, es una voz compuesta de *Teol*, que quiere decir *Dios*, y del verbo *pia*, que es *custodiar*. Anteponiendo á dicho nombre compuesto de adjetivo *huei*, que significa *grande*, formaban una nueva composicion, que significa *gran custodio de Dios*; pero que debe traducirse *gran sacerdote ó pontífice*.

Daban tambien los mexicanos al individuo revestido de la suprema dignidad sacerdotal el título de *tecteucli*, otra voz compuesta, que quiere decir *caballero de Dios*, ó segun Clavijero, *señor divino*.

Por medio de tales composiciones, daban en una sola palabra el nombre y la definicion de la cosa.

Conveniente nos parece observar aquí, que no hay lengua que abunde tanto como la mexicana en nombres verbales y abstractos; no hay en ella verbo del cual no se hagan numerosas diferencias verbales, ni sustantivo ó adjetivo de que no se formen abstractos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PARTE SEGUNDA.

EL VALOR.

CAPS.	PAGS.
I. Azahel.....	3
II. Un sueño.....	7
III. La realidad.....	12
IV. Embajadores y embajadas.....	18
V. Datos curiosos.....	24
VI. De necesidad virtud.....	29
VII. Un volcan.....	33
VIII. Influencias y temores.....	37
IX. Camino de Cholula.....	43
X. La ciudad Santa.....	46
XI. Al maestro cuchillada.....	51
XII. A grandes males, grandes remedios.....	57
XIII. Castigo de una traicion.....	63
XIV. Donde se vé que cuando la fortuna se empeña en proteger á un hombre lo hace á las mil maravillas....	69
XV. Un lazo descubierto.....	75
XVI. El último recurso.....	79
XVII. Visiones proféticas.....	84
XVIII. Un consejo de familia.....	90
XIX. El príncipe Cacumatzin visita á Moctezuma.....	95
XX. Iztacpalapa.....	101
XXI. México.....	105
XXII. Entrada de los españoles en México.....	112

CAPS.	PAGS.
XXIII. De potencia á potencia.....	118
XXIV. Pormenores.....	124
XXV. Hernan Cortés visita á Moctezuma.....	130
XXVI. Más sobre la ciudad de México.....	136
XXVII. El banquete.....	140
XXVIII. Un chiste de un bufon.....	146
XXIX. La familia de Moctezuma.....	150
XXX. Debilidad.....	155
XXXI. Temores y dudas.....	161
XXXII. Una fiesta mexicana.....	166
XXXIII. La segunda parte de la fiesta.....	173
XXXIV. Donde Hernan Cortés se propone pagar á Moctezuma en la misma moneda.....	177
XXXV. Donde los españoles hacen de las suyas.....	183
XXXVI. Donde Moctezuma oye de nuevo á sus consejeros.....	188
XXXVII. Un ardid de Marina.....	193
XXXVIII. La audiencia.....	198
XXXIX. Complicaciones.....	208
XL. Una cabeza ensangrentada.....	215
XLI. Las circunstancias.....	220
XLII. Un confidente y un tesoro.....	225
XLIII. El génio de la guerra.....	230
XLIV. Ceremonias.....	237
XLV. La prision de Moctezuma.....	242
XLVI. El prisionero.....	250
XLVII. Amargas reconvenções.....	255
XLVIII. Jueces y reos.....	262
XLIX. La mina.....	268
L. El suplicio.....	273
LI. La evasión.....	279
LII. La emperatriz de México y los consejeros de Mocte- zuma.....	283
LIII. En el que Zimpazin se prepara á vengar á su padre.....	290
LIV. Ilusiones.....	294
LV. La tela de araña.....	301

CAPS.	PAGS.
LVI. Cuentas galanas.....	304
LVII. Hernan Cortés trata de destruir los ídolos.....	309
LVIII. La ambicion de Cacumatzin.....	315
LIX. La sombra de una madre.....	319
LX. Planes de Cacumatzin.....	323
LXI. Otholemi es proclamado rey de Tezcuco.....	329
LXII. El deseo de Moctezuma.....	336
LXIII. Vasallaje de los mexicanos.....	340
LXIV. Un trance apurado.....	345
LXV. Un embajador poco diplomático.....	349
LXVI. Donde Cortés enseña diplomacia á un embajador.....	358
LXVII. Una nueva y provechosa invencion de Marina.....	364
LXVIII. Donde se vé cómo Cortés prepara su retirada.....	368
LXIX. Donde se vé que la fortuna no abandona á Cortés.....	372
LXX. Fray Bartolomé de Olmedo.....	378
LXXI. El prestigio del valor.....	385
LXXII. En el que verá el lector que Velazquez de Leon es uno de los mejores amigos de Hernan Cortés.....	391
LXXIII. Una pendencia.....	396
LXXIV. Los malos instintos.....	403
LXXV. El interes.....	408
LXXVI. Trabajos de Zapa.....	413
LXXVII. Un negocio.....	418
LXXVIII. Donde Hernan Cortés se resuelve á luchar con Pánfi- lo de Narvaez.....	423
LXXIX. Desaciertos.....	428
LXXX. Un buen general.....	432
LXXXI. El combate.....	436
LXXXII. La rendicion.....	441
LXXXIII. Triunfo completo.....	445
LXXXIV. Un recuerdo y una promesa.....	449
APÉNDICE.....	455

